

AÑO 91, No. 1-2 ENERO - JUNIO 2000  
ISSN 0006-1727 RNPS 0383

# REVISTA

DE LA BIBLIOTECA NACIONAL JOSÉ MARTÍ

Pág. 11

**CORRESPONDENCIA (1951-1959)**

Alfonso Reyes/Fernando Retamar

Pág. 49

**AQUEL ESTUDIANTE DE ARQUITECTURA**

Graziella Pogolotti

Pág. 53

**EL AUTOR QUE SIEMPRE SE ANTICIPA**

Ambrosio Fornet

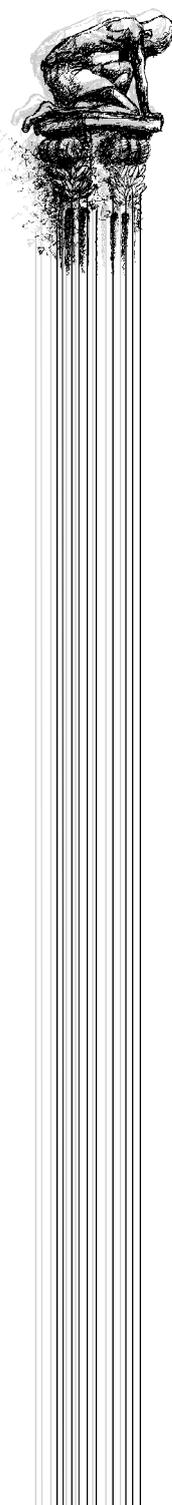


**AÑO 91, No. 1-2 ENERO - JUNIO 2000**  
ISSN 0006-1727 RNPS 0383

# REVISTA

**DE LA BIBLIOTECA NACIONAL JOSÉ MARTÍ**





Año 91/ Cuarta Época  
Enero-junio 2000  
Número 1-2  
Ciudad de La Habana  
ISSN 0006-1727  
RNPS 0383

*Director anterior:* Julio Le Riverend Brusone (1978-1993)

*Director:* Eliades Acosta Matos

*Consejo de Redacción:*

Rafael Acosta de Arriba, Salvador Bueno Menéndez, Ana Cairo Ballester, Tomás Fernández Robaina, Josefina García Carranza, Zoila Lapique Becali, Enrique López Mesa, Francisco Pérez Guzmán, Siomara Sánchez, Emilio Setién, Carmen Suárez León, Eduardo Torres Cuevas

*Jefa de Redacción:* Araceli García Carranza

*Edición:* Marta Beatriz Armenteros

*Diseño e ilustración:* Luis Garzón Masabó

*Composición electrónica:* Departamento de Ediciones  
de la Subdirección de Promoción y Desarrollo  
Biblioteca Nacional José Martí

*Canje:* Revista de la Biblioteca Nacional José Martí  
Plaza de la Revolución  
Ciudad de La Habana

Fax: 81 6224 / 33 5938  
Email: [bnjm@jm.lib.cult.cu](mailto:bnjm@jm.lib.cult.cu)  
En Internet puede localizarnos:  
<http://binanet.lib.cult.cu>

*Primera época* 1909-1912  
*Segunda época* 1949-1958  
*Tercera época* 1959-1993  
*Cuarta época* 1999-

La Revista no se considera obligada a devolver originales no solicitados.

*Cada autor se responsabiliza con sus opiniones.*

# Índice General

---

ELIADES ACOSTA MATOS

Editorial ..... 7

## **HOMENAJE A ROBERTO FERNÁNDEZ RETAMAR**

ANA CAIRO

La continuidad de nuestras tradiciones ..... 9

ALFONSO REYES - ROBERTO FERNÁNDEZ RETAMAR

Correspondencia (1951-1959) ..... 11

GRAZIELLA POGIOTTI

Aquel estudiante de arquitectura ..... 49

ARACELI GARCÍA CARRANZA

La *Biobibliografía* y la colección Retamar en la

Biblioteca Nacional José Martí ..... 51

AMBROSIO FORNET

El autor que siempre se anticipa ..... 53

DENIA GARCÍA RONDA

“El otro” de Retamar ..... 55

CARMEN SUÁREZ LEÓN

Transtextualidad y/o sobrevida de un poema y de su poeta ..... 58

VIRGILIO LÓPEZ LEMUS

*Hacia la nueva*. En saludo al setenta cumpleaños

de Roberto Fernández Retamar ..... 62

AMAURY B. CARBÓN SIERRA

Roberto Fernández Retamar, latinista ..... 64

Iraida Rodríguez Figueroa

Memoria alerta ..... 67

LUIS TOLEDO SANDE

Carta a la *Revista de la Biblioteca Nacional* ..... 69

PEDRO PABLO RODRÍGUEZ

Fernández Retamar ..... 72

## **VIGENCIAS**

IVÁN A. SCHULMAN

Fernando Ortiz y el culto a Martí ..... 75

ANA CAIRO

Los intelectuales orgánicos en Cuba: algunas reflexiones ..... 81

<b>BRÍGIDA PASTOR</b>	
Identidad femenina en el <i>Cuadernillo</i> autobiográfico	
de Gertrudis Gómez de Avellaneda .....	90
<b>DAISY CUÉ FERNÁNDEZ</b>	
Muerte y resurrección del poeta Plácido .....	98
<b>TERESA DELGADO</b>	
Alfonso Reyes: esencia y ancilaridad en su concepto de literatura .....	105
<b>MARIEN PRIETO</b>	
<i>La Habana para un infante difunto</i> . Para una relectura	
del espacio ciudadano .....	120
<b>JOSÉ LÓPEZ SÁNCHEZ</b>	
Génesis histórica de la cultura científica cubana .....	135
<b>ELIADES ACOSTA MATOS</b>	
La globalización y sus daños colaterales .....	158
<b>JOSÉ MANUEL DEL VAL</b>	
El balcón vacío. Notas sobre la identidad nacional a fin de siglo .....	167
<b>ELIADES ACOSTA MATOS</b>	
Correo en respuesta al artículo de José Manuel del Val .....	189

## **RESEÑAS**

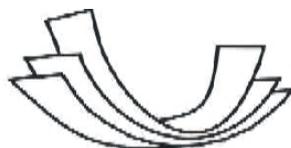
<b>AMAURY B. CARBÓN SIERRA</b>	
Nuevo número de <i>Letras. Cultura en Cuba</i> .....	193
<b>ESTEBAN LLORACH RAMOS</b>	
<i>Leer a Martí 1999</i> .....	195
<b>ENRIQUE LÓPEZ MESA</b>	
Sobre esclavos y precios .....	196

## **LIBROS**

<b>ELIADES ACOSTA MATOS</b>	
Presentación al libro <i>Cultura, Estado, Revolución</i> ,	
de Antonio Núñez Jiménez .....	198

## **EN LA BIBLIOTECA**

<b>ADRIÁN GUERRA</b>	
Donación de <i>Ismaelillo</i> .....	202
<b>MARTA BEATRIZ ARMENTEROS</b>	
Actividades .....	202



**ASOCIACIÓN DE  
ESTADOS IBEROAMERICANOS  
PARA EL DESARROLLO DE LAS  
BIBLIOTECAS NACIONALES DE IBEROAMÉRICA**

**Asamblea General de ABINIA  
XI  
CUBA**

**Con el objetivo de recopilar y mantener información actualizada y retrospectiva sobre las Bibliotecas Nacionales Iberoamericanas, e influir en la opinión pública y en las instancias gubernamentales para crear conciencia sobre la significación e importancia de preservar el patrimonio bibliográfico y documental que constituye la memoria de nuestros países, los directores de dichas instituciones se reunirán en La Habana del 16 al 20 de octubre en la Biblioteca Nacional José Martí**

 **BIBLIOTECA NACIONAL  
JOSE MARTI**



# Editorial

Cuando muchos de los que leen estas palabras y quien las escribe no vivamos ya sobre la Tierra; cuando los que vendrán después se hagan casi las mismas preguntas que nos hacíamos nosotros y se les acabe también su tiempo sin haber alcanzado a desentrañar las respuestas adecuadas para las dudas eternas, se hablará todavía de la zaga cultural de la Revolución cubana, de los tipos obstinados e irrepitibles que la protagonizaron. Vale la pena haber vivido en estos tiempos. Nadie de los de entonces ha podido abjurar de ellos, aunque, ciertamente, algunos lo hayan vivido de una manera inexplicable.

Una especie de respeto ecuménico, espontáneo, rodea en Cuba a los sobrevivientes de aquella epopeya. Nadie, ni aun los más exaltados iconoclastas del momento, ni los que apuestan a resaltar con la estridencia de turno, se atreven a transgredir ciertos límites que la propia vida ha creado. Puede que, aunque raramente, alcancemos a presenciar el aleccionador espectáculo de algún *kamikaze* intelectual que se desintegra al chocar contra la majestad de algunas de estas personas a quienes pretende, ingenuamente, atacar. Cuando la marea arroja sobre la playa los restos de su naufragio, se comprende mejor qué significado tienen los días intensamente vividos, la fuerza de servir sin descanso a un ideal, cuánto blinda la libertad intelectual asumida a conciencia, cuánto fortalece la lealtad a sí mismo y a la Historia.

Los hombres y mujeres de los que hablo forman algo así como un equipo “Todos estrellas” de la cultura revolucionaria y cubana. Ningún país, por grande y poderoso que fuese, podría darse el lujo de mantener sentados en el banco, sin usar regularmente, a tales jugadores. Ellos tampoco lo soportarían.

Roberto Fernández Retamar une a su más que demostrado talento y a su obra inmensa, la cualidad de mantener la distancia y la ecuanimidad; la de aparecer en público lo estrictamente necesario, lo imprescindible para mantener viva la leyenda. Pocas veces he visto una presencia más fuerte en las letras y el pensamiento cubanos sustentada sobre la más estricta invisibilidad. Pocas veces se ha reafirmado más un autor, un pensador, un poeta de su talla, sin proponérselo, y aun contra su propio deseo.

Con motivo de su cumpleaños número 70, la *Revista de la Biblioteca Nacional* se une al júbilo de numerosas instituciones cubanas y extranjeras deseosas de hacerle saber su admiración y cariño, de testimoniarle que vale la pena vivir como él lo ha hecho y de luchar por lo que ha luchado.

Retamar es uno de los escritores cubanos que más estrecha relación ha mantenido siempre con la Biblioteca Nacional. Su trato respetuoso hacia nuestro colectivo y su demostrada confianza en que la institución sabría remontar las dificultades que ensombrecieron, en tiempos felizmente ya superados, su capacidad de cuidar con honor el patrimonio bibliográfico de la nación, justifican la predilección con que los bibliotecarios lo tratan.

Pocos, como Retamar, han mostrado con tantos hechos concretos su voluntad de hacer depositaria a la institución de una buena parte de sus papelería, de la extensa documentación que se agolpa en las márgenes de toda obra grande. Cuando chocamos con incomprendiciones a la hora de persuadir o concientizar a quienes deben entender el papel patrimonial que cumple una Biblioteca Nacional; cuando alguien nos dice que no ha pensado en la necesidad de guardar en nuestras bóvedas su documentación creativa, siempre pensamos en Retamar. Pocos como él han tenido menos necesidad de recurrir a nosotros para guardar lo que ya ha sido seleccionado por la vida para perdurar, y sin embargo, nadie más puntual a la hora de entregarnos sus papeles.

Este número especial de la *Revista de la Biblioteca Nacional* ha reunido a un grupo importante de autores contemporáneos vinculados por el denominador común de este homenaje. No sé qué pensará Retamar en el momento de leer sus trabajos, pero yo no concibo muestras de mayor respeto hacia un creador que las que expresan estos artículos.

Cuando en las tribunas en que los creadores cubanos discuten sus ideas se escucha la voz grave y pausada de Retamar, todos hacen silencio. Se espera siempre de sus intervenciones la agudeza y brillantez que orientan y el despliegue de una cultura vasta, que nunca agrede. Es que por él hablan Calibán, y Casa de las Américas y tanta poesía y ensayos martianos. Y los poetas y escritores caídos por un mundo mejor. Y su maestro Ezequiel Martínez Estrada. Y el espíritu inquieto y rebelde, a fuerza de

honrado y deseoso de saltar toda atadura, el espíritu lúcido, inmenso y militante que anima a hombres como el Che.

Espero que el humilde homenaje de esta revista, que es suya por derecho propio, renueve el pacto con una institución, como la nuestra, que se precia de su aliento y presencia; que ve en su alargada figura de caballero andante, de jacobino impenitente, de garibaldino entre mambises, la prefiguración de lo que un día, no lejano, han de ser los nuevos intelectuales cubanos; los que recojan el guante de los animadores de esta tradición que no se rinde, que no se doblega con el paso de los años, que escribe y piensa mejor con el volar de los días.

No siento nostalgia, sino orgullo por tanto que hemos vivido, sentido, escrito y leído, en estos años de Revolución. Siento orgullo, un orgullo inmenso y bienhechor, por haber visto y escuchado a hombres como Retamar. De ello hablaré a mis nietos y lo dejaré escrito para que nadie ponga en duda que estos Profetas de la Buena Nueva de la Redención Humana existieron.

Con letras de fuego queda escrito. Como en lo más profundo de la Patria queda grabada la obra de los fundadores, la de Retamar entre ellos. Los tiempos de gloria no han concluido. El Hombre Nuevo no es un delirio trasnochado entrevisto en la bruma de los 60. Aún es posible su advenimiento, su construcción. ¡Gracias Maestro, por recordárnoslo, por exigírnoslo!

ELIADES ACOSTA MATOS

# La continuidad de nuestras tradiciones

**Ana Cairo**

*Profesora de la Universidad de La Habana*

En 1930, un comité de intelectuales y el Directorio Estudiantil Universitario planearon rendir tributo a Enrique José Varona (1849-1933), con motivo del primer cincuentenario de su primer curso de filosofía. La gran manifestación estudiantil del 30 de septiembre, en que participaron también profesores y obreros, se convirtió en el acto más oportuno y trascendente de reconocimiento al pensador.

Cinco años después, José María Chacón y Calvo (director de cultura de la Secretaría de Educación) publicó el libro *Homenaje a Enrique José Varona en el centenario de su primer curso de filosofía*, que constituía una miscelánea de estudios literarios, históricos y filosóficos. Así, se daba cumplimiento eficiente (pero tardío al ser ya *post mortem*) a las aspiraciones del comité gestor en 1930.

De nuevo, al comenzar 1965, un grupo de intelectuales preparó un tributo a Fernando Ortiz (1881-1969) para recordar el cincuentenario de su primer impreso. Con el apoyo solidario de colegas de las Américas se logró reunir en tres tomos la *Miscelánea de estudios dedicados a Fernando Ortiz* (1955-1957).

Después de 1959, la tradición de homenajes se renovó al privilegiarse el arribo a los setenta años, como la ocasión ideal para los festejos. Nicolás Guillén, Alejo Carpentier, Juan Marinello, Raúl Roa, Vicentina Antuña, José Z. Tallet, Carlos Rafael Rodríguez y José Antonio Portuondo, entre otros, disfrutaron de esos jubileos signados por el afecto admirativo.

Roberto Fernández Retamar entrará en el “club de los setenta” (según el fino humor de Portuondo) el 9 de junio. Sus compañeros de estudio, amigos, alumnos y colaboradores, hemos querido ofrecerle este convite.

Fernández Retamar hizo su primera revista, *Alba*, cuando era estudiante de bachillerato en el Instituto de la Víbora. Ha dirigido otras como la *Nueva Revista Cubana* o *Unión*. Sin embargo, la mejor hazaña ha sido regir el proyecto cultural y de educación a distancia *Casa de las Américas* desde 1965.

Atendiendo a ese amor a las revistas, hemos querido estructurarle esta mo-

desta “miscelánea” en la *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*. En el número se contraponen textos inspirados en él o en su obra, con otros relativos a algunos de sus amores temáticos, o ilustrativos del desarrollo alcanzado por las materias que ayudó a fundar, o a impartir, en la Universidad

de La Habana, donde ostenta la condición de Profesor Emérito.

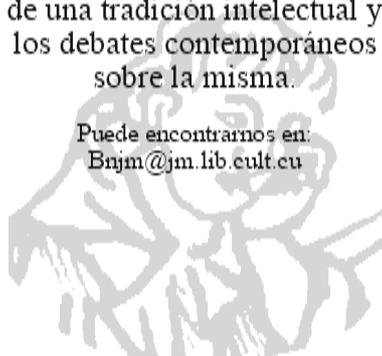
Con este jubileo para Fernández Retamar se continúa la tradición fundada con el homenaje a Varona hace setenta años.



Estudiar y crear

**E**s un fondo bibliográfico formado por materiales novedosos y clásicos que abordan problemas teóricos e históricos de la sociedad. Se propone permitir el acceso de los lectores a una selección de revistas y libros que mostrarán los fundamentos de una tradición intelectual y los debates contemporáneos sobre la misma.

Puede encontrarnos en:  
[Bnjm@jm.lib.cult.cu](mailto:Bnjm@jm.lib.cult.cu)



# **Alfonso Reyes/Roberto Fernández Retamar. Correspondencia (1951-1959)**

Se me ha solicitado esta correspondencia para su publicación en la *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*, con motivo de que debo cumplir pronto setenta años: los que tenía Reyes al morir, mientras yo tenía veintinueve. Si bien yo conservaba las cartas y las tarjetas que don Alfonso me había enviado, no ocurría lo mismo, como es lógico, con las que hiciera llegar a él. Pero el investigador Vladimir Smith, cuando tuvo a su cargo la Biblioteca Alfonso Reyes de la Casa Benito Juárez, de La Habana, encontró en México, en la Capilla Alfonsina (e hizo fotocopiar), casi todas las comunicaciones mías. No halló la primera, del 19 de junio de 1951; la del 9 de julio de 1955, que pude reconstruir al menos aproximadamente a partir de un borrador, y otra de agosto de ese año en que anuncié a Reyes que había obtenido por concurso-oposición una cátedra en la Universidad de La Habana. Smith me dijo en 1996 que esta correspondencia, unida a otras mantenidas por don Alfonso con varios cubanos, aparecería en libro que iba a publicar la Academia de Ciencias de Cuba. Es de suponer que nuestra escasez de papel lo impidió, de modo que la doy a conocer ahora, añadiéndole, cuando lo consideré necesario o posible, notas explicativas mías. Además uniformé las referencias a obras: títulos de libros, revistas, cuadernos, etcétera, aparecen en cursivas; títulos de poemas, artículos, ensayos, etcétera, incluidos en otras publicaciones, aparecen entre comillas. Conservé el uso personal de mayúsculas o minúsculas en los títulos. Si el original de la carta o tarjeta no está mecanografiado, señalo entre corchetes que es un texto manuscrito; y hago otro tanto con respecto a las posdatas manuscritas. Finalmente, he separado por asteriscos las comunicaciones.

La Habana, marzo del 2000

R.F.R.

México, D.F., 31 de julio de 1951.

Sr. don Roberto Fernández Retamar,  
San Francisco 19, Víbora,  
La Habana,  
Cuba.

Muy estimado señor mío:

Gracias por su bella y poética *plaquette Elegía como un himno*,<sup>1</sup> y mi enhorabuena.

Aquí va un poema autógrafo de hace 26 años para la exposición de que me habla su atenta del 19 de junio último.<sup>2</sup>

Lo saluda con la mayor estimación

Alfonso Reyes  
Av. Industria 122,  
México 11, D.F.

\*\*\*\*\*

Alfonso Reyes saluda atentamente  
al Sr. R. F. Retamar  
y le agradece el envío de *Patrias*.<sup>3</sup>

Av. Industria, 122  
México, D.F.

A. R.  
Febrero 29 de 1952.

\*\*\*\*\*



7 Biblioteca de Alfonso Reyes. Av. Industria 122, México 11, D. F. (foto Gisèle Freund) 12. II. 1956

Gracias a Roberts  
Fernández Retamar:  
generosidad y comprensión,  
elegancia y tino. No sé qui ad-  
mirar más. Mi gratitud no en-  
cuentra palabras. Las dos aguas  
de su amigo Alfonso Reyes

Por favor, su dirección personal.

Transcripción en la página siguiente

[Tarjeta manuscrita. Al dorso lleva una foto: Biblioteca de Alfonso Reyes. Av. Industria 122, México 11, D.F. (foto Gisèle Freund)]

12.4.1954

Gracias a Roberto Fernández Retamar: generosidad y comprensión, elegancia y tino. No sé qué admirar más. Mi gratitud no encuentra palabras. Las dos manos de su amigo

Alfonso Reyes<sup>4</sup>

[Al borde izquierdo] Por favor, su dirección personal

A.R.

\*\*\*\*\*

[Carta manuscrita]

La Habana, mayo de 1954

Sr. don Alfonso Reyes

*México*

Admirado Sr. Reyes:

Últimamente he tenido dos alegrías: la que me proporcionó la lectura de su *Obra poética*; y la que me trajo su tarjeta, al decirme que le había agradado mi pobre, pero entusiasmada nota en la revista *Orígenes*: gracias a Ud. por esa doble y hermosa manera de alegrar.

Yo guardo entre mis recuerdos más protegidos de olvido, el de un mediodía del verano de 1952 en que –en compañía de mi esposa<sup>5</sup> y del pintor cubano Felipe Orlando<sup>6</sup>– estuve con Ud. en esa capilla alfonsina, corazón del saber americano. De aquella visita (“Breve viaje a don Alfonso Reyes”) hice una narración que apareció en una revista, y que no le envié porque salió cumplidamente acompañada de esa corte de erratas que nadie ha lamentado como Ud.

Ahora, frescas todavía tinta y erratas, le envío esta labor escolar; y un nuevo y siempre vivísimo testimonio de afecto y admiración.

Retamar

s/c-Calle H No. 510, Ap. 12, El Vedado, La Habana

\*\*\*\*\*

México, D.F., 1° de junio de 1954.

Sr. don Roberto Fernández Retamar,

Calle H, n° 510, apto. 12,

Vedado

La Habana

C U B A

Querido amigo:

Gracias por su carta y por su precioso libro *La poesía contemporánea en Cuba*, que de veras es una alegría leer y releer, porque a cada paso se encuentra uno con lo que sueña y con lo que desea. Lo felicito cordialmente. Le agradezco los buenos recuerdos y menciones. Quedo atento a su obra y prendado de su buena amistad. Muy suyo,

Alfonso Reyes

Av. Industria 122,

México 11, D.F,

\*\*\*\*\*

México, D.F., 3 de noviembre de 1954.

Sr. don Roberto Fernández Retamar,

Calle H n° 510, apto. 12,

La Habana, C U B A

Amigo mío:

Por mis bodas de oro con la pluma (28 de nov. 1955) algunos amigos quieren publicar, en el Fondo de Cultura, un breve volumen de *muy escogidas* páginas sobre mi obra, *hechas ya anteriormente*. Me piden su artículo de *Orígenes*, X, n° 34, 1953, págs. 73-76.<sup>8</sup> No lo daré sin previa autorización de usted, y si hay retoques, los espero. Si no le agrada, no tenga empacho en decírmelo.

Suyo cordialmente

Alfonso Reyes

AV. GRAL. BENJAMIN HILL, No. 122

MEXICO 11, D.F.

\*\*\*\*\*

La Habana, noviembre 11 de 1954

Sr. don Alfonso Reyes

Av. Gral. Benjamín Hill, No. 122,

México 11, D.F.

Admirado don Alfonso:

Su carta me ha traído alegría verdadera. Pensaba ya, desde hace semanas, después de conocer (por artículo de Félix Lizaso<sup>9</sup>) la cercanía de su primer medio siglo “entre libros”, cómo sumarme, de alguna manera, al natural júbilo por esos

sus cincuenta generosos años de literatura. Ahora Ud. me ofrece la más grata oportunidad. Con gusto he vuelto a copiar (para ser honrado: lo ha hecho mi esposa) el trabajo, y he tachado aquí y allá, con la esperanza de que no se escapen erratas de las que deshacen o hacen sentido.

No pierda Ud. costumbre, le ruego, de sorprender tan espléndidamente como con su carta ha hecho, a su devoto

Roberto Fernández Retamar

Calle H No. 510, apto. 12,

El Vedado, La Habana.

\*\*\*\*\*

La Habana, 23 de diciembre de 1954

Sr. don Alfonso Reyes,

Av. Gral. Benjamín Hill no. 122,

México 11, D. F.

Admirable Reyes:

Joyce pidió alguna vez, entre socarrón y grave, un lector dedicado de por vida a la tarea de leerlo. Yo no sé si usted ha hecho, en algún sitio de su bosque, tan singular petición. Pero a sus lectores se nos va –se nos acrece– la vida en ese siempre renovado y siempre insaciado placer de leerlo por los cuatro puntos cardinales. En estos meses, no ya por razones de mero deleite, sino por urgencias académicas (“con vistas, como todo español, a oposiciones”, decía en carta reciente a un amigo el poeta Valverde<sup>10</sup> de parecidas labores), he vuelto sobre sus grandes textos, que me entregaron, junto al placer de ayer, la armoniosa erudición que tanto le agradecemos. Aun después de estudiados los tres gruesos y secos volúmenes de J. E. Sandys (*A History of Classical Scholarship*),<sup>11</sup> hallamos materia y espíritu sobrados

en *La Crítica en la Edad Ateniense*,<sup>12</sup> en *La Antigua Retórica*.<sup>13</sup> Pero, “a lo que te truxe”: la noche del día 20-21 volví a devorarme *Junta de Sombras*.<sup>14</sup> A las dos o tres de la madrugada se acabó el libro –y casi me acabo yo. Pero he aquí que cuando regreso maltrecho, a la hora de almuerzo, de las clases, me espera la alegría de ver que la *silva* ha echado nuevas hojas verdes. Para mayor gusto, había buscado en vano el cuaderno que tuvo la bondad de enviarme,<sup>15</sup> así que esta lectura fue la primera. Y en fin, ¿qué decirle?: consuelo nuevo; y estos versos,<sup>16</sup> borroneados sin tiempo, pero con la devoción sin reservas de su

Roberto Fernández Retamar

P.S:-Muchas felicidades pascuales –y de las otras.

\*\*\*\*\*

[Tarjeta manuscrita. Al dorso lleva un dibujo de Saul Steinberg.]

Sr. D. Roberto Fernández Retamar

Calle H No. 510, apto. 12, - Vedado, La Habana

Cuba

¡Gracias por ese magnífico poema “Visitaciones cubanas” ! Le envié un *Mallarmé*.  
Que le sea grato. Feliz año de 1955

11.I.55

Alfonso Reyes

AV. GRAL. BENJAMIN HILL, No. 122

MEXICO 11, D.F.

\*\*\*\*\*

La Habana, abril de 1955

Sr. Dn. Alfonso Reyes,  
Av. Gral. Benjamín Hill, 122,  
México, D. F.

Admirado don Alfonso Reyes:

Hay muchas labores ingratas, dicen que repetía Perogrullo. Una, por ejemplo, recibir mamotretos más o menos literarios con la esperanza de que sean publicados. Créame que la de enviarlos no es más agradable. Durante muchos meses he tenido esta papelería a mi lado, esperando la fortuna de poderla editar por mi cuenta. Como a estas alturas aún no he terminado de pagar el anterior libro (sobre poesía cubana), creo llegado el momento de perder tan singular ilusión, antes de que los versos amenacen ser hojas póstumas. Y, tras muchas vacilaciones, le envió el cuaderno con la esperanza –que bien sé que nada abona– de que pueda publicarse bajo la generosa mano del *Fondo*.<sup>17</sup> ¿Es ello posible? Mi gratitud hacia Ud., ya grande, será mayor. ¿No lo es? Comuníquemelo, por favor, tan pronto pueda, para irme con mi ruido a otra parte, ejerciendo el ingrato papel que ya con Ud. he estrenado: el de joven con manuscrito bajo brazo. (Parece el título de un cuadro feo.) Perdone que lo moleste con esta impertinencia, pero no tengo otra. Anderson Imbert, creo, ha contado una curiosa anécdota sobre su relación con Shaw: después de leer en los periódicos que el dramaturgo inglés se quejaba de que su vasta correspondencia le impedía producir alguna comedia más al año, Anderson decidió no escribir más a G.B.S. para contribuir así de algún modo al crecimiento de su teatro. Crea que a mi vez yo contribuiría gustoso con mi silencio a otro tomo de su traslado de la *Ilíada*, a un nuevo y admirable trabajo sobre mitología griega, a quién sabe qué ganancia deliciosa y necesaria de nuestras letras; pero, por un momento, puede más el escozor de la publicación. Excúseme, y gracias por cualquier atención.

Con reiterada admiración,

Roberto Fernández Retamar.

s/c.- Calle H No. 510, Ap. 12, El Vedado, La Habana

o

Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de La Habana

\*\*\*\*\*

México, D.F., 10 de mayo de 1955.

Sr. don Roberto Fernández Retamar,

Calle H, nº 510, apto. 12,

Vedado,

La Habana,

C U B A

Mi querido amigo:

Gracias por su carta de abril, gracias por sus bellos versos “Canciones de antes” en *Orígenes*.<sup>18</sup> Recibo con los brazos abiertos el original de *Alabanzas, conversaciones*. Estoy navegando en sus páginas con deleite. Espere usted un poquito, por favor. No formo parte del Fondo de Cultura, aunque ellos son los editores de lo poco que publicamos en el Colegio de México. Pero sí soy muy amigo de esa casa, que ha publicado la mayoría de mis libros en México. El Director, Arnaldo Orfila Reynal, está ausente. No tarda en volver: creo preferible ir a la cabeza. Ya le informaré. Cordialmente suyo.

Alfonso Reyes.

\*\*\*\*\*

La Habana, mayo 29 de 1955

Sr. don Alfonso Reyes,

Av. Gral. Benjamín Hill no. 122,

México, D. F.,

Admirable Reyes:

Con mucha alegría natural recibí su carta en que me hablaba de mi cuaderno de versos *Alabanzas, conversaciones*; gustosamente espero, y le quedo aun más agradecido. Si hay necesidad –yo no sé si se requiere– de alguien que personalmente atienda las pruebas y realice otras gestiones, el pintor Felipe Orlando, amigo muy querido residente en México, estoy seguro que podrá hacerlas. Desde luego, no le he dicho aún nada. En fin, aguardo cualquier palabra suya.

Recibí para deleite mayor su *Mallarmé entre nosotros*.<sup>19</sup> Lo conocía fragmentariamente, pero leerlo completo fue placer nuevo. Por cierto, ¿conoce Ud. el traslado del “Golpe de dados” realizado por Cintio Vitier?<sup>20</sup> Apareció en algún *Orígenes*.<sup>21</sup> Si le interesa, tendré mucho gusto en hacérselo llegar. Léí también su *Trayectoria de Goethe*:<sup>22</sup> un libro necesario y cumplido, con final muy hermoso. Y nada más, salvo afectuosos saludos. Espera de Ud. siempre razones para felicidad,

su

Roberto Fernández Retamar.

s/c.- Calle H No. 510, Ap. 12, El Vedado, La Habana

\*\*\*\*\*

México, D.F., 6 de junio de 1955.

Sr. don Roberto Fernández Retamar,

Calle H, n° 510, apto. 12,

Vedado,

La Habana,

C U B A.

Mi querido amigo Roberto:

Recibo su carta del 29 de mayo, y me duele en extremo tener que transcribirle la que con fecha 3 de junio acaba de dirigirme el Fondo de Cultura Económica y que a la letra dice:

“Lamento tener que decirle lo que tantas oportunidades me he visto obligado a expresarle: La Junta de Gobierno no ha podido hasta ahora resolver la incorporación de una sección de Letras Hispanoamericanas como lo desearía y ya sabe usted que únicamente pudo incorporar la de Letras Mexicanas porque era una obligación que teníamos con nuestro propio país. Esta circunstancia hace que no pueda darle a usted una respuesta favorable para responder al amable ofrecimiento del Sr. Fernández Retamar. Me hubiera agradado mucho, por ser usted el amigo intermediario, haber podido acceder a esa solicitud.”

Por la adjunta copia de mi respuesta al Sr. Orfila Reynal verá usted que sigo empeñado en procurar una solución.

Lo abraza afectuosamente

Alfonso Reyes.

AV. GRAL. BENJAMIN HILL, No. 122

MEXICO 11, D.F.

\*\*\*\*\*

México, D.F., 6 de junio de 1955.

Sr. D. Arnaldo Orfila Reynal,

Fondo de Cultura Económica,

Av. Universidad 975,

México 12, D.F.

Mi querido amigo:

Tomo nota de su carta del 3 relativa a la petición del poeta Roberto Fernández Retamar, a quien ya comunico su resolución. Me atrevo todavía a suplicarle que, dado su conocimiento del ambiente editorial, me oriente un poco sobre la posibilidad de obtener un editor en México para el libro de mi admirado y querido amigo.

Lo saluda muy afectuosamente

Alfonso Reyes

AV. GRAL. BENJAMIN HILL, No. 122

MEXICO 11, D.F.

\*\*\*\*\*

México, D.F., 14 de junio de 1955.

Sr. D. Octavio Paz,<sup>23</sup>

Organismos Internacionales,

Secretaría de Relaciones Exteriores,

México, D.F.

Mi querido Octavio:

Tengo en mis manos el original de un libro de poesías del buen poeta cubano Fernández Retamar. ¿Habrá posibilidad de que usted lo examine para su posible inclusión en las colecciones de Emilio Obregón?

Muchas gracias en todo caso y un afectuoso abrazo de

Alfonso Reyes

AV. GRAL. BENJAMIN HILL, No. 122

MEXICO 11, D.F.

\*\*\*\*\*

La Habana, 28 de junio de 1955

Sr. don Alfonso Reyes,

Av. Gral. Benjamín Hill, 122,

*México*, D.F.

Mi admirado, mi querido don Alfonso:

Le tenía ya una carta cuando me llegó la copia de la suya a don Octavio Paz sobre las vicisitudes de *Alabanzas, conversaciones*. Pero no puedo sino multiplicarle lo que allí le decía: que siento como ventura grande el haber verificado por mis propias manos lo que el gran viejo Unamuno afirmó: “la inteligencia de Alfonso Reyes es una parte de su bondad”; y que este encuentro, el de la bondad humana, es más extraño, más fabuloso y necesario que el de un editor; a éste podría suplirlo con algún dinero: ¿con qué a su inagotable benevolencia, a esos trajines de *pater familias* cuya parentela es un pueblo de bocas? Yo eso le agradezco más que toda otra cosa: el espectáculo espléndido de su generosidad. Mucho tiempo he sido deudor de su inteligencia; ahora lo soy también de su corazón. Le he causado muchas molestias: no puedo hipócritamente excusarme (Ud. sabe cómo se quiere, cuando se necesita, una publicación); pero me molesta de veras robarle

su tiempo. Me gustaría que Ud., como por otra parte parece, fuera en efecto múltiple, vario, como un personaje de Wells o Borges: así me consolaría pensando que, a la vez que perdía su tiempo tratando de dar a la luz o sombra mis borradores, ganaba ese mismo tiempo en otras labores suyas. Pero en fin, ya está hecho, y sólo me queda asegurarle que, sea cual fuere el resultado de esas gestiones, ha dado Ud. muchas y nobles alegrías a su devoto

Roberto Fernández Retamar

s/c Calle H No. 510, Ap. 12, El Vedado, La Habana.

\*\*\*\*\*

México, D.F., 2 de julio de 1955.

Sr. D. Roberto Fernández Retamar,  
Calle H, nº 510, apto. 12,  
La Habana,  
C u b a.

Mi querido y buen amigo:

Yo comprendo que la ilusión de usted era publicar su libro de versos en el Fondo de Cultura. Ya ve usted que esos señores no ceden en sus planes. Tampoco entraron dentro de los planes del librero Obregón. Otras editoriales hay, pero no son literarias o no tienen categoría ni garantía. Porrúa también publica sólo lo que quiere en sus colecciones limitadas. ¿Qué hago con su libro? Yo puedo ofrecerle hacer por cuenta del Colegio de México una edición limitada y judía. No sé si eso le conviene. Déme sus órdenes, por favor. Aún no somos los escritores [esta última palabra, intercalada manuscrita] dueños de la máquina editorial. Lo saluda con vivo afecto

Alfonso Reyes

[Posdata manuscrita]

Mi carta se cruza con su simpática misiva del 28 de junio. Espero sus órdenes. Lo abrazo

A.R.

\*\*\*\*\*

La Habana, 9 de julio de 1955

Sr. don Alfonso Reyes,

Av. Gral. Benjamín Hill no. 122,

*México*, D. F.

“Mi más querido Alfonso”:

Por ventura, la mano mayor de Juan Ramón me sigue dando las palabras que yo querría: “Fénix/ de alas abiertas, siempre nuevas/ en los moldes del llamear.” Me ofrece Ud., para mi ajetreado cuaderno de versos, “una edición limitada y judía” por cuenta del Colegio. Quizá la vanidad, que nunca se decepciona; quizá el “Amor intelectuallis” de que nos hablaba el judiazco (ya que entre hebraístmos andamos), me hace sólo decirle que sean cuales fueren las condiciones, las acepta de antemano, y le expresa la mayor gratitud, su devoto

Roberto Fernández Retamar

P.S.- Le recuerdo que mi querido amigo el pintor Felipe Orlando, quien allí reside, creo que podría –de pedírselo yo– atender la impresión del librito.

\*\*\*\*\*

EL COLEGIO DE MÉXICO

DURANGO, 93

Mexico 7, D.F.

México, D.F., 15 de julio de 1955.

Sr. D. Roberto Fernández Retamar,

Calle H, n° 510, apto. 12,

Vedado,

La Habana,

C U B A.

Mi querido amigo:

Celebro mucho la decisión que me comunica su grata del 9 del actual. Ya procedo a orientar la edición de su libro de versos en los términos anteriormente indicados y, en su momento, le comunicaré detalles y me pondré en relación con el pintor don Felipe Orlando, nuestro buen amigo. Perdóneme mi laconismo: estoy algo enfermo. Las dos manos de su devoto amigo

Alfonso Reyes

AR/ja.

\*\*\*\*\*

EL COLEGIO DE MÉXICO

DURANGO, 93

México 7, D.F.

México, D.F., 12 de agosto de 1955.

Sr. D. Roberto Fernández Retamar,

Calle H, n° 510, apto. 12,

Vedado,

La Habana, CUBA.

Mi querido amigo:

Me da usted una excelente noticia que me llena de alegría. Todo sea para bien, y que prospere su curso de filología clásica y lingüística en aquella Facultad.

Como no somos una verdadera editorial, la imprenta en que trabajamos nos deja siempre para los últimos turnos y cumple primero con las casas que de veras la sostienen. Por eso su libro tarda un poquito. Pero conviene desde ahora que pida usted a nuestro común amigo don Felipe Orlando que se ponga en comunicación con nosotros. Acaso pudiera estar a tiempo todavía para dar a la imprenta las correcciones, aumentos y supresiones de que usted me habla, lo que ahorraría tiempo y trabajo.

Le envía un abrazo afectuoso su firme amigo

Alfonso Reyes

AR/ja.

\*\*\*\*\*

[Tarjeta postal manuscrita. Al dorso, foto del Panteón.]

PAR AVION

Sr. D. Alfonso Reyes

AV. GRAL. BENJAMIN HILL, No. 122

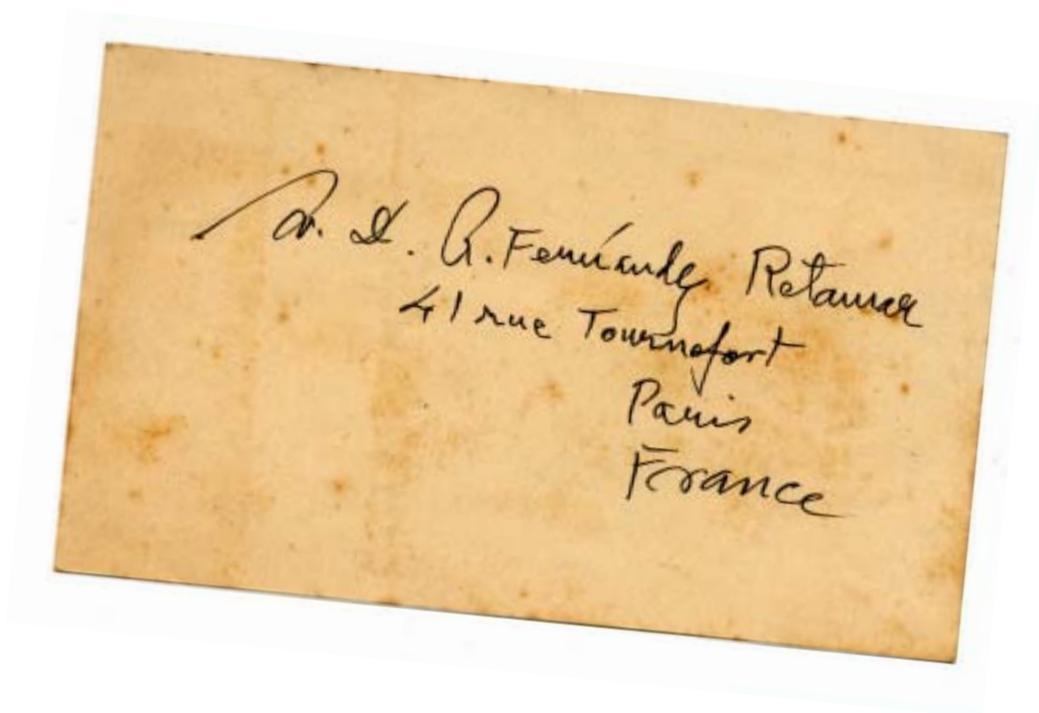
MEXICO 11, D.F.

[París, agosto de 1955]

Traídos por el azar, la alegría y la justiciera sorpresa a París, pensamos aquí en Ud. no menos que en Cuba. En 41, rue Tournefort, París 5e., dispone Ud. por algún tiempo de

R. Fdez Retamar y Sra.

\*\*\*\*\*



[Tarjeta manuscrita.]

Sr. D. R. Fernández Retamar

41 rue Tournefort

París

France

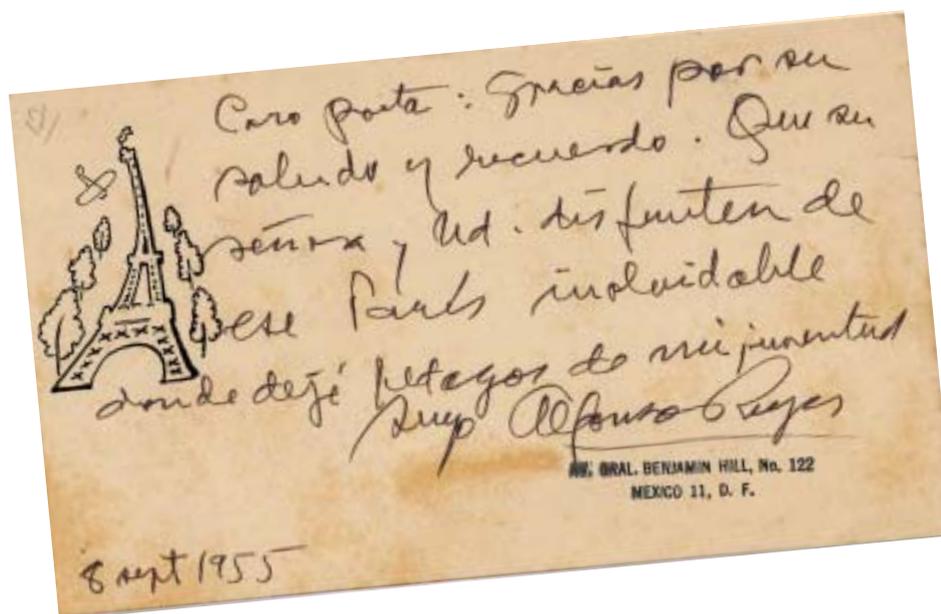
Caro poeta: Gracias por su saludo y recuerdo. Que su señora y Ud. disfruten de ese París inolvidable donde dejé pedazos de mi juventud.

Suyo Alfonso Reyes

AV. GRAL. BENJAMIN HILL, No. 122

MEXICO 11, D.F.

8 sept. 1955



\*\*\*\*\*

[Carta manuscrita.]

La Habana, 18 de enero de 1956

[dice por error 1955]

Sr. don Alfonso Reyes,  
Av. Gral. Benjamín Hill, 122,  
México, D.F.

R. Fndz Retamar  
H. No. 510 Vedado  
La Habana

Cuba

[Anotación manuscrita de A.R.]

Admirado Reyes:

Creo que la última vez que le escribí, estaba yo en Grecia; y aunque, honradamente sea dicho, no recorría yo las tierras cantando el *pou moi ta rhóda, pou moi ta ía, pou moi ta kalá sélina* [en el original, en letras griegas],<sup>24</sup> no es menos cierto que derivé inolvidables alegrías de ese viaje: Atenas blanca, Eleusis extraña, Epidauros en cuyo teatro se escucha propagarse el soplo de la voz, Micenas sola en medio del áspero gris. ¡Y las islas! Itaca del astuto, el país de los feacios, aquella otra disputada por la arqueología y la imaginación. Pero en fin: el viaje ha terminado: los meses en París, la visita a Venecia, a Roma, a Pompeya, el paso por España, concluyen con uno sentado en esta silla, nostálgico, y escribiendo estas cosas. De nuevo en La Habana (donde, ay, “suspiro por las regiones/ donde vuelan los halcones/ sobre el mar”, como decía nuestro pobre Casal), ofrezco a Ud. aquí, de nuevo, este su hogar, y cuanto pueda querer de mí. Además, por enésima vez –nunca la última ni la suficiente– agradezco su excesiva gentileza al hacer imprimir los versos con que le molesté.

Su devoto y agradecido

admirador

R. Fdez Retamar

P.S.- Acabo de leer el núm. 2 de la excelente *Revista Mexicana de Literatura*, y su gran trabajo [la fotocopia se interrumpe aquí].<sup>25</sup>

\*\*\*\*\*

EL COLEGIO DE MÉXICO

DURANGO, 93

MÉXICO 7, D.F.

México, D.F., 23 de enero de 1956.

Sr. D. Roberto Fernández Retamar,

Calle H, n° 510,

Vedado

La Habana,

C U B A.

Mi querido amigo:

Muy grata sorpresa su carta del 18 de enero, al regreso de la eterna Grecia y de las demás Grecias de Europa. Gracias por su apreciación de mi trabajo sobre la danza griega, que es un capítulo de un libro en marcha sobre la religión griega,<sup>26</sup> por lo cual especialmente insistía en los aspectos religiosos.

Antes de cerrar esta carta, incluiré en ella una notita informativa sobre el estado en que se encuentra la impresión de su libro de versos, asunto de que siempre nos felicitaremos aquí todos.

Un abrazo muy afectuoso.

Alfonso Reyes.

[Posdata manuscrita:]

Se me hace saber que su tomito, cuyas pruebas vio Orlando, se está encuadernando ya.

A.R.

AR./ja.

\*\*\*\*\*

La Habana, 8 de febrero de 1956

[Dice por error 1955]

Sr. don Alfonso Reyes,

Av. Gral. Benjamín Hill, 122,

*México*, D.F.

Don Alfonso:

La esposa de Felipe Orlando me trajo –como el venturoso pan con que nacen los niños en ¿Alemania?– dos ejemplares de mi librito<sup>27</sup> ante los que di mal disimuladas zapatetas en el aire. Gracias, don Alfonso, muchas gracias: otra cosa no sé decirle. Si pudiera arrancarme los ojos y comérmelos, según el verso generosamente horrible,<sup>28</sup> lo haría como homenaje a su bondad. No pudiendo, le tiendo mi agradecida mano de amigo, hijo, discípulo, enloquecido deudor.

Su

Roberto Fernández Retamar

\*\*\*\*\*

México, D.F., 17 de mayo de 1956.

Sr. don Roberto Fernández Retamar,

Calle H, nº 510, apt. 12,

Vedado, La Habana,

C U B A.

Mi querido amigo don Roberto:

El gratísimo presente de sus *Alabanzas*, con su conmovedora dedicatoria, me llega como buen augurio el día que cumplo mis 67 primaveras (que mayo se es). Gracias de corazón y cuente siempre con la admiración y el cariño de su amigo

Alfonso Reyes.

\*\*\*\*\*

UNIVERSIDAD DE LA HABANA 1728

[Es el diseño de un escudo]

FACULTAD DE FILOSOFIA

Y LETRAS

La Habana, 22 de diciembre, 1956

Sr. don Alfonso Reyes,

Av. Gral. Benjamín Hill, 122,

México, D.F.

Admirable Reyes:

Le acompaño una nota de heterodoxo profesor de filología en que, como siempre, lo cito con aprovechamiento y gusto.<sup>29</sup> Estoy trabajando en la preparación de un curso libre (*Idea de la estilística*), a base del cual haré un cuaderno: tan pronto vea la luz le mandaré un ejemplar.

Como peticionario suyo casi profesional, voy a rogarle un servicio: quiero poner en mi despacho dos retratos: el de Unamuno y el de Ud.: el español muerto y el viviente (¡y por mucho tiempo!) a quienes debo más. ¿Tendría Ud. una foto suya que pudiera enviarme? Me apresuro a agradecerlo. Y a hacerle llegar mis mejores deseos de venturas pascuales y para el año venidero.

Su devoto

Roberto Fernández Retamar

[Posdata manuscrita]

P.S. El retrato de Unamuno de que dispongo es del tamaño de la “colección” que publicó *Sur*, por ej[emplo].

\*\*\*\*\*

[Tarjeta manuscrita con algunas palabras impresas]

Sr. Dr. Roberto Fernández Retamar,

Facultad de Filosofía y Letras

Universidad de

La Habana

Cuba

Alfonso Reyes saluda cordialísimamente a su querido Roberto Fernández Retamar y le agradece el envío de su preciosa nota sobre “La Escuela Lingüística Español-

la” y su grata carta; espera siempre sus trabajos y le envía foto barbada (nueva época), a la vez que le desea mucha dicha en 1956-7.

Ave. General Benjamín Hill 122

México 11, D.F.

\*\*\*\*\*

UNIVERSIDAD DE LA HABANA 1728

[Es el diseño de un escudo]

FACULTAD DE FILOSOFIA

Y LETRAS

La Habana, febrero, 1957

Sr. don Alfonso Reyes,

Av. Gral. Benjamín Hill, 122,

México, D.F.

Admirado don Alfonso Reyes:

Gracias por su tarjeta y su retrato “barbado (nueva época)”, que está ya en su marco y, como mira de frente, atiende inexorable a cuanto voy haciendo. Es decir, eso quiero.

A cada rato me llega de México, o de cualquier otra parte del planeta, noticia, respiración de su vida en dos o tres (cientos) mundos.

Alegre algún día pidiendo, esta vez usted, algo a su fiel

Roberto Fernández Retamar

\*\*\*\*\*

[Carta manuscrita.]

New Haven, 9 de octubre, 1957

Sr. don Alfonso Reyes,

México, D.F.

Admirable don Alfonso:

Pensaba enviarle un saludo muy cordial desde esta ciudad breve o pueblo grande, cuando amigos de New York —el excelente Eugenio Florit<sup>30</sup> entre ellos, que me dio a leer preciosa carta de Ud.— me comunican que ha estado Ud. enfermo y que ha sido sometido a operación. Con sobrado motivo le escribo ahora, para enviarle mis mejores deseos de restablecimiento rápido y total. (Hay que volver a recordar a San Pedro los muchos libros que le quedan a Ud. en su descomunal tintero.) Estoy seguro de que ha de ser así.

Durante este curso estaré a sus órdenes en esta Universidad,<sup>31</sup> a la que he sido invitado a ofrecer un curso sobre poesía hispanoamericana contemporánea.

Las mejores memorias de su

R. Fdez Retamar

\*\*\*\*\*

México, D. F., 14 de octubre de 1957.

Sr. Prof. R. Fernández Retamar,

Department of Spanish

137 College St.

Yale University,

New Haven, Conn.

Mi querido amigo:

Gracias por su afectuosa carta del 9. Me voy reponiendo poco a poco, en efecto, de una durísima operación. Que tenga usted el mayor éxito en esa Universidad. Las dos manos de su muy amigo

Alfonso Reyes

\*\*\*\*\*

[Tarjeta manuscrita con algunas palabras impresas]

Sr. D. R. Fernández Retamar

Universidad Central de las Villas

Santa Clara

Cuba

¡Gracias, Roberto Fernández Retamar, poeta siempre, escritor siempre adamantino, amigo querido!

Alfonso Reyes le agradece el envío de *Idea de la Estilística*.<sup>32</sup>

Un abrazo

24 IV 1959

Ave. General Benjamín Hill 122

México 11, D.F.

\*\*\*\*\*

REPÚBLICA DE CUBA  
MINISTERIO DE EDUCACIÓN  
INSTITUTO NACIONAL DE CULTURA

La Habana, 11 de julio de 1959

Sr. don Alfonso Reyes

Av. Gral Benjamín Hill, 122

México 11, D.F.

Mi admirado y necesario don Alfonso:

Gracias por su tarjeta generosa a propósito de mi librito sobre estilística. Hoy vuelvo a Ud. con esa recurrencia de la naturaleza donde hay estaciones (que no en Cuba) o de nuestros pertinaces ciclones. Sucede que mi querido Cintio Vitier, que con tanta fortuna comenzó a dirigir la *Nueva Revista Cubana*, ha sido honrado con la jefatura del Instituto de Estudios Hispánicos de la Universidad Central de las Villas, viéndose así privado, por falta material de tiempo, de seguir al frente de la Revista. La directora de cultura<sup>33</sup> me ha instado entonces a asumir esa cabeza vacante, y a

sabiendas de que la sucesión es difícil tratándose de un hombre de tanta sabiduría y poesía como Cintio, no he podido negarme. En otras y más llanas palabras: que he quedado como el director de la *Nueva Revista Cubana*. Mi primer pensamiento: pues a escribirle a don Alfonso, a sabiendas de que Cintio lo ha hecho ya, y abrirle de par en par páginas, puertas y ventanas de esta revista suya. ¡Cuánta alegría contar con algo suyo, trabajo grave o arañazo de pluma! Como además estamos ahora en luna de miel con la historia, después de tantos años de espanto o ausencia, el nombre de Ud., cabeza natural de la América nuestra, es sencillamente una necesidad que sienten todas y cada una de las páginas de la revista. No deje Ud., por favor, de hacerlo brillar allí. Y si sabe de algún amigo a quien interesaría publicar en la Revista, sepa que su consejo en ese sentido hace ya mover las prensas.

Sus ojos me están mirando desde el retrato barbado que tengo frente a mí. Los míos lo miran a Ud. siempre. Espero su respuesta.

Su

R Fdez. Retamar

[Posdata manuscrita]

P.S.- ¿Le ha llegado ya el primer número, con textos de Fernando Ortiz, Jorge Mañach, Eliseo Diego, Nicolás Guillén, Lezama et al.<sup>34</sup>

\*\*\*\*\*

México, D.F., 22 de julio de 1959.

Sr. D. Roberto Fernández Retamar,

Ministerio de Educación,

Instituto Nacional de Cultura,

C U B A.

Mi querido don Roberto:

Gracias por su carta del 11 y la honrosa y muy bien venida invitación que me trae. Celebro saber que hereda Ud. la dirección de la *Nueva Revista Cubana*, de manos de nuestro admirado y querido Cintio Vitier. Ya le enviaré algo en cuanto pueda. Llevo *meses* hospitalizado en casa (el corazón...) y de momento no puedo ofrecer ni cumplir. Pero no lo olvidaré, no.

¿Posibles colaboradores mexicanos?

José Luis Martínez, Euclides 10, México, D.F.

Alfonso Caso, Av. Revolución 1283, Tacubaya, D.F.

Daniel Cosío Villegas, 2a. Cerrada Frontera nº 7, Villa Obregón, D.F.

José Gaos (el filósofo español, ya mexicano), Niágara 38, México 5, D.F.

Juan José Arreola, Elba 32 - 402, México 5, D.F.

Ramón Xirau (español ya mexicano), Adolfo Prieto 730, Colonia del Valle, México, D.F.

*A suivre*. No tengo fuerzas para nada.

Lo recuerdo siempre. Soy cordialmente suyo.

Alfonso Reyes,

\*\*\*\*\*

REPÚBLICA DE CUBA  
MINISTERIO DE EDUCACIÓN

*DIRECCIÓN GENERAL DE CULTURA*

La Habana, septiembre 3 de 1959.

Sr. don Alfonso Reyes,  
Avenida Benjamín Hill, 122,  
México, D.F.

Mi querido amigo don Alfonso:

Primero que nada, le agradezco su carta de julio 20 y las direcciones de colaboradores posibles, a todos los cuales he escrito ya, desde luego.

Ahora, aunque bien conozco (y lamento) de su enfermedad, quisiera pedirle algo que, acaso, no le sea más difícil de dictar que una carta –y para nosotros es importantísimo. Es esto: con motivo de cumplirse el primero de enero próximo el primer aniversario de la caída de la dictadura, pienso naturalmente consagrar a ese acontecimiento memorable el número correspondiente de la *Nueva Revista Cubana*, que se llamará: *La Revolución Cubana: un año de vida*.

Espero dividir la entrega en tres partes: Testimonio Extranjero, Testimonio Cubano y una serie de estudios sobre aspectos del país (Vida Intelectual, por José Antonio Portuondo; Política Externa, por Raúl Roa, etc.). El Testimonio Extranjero deseo profundamente encabezarlo con el suyo. Deben figurar también Miguel Ángel Asturias, Ezequiel Martínez Estrada, María Zambrano (que han prometido colaborar con la Revista) y, probablemente, algunas grandes figuras de otros idiomas. Se trata de *una o dos cuartillas* en que se exprese simpatía por nuestro país, nuestra actual situación, el esfuerzo de nuestra Revolución, etc.: lo que Ud. pueda considerar importante para encabezar número tan importante. Sé que con esto le robo tiempo y esfuerzo: piense que unas cuantas palabras (como suyas, “unas cuantas palabras verdaderas”, según decía Machado) alegrarán mucho a este país que lo tiene a

Ud. como lo mejor suyo, y que vive ahora momento de tanta noble tensión esperanzada.

Lo aprecia devotamente,

Roberto Fernández Retamar

P.S. Desde luego consideramos ésta como una colaboración regular a los efectos que Rubén hubiera llamado argentinos.

\*\*\*\*\*

REPÚBLICA DE CUBA  
MINISTERIO DE EDUCACIÓN  
INSTITUTO NACIONAL DE CULTURA

La Habana, 26 de noviembre de 1959

Sr. don Alfonso Reyes

Avenida Gral. Benjamín Hill, 122

México, D.F.

Admirado amigo Reyes:

Hace ya algún tiempo (el 3 de septiembre) escribí a usted en demanda de unas líneas que consideramos esenciales para nosotros. Espero vivamente que no haya sido la enfermedad lo que le haya impedido hacernos ese grande servicio, y sí el cúmulo de trabajo que luego se traduce en libros admirables [...]. Por ello, por la

esperanza de que no son males del cuerpo los responsables de esta nueva petición, es que me animo a hacerla.

¿Recuerda Ud. que le había hablado de un número especial de la *Nueva Revista Cubana*, en que se rendiría homenaje a la revolución cubana al cumplir su primer año de vida? De ello se trata. Este número estará encabezado por un “testimonio extranjero” en que se recojan páginas de algunas grandes figuras, de algunos grandes hombres, sobre la hazaña extraordinaria que está siendo esta revolución. Tal “testimonio” queremos encabezarlo con unas palabras de Ud. También se ha pedido colaboración a Ezequiel Martínez Estrada, que ha enviado una página valiente y noble; a Waldo Frank y Miguel Ángel Asturias, que han prometido, en su paso por La Habana, enviarla; a Rómulo Gallegos, a María Zambrano, y posiblemente a Jean Paul Sartre. No tengo necesidad de encarecerle la importancia suma que concedemos a estas palabras. Se trata, en cada caso, de *una o dos cuartillas* (aunque nosotros, desde luego, las consideraremos a todos los efectos como una colaboración regular). En ellas, se expresará una opinión personal sobre el actual momento cubano, en el que todos tenemos puestas nuestras ilusiones y nuestras esperanzas. Nietzsche –¿recuerda usted?– decía que España era un pueblo que había aspirado a demasiado. Pero, mi querido amigo, ¿qué otra cosa, sino lo demasiado, es meta digna para un pueblo? Lo demasiado nuestro no es Cuba, sino Hispanoamérica, ese sueño de fundar aquí, al cabo, por algún costado, por todos, la última Tule que encontró ya voz en usted. Ese costado es México, es Cuba, es la gran tierra nuestra. Cuando batallamos en uno de nuestros rincones, nunca nos abandona la conciencia de guerrear por la tierra, por la patria mayor “de Bolívar y Bello”, –se leerá en la entrega que está al salir– “de Hostos, de Rodó, de Reyes”. Que no nos falte su palabra excepcional en este momento excepcional.

Lo admira mucho su

Roberto Fernández Retamar

\*\*\*\*\*

México, D.F., 30 de noviembre de 1959.

Sr. D. Roberto Fernández Retamar,

Instituto Nacional de Cultura,

Ministerio de Educación,

La Habana,

C U B A.

Mi querido y admirado amigo don Roberto:

En efecto, recibí su carta anterior a que se refiere la actual del 20 de noviembre. En efecto, mi salud es muy mala y no puedo concentrarme para escribir ahora nada que valga la pena, y menos sobre asuntos tan delicados como los que se refieren a la felicidad de nuestros pueblos americanos. Quizá usted habrá advertido que me he abstenido sistemáticamente de tocar las cuestiones políticas contemporáneas de mi país, siguiendo una norma general de mi vida. No puedo romperla en este caso. Lo único que quiero es que conste de un modo explícito y claro mi profundo anhelo por la felicidad del pueblo cubano y por el afincamiento cada vez mayor de sus libertades y la pulcritud de sus gobiernos. Esta declaración general puede usted desde luego usarla. Sé que es muy poco expresiva desde un punto de vista exterior y retórico. Pero si dan ustedes a las palabras todo su peso, sé que ello basta y manifiesta claramente mi estado de ánimo para la querida república hermana.

Lo abraza

Alfonso Reyes.<sup>35</sup>

## NOTAS

<sup>1</sup>Se trata de mi primer cuaderno: *Elegía como un himno. (A Rubén Martínez Villena)*, La Habana, 1950.

<sup>2</sup>Yo le había pedido a Reyes un poema autógrafo para una exposición que proyectábamos hacer en la Sociedad Cultural Nuestro Tiempo. La exposición no se realizó al cabo, y terminé donando los poemas que había recibido a la Biblioteca Nacional José Martí.

<sup>3</sup>Fue mi segundo título de versos: *Patrias (1949-1951)*, con una viñeta de Felipe Orlando, La Habana, 1952.

<sup>4</sup>Reyes me envió esta tarjeta a propósito de mi ensayo “En torno a la obra poética de Alfonso Reyes”. *Orígenes* (La Habana) (34); 1953, en que comenté su libro *Obra poética*, México D. F., Fondo de Cultura Económica, Letras Mexicanas, 1952.

<sup>5</sup>Adelaida de Juan. Nos casamos el mismo día, a mediados de agosto de 1952, en que viajamos a México.

<sup>6</sup>Radicado desde la década de 1940 en México (y luego en España), Felipe Orlando nació en Cuba en 1911. A su notable faena de pintor sumó luego otra de escritor. Gracias a su generoso entusiasmo, en nuestro viaje de recién casados a México pudimos desde conseguir albergue hasta conocer creadores como Reyes y Rufino Tamayo.

<sup>7</sup>Fernández Retamar, Roberto. *La poesía contemporánea en Cuba (1927-1953)*. La Habana : Ed. Orígenes, 1954.

Había sido mi tesis de grado en la Universidad de La Habana.

<sup>8</sup>Lo que Reyes pensó que sería “un breve volumen” que iba a publicar el Fondo de Cultura, fueron en realidad dos tomos de unas seiscientas páginas cada uno: *Páginas sobre Alfonso Reyes [...] Edición de homenaje*. Monterrey : Universidad de Nuevo León. El primero (1955) comprende textos publicados entre 1911 y 1945; el segundo (1957), textos publicados entre 1946 y 1957.

<sup>9</sup>Escritor cubano (1891-1967) que tuvo bajo su cuidado *Archivo José Martí* (1940-1953). El artículo mencionado apareció en el periódico habanero *El Mundo*.

<sup>10</sup>El escritor español José María Valverde (1926-1996), poeta, ensayista, historiador y crítico de la literatura, traductor, preparaba en su país oposiciones para una cátedra de estética, poco antes de que yo lo hiciera en Cuba para otra de filología clásica y lingüística.

<sup>11</sup>El erudito inglés Sir John Edwin Sandys (1844-1922) publicó los tres tomos de *A History of Classical Scholarship from the Sixth Century B.C. to the End of the Middle Ages*, Cambridge at the University Press, entre 1903 y 1908.

<sup>12</sup>Reyes, Alfonso. *La crítica en la Edad Ateniense (600 a 300 A.C.)*. México : El Colegio de México, 1941.

<sup>13</sup>\_\_\_\_\_. *La antigua retórica*. México : Fondo de Cultura Económica, 1942.

<sup>14</sup>\_\_\_\_\_. *Junta de sombras. Estudios helénicos*. México, D.F. : El Colegio Nacional, 1949.

<sup>15</sup>\_\_\_\_\_. *Nueve romances sordos*. Alcance al número 13 de *Huitlale*, Tomo II. *Correo Amistoso de Miguel N. Lira y Crisanto Cuéllar Abaroa*, Tlaxcala, 1954.

<sup>16</sup>Se trata de mi poema “Visitaciones cubanas”, fechado el 21 de diciembre de 1954 y dedicado *Magistro silvaeve Alfonso Regibus*. Sólo vine a publicarlo en la sección “Cortesía, como Reyes”, de mi libro *Poesía reunida 1948-1965*. La Habana : Bolsilibros Unión, 1966.

<sup>17</sup> Por supuesto, el Fondo de Cultura Económica.

<sup>18</sup> Fernández Retamar, Roberto. Canciones de antes. *Orígenes* (La Habana) (37); 1955.

<sup>19</sup> Reyes, Alfonso. *Mallarmé entre nosotros*. 2a. ed. México : Ediciones Tezontle, 1955.

<sup>20</sup> Poeta, crítico, ensayista, traductor (luego también narrador), Cintio Vitier (nacido en 1921) es figura de primera fila del grupo Orígenes, y además su principal estudioso y antólogo.

<sup>21</sup> Mallarmé, Stephane. Un golpe de dados jamás abolirá el azar. *Orígenes* (La Habana) (32); 1952. (traducción de Cintio Vitier)

<sup>22</sup> Reyes, Alfonso. *Trayectoria de Goethe*. México : Breviarios del Fondo de Cultura Económica, 1954.

Muchos años después supe que por esta época también leyó el libro el joven Ernesto Guevara, quien entonces lo comentó así: “Uno de los más altos espíritus americanos se acerca a la obra de uno de los grandes talentos de la humanidad. Pero el acercamiento, sin ser irreverente, no es de rodillas. Desde el siglo y medio que ha pasado desde Goethe, Reyes mira con cierta displicencia a su modelo germánico y se da el lujo de apuntar las fallas de su carácter [...]”. En: Guevara, Ernesto. Apuntes de lecturas. *Casa de las Américas* (La Habana) (184):25; jul.-sept. 1991.

<sup>23</sup> Esta carta no aparece incluida en *Correspondencia Alfonso Reyes / Octavio Paz (1939-1959)*. Ed. Anthony Stanton. México : Fundación Octavio Paz, Fondo de Cultura Económica, 1998.

<sup>24</sup> “¿Dónde [están] mis rosas, / dónde mis violetas, / dónde mis hermosos apios?”. Se trata de una canción popular en la Grecia clásica que hoy, a más de cuarenta y cuatro años de mi carta a Reyes, he podido poner en español gracias a la amabilidad de la profesora Elina Miranda.

<sup>25</sup> En el No. 2 de la *Revista Mexicana de Literatura*, noviembre-diciembre de 1955, aparece el trabajo de Alfonso Reyes, “La danza griega”, que evidentemente, a juzgar por su respuesta, le comenté entusiasmado. Dicho número incluye también, del colombiano Rafael Gutiérrez Girardot, el valioso estudio “Notas sobre la imagen de América en Alfonso Reyes”.

<sup>26</sup> El anunciado libro *La religión griega* no llegó a ser revisado por Reyes. Apareció póstumamente, editado por Ernesto Mejía Sánchez, conjuntamente con *Mitología griega*, en el tomo XVI de sus *Obras completas*. México D.F. : Fondo de Cultura Económica, 1964.

<sup>27</sup> Fernández Retamar, Roberto. *Alabanzas, conversaciones (1951-1955)*. / viñeta Felipe Orlando. México : El Colegio de México, 1955.

Según el colofón, “se acabó de imprimir el día 30 de noviembre de 1955”. Y también: “Cuidaron la edición Alfí Chumacero y Felipe Orlando.”

<sup>28</sup> Se trata, desde luego, del verso de Pablo Neruda en su “Oda a Federico García Lorca”.

<sup>29</sup> Fernández Retamar, Roberto. Sobre la escuela lingüística española. *Universidad de La Habana* (124-129); 1956.

<sup>30</sup> Aunque nacido en España, y radicado desde la década de 1940 en los Estados Unidos (donde llegó a ser destacado profesor universitario), Eugenio Florit (1903-1999) fue poeta cubano, uno de los mayores de este siglo.

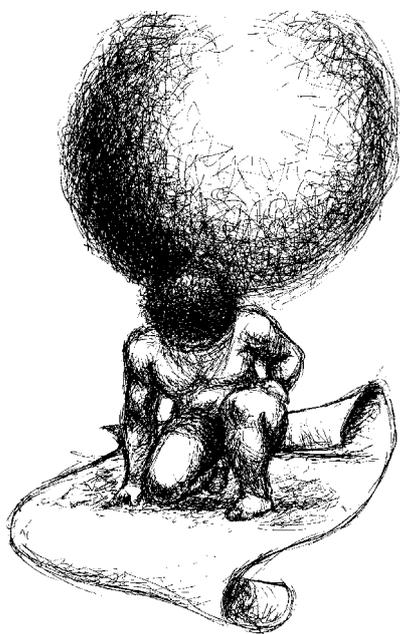
<sup>31</sup> Entre octubre de 1957 y mayo de 1958, cerrada la Universidad de La Habana, e invitado por el profesor José Juan Arrom (nacido en Cuba en 1910), ofrecí en la Universidad de Yale el curso que se menciona. Adelanté un resumen de él en conferencia que leí el 11 de noviembre de 1957 en la Universidad de Columbia, Nueva York, con el título “Situación actual de la poesía hispanoamericana” y fue publicada en *Revista Hispánica Moderna*, Año XXIV, No. 4, octubre de 1958.

<sup>32</sup> Fernández Retamar, Roberto. *Idea de la estilística*. Santa Clara : Universidad Central de Las Villas, 1958.

<sup>33</sup>La doctora Vicentina Antuña (1909-1992), quien fuera profesora de latín en la Universidad de La Habana y figura relevante de nuestra vida pública.

<sup>34</sup>Ese primer número de la *Nueva Revista Cubana* (abril-junio de 1959), publicada por la Dirección General de Cultura del Ministerio de Educación, incluyó en efecto colaboraciones de no pocos de los más destacados representantes de la vida intelectual cubana del momento: entre ellos, el sociólogo Fernando Ortiz (1881-1969), el pensador Jorge Mañach (1898-1961), los poetas Nicolás Guillén (1902-1989), José Lezama Lima (1910-1976) y Eliseo Diego (1920-1994).

<sup>35</sup>Esta carta, la última que recibí de Reyes, fue escrita por este a un mes de su muerte. Apareció casi completa, póstumamente, en el número correspondiente al Año II, No. 1, enero-marzo de 1960, de *Nueva Revista Cubana*. Con el título “Carta sobre Cuba” y unas palabras de presentación, encabezó la sección inicial, “Homenaje a la Revolución Cubana”, donde también aparecieron colaboraciones del estadounidense Waldo Frank, el italiano Cesare Zavattini, el argentino Ezequiel Martínez Estrada, el guatemalteco Miguel Ángel Asturias, el ecuatoriano Benjamín Carrión, el haitiano René Depestre, el hispanomexicano J. M. García Ascot. En la sección sin firma “Avisos” de esa entrega me referí a la desaparición del maestro mexicano en un texto que años después, con el título “Muerte de Reyes”, recogí en mi cuaderno *Cuando un poeta muere 1957-1993*, Matanzas (Cuba), Colección Venablos, Ediciones Vigía, 1994. Pero aquella carta no fue lo último que me llegó de don Alfonso, pues un poco después de su muerte, ocurrida a fines de 1959, recibí su cuaderno *Marginalia. Tercera serie 1940-1959*, México, El Cerro de la Silla, 1959, con esta dedicatoria: “A Roberto Fernández Retamar, / sólo para desearle dicha en 1960 / Alfonso Reyes.”



# Aquel estudiante de arquitectura

**Graziella Pogolotti**

*Profesora de la Universidad de La Habana y  
vicepresidenta de la Unión de Escritores y  
Artistas de Cuba*

Como tantas otras veces, Víctor Manuel había aparecido con un joven acompañante. Esta vez no era un pintor, sino un estudiante de arquitectura aficionado a las letras. Yo escuchaba la conversación, algo distante, hasta el momento de hacer un pequeño aparte con aquel recién conocido. A punto de definir mi carrera universitaria, estaba tentada por la de arquitectura. Le pregunté por sus estudios. Supe que estaba a punto de dejarlos. Me describió las farragosas clases de dibujo y me hizo comprender que ese tampoco sería mi camino. Pocos meses después, nos encontrábamos nuevamente, ahora en las aulas de la Facultad de Filosofía y Letras. Perdidos entre un centenar de rostros todavía sin nombre, nos sentábamos con frecuencia uno junto a otro. Intercambiábamos libros, comentábamos nuestras lecturas más recientes. Entre los apuntes de clase, Roberto Fernández Retamar que yo leía en los recesos entre clase y clase. Éramos voraces. Queríamos aprenderlo todo. Queríamos también cambiar el mundo. Nada, ninguna de las cosas de la vida, nos resultaba indiferente.

La Universidad se mantenía en permanente agitación. Después de la batalla contra el aumento de los precios en el transporte público, llegaron las elecciones de la FEU. Las tendencias se definieron. Por un lado se alineaba la izquierda, encabezada por Alfredo Guevara y Lionel Soto: por otra, una derecha, en parte bien retribuida por prebendas gubernamentales. Formamos una candidatura. Con ingenuidad de advenedizos, decidimos reunir los métodos políticos habituales. Basados en principios más que en compromisos de simpatía personal, nuestra conducta habría de ser aval suficiente para ganar la contienda electoral. Sufrimos una derrota aplastante. En medio de un aislamiento absoluto, no pudimos contar más que con nuestros propios votos.

Roberto supo convertir su tránsito por la Universidad en un verdadero proceso de formación intelectual. Estudiante destacadísimo, primer expediente de su curso desdeñó las lenguas clásicas, ese griego y ese latín, disciplinas impuestas para tanto. Los aprovechó como vía de acceso para un saber gustoso. Hizo de la filosofía un entretenimiento para el ejercicio del pensamiento. Todo ello sin olvidar a Cuba como centro de convergencia de su reflexión, hasta el punto de dedicar a nuestra poesía su tesis de grado. Dos modos en apariencia distantes, pensamiento y creación establecieron desde temprano un diálogo sutil. Sus primeros cuadernos, *Elegía como un himno* y *Patrias* inauguran una década, la del 50, con la voz de una nueva generación.

Revistero por vocación, todavía estudiantes, nos convocaba en la pequeña

sala de su casa en la Víbora para proyectar ideas de fundación. A pesar de su timidez de entonces, flaco como era, sabía entretener múltiples hilos de relaciones para reunir, alrededor de un sueño nunca cristalizado, a sus coetáneos interesados por la literatura, por la música, por el cine quizás. Pasábamos así alguna que otra tarde calurosa proponiendo nombres, sugiriendo sumarios para lo que en aquellas circunstancias resultaba imposible.

Nuestra capacidad de fraguar sueños estableció la diferencia respecto a muchos de nuestros compañeros de aula. También nos sirvió de escudo para los tiempos difíciles que habrían de venir. Estábamos en el último año de la carrera cuando se produjo el golpe militar de Batista. Hulegas, manifestaciones estudiantiles dejaron incólume a la dictadura. Terminamos por regresar y por dar término, de cualquier modo, con la muerte en el alma, a nuestro breve paso por la Universidad.

Anduvimos de un lado para otro. Inmerso cada cual en lo suyo, los encuentros se hicieron más esporádicos.

1959 fue el instante del reencuentro. Pasados ya más de cuarenta años, las imágenes se agolpan. El profesor universitario inició los estudios teóricos de la literatura, abrió los seminarios dedicados a la obra de José Martí. El revistero impenitente animó la primera

*Gaceta*, dio paso a la cultura viva del momento y concedió espacio a las polémicas de la hora.

Acompañó a los estudiantes en la milicia y en los trabajos sociales emprendidos en zonas campesinas. Desafió con ellos los ciclones y los ríos desbordados. Cuando fue necesario, vistió el traje diplomático. Se hizo cargo de la revista *Casa de las Américas*. Desde allí, animó los grandes debates intelectuales que sacudieron el pensamiento latinoamericano en la década del 60. Y en medio de esa intensa labor, no abandonó el ejercicio de la poesía en la que fue entregando libros imprescindibles. El ensayista había madurado. Colocó a Martí en la óptica del tercer mundo, reivindicó a Calibán, concibió la posibilidad de una teoría para nosotros, los de la periferia.

Y siguió tejiendo las redes de la amistad. En otra sala, la de su casa del Vedado, por las noches, se reunía el grupo, diverso y afín, sin fronteras de oficio o de generación. Estaban los visitantes habituales y aquellos, de paso por La Habana que devorados por el combate, no habrían de volver.

En la entrega permanente al estudio y en la lucha cotidiana, Roberto Fernández Retamar, aquel estudiante de arquitectura, se había convertido en un intelectual de cuerpo entero.

# La *Biobibliografía* y la Colección Retamar en la Biblioteca Nacional

**Araceli García  
Carranza**

*Bibliógrafa e investigadora de la Biblioteca  
Nacional*

La Biblioteca Nacional José Martí atesora colecciones de figuras relevantes de la cultura cubana las cuales han promovido investigaciones bibliográficas, o sea, la creación de repertorios de consulta acordes con las características de cada una de ellas; estos repertorios facilitan el acceso a dicha información.

Generalmente los autores cubanos, por voluntad propia, depositan en el tesoro de la nación sus papeles, publicados o no publicados, y estas acciones promueven el necesario control bibliográfico; en otros casos las colecciones fueron depositadas por eruditos coleccionistas, investigadores y otros estudiosos tales como Antonio Bachiller y Morales, Manuel Pérez Beato, Vidal

Morales y Morales, entre otros, fondos antiguos que llegaron a nuestro depósito de la otrora Biblioteca Nacional radicada en el Castillo de la Fuerza; y por excepción en la década de los 60, adquirimos algunas por compra, como la del sabio polígrafo cubano don Fernando Ortiz (1881-1969).

En el caso de la Colección Roberto Fernández Retamar, el eminente poeta y ensayista cuando cumplió sus 60 años donó su papelería a la Biblioteca Nacional de Cuba. Este inmenso donativo promovió la compilación de su *Biobibliografía*, y el inventario y procesamiento de todos los documentos que lo integran.

¿Quién le iba a decir a su bibliógrafa que aquel joven y excepcional profesor, que en los años 1960-1961 le impartía con admirable erudición y excelente voz, conferencias magistrales sobre la fragmentación lingüística de la Romania, le diera a conocer a Ferdinand de Saussure, y la deleitara con sus clases de teoría literaria, que 30 años después recibiría su papelería, y tuviera la inmensa responsabilidad de legar al futuro el necesario control bibliográfico que esta iba a requerir?

Estudiosos e investigadores, cubanos y extranjeros acceden hoy a su obra a través de la *Biobibliografía* compilada por la autora de esta sencillísima reseña.

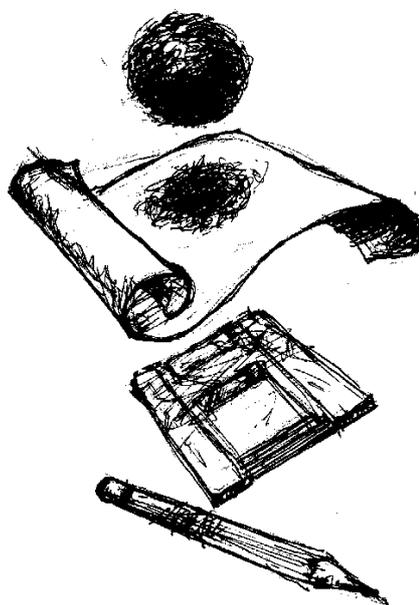
La obra está estructurada acorde con los géneros abordados por el doctor Retamar en cada tipo de documento. Así la Bibliografía Activa describe su poesía, su ensayística, su periodismo y

sus entrevistas en libros, folletos, publicaciones periódicas, manuscritos, mecanoscritos, y otros documentos; su obra en más de veinte idiomas; y sus ensayos de crítica e interpretación del pensamiento martiano. La Bibliografía Pasiva incluye Generalidades; su actuación y relación fundacional con la Casa de las Américas; la historia y crítica de su obra poética; la Valoración Crítica de cada uno de sus libros de poesía, ensayos y entrevistas; y, en sección aparte la valoración crítica de sus títulos martianos. Por último Otros Documentos: carteles o afiches, catálogos de exposiciones, discos, manuscritos, partituras y programas completan el repertorio biobibliográfico que como su título indica incluye su trayectoria vital, la cual precede el cuerpo bibliográfico descrito, y está conformada con datos y textos activos que siguen el paso a su vida y a su obra. Los datos extraídos de su extensa Bibliografía Pasiva, procedentes también de su curriculum, aparecen apoyadas por datos primarios que confirman la información biográfica y bibliográfica. Esta cronología se interrelaciona con cada una de las subdivisiones del cuerpo bibliográfico donde se organizan las descripciones de cada documento, también en forma cronológica.

Actualmente la Sala Cubana de la Biblioteca Nacional encargó a un grupo de expertos el procesamiento de la papelería según la *Norma cubana de descripción bibliográfica de manuscritos*, de 1999, y a su vez estos conforman un inventario que garantiza la protección y seguridad física de esta documentación, independientemente de otras medidas de seguridad

que se aplican en estos casos. El doctor Fernández Retamar como nuestro gran novelista cubano y universal Alejo Carpentier (1904-1980), hijo y padre entrañable en el espíritu de la más pura amistad, han donado en vida su creación intelectual, desde sus trabajos de juventud hasta sus obras más relevantes. Sus papeles, a veces, en varias versiones, o rectificados y tachados, de puño y letra, dan fe del nacimiento y logro de obras perdurables.

Gracias maestro Fernández Retamar, mi profesor, por donar su obra a nuestra querida institución.



# El autor que siempre se anticipa

Ambrosio Fornet

*Ensayista y crítico literario*

Si una anécdota merece formar parte de un homenaje, contaré lo que me sucedió con “Cuba defendida”, ensayo de Retamar que se había publicado parcialmente en *La Gaceta de Cuba* en 1994. La revista universitaria *The South Atlantic Quarterly (SAQ)*, editada por la Universidad de Duke, en Estados Unidos, me había encargado un número especial sobre Cuba –o, más exactamente sobre la cultura cubana contemporánea– que debía aparecer, y de hecho apareció, en el invierno de 1997. Aclaro que la Universidad de Duke está situada en Carolina del Norte, el Estado del senador Helms, por lo que la idea de encargarme un número de *SAQ* sobre Cuba –iniciativa de su editor, Fredric Jameson– tenía algo de desafío. Yo necesitaba desesperadamente un texto sobre las conflictivas relaciones entre ambos países, pero un texto que fuera capaz de comunicarse realmente con sus destinatarios manteniendo un diplomático equilibrio entre la más firme denuncia y la más sincera cortesía. Pues bien, el hecho es que ese texto ideal *ya* estaba escrito –era “Cuba defendida”–, de modo que cuando se lo *encargué* a Retamar estaba haciendo, sin saberlo, un encargo *retrospectivo*. Así caí en la cuenta de

que yo no había *imaginado* ese texto sino que lo había *recordado* simplemente. Quien lo haya leído comprenderá por qué suelo decir que si Retamar no existiera tendríamos que inventarlo..., porque no es posible desarrollar persuasivamente esos argumentos si no se tienen su lucidez, su rigor, su habilidad polémica y su cultura.

Hace ya cuatro siglos –el propio Retamar nos lo recuerda– Quevedo escribió *España defendida...* para “responder por mi patria y por mis tiempos” a quienes fraguaban y divulgaban por el mundo la leyenda negra antiespañola. “Cuba defendida” cumple la misma función no sólo contra la leyenda negra anticubana, sino también –en un acto de justicia histórica– contra aquellas que la precedieron en nuestra América, como es el caso dramático de Haití y Paraguay. De ahí que Retamar inventara el acrónimo de un país imaginario, Haipacu, para representar en una nuez esa larga historia de grandezas e ignominias. Y para denunciar, en el caso de Cuba, el papel que las transnacionales de la información han desempeñado en empresa tan innoble, subrayando a la vez la idea de que defender a Cuba es *también* defender el costado más noble y generoso de los Estados Unidos.

Por cierto, el autor incluiría ese ensayo en un volumen homónimo formado también por una entrevista que le hicieron dos intelectuales norteamericanos en 1993. Que él, que no es filósofo ni político, fuera capaz de moverse por esos predios con tanta soltura, explica la traviesa ironía del título: “Un poeta metido en camisa de once varas”. La entrevista tiene, con el ensayo, dos co-

sas en común: su radical firmeza de principios y el hecho de estar dirigida, en primerísimo lugar, al público universitario estadounidense. Pero el género mismo marca las diferencias. Ahí se abordan los más variados temas, desde la visión que hoy tiene el entrevistado sobre su famoso y polémico ensayo “Calibán” –un clásico dentro del proceso de descolonización cultural que se abrió en nuestra América en los años 60– hasta la opinión que le merece la llamada crisis del marxismo, pasando por el somero inventario de sus dioses tutelares en el ámbito de la sensibilidad y el pensamiento: Martí, desde luego, pero también Unamuno, que le transmitió el “sentimiento trágico de la vida”, Bernard Shaw, que lo convirtió para siempre en “un socialista romántico”, y Julián del Casal, que le reveló, en plena adolescencia, el misterio de la poesía.

Sabiendo ya, como editor, que en lo concerniente a Retamar no tendría que *encargarle* trabajos para proyectos editoriales que lo involucren –porque seguramente ya tiene esos trabajos escritos– se me ocurre que añadiendo a los dos mencionados el ensayo “La enormidad de Cuba”, aún no recogido en libro, armaríamos un tríptico perdurable –*calibanesco*, como corresponde a su genealogía. Como editor, este sería el primer homenaje que me gustaría rendirle a Retamar en sus setenta y en este fin de siglo.



**EL REINO  
DE ESTE  
MUNDO**

G A L E R Í A

**E**ste complejo de galerías ofrece sus salones para exposiciones de pintura, escultura, grabado, fotografía, gráfica...  
Llevamos el amplio catálogo a este reino de nuestros fondos bibliográficos, que incluyen libros, mapas, incunables, manuscritos, ex libris y otros materiales de incalculable valor.

E mail: [GARZON@jm.lib.cult.cu](mailto:GARZON@jm.lib.cult.cu)  
AVE INDEPENDENCIA y 20 de Mayo  
PLAZA DE LA REVOLUCIÓN. C. HABANA



**EL REINO  
DE ESTE  
MUNDO**

G A L E R Í A

# “El otro” de Retamar

**Denia García Ronda**

*Profesora de la Universidad de La Habana*

El primero de enero de 1959, mientras las calles, caminos, trillos, guardarrayas se llenaban de eufóricos gritos, mientras los hasta ayer desconocidos se abrazaban emocionados y dichosos, y las banderas flotaban en los balcones, automóviles, bohíos y carretas, un poeta –Roberto Fernández Retamar– escribía unos versos que no se correspondían con el estado de excitación general que lo rodeaban. Al contrario de varias composiciones que se escriben en los primeros meses posteriores al triunfo de la Revolución, caracterizadas por su tono enfático, exaltado y triunfal, esta es una reflexión, contenida e íntima, sobre el costo en vidas de ese triunfo, y sobre la responsabilidad histórica de los que sobrevivieron. Por otra parte, de manera implícita, ese poema que Retamar tituló “El otro”, establece el compromiso del hablante lírico con el nuevo proceso. En ello se anticipa el sentido de “Isla” de Rolando Escardó cuando dice “Pero lo que importa es la Revolución / lo demás son palabras / del trasfondo / [...] lo demás son mis argumentos”, o el de Fayad Jamís en “Por esa libertad, bella como la vida / habrá que darlo todo” o aun el de Heberto Padilla que en aquel, su primer poemario después de 1959, aseguraba

que “el justo tiempo humano va a nacer”. O sea, “El otro” anticipa y resume la actitud –asumida por la mayoría de los poetas del momento– de identificación de sus aspiraciones personales con las de toda la sociedad, jerarquizada sobre sus propias angustias o desgarramientos individuales, y aun sobre su propia obra lírica.

Mi intención en estas breves notas es hacer un somero análisis del poema desde el punto de vista gnoseológico. Para ello, creo útil recordarlo:

- 1-Nosotros los sobrevivientes
- 2-¿a quiénes debemos la sobrevida?
- 3-¿Quién se murió por mí en la ergástula?
- 4-¿Quién recibió la bala mía,
- 5- la para mí en su corazón?
- 6-¿Sobre qué muerto estoy yo vivo
- 7-sus huesos quedando en los míos,
- 8-los ojos que le arrancaron, viendo
- 9-por la mirada de mi cara,
- 10-y la mano que no es su mano,
- 11-que no es ya tampoco la mía,
- 12-escribiendo palabras rotas
- 13-donde él no está, en la sobrevida?

El poema, como se aprecia, comienza con un sujeto lírico plural, lo que, de entrada colectiviza la experiencia. En ese sujeto se incluye el receptor implícito;

por lo que el destinatario discursivo es igualmente colectivo. Se trata de todos los sobrevivientes. Ahora bien, ¿a que se sobrevive? En el caso de una lectura textual, es decir, sin tener en cuenta el contexto, los datos para la producción de sentidos están dados indirectamente en los versos siguientes. Se trata de sobrevivientes a una situación de muerte, presidio, torturas. Sin embargo, las claves paratextuales lo contextualizan en un espacio y un momento dados. La nacionalidad del autor y justamente la fecha –ese primero de enero de 1959– colocan al lector –sobre todo al cubano, que sin duda es el receptor ideal del poema– en las circunstancias nacionales del período inmediatamente anterior a esa fecha.

A partir del tercer verso, el poema continúa con un yo lírico identificado con el hablante, pero igualmente con el *nosotros* anterior. O sea, se individualiza el sujeto, pero se mantiene latente lo colectivo, gracias a los dos primeros versos. Colectivo es también lo que pudiéramos considerar un tercer sujeto, esta vez referido: el muerto innominado y desconocido por el hablante, a quien se le debe la vida. Un *él* implícito quien murió por los demás –y según el poema en lugar de los demás– y que es también una singularización de todos los que murieron. La estructura poemática mediante interrogaciones contribuye con efectividad a esta idea.

Ahora bien, a partir del sexto verso, sin renunciar al sentido agradecido y de conciencia de la deuda adquirida con los caídos, que se aprecia en los primeros versos, hay una variación en el poema, una suerte de transmutación, que

justifica el sacrificio de aquel y que sugiere el compromiso del hablante. El sujeto lírico asume simbólicamente, la identidad del muerto: “Sus huesos quedando en los míos / los ojos que le arrancaron, viendo / por la mirada de mi cara”; pero he aquí que ambas identidades consustanciadas se transforman en una tercera (“Y la mano, que no es su mano, / que no es ya tampoco la mía”), lo que parece indicar –además del sentido de colectividad que sugiere– el desistimiento del poeta incluso a su propia voz en aras de la función que hubiera debido cumplir el otro. El uso de esa sinécdoque que continúa en el siguiente verso (“escribiendo palabras rotas”), traslada, en efecto, la problemática al plano literario. El final del poema, que cierra la última interrogación, enfatiza, o más bien concluye la idea de la deuda de los sobrevivientes con los que perdieron la vida en la lucha antibatistiana, y en el plano simbólico ratifica el carácter de trasvase de uno de los sujetos (el muerto) al sobreviviente. Eso, en mi lectura, se sugiere en el último verso: “donde él no está, en la sobrevida”.

Una vez analizado el poema, podemos tratar de descifrar su título. “El otro”, indica, de entrada, una distinción entre el sujeto lírico y aquel de quien se habla. De acuerdo con la estructura poemática, el recurso es muy efectivo. Empieza con una alteridad entre el muerto y el (los) sobreviviente(s), que esencialmente se niega en el desarrollo del poema, al asumir este último las funciones del primero. El otro, por tanto, según el poema sugiere, vive, o debe vivir, en el sobreviviente, por lo que se elimina la otredad.

De modo nada casual, –por supuesto dando por descontadas la autonomía literaria y los específicos procedimientos poéticos– este poema recoge, implícitamente, la posición del autor en las polémicas que sobre el papel del intelectual en las nuevas circunstancias nacionales, llenaron los primeros años posteriores al triunfo de la Revolución. No hay que olvidar que, en su ensayo “Hacia una intelectualidad revolucionaria en Cuba” recogido en su *Ensayo de otro mundo*, de 1967, Retamar explica –y no por primera vez– cómo, al contrario de la Revolución del 30, la participación activa de los intelectuales en el período insurreccional de los 50 fue escasa, y cómo mayoritariamente aquellos prefirieron el destierro voluntario. Estos hechos, histórica y sociológicamente condicionados, dan por resultado que apenas hubo relaciones entre ellos y la vanguardia política, y que en ese sentido la intelectualidad cubana queda retrasada. Los intelectuales –o la mayoría de ellos para ser exactos– debieron, por tanto, hacerse “intelectuales de la Revolución en la Revolución”. Retamar reclama –esta vez en “Poesía y revolución en Cuba”– para esa transformación de su generación literaria “volverse sobre el país”, sin que eso signifique “que podamos limitarnos a ver mecánicos reflejos en lo que implica experiencias, búsquedas y hallazgos personales”.

Ese sentimiento –que el poeta y ensayista reconoce en sí mismo y en otros miembros de su generación–, más de responsabilidad que de culpa (no estoy de acuerdo con que en la poesía de Retamar haya un afán de exorcizar culpas, como alguna vez dijo Julio E. Miranda), más de conciencia de la ne-

cesidad de asumir las nuevas tareas que se precisan –tanto intelectuales como de otro tipo– que de autocritica por no haber estado en la vanguardia de la lucha insurreccional, (aunque cierto tono de sano remordimiento pueda apreciarse), está en la esencia de la motivación de “El otro”.

En otros aspectos también este poema es paradigmático. Además de ser un adelantado de la redefinición temática de la poesía de la llamada “Generación del 50”, indica una de las vías en el tratamiento del conversacionalismo, que no abandona necesariamente los procedimientos tropológicos ni los recursos poéticos, en general; sino que practica una voluntad de alejarse de códigos demasiados crípticos. Aunque Retamar ya había incursionado, antes del 59, en el conversacionalismo, el hecho de servirse de esa vía para ese poema fundacional la incluye en la nueva dirección poética que su autor intuyó y promovió con tanto éxito.

En resumen, “El otro”, por su contención, por su carga lírica, por la emotividad del reconocimiento y el homenaje, por el compromiso social implícito, y por la vía expresiva seleccionada se convirtió, en su momento, en una especie de carta de presentación del discurso poético de varios de los contemporáneos al autor y de él mismo. No es casual que este pequeño poema haya sido uno de los más conocidos y apreciados en su momento y que haya provocado una saga de poemas que, de una forma u otra, tocan el tema. “El otro” denota la “voluntad real de servicio” de su autor, y lo hace como debe hacerlo el hecho poético: sin exaltaciones retóricas y dejando “en su lugar, la poesía”.

# Transtextualidad y/o sobrevida de un poema y de su poeta

**Carmen Suárez León**

*Investigadora del Centro de Estudios  
Martianos*

*El otro  
(Enero de 1959)*

*Nosotros, los sobrevivientes,  
¿A quien debemos la sobrevida?  
¿Quién se murió por mí en la ergástula,  
Quién recibió la bala mía,  
La para mí, en su corazón?  
¿Sobre qué muerto estoy yo vivo,  
Sus huesos quedando en los míos,  
Los ojos que le arrancaron, viendo  
Por la mirada de mi cara,  
Y la mano que no es su mano,  
Que no es ya tampoco la mía,  
Escribiendo palabras rotas  
Donde él no está, en la sobrevida?*

*Roberto Fernández Retamar*

El día que triunfa la Revolución cubana, luego de arrasada la dictadura de Batista, luego de clausurada una temporada convulsa y angustiosa de torturas, desapariciones y caídos en combate, el poeta titula su poema “El otro”, reconociendo el momento “transfigurativo”, la vuelta “a los períodos mitológicos” de que hablaría luego Lezama.<sup>1</sup> Y desde

su escritura, un nudo de alusiones de fuerte densidad poética intenta describir un estado interior que nos recuerda al Rimbaud del “yo es otro”. El sacrificio de tantos compatriotas lo han convertido en ese otro, alguien que desde su condición de sobreviviente incorpora a su “sobrevida” la voz, el gesto, la mirada de los muertos, consciente de que la única manera posible de sobrevivirlos es a través de esa incorporación.

Unos veintiséis años después, el 7 de julio de 1985, Roberto Fernández Retamar escribe otro poema y lo titula “Nosotros los sobrevivientes”, texto con el que homenajea a un poeta acabado de morir ese mismo día, Luis Rogelio Nogueras.<sup>2</sup> Otra estremecedora experiencia de sobrevida será descrita en estos versos que, como una red, se empeñarán en apresar variados campos de relaciones conformados sobre un arco poético tendido entre el primer poema y el segundo, entretejiendo con una arrolladora “pasión intertextual”,<sup>3</sup> la obra escrita y la experiencia de vida de estos dos poetas.

“El otro” resultó un excelente poema de gran impacto generacional, como que hacía blanco en la sensibilidad de todos los testigos –participantes o no– de la luchas revolucionarias de la década del 50. El primer verso los nombra colectivamente, aunque el poeta hable de sí mismo: “Nosotros los sobrevivientes”. Este elemento del texto, de gran carga significativa y emocional migrará hacia el paratexto de otras dos obras. Nogueras, alumno de Retamar, enamorado de este poema, escribirá el guión de la película *Leyenda*, donde se narran las actividades clandestinas y de

inteligencia de un grupo de revolucionarios cubanos. El guión será el punto de partida de la novela *Nosotros, los sobrevivientes*, que apareció en el año 1981, publicada por la Editorial Letras Cubanas. El poema de Fernández Retamar está incorporado al texto de la novela en la página 409, luego de narrar la gesta revolucionaria del grupo de jóvenes. Su primer verso pasa a dar título a la novela.

El mismo verso servirá para nombrar de nuevo al poema de 1985, a la muerte de Nogueras. Y esta vez Fernández Retamar hará de la cita el recurso estilístico central de su texto, lo que era también otra manera de homenajear a Nogueras, para quien toda forma de citación fue característica de su estilo y verdadera obsesión transtextual y comunicativa, de la que se auxiliaba continuamente para divertirse, para defender o para toda forma de creación y reflexión.

Llama la atención que ese verso de Retamar que ya había sido utilizado por Nogueras, vuelva a ser convertido en título, pero un título cuya significación se completa dentro del texto mismo, como si el juego transtextual nos estuviera haciendo en la misma arrancada del poema un guiño malicioso, como si aboliera traviesamente sus propias demarcaciones entre texto y paratexto:

*Nosotros los sobrevivientes*

*Que antes fue el título de una  
buena novela tuya,  
Y antes aun un verso mío que tú  
generosamente propagaste,  
Ahora es de nuevo una lacerante  
perplejidad*

*Ante tu última broma, tu desaparición*

*Que nos priva del elfo de pelo rojo  
de nuestras letras,*

*Del Cabeza de Zanahoria real, no  
el de Jules Renard*

*(¡Cómo te gustaban las citas verdaderas,  
y todavía más las apócrifas,  
Quizás anticipando sin saberlo este  
momento*

*En que no estamos seguros de si tu  
muerte es verdadera o apócrifa!).*

Este título resultará aquí un artefacto verbal más complicado que el título común y corriente, que apela al público lector o a cualquier especialista, como gancho y anticipo de la lectura. Vuelve a incluirse el poeta en una pluralidad, la de los sobrevivientes, y anuncia así hacia dónde se dirigirá probablemente –tratándose de poesía–, el texto que sigue. Sin embargo, he aquí que el autor comienza el poema introduciendo una oración subordinada con un *Que* en mayúscula cuyo antecedente está en el título. Una legítima trabazón sintáctica involucra a este elemento paratextual como parte del texto. Pero el autor no se refiere aquí al significado semántico de estos vocablos (*Nosotros los sobrevivientes*), sino a su función formal de título que fue antes otro título y aun antes verso (“*Nosotros los sobrevivientes*”). En el tercer versículo de su poema, Fernández Retamar vuelve a restablecer la referencia al significado y anota que la frase “ahora es de nuevo una lacerante perplejidad” ante la muerte, igual que lo era cuando fue escrita la primera vez en “*El otro*”, en condición de primer verso.

Se ha construido pues un primer campo de relaciones que subraya tanto los cruces formales como de significación efectuados en la escritura de ambos poetas a partir de un enunciado.

Sigue la evocación del joven poeta muerto, cuya desaparición parece una mala broma. Es invocado por un nombre que vuelve a entrar en el juego transtextual: “Del Cabeza de Zanahoria real, no el de Jules Renard”. Ahora somos lanzados tras el primer libro de Nogueras, *Cabeza de Zanahoria* (Premio David de poesía 1967), cuyo título (¡otra vez un título!) nombra, como es de rigor, al poemario, pero también significa a su autor, que a su vez se autoidentifica con el personaje de la novela *Poils de Carotte* (1894), de Jules Renard, un niño tierno, relegado y pelirrojo al que siempre le toca perder. El poemario está, además, precedido por una cita de la novela francesa sobre el tópico del juguete inalcanzable, la trompeta de Cabeza de Zanahoria, arrojada como castigo a lo más alto del armario. Toda una constelación de imágenes que describen al poeta y conforman un símbolo de la paradójica estirpe del albatros de Baudelaire y de los cisnes simbolistas.

Este primer segmento cierra con una larga recordación entre paréntesis que expresa el amor de Nogueras por las citas auténticas o apócrifas, en una especie de movimiento de legitimación del propio discurso poético que regala un conmovedor ramos de citas al poeta ausente.

En el segundo segmento Fernández Retamar inserta en el cuerpo de su poema un texto de Nogueras. Uno de sus

célebres y temidos epitafios, el que dedicó al propio autor. El tema de la muerte vuelve a inscribirse en estos versos desde la cita textual de un tipo de composición que practicó Nogueras como ejercicio de ironía y diversión, anticipando la muerte de sus contemporáneos. Esta vez la reflexión gira sobre la desaparición hipotética del propio autor contemplada desde la escritura del otro poeta, ya desaparecido.

El diálogo con Nogueras, molde por el que fluye el poema desde el primer verso, se acelera, se intensifica y cobra un nostálgico temblor en el tercer fragmento, donde es testimoniada e ilustrada la convivencia en que ambos poetas han entrelazado sus vidas a partir de las mismas experiencias así como la súbita interrupción del convivio, experimentada con dolor. Otra vez el deslizamiento de una cita, que ahora subraya la nota culta, vendrá a posarse en la escritura para enfatizar la pérdida precoz: “Y ahora resulta que en pleno florecimiento (los griegos / le llamaban acmé: buena cita, ¿eh?), te vas / Y nos sorprendes, y nos estropeas la partida, y nos llenas de lágrimas...”. Esta sostenida complicidad con Nogueras en el recurso a la cita obsesiva, dobla ahora una palabra clave (“florecimiento”, “acmé”) asociado al hecho luctuoso que está en la base de la construcción poemática: la muerte en el instante de la plenitud. El campo de relaciones que se desenvuelve en este tramo enlaza los actos de escritura con los actos de la vida desde la perspectiva del poeta y del escritor y su posibilidad de escindir obra y vida.

Los versos finales producirán un *flash back* vertiginoso a un instante de la vida

en común entre el alumno y el discípulo, un público, pero secreto, y entrañable rito magisterial:

*¿Verdad que vas a regresar? ¿No  
deben servir para eso  
las quince mil vidas del caminante?  
Sólo te pedimos una más, y que la  
uses hasta el final,  
Y pueda volver a decir: “Nogueras,  
Luis Rogelio”, y en el fondo del  
aula  
Se oiga otra vez una delicada  
sonrisa, y luego un silencio  
punzó, y luego: “Presente”.*

La cita vuelve a fijarse en otro título de Nogueras: *Las quince mil vidas del caminante* (1981), que es a su vez el título de un poema con un exergo de Lactancio. Todas estas escrituras transtextualizadas desde el poema de Fernández Retamar apuntan al fluir incesante de la vida en diálogo con la muerte, al tráfico incesante entre ambas nociones. Y postula al fin la esperanza de que Nogueras pudiese agotar una sola vida “hasta el final”.

La cita que ha recorrido diversos registros: el juego formal con títulos, la referencia insistente y significativa a la obra de Nogueras, la zambullida irónica en el epitafio que refiere al poeta que escribe, la nota culta, ahora, finalmente, se detiene en el acto docente de pasar la lista, capturando la presa en la plena oralidad, en dos frases que funcionan de pronto misteriosamente, se salen de su tremenda cotidianidad para convertirse, por acción de la poesía, en fórmula mágica de resucitación, por la que el poeta es invocado y vuelto a la vida: “Nogueras, Luis Rogelio”, “Presente”.

Desde la sobrevida afanosa y creadora de Roberto Fernández Retamar, “El otro”, aquel poema del 59 que una generación hizo suyo, dispara sus dardos transtextuales sobre la obra de Nogueras, para venir y sobrevivirse en este otro poema, “Nosotros, los sobrevivientes”, que construye un espacio de entrañable anudamiento entre las vidas y las obras de estos poetas cubanos.

Junio-julio de 2000, en el cumpleaños setenta de Roberto Fernández Retamar y a los quince años de la desaparición física de Luis Rogelio Nogueras.

## Notas

<sup>1</sup>Lezama Lima, José. Triunfo de la Revolución Cubana. *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí* (La Habana) 79 (2): 44-46; mayo-ag. 1988.

<sup>2</sup>Fernández Retamar, Roberto. “El otro”. *Casa de las Américas* (La Habana) 26 (152): 115-116; sept.-oct., 1985.

<sup>3</sup>Me auxiliaré, alegremente, y sin pretensiones rigoristas, de algunas categorías que Gerard Genette maneja en:

Genette, Gerard. Introducción al architexto. *Umbral. Criterios* (La Habana) (25-28):43-53; en. 1989-febr. 1990.

\_\_\_\_\_. La literatura a la segunda potencia. En: *Intertextualidad. Francia en el origen de un término y el desarrollo de un concepto.* / Selección y traducción de Desiderio Navarro. / La Habana : UNEAC, Casa de las Américas, Embajada de Francia en Cuba, 1997. pp. 53-62.

\_\_\_\_\_. Título Definiciones. En: *Conjuntos. Teorías y enfoques literarios recientes.* México : UNAM y Universidad Veracruzana, 1996. pp. 67-74.

# *Hacia la nueva.* En saludo al setenta cumpleaños de Roberto Fernández Retamar

**Virgilio López Lemus**

*Investigador del Instituto de Literatura y Lingüística*

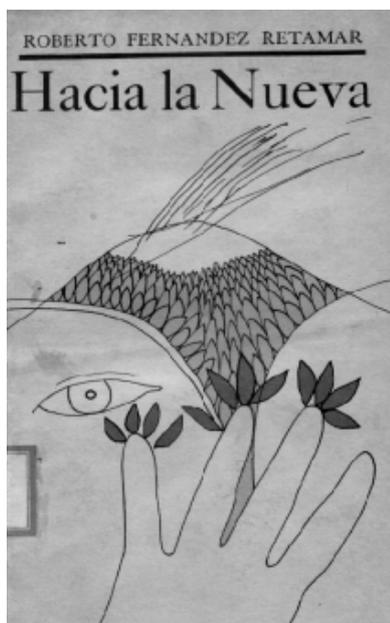
Cuando un poeta llega a la Edad Pitagórica, lo mejor es leerle los versos septuagenarios y su obra sigue “juveneciendo”, bello verbo inventado por José Martí. La suya es una trayectoria de real importancia dentro de la tradición poética cubana. Elijo para la evocación todo un libro: *Hacia la nueva* (1989), porque con él se preparaba para la entrada a los sesenta años, dejando detrás suyo una trayectoria definida dentro de la corriente coloquialista de la poesía cubana.

*Hacia la nueva* mantiene ese rumbo emprendido en los años 50, que alcanzó momentos cimeros con varios poemarios, entre ellos *Con las mismas*

*manos* (1962). Se advierte la presencia del poema-narración, del testimonio, de la evocación del contexto político, o sea, de las circunstancias, que han presidido por años no sólo la labor en versos de Fernández Retamar, sino la crítica y ensayística, tan meritorias.

Retamar continúa alejando de sus poemas el entramado tropológico, para refugiarse en un tono conversacional y cierto prosaísmo que se puede advertir en “Con Vladimir Maiakovski en el aeropuerto Augusto César Sandino”:

*Y por ahí andan todavía metiendo  
bala en la montaña  
Frente a los mismos invasores y los  
mismos hijueputas  
Que son pagados por los yanquis o  
los yanquis mismos  
Igual que William Walker en el siglo  
pasado,  
Igual que los que lo combatieron en  
Las Segovias,*



Este parlamento, en búsqueda de un trabajador del aeropuerto de Managua (o sea, un “personaje” dentro del poema que a su vez tiene un “narrador”), contrasta con instantes del excelente poema “Niñerío”, que se sitúa entre los mejores de toda la obra de su autor. En ese poema desfila en grupo una familia que, a veces, trae al recuerdo un célebre texto de Rolando Escardó, como cuando Retamar escribe: “Ismaelito ya es mayor, ya va al círculo”, o, en contraste mejor, en pasajes plenos de ternura como el siguiente:

*Al entrar a un avión, si veo que  
hay una cunita  
Y en ella una criatura que va a ir  
de un país a otro,  
O que incluso va a atravesar el  
océano  
Bajo la noche llena de estrellas, y  
que el bamboleo que  
sentirá  
No ha de ser el de la cuna en tierra  
ni el de los brazos de la  
madre,  
Sino el de un avión en cuyo seno  
materno va a viajar,  
Pienso que ese avión, ese en parti-  
cular, no puede caerse:  
Hay allí una vida recién comenzada  
Que debe abrirse en flor.*

Por supuesto que el poeta no elude los recursos tropológicos, aun cuando su poema sea directo y conversacional, pero no es ese recurso el que resalta en el poema, sino precisamente el aire testimonial, la mirada directa a la realidad, lejana de todo platonismo, concreta, circunstanciada. En “A un tirador” el texto casi se convierte en relato, epicidad por medio, pero la mirada

emotiva transforma al texto en una particularidad que supera la anécdota.

No trato de reseñar *Hacia la nueva*, sino de advertir lo singular de su discurso a los cincuenta años de hacer poético constante. Ese libro no fue una estación poética más, sino una reafirmación de los intereses expresivos de su autor. Épica e intimidad se enlazan en poemas con franco sentido “trascendente”, o sea, para advertir lo que trasciende por poético en la realidad-real, y por ello tiene un particular interés de sobrevivir, de resistir al paso del tiempo.

Ello se debe a que Fernández Retamar ha escrito una poesía de la circunstancia, pero buscando la trascendencia oculta de los actos de la vida, con un lenguaje conversacional que lo caracteriza por ser uno de los poetas cimeros de la poesía de la Revolución, mediante el logro sutil de ligar realismo con vehemencia, y la violencia que le llega de los tiempos que ha vivido a contrapelo de aquella frase de Alejo Carpentier: “Es muy difícil ser poeta y vivir”.

El “acto” se filtra a través de un “yo” que es el poeta mismo, pero que ahora deja a su subjetividad trabajar sobre un realismo lírico difícil de plasmar. Logra que lo exterior se interiorice: esa es su ganancia principal antes de que el poema se convierta en obra lírica y testimonio de lo circundante.

Setenta años es decir recuento, o todavía no: el poeta tiene mucho que decir, así como esperaba su arribo a los sesenta con un poemario cuyo título evoca la novedad.

# Roberto Fernández Retamar, latinista

Amaury B. Carbón  
Sierra

*Universidad de La Habana*

Hace poco más de un siglo, el humanista y patriota camagüeyano Enrique José Varona, en un artículo publicado en *El Fígaro* en 1894 con el título de “Lenguas antiguas y lenguas modernas”, se refería –al pasar– a los que aman las letras clásicas y las cultivan, y a los que las aman sin cultivarlas. Quizás entre estos últimos, con nostalgia o añoranza, se incluía el propio Varona, quien durante su etapa de formación había estado vinculado asiduamente con el latín y el griego, lenguas a las cuales debía un poco de su portentoso estilo.

A ese mismo grupo –si se acepta esta distinción–, pertenece con todo derecho Roberto Fernández Retamar, uno de los más prestigiosos intelectuales cubanos contemporáneos, también amante de griegos y latinos, y a la vez, heredero consciente de una rica tradición culta, y buen martiano.

Admirado y reconocido en Cuba y en el extranjero por su larga y fructífera trayectoria no sólo como poeta y ensayista, sino también como presidente de la

Casa de las Américas y director de la revista de igual nombre, sería innecesario a los fines de estas notas enumerar los méritos acumulados por él en cada faceta y los honores recibidos, como no sea para subrayar el papel que han tenido las letras clásicas grecolatinas en la formación de nuestros pensadores, políticos, hombres de ciencia y literatos, entre los que se cuenta el doctor Retamar.

Exdiscípulo en la Universidad de La Habana de la inolvidable *magistra* Vicentina Antuña Tavío en asignaturas de lengua y literatura latinas, Fernández Retamar dio prueba temprana del dominio alcanzado por él en estas disciplinas cuando en 1951 obtuvo el Premio Especial de Literatura Latina “Adolfo de Aragón” con la traducción del latín al español, y comentario histórico, gramatical y estilístico de la obra *De coiniuratione Catilinae*, de Cayo Salustio Crispo (Introducción y retrato de Catilina). A pesar de la extensión y complejidad del ejercicio, verificado el 29 de septiembre de ese año, el tribunal no pudo hacer ningún señalamiento u objeción a sus respuestas.

Para que se tenga una idea, siquiera parcial, de su meritoria labor, se transcribe seguidamente el fragmento introductorio de su correctísima versión a primera vista. Por supuesto, que el entonces aventajado estudiante de Filosofía y Letras, que se iniciaba como escritor y ese mismo año obtenía el Premio Nacional de Poesía con su libro *Patrias*, hubiese deseado otro tema, preferiblemente los versos de Catulo a la prosa del historiador, como él mismo expresara años después.

Traducción:

Conviene a todos los hombres que desean aventajar a los restantes animales, esforzarse con sumo empeño para que no pasen la vida en silencio, como los animales, a los cuales la naturaleza formó inclinados y obedientes al vientre. Pero si toda nuestra fuerza ha sido puesta en el alma y en el cuerpo, usamos más de la fuerza del alma que del servicio del cuerpo; la una la tenemos común con los dioses, el otro con las bestias. Por lo que a mí me parece más rectamente buscar la gloria en las obras del ingenio que de las fuerzas y, puesto que la vida misma, de la cual disfrutamos, es breve, hacer la memoria de nosotros lo más perdurable posible. Porque mientras la gloria de las riquezas y de la belleza es floja y frágil, la virtud famosa y eterna se mantiene. Pero por largo tiempo una gran disputa hubo entre los mortales sobre si por la fuerza del cuerpo o por la virtud del alma avanzaría el hecho militar. Porque, y primero que empieces es menester haberlo pensado y, cuando lo hayas pensado, haber obrado rápidamente. Así, ambas cosas, pobres en sí, están necesitadas una del auxilio de la otra.

Aparte de su interpretación de Salustio que lo hace merecedor de figurar en la lista de traductores cubanos de latín, se deben mencionar sus versiones castellanas o meros apuntes, aún en borrador, de la poesía que escribió en la lengua del Lacio el gran lírico español Garcilaso de la Vega. Aunque inconclusas, son esas traducciones en cierge expresión

o evidencia de una viva, profunda y raigal motivación. No se olvide que fue obra del azar y no de la voluntad el que Retamar, profesor de la Facultad de Artes y Letras desde hace cuarenta y seis años, no hubiera podido ingresar mediante oposición al claustro de la desaparecida Facultad de Filosofía y Letras como titular de la disciplina Lengua y Literatura Latinas, para la que se había preparado afanosamente; sino como catedrático de la de Lingüística, la única plaza desocupada; en la cual, no obstante, el conocimiento del griego y el latín le proporcionaban la base sólida requerida. Uno de sus aportes a esta cátedra fue la elaboración del texto *Idea de la estilística* (1956-1957), publicado en 1958 y reeditado en cuatro o más ocasiones.

Si por definición se considera latinista a la persona versada en lengua y literatura latinas, Roberto Fernández Retamar lo es, entre otras tantas cosas, aunque ya no las cultive, porque su visión humanística del pasado está presente en su sensibilidad, en su actuación, y en su poesía. Una prueba de ello es el siguiente poema suyo que pone fin a estas notas:

*Deber y derecho de escribir sobre todo*

*Absurda la idea de que solo puedes escribir sobre lo*

*Que te ha ocurrido*

*(Lo pequeño, lo ínfimo que le ha ocurrido a ese cuerpo, a esa vida entre sus fechas),*

*Como si todo no te hubiera ocurrido, como si*

*Hubiera una tarde que no cayera para ti,*

*Como si todos los imperios destrui-  
dos, aventados por  
Los desiertos, devorados por las  
selvas,  
No hubieran conducido hacia ti;  
Como si el más lejano astro, extra-  
viado al borde del  
Universo,  
Y también los astros que ya hoy no  
existen,*

*Y las nebulosas pensativas,  
No hubieran trabajado, sabiéndolo  
o sin saberlo,  
Para ti, para este instante, para  
este poema  
Que se escribe gracias al aliento  
exhalado por Miranda  
O por Jenofonte,  
Con un trozo sobrante de Casiopea.*



# Memoria alerta

**Iraida  
Rodríguez Figueroa**

*Profesora de la Universidad de La Habana*

En estos días en que con motivo del setenta aniversario de su nacimiento se realiza una serie de homenajes a Roberto Fernández Retamar, se ha convocado al recuento de las múltiples facetas desarrolladas por este joven setentañero. Y se habla del poeta y del escritor de ensayos, del fundador, dirigente de Casa de las Américas y director de su revista, del crítico y del hombre de cultura, del profesor universitario y del humanista. De todo esto se habla. Y se habla mucho y bien. Pero, creo que de todo esto que ha sido y es el compañero Retamar lo que más atesora es su condición de maestro, tarea que siempre ha considerado como la más alta responsabilidad a él encomendada. Por ello, en este aniversario quiero hablar del maestro Retamar.

Quienes hemos tenido el privilegio que sin duda representa haber podido estudiar en la Escuela de Letras y allí haber sido alumnos de los más destacados profesores de un claustro, orgullo de la cultura cubana, con nombres como Vicentina Antuña, Camila Henríquez Ureña, Mirta Aguirre y otros, para sólo mencionar a los que ya no están, la presencia de Roberto Fernández Retamar entre sus docentes constituye un hecho de imborrable recordación, puesto que fue para nosotros, grupo que solicitó la extensión de la carrera a cinco años y

soñó asignaturas que luego encontraron maestro, precisamente en el profesor Retamar, el iniciador de disciplinas fundamentales en la carrera de Letras. Así, con alumnos que pedían y profesor que montaba la asignatura, surgieron Poesía hispánica contemporánea, Seminario martiano y Teoría y crítica literarias. Es, por tanto, la actividad fundacional del maestro la que marca en la memoria de los que fuimos sus alumnos, su labor de tantos años.

Sin embargo, uno siente que allá en los resquicios de la memoria permanecen, como asordados, ángulos significativos, que no siempre se expresan y constituyen, quizás, lo más cálido y fertilizador de la tarea desempeñada. A mí me sucede así con el profesor Roberto Fernández Retamar: Recuerdo sus clases amenas, dichas con voz sugestiva y bien modulada, sus citas leídas con precisión y elegancia, y ese tono cercano y comunicativo en el que humor delicado y reflexión sapiente se aunaban para hacer que lo dicho para el grupo numeroso y heterogéneo, pareciese mensaje personal y casi intransferible. No he olvidado su capacidad interpretativa —todo profesor es un actor en ejercicio— cuando en la clase ejemplificaba, con un fragmento, las características del poeta estudiado; tampoco esa capacidad de estar siempre informado de las últimas publicaciones o contingencias culturales y la generosidad con la que compartía su conocimiento. Pero recuerdo, mucho más que todo eso y mucho más frecuentemente de lo que el propio profesor puede sospechar, su sagaz, rigurosa y estimulante corrección de los trabajos entregados para la evaluación de la asignatura. Allí, el profesor mar-

caba todos los defectos o descuidos en la escritura. Cuando me entregaba el texto evaluado, lo último que yo buscaba era la calificación. Antes, con temblorosa timidez –inexplicable para quienes me han considerado siempre muy desinhibida– me apresuraba a buscar el comentario y a recorrer rápidamente los círculos, corchetes o señales de cualquier orden estampados sobre él para hacer ver las repeticiones de palabras, las rimas internas, la cacofonía producida por la excesiva utilización de sonidos semejantes, los anglicismos, barbarismos, la escasez o abuso de signos de puntuación, en fin, todo lo que atentara contra la precisión y elegancia en el decir.

Han pasado tantos años, es mejor no contarlos, y todavía saltan a mi vista dos notas escritas en el margen superior derecho de sendos trabajos: “Usted escribe bien y lo sabe. No puede ser descuidada”, “Usted tiene mano de escritor, cuide los detalles”. Ese cuidado, querido profesor Fernández Retamar es un consejo que recurrentemente vuelve a mí ante el susto anonadante de una cuartilla vacía o en el ansioso revisar un texto buscando no cometer alguno de los vicios contra los cuales me alertaba. Entonces llega, ineluctable, la angustia porque: “Qué solapadas son las conso-

nancias!, / qué perceptibles después, al oído de los demás, esa semejanza fónica entre palabras que parecen sonar tan distintas cuando se escriben! / cómo desaparecen del idioma los sinónimos de un término que tiene que usarse con frecuencia!, / cuánto deslumbramiento nos produce el hallazgo de un vocablo insustituible para expresar nítidamente un concepto, al que nos aferramos gozosamente, hasta que se nos revela la atroz realidad de su presencia cuatro renglones antes!, / qué sufrimiento cada vez que, creyendo haber terminado, surge desde el fondo de mis recuerdos la sentencia aleccionadora: “Cuide los detalles”.

El no haberme podido dedicar a la creación literaria ha eximido al crítico Fernández Retamar de comprobar la certeza o no de sus juicios sobre mis potencialidades como escritora, pero su exigencia resulta meta a alcanzar en cada cuartilla que escribo. Esta la termino con la expresión de mi gratitud por esa alerta sembrada en mí ante la “facilidad” de escribir, y quedo, temerosa, deseando que al leer estas memorias no tenga el profesor que trazar muchos redondeles, corchetes o subrayados para advertirme una vez más: “No puede ser descuidada”.

# Carta a la *Revista de la Biblioteca Nacional*

**Luis Toledo Sande**

*Subdirector de la revista Casa de las Américas*

La Habana, 28 de abril del 2000

Para Araceli García-Carranza y Ana  
Cairo Ballester

*Revista de la Biblioteca Nacional José  
Martí*

Queridas Ana y Araceli:

En medio de múltiples y exigentes tareas, y, a veces, de un ánimo remendable –aunque esto último no parezca tenerse como rasgo que me distingue, ni haya por qué andar revelándolo–, me llega la insistencia de ustedes, con la que hacen bien –y yo, ¿cómo negarme?–, para que escriba una nota destinada al número en que esa fraterna y magistral *Revista* rendirá homenaje a Roberto Fernández Retamar por sus setenta años. En veinticinco de ellos he tenido con él vínculos de aprendizaje, trabajo y amistad, y es natural, y honroso para mí, que se estime que algo mío deba aparecer en dicho número. Estas no serán las

primeras líneas que escriba acerca de Roberto, y algunas se han publicado. Las presentes, que deben vencer los escollos apuntados al inicio, no estarán centradas –como a una de ustedes o a los dos les habría gustado– en el quehacer, íntimo digamos, de la revista *Casa de las Américas*, aunque ella fue la publicación donde apareció, ¡hace un cuarto de siglo!, mi primer texto publicado, si descontamos la atrevida traducción (de una carta dirigida a mí) que apareció en *Alma Mater* en septiembre de 1970: lo he recordado por estos días al calor del acarreo bibliográfico con que en esa gran Biblioteca me privilegian e inquietan (no vaya a ser agasajo *pre mortem*) las experimentadas Elena Graupera, Josefina García Carranza y la propia Araceli, responsable –bien leída, la palabra *responsable* califica a quien merece o es susceptible de recibir responsos– de tal iniciativa. En *Casa de las Américas*, además, trabajo desde 1993.

Hay varias razones para que ahora no aborde el tema que se me pide tratar. Una es de carácter material: quizás me vería obligado a extenderme más de lo esperado y aconsejable en casos como este. Otra de ellas es de diferente índole: tantos años lleva Roberto al frente de la revista –la dirige, con una breve y relativa pausa, desde 1965–, y tanto la ha conformado, que ya es casi como si hubiera participado directamente en ese proyecto/realidad editorial desde que se fundó; y tan intensa y decisiva es su participación –no se me ocurre ahora un término mejor, pero *participación* subraya en exceso lo de *parte*–, que nadie tendrá, si tiene, mayores argumentos, información y autoridad que él para hablar de la revista “por dentro”, en sus

detalles y como un todo. Aunque es mucho lo que tiene de colectivo, el trabajo de la revista está troncal y decisivamente identificado con él. Cualquiera otro aporte –me refiero al plano editorial, no a la colaboración brindada por distintos creadores, incluido él, desde diversas comarcas del planeta– resulta una contribución humildísima, siempre a punto de revelar aún más su pequeñez, su poquedad, ante la revisión a que él somete el trabajo en cada una de sus etapas, si es que él mismo no lo ha hecho. Así que, contrariando las expectativas de ustedes, dedicaré esta nota –cuyo carácter de carta no es solamente formal, sino constancia de que les pertenece y pueden no publicarla si consideran que no está a la altura de lo que la *Revista de la Biblioteca*, el tema y ustedes merecen– a otro asunto, que no hablará directamente de *Casa de las Américas*, pero sí de Roberto.

Me refiero a un hecho que difícilmente quienes lo presenciamos podamos haber olvidado. No ubico exactamente la fecha, y no me asombraría que hayan transcurrido ya varios años. Sucedió mientras el amigo Amaury Carbón Sierra vencía el último paso de su doctorado. El nerviosismo, unido tal vez a algún resfriado u otro contratiempo fisiológico, le ocasionó al doctorando –¡vaya palabrita!– un ataque de tos que sucesivamente fue poniéndolo cada vez más en apuro y dificultándole leer su excelente defensa académica. Roberto Fernández Retamar, miembro del tribunal y seguramente la persona de mayor relieve profesional no sólo en aquella aula de la que para mí sigue siendo Escuela de Letras y de Arte de la Universidad de La Habana, abandonó su sitio, tomó de las manos de Amaury su texto

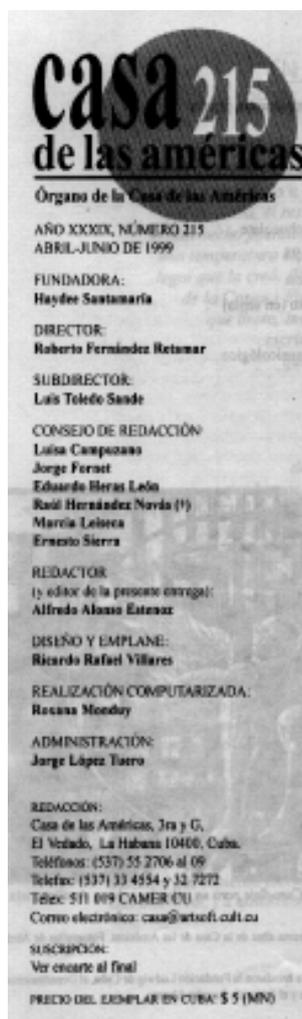
y terminó él de leerlo, sin ni siquiera disimular los términos cuya lectura le ofrecía dificultad tras varios años de no incursionar centralmente en las llamadas lenguas clásicas, en las que se doctoró Amaury, quien sabe enriquecerlas cantando en latín memorables versiones suyas de danzones y otras maravillas también clásicas y eternas.

Otros –y otras: que no hay que dejar de ser sexista solamente para lo bueno– pudieran desorientarse en tiempos y en circunstancias en que la humildad, entre cuyos legítimos portadores naturales ocupa Amaury un sitio prominente, no se ha asegurado todavía la capacidad de triunfo que ella debe tener para que la humanidad sea plenamente humanidad. Otros –y otras...– podrán ignorar que en alguien como Amaury, en quien el figureo y otras jorobetas rentables no hallan cabida, pueden tener albergue la inteligencia y la sabiduría productivas y nobles. Martí, quien entendía que sobre el mundo no debería reinar otra majestad que la inteligencia humana, también sostuvo que la inteligencia no es más que una cualidad, y no la más importante, del ser humano –para quien no habrá plenitud sin generosidad y honradez–, y advirtió que uno de los mayores peligros de la virtud suele ser su poca acometividad para imponerse y hacerse valer: en otras palabras, la vocación de modestia que a menudo la acompaña, y que no es precisamente lo que más jugosos dividendos proporciona. Pero con su lección de solidaridad humana, y también con criterios explícitos, en aquella sesión académica Roberto Fernández Retamar evidenció que está entre quienes saben apreciar el mérito ajeno.

¿No les parece, queridas Araceli y Ana, que la anécdota puede figurar entre otras señales que holgadamente legitiman la decisión de celebrarle su llegada a una cifra de años que no es precisamente lo que más deba destacarse en quien merece de veras encomio? Saluden a Eliades y a todo el equipo de esa insus-

tituible Biblioteca, que gracias a los dioses no habrá que inventar, porque felizmente existe, pero sí necesita cuanto apoyo pueda dársele para que cada día esté mejor dotada y atendida, y sea más útil; y reciban ustedes grandes abrazos de su amigo

Luis Toledo Sande



# Fernández Retamar

**Pedro Pablo Rodríguez**

*Investigador del Centro de Estudios Marianos*

En mi adolescencia, cuando lo conocí leyéndolo, era simplemente el poeta, aunque no me perdía sus otros textos en las revistas donde aparecían. De la variada vorágine de lecturas en la que no quería perderme cuanto se publicaba por aquellos escritores jóvenes cubanos de entonces, me impresionaron sobre todo dos poetas: José Álvarez Baragaño y Roberto Fernández Retamar. Los del primero los releía y me los aprendía, y procuraba compartirlos sin éxito alguno con las tantas muchachas de las cuales me enamoraba, supongo porque la mayoría no me hacía caso.

Los de Fernández Retamar eran el modelo que nunca pude alcanzar y apenas intentar cuando llenaba hojas y hojas de versos que por suerte nadie sabe a dónde han ido a parar. Quería entonces imitar aquel coloquialismo, y, sin embargo, nunca logré que me saliera. Y eso me provocó respeto y admiración por el poeta, a quien veía andar en las tardes por el edificio universitario de Zapata y G que compartíamos los estudiantes de Historia y de Letras.

Alguna amiga (¿la enamoré también?), que sí se atrevía a leer a los poetas nuevos, me incitaba a hablarle y enseñarle los míos a aquel profesor alto y delgado, de vestir elegante y de voz modula-

da que trataba a los estudiantes de usted y era un personaje para la prensa. Era demasiado para mí, y el pudor salvó al poeta de otra arremetida de versos de las muchas que seguramente ha sufrido en su vida.

Cuando estudiaba Historia, ya Fernández Retamar era parte de mi entorno, y tenía que escuchar los comentarios de mis condiscípulas deseosas de que él fuera también su profesor para suspirarle, como hacían las alumnas de Letras en su clase, la cual, por cierto, ganaba también el elogio de los varones, no sólo de los que ya comenzaban a despuntar como escritores. Yo sabía muchas historias reales e inventadas por la imaginación de aquella muchachada; sabía que al poeta le gustaba la pelota, y también le decía el Bob, como fue conocido a partir de determinado momento entre los estudiantes.

Nunca cruzamos una palabra hasta mucho después, cuando ya yo era instructor graduado del Departamento de Filosofía y también enfrentaba el aula universitaria. Pero para entonces Fernández Retamar cobró la dimensión del ensayista, y el poeta que siempre leo fue quedando en un segundo plano. Me gustaba –y me gusta– su prosa elegante, tersa, de galana erudición, y me resultaban muy sugerentes sus ideas tan personales. Me atraía aquel escritor porque no tenía nada que ver con la hemorragia de textos que derrochaban marxismo manualero para ocultar su escasez de ideas propias y su incapacidad para transmitir y agrandar.

Un texto me ha quedado para siempre: “José Martí en su (tercer) mundo”.

Me complació encontrar al fin una mirada que fijaba al Maestro con su mundo de los dominados, del que fue parte y expresión brillante y al que quiso liberar en primer término, y, al mismo tiempo, me hizo debatir muchas de sus apreciaciones que no compartía. Por eso no olvido aquel texto, que he debido estudiar en más de una ocasión: fue acicate para mi primer escrito acerca de Martí, publicado en la revista *Pensamiento Crítico*.

Aquella publicación me abrió el trato con Fernández Retamar, ceremonioso por ambas partes hasta el día en que él me pidió que nos tuteáramos, y casi sin darme cuenta le empecé a decir Roberto, aunque en las conversaciones con los amigos siguiera siendo el Bob.

José Martí nos ha conducido por estos años en nuestras relaciones, y por eso quiero aprovechar esta oportunidad para expresar algunas consideraciones acerca de la obra martiana de Roberto Fernández Retamar, sin pretender cubrir así el necesario estudio de dicha obra que ha de hacerse algún día.

Por un lado han de recordarse sus varias compilaciones de texto martianos. Me viene a la mente de inmediato las *Páginas escogidas*, que han gozado de varias ediciones, cuyo primer tomo reúne escritos sobre Cuba, nuestra América y Estados Unidos, y cuyo segundo tomo se dedica a una selección



de poemas, de *La Edad de Oro*, de textos sobre letras, educación y pintura, correspondencia y fragmentos del Diario de campaña. Esta es, sin dudas, una atinada escogida de la producción del Maestro, pues sabe aunar una muestra de la excelencia de la lengua con temas de importancia deci-

siva y textos insoslayables. Siempre he pensado que estas *Páginas escogidas* ofrecen una síntesis rigurosa –útil al estudioso que no puede moverse con las *Obras completas*– junto a la amenidad y variedad que puede atraer a quien esté poco avezado en la lectura de Martí.

De alto interés en su momento fue la compilación que Fernández Retamar tituló *Nuestra América*, publicada en México y en La Habana (Casa de las Américas, 1974), que entregó una amplia cantidad de textos martianos acerca de la temática latinoamericana, probablemente la más completa sobre ella hasta la fecha, y que continúa siendo muy útil para quien pretenda acercarse rápidamente al tema sin tener que emprender una búsqueda fatigosa por las *Obras completas*.

La otra compilación es la que reúne sus *Ensayos sobre arte y literatura* (La Habana, Instituto Cubano del Libro, 1972), imprescindible para quien se preocupe por trabajar esta temática en la obra martiana. A mi juicio, el valor de este esfuerzo colector –también nunca

antes intentado— se hace mayor cuando se aprecia el amplio y cuidadoso criterio con que se trabajó. Allí están los grandes textos del crítico publicados en los periódicos junto a una carta decisiva de 1878 a José Joaquín Palma, trabajos que ofrecen el ideario estético dentro de su particular cosmovisión (como “El poema del Niágara” y “El carácter de la Revista Venezolana”) y hasta notas de sus Cuadernos de apuntes; allí se reúnen textos sobre creadores y obras de Cuba y del resto del mundo, y desde consagrados como Goya hasta figuras que aún no habían trascendido como Walt Whitman o Julián del Casal.

Para leer a Martí, pues, Fernández Retamar ha dado entregas de la mayor y perdurable estimación. Está claro también que sus escritos han enriquecido particularmente la bibliografía martiana pasiva. No puedo recordarlos todos, pero tengo que mencionar algunos, quizás los que más me han aportado. Sin orden ni concierto, pienso en “La revelación de nuestra América”, estudio pionero de la formación de ese concepto básico del pensamiento martiano; en “Sobre la crítica de Martí”, prólogo aún iluminador a los *Ensayos sobre arte y literatura*; en “Desatar a



América y desuncir al hombre”, brillante análisis de los propósitos esenciales del revolucionario cubano; en “Martí en su (tercer) mundo”, que junto a “Martí, Lenin y la revolución anticolonial”, ensanchó las perspectivas para la ubicación espacio

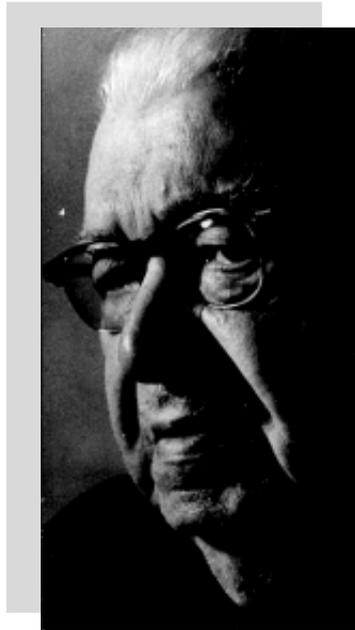
temporal del pensamiento martiano.

No se trata de que siempre haya compartido todos los puntos de vista y análisis de Fernández Retamar acerca de Martí. Quienes se dedican hace tiempo a estos estudios saben de nuestras diferencias debatidas ampliamente; pero ellas no vienen ahora al caso ahora, cuando lo que deseo es justipreciar los elementos aportados por el ensayista al desarrollo de tales estudios. Y escribo así, el ensayista, a conciencia, sin pretender demeritar así tales escritos de Fernández Retamar. Justamente creo que ellos son muestra altísima e ineludible de la privilegiada posición del autor en la ensayística cubana del siglo xx, quien siempre los ha escrito con pasión, muy bien decir, rigor, y sin la pedantería chata y falsamente académica de buena parte de las llamadas monografías o estudios.

# Fernando Ortiz y el culto a Martí

Iván A. Schulman

*Investigador y profesor universitario norteamericano*



Las circunstancias históricas –nacionales o internacionales–; las “irrupciones” a través del tiempo percibidas por Lezama Lima; o las transformaciones y colectividades de la cultura anotadas por Fernando Ortiz, encierran la posibilidad de producir paralelismos y ascendientes cuyas manifestaciones en relación a la figura de José Martí serán



el primer enfoque de nuestra presentación. En la obra de un escritor la persistencia en sus textos de metáforas o paisajes, o la aparición constante de ideas que asociamos con el discurso de otro creador, constituye la base de un proceso de simbolización o de la fundación de cultos o íconos –como en el caso Martí-Ortiz. Entre estas dos figuras existe una red de afinidades y coincidencias que apoyan nuestro principal argumento de la consanguinidad ideológica, política, y cultural de dos intelectuales y activistas dedicados a la elevación de la sociedad nacional –consanguinidad a la cual el mismo Ortiz aludió cuando, en 1940, a mediados de su carrera, escribió:

[...] sentimos que todavía hay mucho que pensar sobre la vida de nuestro Apóstol, sus epístolas, sus

predicaciones, sus dolores, sus suplicios y su muerte. Cada día crece el culto a este apóstol de Cuba, que jamás tuvo dinero de traición en su mano, ni negó a su Verdad, [...] ni se durmió en la pasión, ni se humilló a los escribas, [...] ni necesitó tocar la llaga para creer, ni evadió para aligerar el gravamen de su agónico apostolado los deberes humanos del amor, de la paternidad y del sustentador trabajo cotidiano [...] Martí está entre las primeras figuras de altar y rito [...].<sup>1</sup>

Le Riverend, en una apreciación general de la obra de Ortiz, va más lejos y considera que a medida que este produce sus trabajos sobre Martí, “descubre que su pensamiento se hallaba más fundamentado en la obra del Maestro, que en la de cualquier otro de los cubanos que le precedieron”.<sup>2</sup> Y no fue la de Ortiz una veneración generada por la obligación circunstancial o el oportunismo político, ni tampoco una presencia reconocida en momentos fugaces y aislados. Al contrario; en su trayecto intelectual y cívico podemos trazar rutas paralelas y cruzadas con las de Martí a partir de la primera década del novecientos hasta 1969 –año de su fallecimiento.

De modo semejante, en la lectura de sus obras se patentizan elocuentes resonancias martianas, entre ellas, un venero crítico generado no sólo por las contradicciones de la modernización burguesa, época de vuelcos y replanteamientos, época que, según Martí, pedía un “remolde” universal, sino, en relación con las circunstancias repudiadas de la vida política de Cuba, por un profundo senti-

miento de indignación engendrada por la rectitud moral y el deseo de promover una mejoría nacional en el terreno político, social, económico y educativo. Como otros miembros de su generación –nacidos entre 1880 y 1895–, la vigilancia constante frente a los vacíos y los errores de la República neocolonial definió su obra. Esta desgraciadamente, se ha juzgado a menudo en forma trunca, pues ha primado la tendencia a definir las en términos de sus contribuciones de capital importancia a la etnografía. Pero, el universo de Ortiz fue más amplio. Habría que describir sus parámetros de términos de la labor de un humanista que defendió la libertad individual y nacional, un ciudadano que luchó en pro de la independencia de una patria libre de corrupciones e intervenciones extranjeras, y un hombre que, con las armas del científico, defendió la dignidad del ser humano, la de *todos* los seres humanos, la de todas las razas. ¿Resumir su labor de este modo no convalida su nexo con el quehacer cívico y el ideario martianos?

Del pensamiento de Ortiz quizá la faceta más íntimamente ligada a la de Martí fue la noción de una república moral, concepto que asedió a Martí, sobre todo en los últimos años de su atribulada existencia. Pero, la ensoñada nación de Martí, difirió en forma violenta de la realidad del ambiente corrupto de la república mediatizada cuyas lacras observaron a diario a Ortiz y sus contemporáneos. Enfrentados con esta realidad, era preciso, según las observaciones atinadas de Le Riverend, “recomenzar el camino perdido o cortado en este nuevo nivel de experiencia histórica. Martí que lo había previsto,

hasta el punto de anunciar el futuro poder de las inversiones norteamericanas...”.<sup>3</sup> Pero, el imaginario nacional de Martí, poco después de su muerte, se convirtió en mito, y su “obra de pensamiento y de fundador [...] [quedó] sepultada en el gobierno de la Revolución de 1895 [...]”.<sup>4</sup>

Frente a estas circunstancias, Ortiz y los de su generación, vieron la necesidad de proseguir con la lucha iniciada por Martí, la de fundar una república ética. Urgía continuar lo que el mismo Ortiz, en su conmovedora “Oración a Martí”, reconoció como la dedicación humanística del Apóstol, es decir, “ahondar en los ánimos, romper resistencias, mover masas, abrir cauces, tender puentes, alzar represas y desatar las energías cívicas de Cuba que estaban ocultas, remansadas [...]”. Era imprescindible atender a la (re)construcción nacional, pues la República, decía, “no ha logrado todavía el alto y definitivo nivel cívico a que Martí aspiró”. Y, con una alusión tanto certera como atrevida, en esta misma alocución cuyos registros de deseo fueron un llamamiento a la acción cívica de “remolde” martiano, Ortiz subrayó una verdad política que sin duda incomodó a los poderosos que lo escuchaban: “Es innegable que la tercera parte de ese medio siglo hemos estado los cubanos sin gobiernos nombrados por virtud de mandatos electorales verdaderos”.

El proyecto de “alzar la nación” no lo concibió Ortiz exclusivamente por la vía de la escritura, sino, como Martí, a través de una activa labor cultural, política, y educativa. Urgía demitificar y científizar, levantar el nivel cultural

y científico del pueblo para lograr el saneamiento nacional que se propuso. El ejemplo de Martí resultó fundamental en la ideación de este proyecto de larga duración en la vida de Ortiz: en libros, en ensayos, en discursos, en la creación de organismos educativos y científicos, en la fundación de revistas y empresas editoriales. La huella martiana se patentiza y se afirma en varias formas: en trabajos escritos sobre el Maestro, en actividades similares a las que emprendió Martí en vida, y en libros y ensayos sobre temas de índole diversa cuyo discurso revela, por encima y por debajo de las palabras, registros de eticidad y una dedicación nacional de cepa martiana.

Son tres las obras clásicas de Ortiz sobre la vida y obra del Apóstol: “Martí y las razas” (1941); “Oración a Martí” (1953); y “La fama póstuma de José Martí” (1956). Hay otras, pero son de menor categoría: la reseña del libro de Gonzalo de Quesada, *Martí hombre*, (1940); “Cañales, dijo Martí”, (1939); y “Martí y las razas de librería”, (1945), especie de síntesis selectiva de “Martí y las razas”.

1. De todas estas obras, la que más revela la mano del investigador, amén de la del devoto y apasionado martiano, es “Martí y las razas”. Es la primera exploración del tema de las razas en la obra del Maestro, un análisis construido con abundantes citas en apoyo de las afirmaciones del ensayista. Pero, además de un sistemático y consumado estudio científico es una defensa de la libertad y la dignidad humanas y una historia personal —la de Ortiz y la de la experiencia colonial en Cuba. Hemos dicho que en este estudio raigal Ortiz se revela como

un estudioso dedicado de la obra martiana, pero no sólo de textos selectos y reiteradamente antologizados de la vasta “mina” martiana, para utilizar la imagen de Gabriela Mistral. No sólo de los libros en versos o las crónicas y ensayos más citados, sino de los escritos menos conocidos pero no por eso menos alucinantes, como los Cuadernos de apuntes. En estos cuadernos Martí dejó constancia de los libros que pensaba escribir; entre ellos Ortiz glosa el intitulado “La raza negra. Su constitución, corriente y tendencias. Modo de hacerla contribuir al bien común, por el suyo propio”. Con su acostumbrada visión nacional, Ortiz liga el pensamiento martiano de ese proyectado libro con la situación contemporánea de Cuba:

Habría sido de incalculable trascendencia, tanto mayor cuanto el estudio sistemático del factor negro en la evolución histórica de Cuba [...] jamás ha sido hecho hasta ahora, ni considerados sus elementos en las enseñanzas oficiales, ni favorecida su investigación, y, antes al contrario, visto todo ello con desdén y hasta impedido, como tema insustancial y baladí, a pesar de vaciarse en él la mitad de toda nuestra historia.

También contribuye a explicar el sentido de la palabra “raza” tiene para Martí notando que usa el vocablo no en un sentido científico, sino en “el sentido impropio y vago”, pero lo hace, agregó, “para rechazar de raíz toda la peligrosa gravedad social de que suele cargarse este concepto...”. Raza para Martí significaba cultura, y si Martí utilizó el concepto en un sentido acumulativo para referirse a los habitantes de América

no significaba por eso que no entendía que en América, como en Cuba, había gente de diversos colores y etnias. Si Ortiz no subraya el sentido revolucionario del significado de la frase “no hay odio de razas porque no hay razas” en términos de la labor organizadora martiana, la que requería la unidad del pueblo, sí señala que a medida que se acerca el momento de iniciar la guerra de liberación, intensifica Martí su defensa del negro para contrarrestar los recelos nacionales en su contra.

2. La “Oración a Martí”, discurso preparado para conmemorar el primer centenario del nacimiento de Martí (1953), se pronunció en el Capitolio de Cuba con la presencia del Presidente de la República. Es una invocación lírica del espíritu de Martí, una, como él mismo dijo, “ceremonia de liturgia cívica”. En ella abundan las palabras *independencia, libertad, soberanía, democracia republicana* evocadas en relación con Martí pero con registros discursivos que constituyen un comentario crítico sobre el régimen dictatorial de Batista. De función similar es la pregunta fundamental del discurso: ¿Qué deseaba Martí para su país?, pregunta que conlleva un significado contemporáneo, y cuyas contestaciones enumeradas destacan las ausencias y deficiencias nacionales del momento: soberanía, libertad, humanismo, bienestar y justicias sociales, y una sociedad antirracista. La oración liga el pasado de Cuba, la labor de Martí y el deseado futuro del país al exclamar el orador: “Martí no ha muerto... Vive Martí, y presente está su espíritu”.

¿Una oración? Sí. Las últimas palabras de la alocución son:

¡Elevemos a él los corazones en una plegaria! Martí, padre nuestro que estás en la gloria de tu doctrina, de tu ejemplo, de tu pasión y de tu sacrificio, siempre venerado sea tu nombre; venga a nos tu inspiración pura para que se cumpla tu voluntad, nos perdonemos recíprocamente las culpas, haya paz en nuestra tierra y que los pueblos, libres de malas tentaciones, tengan seguro el sustento de cada día y el pleno, pacífico y progresivo goce de la vida como fue tu promesa, “con todos y para [el bien de] todos”, por el amor, el trabajo y la ciencia. ¡Que así sea!

3. Y, finalmente, en “La fama póstuma de José Martí” amplía Ortiz la temática martiana y ofrece una antología sobre la religión, la muerte, el espiritualismo, la filosofía, y la libertad. El texto es de intención doble como la “Oración a Martí”, es decir, versa sobre Martí, y, a la vez, sobre la situación actual de la nación. De Martí, nos dice, que se le recuerda, como hoy recordamos al mismo Ortiz, por su pasión por la libertad, su lucha por la independencia de su patria propia y la de otras patrias, la virtud pura y heroica de su civismo, el realismo que supo dar a su ideal acompañándolo siempre de la acción valerosa, sagaz y efectiva, su inquebrantable fe en la verdad y el bien, su inagotable amor humano, comprensivo y universal.

Pero, en este, como en otros escritos sobre Martí, la palabra clave, la que se repite constantemente, la que constituye el eje de la visión del autor, es la li-

bertad, la libertad que desea para Cuba, la libertad que Martí, según nos dice Ortiz, nunca confundió con la tiranía.

También hay escritos no dedicados a Martí que patentizan la presencia del Maestro. Las limitaciones de tiempo impiden el comentario con detalle, pero, su examen metódico revelaría cuán perseverante es la presencia martiana. Ejemplo significativo de la producción primigenia de Ortiz es *Entre cubanos; psicología tropical* (1913), el único que aduciremos, donde en el prólogo, “Al dormido lector” se perfila la dedicación social no sólo nacional sino americana de un ensayista que transita por la ruta del Maestro:

No al que contempla de cerca los destellos de la vida civilizada en los países de menos luz de sol y de más luz humana –escribe–, no al que despierto y avisado observa atento la crepuscular vida de Hispano-América, conoce sus tonos apagados y se entristece por la falta de color vivo; sino *a ti, soñoliento hijo de los trópicos, a ti van mis palabras* [énfasis del autor].

Compárense estas palabras iniciales, expresadas además en el estilo anafórico de Martí, con las que abren el ensayo martiano “Nuestra América”:

Cree el aldeano vanidoso que el mundo entero es su aldea y con tal que él quede de alcalde, o le mortifique al rival que le quitó la novia, o le crezcan en la alcancía los ahorros, ya da por bueno el orden universal, sin saber de los gigantes que llevan siete leguas en las botas y le pueden

poner la bota encima, ni de la pelea de los cometas en el Cielo, que van por el aire dormidos engullendo mundos. *Lo que quede de aldea en América ha de despertar. Estos tiempos no son para acostarse con el pañuelo a la cabeza, sino con las armas de almohada como los varones de Juan de Castellanos: las armas del juicio, que vencen a las otras.* [énfasis del autor].

Son dos llamadas a despertarse, a descolonizar, a renovarse, a forjar la vida nueva. Para Cuba, eso implicaba, como Ortiz explica claramente en “Alma cubana” (78-81) del mismo volumen, nacionalizar el espíritu, crear instituciones liberadas del yugo (neo)colonial. Y, en la consecución de estos ideales, como Martí, recomienda la busca interior: “Buscamos fuera de nosotros mismos la columna de fuego que nos guíe por el desierto de nuestras incrédulas mentalidades, no sabemos que la luz del ideal han de encontrarla los pueblos en el resplandor de sus propias concepciones”.

“Laboremos, hijos de los trópicos”,<sup>19</sup> sentencia Ortiz. Y como Martí, se dedicó a levantar a su pueblo a despertarlo a la vida moderna. En 1930 fundó la revista *Surco* cuyo lema pertenece al ideario martiano: “pensar es abrir surcos”, revista que aspiraba a divulgar al pueblo hispanoamericano y a los que no tenían el dinero para conseguirlas, las más significativas expresiones culturales no hispánicas del mundo moderno. Y en 1936 con propositos semejantes a *Surco*, fundó *Ultra*, en cuyo primer número señaló que “sólo la cultura activa y no palabarrera puede realizar total-

mente en nuestra tierra, el programa de Martí y del noble patriciado que a lo largo del siglo XIX dieron alma, vida, y dignidad a esta nación”.

La de Ortiz fue una voz del futuro, consciente de la cultura del presente, versada en las raíces relevantes del pasado, y dedicada a la construcción de una realidad sociopolítica y cultural alternativa, una voz, en fin, martiana y moderna, una voz, como la de Martí que supo percibir los vacíos y las lacras de la vida contemporánea. En su *Historia de una pelea cubana contra los demonios* (1959), Ortiz recomendó que se leyera y se relejera a Martí, “con las luces del día, sin renegarle a cada cantío de un gallo. ¡Que Martí no se quede, como Jesús, solo en ruido de palabras y en sombra silente de bronce o de mármol”. Ni tampoco la obra de Fernando Ortiz.

## Notas

<sup>1</sup> En la reseña del libro Gonzalo de Quesada y Miranda, *Martí hombre*, 313.

<sup>2</sup> Ortiz Fernández, Fernando. [*Orbita*]. [La Habana : Unión de Escritores y Artistas de Cuba, 1973]. p. 47. (Colección Órbita)

<sup>3</sup> ----- . Prólogo. En su: *Entre cubanos; psicología tropical*. La Habana : Editorial de Ciencias Sociales, 1993. pp. vi-vii.

<sup>4</sup> *Ibídem*, p. vii.

# Los intelectuales orgánicos en Cuba: algunas reflexiones\*

Ana Cairo

*Profesora de la Universidad de La Habana*

La lectura de los *Cuadernos de la cárcel*<sup>1</sup> de Antonio Gramsci (1891-1937) genera una experiencia conmovedora, porque nos permite conocer a un escritor muy original, que se caracteriza por una correspondencia admirable entre sus pensamientos y actos.

Gramsci pasó la última década de vida en prisiones, donde se enfermó y encontró la muerte. Para evitar el embrutecimiento intelectual, se dedicó al estudio y la escritura sistemática. Así comenzó los *Cuadernos...* el 8 de febrero de 1929 en el presidio de Turi. El primer grupo se extendió hasta marzo de 1931; y el segundo, hasta 1933. Tras el fallecimiento, su cuñada logró rescatarlos y enviarlos a Moscú. Se publicaron entre 1948 y 1951. Para Gramsci también podría ser esta sagaz apreciación de José Antonio Portuondo (1911-1996):

En las horas de crisis en que el hombre se debate en la encrucijada de concepciones antagónicas de la realidad, la expresión literaria comporta un indudable heroísmo: heroísmo de revelar, con absoluta franqueza, la personal visión del mundo, la propia confusión o la angustia; heroísmo de sostener sin quiebras la inevitable parcialidad que engendra –inevitablemente también– el silencio y la hostilidad de la “otra parte”; heroísmo de mirar de frente la realidad en crisis, cuando resulta a veces más cómodo y siempre menos riesgoso escamotearla tras la alusión oscura o la evasión formalista; heroísmo de decir lo que se ve y lo que se siente, de descubrir las propias vivencias, lo que a golpes de experiencia va entregando día a día la realidad; heroísmo de ser simple y llanamente, sinceros.<sup>2</sup>

En los *Cuadernos...*, los juicios sobre el canto décimo del “Infierno”, primera parte de la *Divina Comedia* de Dante Alighieri (1265-1321), o los sagaces comentarios sobre Nicolás Maquiavelo (1469-1527) o Alejandro Manzoni (1785-1873), demuestran que Gramsci tenía un profundo conocimiento de la historia de la cultura italiana. Se le siente orgulloso de esa tradición a la cual su propia obra se integra. Él asumía su propia condición de intelectual –como también lo hacía el peruano José Carlos Mariátegui (1894-1930)– y no participaba de los criterios prejuiciados que funcionaban dentro del movimiento marxista, que impulsaba a los revolucionarios a no considerarse intelectuales.

Este prejuicio podría ilustrarse con dos ejemplos cubanos: cuando en 1927 Rubén Martínez Villena (1899-1934) le escribió a Jorge Mañach (1898-1961) que ya no era un poeta; o cuando Raúl Roa (1907-1982) contó sobre la reunión de 1929 para intentar la reorganización de la Liga Antimperialista de Cuba.<sup>3</sup>

Gramsci y Mariátegui se reconocían partícipes de una tradición nacional en tanto que intelectuales y justamente, por lo mismo, pudieron reflexionar mejor sobre las características y funciones de estos profesionales en la estructura social.

## I

Entre 1930 y 1932 Gramsci escribió sobre los intelectuales. La primera versión estaba en el “Cuaderno número 4” y la segunda en el “Cuaderno número 12”, bajo el título de “Apuntes y notas dispersas para un grupo de ensayos sobre la historia de los intelectuales y de la cultura en Italia”.

Antes de comentar estos “Apuntes...”, hay que recordar los criterios de su autor ante la posibilidad de que se publicara la obra de un escritor sin que este pudiera hacerse responsable de la edición:

Es evidente que el contenido de estas obras póstumas debe ser asumido con mucha discreción y cautela, porque no puede ser considerado definitivo, sino sólo material todavía en elaboración, todavía provisional.

Precisamente, insistir en que los “Apuntes...” deben pensarse como materiales de elaboración, me facilita hacerme algunas preguntas sin que ya necesariamente tenga las variantes de respues-

tas. En los “Apuntes...” se abordan los siguientes tópicos:

Primero. Cada grupo o clase social genera sus capas de intelectuales, “que le dan homogeneidad y conciencia de su propia función no sólo en el campo económico, sino también en el social y político”.

Segundo. Los *intelectuales orgánicos* que cada nueva clase crea consigo y elabora en su desarrollo progresivo, son en su mayor parte “especializaciones” de aspectos parciales de la actividad primitiva del tipo social que la nueva clase ha sacado la luz.

Tercero. Estos hombres que cumplen funciones especializadas actúan con *espíritu de cuerpo*, son conscientes de que tienen una tradición, porque son parte de una “continuidad histórica ininterrumpida”. Ellos se pueden ver a sí mismos como autónomos e independientes del grupo social dominante.

Cuarto. Los intelectuales orgánicos pueden nutrirse atrayendo a sus filas a los intelectuales “tradicionales”, que son los que cumplen funciones en la organización productiva o social.

Quinto. El sistema educacional es el que forma a los intelectuales que se necesitan. A mayor diversidad, se pueden alcanzar más altas calificaciones dentro de las especializaciones y mayores matices en cuanto a la eficiencia.

Sexto. Debería buscarse la más amplia base social (a partir de la escuela obligatoria), como garantía democrática, para la selección de los que deben prepararse para las más altas calificaciónes.

nes intelectuales, dentro de una cosmovisión socialista.

Séptimo. Los intelectuales son los encargados por el grupo dominante del ejercicio de *las funciones subalternas de la hegemonía social* y del gobierno político.

Las funciones subalternas podrían ser:

A) Ayudar en la búsqueda de un “consenso espontáneo” de la sociedad hacia los actos del grupo hegemónico.

B) Contribuir a la creación del prestigio, de la legitimación, de la confianza, en los actos del grupo hegemónico.

Octavo. En la construcción de su propio partido, los intelectuales orgánicos evidencian su fuerza y la capacidad para incorporar a otros intelectuales tradicionales.

En los “Apuntes...” se encuentran también importantes consideraciones sobre teoría del partido político; pero, son estos ocho tópicos los que me han interesado. Además, aparecen juicios sobre los intelectuales en distintos países y criterios metodológicos sobre cómo asumir la especificidad de algunos temas. De este modo, se identifican problemáticas generales en cuanto a los intelectuales y sus funciones en la historia política, social e ideológica y se realza la opinión de que en cada nación se debe desentrañar el proceso de formación de la intelectualidad.

## II

En 1931, el preso político Raúl Roa –recluido en el hospital militar de Columbia– escribió el ensayo “Reacción

versus Revolución”<sup>4</sup> en forma de carta pública a Jorge Mañach. En nombre de los revolucionarios, él defendió al marxismo, como la concepción del mundo, la metodología científica y la filosofía de la praxis, que debía enseñarles a comprender y a explicar la Historia de Cuba, y a actuar para el triunfo de una verdadera revolución agraria y antimperialista contra Gerardo Machado y su protector, el gobierno de los Estados Unidos.

Roa enalteció a Mariátegui, como el pensador más eficiente para ilustrar las tareas que debían acometer los marxistas cubanos. Los *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana* y los artículos de la *Escena contemporánea* debían funcionar como obras teórico-metodológicas para que los estudios marxistas crecieran en número y calidades.

En 1936, Pablo de la Torriente Brau (1901-1936) escribió en Nueva York dos textos originalísimos: “Hombres de la revolución” (dedicado a honrar las vidas heroicas de Antonio Guiteras y Carlos Aponte), y “Álgebra y política”,<sup>5</sup> el más ingenioso ensayo político escrito por un marxista cubano en la primera mitad del siglo xx.

“Álgebra y política” resulta ser el discurso lúcido con el que se explica por qué la Revolución del 30 ya ha fracasado. Había que esperar otra oportunidad histórica. Mientras tanto la lucha en favor de los republicanos en la Guerra Civil Española (1936-1939), podría ser para él lo que Nicaragua o Cuba habían sido para el internacionalista venezolano Carlos Aponte.

Ya en 1937 era indiscutido el fracaso de la Revolución del 30. El coronel Fulgencio Batista (como jefe del ejército y poder político real) instrumentaba el plan trienal. En la Universidad de La Habana se normalizaban las clases y se reorganizaba la institución. Se aceleraban los preparativos para una Asamblea Constituyente. Y en la alcaldía de La Habana se creaba una Oficina del Historiador de la Ciudad, cuya dirección fue confiada a Emilio Roig de Leuchsenring (1889-1964), el más importante historiador anticolonialista de este siglo.

Roig impulsó a los jóvenes intelectuales hacia una nueva interpretación de la Historia de Cuba. En ese ámbito de discusiones, José Antonio Portuondo y Julio Riverend (1912-1998) comenzaron sus estudios sobre el movimiento intelectual cubano. Le Riverend se interesó por los proyectos del “único reformismo creador”, el de finales del siglo XVIII y la primera mitad del XIX. También incursionó en la teoría marxista del partido político, antes de irse a estudiar al Colegio de México.

Portuondo aspiraba a especializarse en estética con un enfoque marxista; pero también adelantaba en el proyecto de ir escribiendo los capítulos de una historia social de la Literatura Cubana. Dicho intento surgió de un ciclo de conferencias (dictadas por radio) sobre nuestra revolución cultural en un curso de Historia de Cuba que coordinaba Roig.

Después de los estudios en el Colegio de México, Portuondo se interesó en los problemas de la teoría generacional aplicada a la cultura. Fue uno de los primeros

marxistas latinoamericanos en incorporarla con adecuaciones importantes.

Le Riverend, desde la historia de las ideologías (sucedánea de la matriz centrada en las problemáticas económicas), y Portuondo, desde una óptica generacional, abrieron la fase contemporánea de las reflexiones en torno a la historia del movimiento intelectual cubano.

Hasta donde conozco, fue Portuondo quien primero aplicó el concepto de los intelectuales orgánicos de Gramsci a nuestra historia cultural, como podría ilustrarse con los textos “Mella y los intelectuales” y “Los intelectuales y la Revolución”.<sup>6</sup>

Portuondo glosó a Gramsci en “Los intelectuales y la Revolución” y aportó su propia definición: se trataba de “un forjador consciente de la conciencia social en cualesquiera de sus manifestaciones: ética, estética, filosófica, política, etc.” Por otra parte, estimaba que los grupos intelectuales existentes en Cuba con posterioridad al triunfo revolucionario de 1959 eran: políticos, clérigos, profesionales (abogados, médicos, etcétera), técnicos, científicos, escritores, artistas, filósofos, entre otros. A continuación, se ocupaba de caracterizar la reacción de estos grupos de intelectuales ante los cambios radicales que introducía, en la práctica social, el Gobierno Revolucionario.

Un complemento superador del texto mencionado fue “Itinerario estético de la Revolución Cubana”,<sup>7</sup> en el que enjuició las tendencias del debate público entre los intelectuales durante la década de 1960.

Con la segunda edición revisada del libro *La historia y las generaciones*,<sup>8</sup> presentó un esquema generacional del movimiento intelectual cubano desde el siglo xvi hasta 1959. Esto constituyó –sin lugar a dudas– una gran audacia para nuestra historiografía cultural.

En el contexto posterior a 1959, no podría olvidarse el trascendental ensayo de Ernesto Che Guevara (1928-1967) “El socialismo y el hombre en Cuba”, donde avivó innumerables discusiones con sus juicios sobre los intelectuales, el arte revolucionario y el realismo socialista. La controversia alcanzó su punto más álgido tras la muerte del Che, cuando se difundió masivamente ese polémico texto.<sup>9</sup>

Carlos Rafael Rodríguez (1913-1997) contribuyó con dos trabajos relevantes: las consideraciones sobre la pequeña burguesía urbana en la reflexión sobre las clases sociales, incluido en “Cuba en el tránsito al socialismo” y “Problemas del arte en la Revolución”,<sup>10</sup> en el que reexaminó algunos de los temas abordados por el Che en “El socialismo...”. Al publicarse los tres tomos de *Letra con filo* (1983) se ha podido comprender mejor cómo Carlos Rafael Rodríguez también se adentró en las especificidades del movimiento intelectual cubano. Por lo mismo, podría estructurarse un contrapunteo con la producción de Roa, Portuondo y Le Riverend. Tampoco podría subestimarse en la historia de la acción político-social que Carlos Rafael Rodríguez fue quien dirigió el grupo para el trabajo con los intelectuales dentro del Partido Socialista Popular<sup>11</sup> durante la década de 1950. La lectura de los do-

cumentos programáticos de esa organización ratificaba que se operaba con una conciencia de especialización afín a las tesis de Gramsci. Por supuesto, sólo se apuntó como un elemento de posible coincidencia, ya que las reflexiones de Gramsci mayoritariamente circularon en Cuba después de 1959.

Después de la Reforma Universitaria de 1962, profesores como Portuondo, Mirta Aguiré (1912-1980), Isabel Monal, o Roberto Fernández Retamar, (todos muy especializados en sus disciplinas), propiciaron un acercamiento múltiple a autores como Mariátegui y Gramsci. Los estudiantes de entonces podíamos disponer de variados incentivos para repensar el legado del pensamiento revolucionario en la primera mitad del siglo xx.

Por razones investigativas, durante los setenta, ochenta, y noventa, he mantenido relaciones sistemáticas de trabajo y amistad con una amplia gama de intelectuales. Con ellos he discutido sobre numerosas problemáticas inherentes a la historia del movimiento intelectual cubano.

Si me atrevo a opinar sobre nuestros intelectuales orgánicos, a partir de una lectura cuidadosa del “Cuaderno número 12” de Gramsci, es porque entiendo que existen zonas de ignorancia sobre los aportes de la intelectualidad al proceso de conformación y desarrollo de nuestra nación; y porque creo que sobreviven ciertos prejuicios en torno al trabajo de los intelectuales e incluso a su propia condición como grupo social. Lo anterior podría ilustrarse con algunas apreciaciones que, en forma de ru-

mores, circulan en torno a que pertenecemos “a las partes blandas de la sociedad”. El sustrato ofensivo y reaccionario subyacente en este tipo de opinión nos indica que hay que continuar la labor de esclarecimiento y proseguir la reflexión pública.

### III

Para el examen de la problemática de los intelectuales orgánicos en la historia cultural cubana, pienso que debe atenderse a los siguientes factores:

Primero. Efectivamente, como creía Gramsci, nuestros intelectuales surgieron en el proceso de estructuración y desarrollo de la plantación esclavista, como modalidad económica principal en los más de tres siglos de coloniaje español. En dicho régimen se sufrió además otra forma de hegemonía más totalizadora y fue la que se derivó del poder político y económico del estado monárquico metropolitano.

La dominación se ejerció en distintos niveles, intensidades y calidades. Por un lado se funcionaba con regularidades administrativas similares para el conjunto de los territorios sometidos; por el otro lado, se privilegiaban particularidades estratégicas de acuerdo con intereses económicos, políticos, militares, sociales, o geográficos, que el poder monárquico metropolitano jerarquizaba al valorizar cada colonia.

Por lo mismo, nuestros primeros grupos de intelectuales podrían también estudiarse dentro de los estratos comunes de funcionarios, técnicos y letrados del mundo colonial hispanoamericano. Las

reflexiones del escritor uruguayo Ángel Rama<sup>12</sup> (1926-1983) podrían sugerir opciones metodológicas para un replanteo de modelos comparativos entre Cuba e Hispanoamérica.

El pensador brasileño Darcy Ribeiro (1922-1997) introdujo como antropólogo y político el concepto de que también existían los intelectuales orgánicos en las comunidades de los “indígenas”. Él partía de la definición de intelectual “como aquel que domina su cultura, un dominio que otros no tienen. Quienes sí lo tienen son reconocidos como intelectuales, son respetados como sabios”.<sup>13</sup>

Quizás los siglos del xvi al xix podrían ser enriquecidos usando como hipótesis esta noción de que intelectual fue “aquel que domina su cultura”. ¿Tuvimos intelectuales en las comunidades “indias” que encontraron los españoles a finales del siglo xv y principios del xvi? ¿Cuáles podrían ser los tipos de intelectuales existentes entre los miles de esclavos que llegaron de diferentes etnias africanas?

A partir del siglo xviii, la historia cultural de las instituciones, personalidades y obras confirma un crecimiento acelerado de las capas de intelectuales orgánicos y tradicionales que producen ideología. Tenían un programa de aspiraciones para ampliar la participación de los criollos en el grupo hegemónico de la dominación colonial en la Isla. Podría decirse que Francisco de Arango y Parreño (1765-1837), José Agustín Caballero (1762-1835) o Tomás Romay (1764-1849), entre los intelectuales de la generación del *Papel Periódico de*

*la Havana* (1790), fueron paradigmáticamente orgánicos.

Entre las décadas de 1820 y 1880, el movimiento ideológico y cultural de los románticos implicó un nivel cualitativamente superior de complejidad en las modalidades de intelectuales. Los programas de los intelectuales orgánicos se reestructuraron para enfrentar la ola represiva creciente que implementó la metrópoli después de la gran derrota militar en la batalla de Ayacucho (1824) y la consiguiente pérdida definitiva de la mayoría de las colonias.

La expulsión de los intelectuales orgánicos cubanos del grupo hegemónico del aparato colonial en la Isla, y la exclusión de los derechos políticos a partir de la Constitución española en 1837, fueron acontecimientos, cuyo impacto específico ratificó las consideraciones de Gramsci en torno a la autonomía de aspectos políticos, sociales, culturales, que se imbricaban en las construcciones ideológicas que producían los intelectuales sobre la sociedad y sobre sí mismos.

Aunque no está de moda leer a Félix Varela (1788-1853), José Antonio Saco (1797-1862), Gertrudis Gómez de Avellaneda (1814-1873), José María Heredia (1803-1839), Cirilo Villaverde (1812-1894), entre otros, en todos se aprecian modalidades de un nuevo programa, ya como cubanos, que denuncian el estatuto de víctimas y promueven alternativas emancipatorias del sujeto. Ellos están reclamando los derechos de seres humanos a un espacio propio con libertad.

No obstante, hay tres intelectuales que suscitan interrogantes adicionales.

Juan Francisco Manzano (1797-1854), único intelectual esclavo que aparece en las historias culturales. ¿Es una excepción, una rareza del período colonial? Quizás el redimensionamiento de la noción de intelectual (a partir de Ribeiro) ilumine otros enfoques menos elitistas y más democráticos.

Gabriel de la Concepción Valdés (1809-1844), Plácido, poeta fusilado por los españoles, nos aproxima a la interrogante de si fue o no un intelectual orgánico de estratos sociales que deben asociarse al factor *raza* (entendida como color de la piel, tipo de pelo, rasgos faciales y como causa de coerción física y espiritual).

Ya se sabe que los ricos siempre eran “blancos” por definición. La “blancura” se compraba como los títulos nobiliarios en la sociedad colonial. Desde las indagaciones de Francisco Calcagno (1827-1903) sobre los “poetas de color” hasta los trabajos de Pedro Deschamps Chapeaux (1913-1996) sobre los negros y mulatos libres, no se ha avanzado lo que se debía. Existen todavía demasiadas interrogantes tanto para el período colonial como para el republicano.

Del mismo modo, se necesita una historia de las ideologías racistas y antirracistas. En 1942, con la conferencia “Por la integración cubana de blancos y negros” don Fernando Ortiz (1881-1969) planteó cinco fases antes de que el elemento “raza” perdiera todas las determinaciones políticas, sociales y culturales. Todavía son insufi-

cientos los análisis sobre los cambios que introdujo la política revolucionaria a partir de 1959 en ese universo.

Gertrudis Gómez de Avellaneda suscita la pregunta de si el factor *género* tendría también que justipreciarse. En la novela *Sab* (1841), Tula afirmó que las mujeres y los esclavos sufrían una dominación humillante similar. ¿Podría ser Tula un ejemplo de intelectual orgánico, en el que las preocupaciones sobre género ensanchan el impacto sociocultural de su propuesta ideológica? ¿Ella sería realmente una excepción?

El ciclo de las guerras de independencia también necesita reevaluaciones. En la Guerra de los Diez Años surgieron nuevos intelectuales orgánicos del independentismo que representaban intereses de clases populares. Antonio Maceo (1845-1896) o Máximo Gómez (1836-1905) podrían simbolizarlos.

José Martí (1853-1895), el mayor intelectual cubano del período colonial, estructuró un proyecto político que entre sus múltiples novedades diseñaba una estrategia y principios tácticos para que los intelectuales participaran en cuanto tales dentro de la Revolución.

Martí siempre estuvo muy orgulloso de pertenecer a una tradición intelectual cubana,<sup>14</sup> la cual era uno de los elementos que avalaba nuestra madurez como pueblo consciente de su nacionalidad y la existencia de grupos especializados con capacidad de dirección para fundar una nación.

La tesis martiana de enaltecer nuestra tradición intelectual, como uno de los

valores supremos de un programa político-cultural, no ha perdido actualidad en lo referente a cómo examinar el fenómeno de la diáspora, o a cómo defender la pluralidad de opciones para que cada intelectual encuentre su espacio dentro del proyecto de construir la nación de todos.

En la década del 70, tuve el honor de dialogar con varios intelectuales que se destacaron en los combates de la Revolución del 30. Entonces descubrí que ellos eran también martianos por la defensa activa e inteligente de nuestra tradición. Ellos mismos la continuaban con su ejemplo y nos formaban en la importancia de mantener esa estrategia. Y en cumplimiento de ese deber moral es que he compartido con ustedes estas reflexiones en homenaje al heroísmo de Antonio Gramsci y al grato recuerdo de intelectuales orgánicos como Juan Marinello (1898-1977), Raúl Roa, José Z. Tallet (1893-1989), Mirta Aguirre, Julio Le Riverend, y José Antonio Portuondo, que fueron algunos de mis mejores maestros.

#### Notas

\* Texto presentado en el Coloquio Internacional de Homenaje a Antonio Gramsci organizado por el Centro Cultural Juan Marinello, en febrero de 1997.

<sup>1</sup> Gramsci, Antonio. *Cuadernos de la cárcel*. Edición crítica del Instituto Gramsci. México: Ediciones Era, S.A., 1986. 4 t.

Todas las referencias remiten a esta edición.

“Cuaderno número 4”. t. 2, pp. 186-197. (párrafo 49)

“Cuaderno número 12”. t. 4, pp. 353-373.

- <sup>2</sup> Portuondo, José Antonio. Explicación. En su: *El heroísmo intelectual*. México: Texontle, 1955. p. 9.
- <sup>3</sup> Cairo, Ana. Polémica Villena-Mañach. En su: *El grupo minorista y su tiempo*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1978. pp. 357-374.
- Roa, Raúl. La jornada revolucionaria del 30 de Septiembre. En su: *Bufo subversiva*. La Habana : Cultural, S.A., 1935. p. 65.
- En el conjunto de la evolución de Roa resulta sumamente interesante la reflexión autocrítica sobre este prejuicio. En particular puede leerse su último libro *El fuego de la semilla en el surco*. La Habana: Editorial Letras Cubanas, 1982. (publicado póstumamente).
- <sup>4</sup> \_\_\_\_\_. Reacción versus revolución. *Op. cit.* (3).
- <sup>5</sup> Torriente Brau, Pablo. Hombres de la revolución. En su: *Páginas escogidas*. La Habana: Impr. André Voisin, 1973. pp. 331-335.
- \_\_\_\_\_. Álgebra y política. En su: *El soldado desconocido cubano y otras páginas*. La Habana: Ediciones Huracán, 1968. pp. 293-364.
- <sup>6</sup> Portuondo, José Antonio. Mella y los intelectuales. Los intelectuales y la revolución. En su: *Crítica de la época y otros ensayos*. La Habana : Universidad Central de Las Villas, 1965. pp. 84-135.
- <sup>7</sup> \_\_\_\_\_. Itinerario estético de la Revolución cubana. En: Cairo, Ana. *Letras. Cultura en Cuba*. La Habana : Editorial Pueblo y Educación, 1993. pp. 49 -70.
- <sup>8</sup> \_\_\_\_\_. *La historia y las generaciones*. La Habana: Editorial Letras Cubanas, 1981. 115 p. (Colección Crítica)
- <sup>9</sup> Guevara, Ernesto Che. El socialismo y el hombre en Cuba. En su: *Obras 1957-1967*. La Habana : Editorial Casa de las Américas, 1970. t. 2, pp. 367-384.
- <sup>10</sup> Rodríguez, Carlos Rafael. Los comunistas ante el proceso y las perspectivas de la cultura cubana. En su: *Letra con filo*. La Habana : Editorial Ciencias Sociales, 1983. t. 1.
- <sup>11</sup> El 16 de agosto de 1925 se fundó el primer Partido Comunista de Cuba. Con vistas a la Asamblea Constituyente de 1940 adoptó el nombre de Unión Revolucionaria Comunista. Aproximadamente desde 1942 cambió el nombre por el de Partido Socialista Popular. En 1962 se autodisolvió para fundar las Organizaciones Revolucionarias Integradas (ORI) primer paso para constituir el actual Partido Comunista de Cuba (proclamado en octubre de 1965).
- <sup>12</sup> Rama, Ángel. *La ciudad letrada*. Montevideo: Fundación Ángel Rama, 1984. 176 p. (La serie Rama; 502)
- \_\_\_\_\_. La ciudad escrituraria. En su: *La crítica de la cultura en América Latina*. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1985. pp. 3- 18. (Biblioteca Ayacucho; 119)
- <sup>13</sup> Ribeiro, Darcy. Autocrítica demagógica. *Cuadernos Americanos* (México) 10 (57):11-23; mayo-jun. 1996.
- <sup>14</sup> Martí, José. *Obras completas*. La Habana: Editorial Nacional de Cuba, 1963. t. 5.
- En este tomo pueden leerse sus textos sobre Antonio Bachiller y Morales, José de la Luz, Eusebio Guiteras, José María Heredia, Rafael María de Mendive, Juan Peoli y Julián del Casal, entre otros, para conocer sus ideas sobre la tradición cultural cubana y su importancia política.

# Identidad femenina en el Cuadernillo autobiográfico de Gertrudis Gómez de Avellaneda

**Brígida Pastor**

*Investigadora y profesora de la Universidad de Glasgow*

*La escritura autobiográfica es un discurso de la identidad. Escribir es una estrategia de las mujeres para validar lo que son. La apropiación del lenguaje y de la escritura es, también, la apropiación del ser.<sup>1</sup>*

El epistolario amoroso de la escritora cubana Gertrudis Gómez de Avellaneda constituye una correspondencia voluminosa dirigida a su amado Ignacio de Cepeda Alcalde –un amor que nunca fue correspondido– durante el largo período de 15 años, entre 1839 y 1854. Estas cartas también se publicaron bajo el título de *Diario íntimo*, y no sólo representan un documento biográfico revelador, sino también una fuente extraordinariamente rica de información sobre la identidad femenina de Avellaneda. Esta correspondencia llegó a su fin cuando Cepeda contrajo matrimo-



nio con otra mujer, y Avellaneda se dio cuenta de que lo había perdido definitivamente.<sup>2</sup> Las cartas no se escribieron con la intención de ser publicadas, y se esperaba que su receptor las quemara; sin embargo, fueron guardadas y tras la muerte de Cepeda en 1907, su viuda las publicó.<sup>3</sup> Se podría especular que tal vez Cepeda dio su aprobación para su publicación póstuma, aprovechando la popularidad literaria de la autora. También cabe la posibilidad de que la misma Avellaneda lo hubiera acordado con su amado, tal y como se sugiere en su última carta. En ese texto, Avellaneda parece responder a una sugerencia por parte de Cepeda de que las “cartas confidenciales” podrían ser leídas por un “público” más general:

Respecto a lo que me consultas sobre mis cartas, sólo puedo responderte que no recuerdo exactamente lo que contienen. Ignoro si hay en esas cartas confidenciales cosas que puedan interesar al público, o si las hay de tal naturaleza, que deban ser reservadas. Cuando nos veamos, ha-

blaremos de eso y examinaremos dichos papeles.<sup>4</sup> [énfasis de la autora]

Este trabajo se centrará particularmente en la primera carta extensa o *cuadernillo* autobiográfico que Avellaneda escribió a Cepeda, siendo este ejemplo representativo de la expresión genuina de su identidad femenina y a la vez eco de su constante lucha como mujer dentro de una cultura hegemónica masculina. Al escribir a Cepeda, Avellaneda no sólo se dirige al amado, sino al lector masculino. Cepeda no es diferente del resto de los lectores masculinos de la época, pues como la misma autora afirma: Cepeda es “*un hombre como todos los demás*” (p. 54) [énfasis de Avellaneda]. El *cuadernillo* revela una de las primeras tentativas de la autora en tomar la pluma y escribir la historia de su vida, la historia de una “mujer nueva”. Como en el resto de las cartas, Avellaneda se nos presenta como un ser dividido, en constante conflicto con los convencionalismos sociales que la acechan. Los conflictos internos que se reflejan en la ambivalencia de su texto se transforman en un arma vital para elaborar su epistolario amoroso. Esta ambivalencia construye un discurso estratégico y dinámico que explora la voz silenciada de la mujer en el orden simbólico masculino y su determinación a articular su propia identidad como sujeto femenino, por muy deficiente e indirectamente en que se lleve a cabo. Es decir, Avellaneda se propone inscribir su identidad puramente femenina en un lenguaje que la excluye por su sexo, superando así los rígidos parámetros que le impone la tradición patriarcal. De este modo, sus propios conflictos se convierten en estrategia para subvertir los có-

digos inamovibles y dominantes del patriarcado. Como las teóricas feministas Susan Gilbert and Sandra Gubar destacan, la duplicidad que conllevan estos conflictos internos permite que la mujer se invente a sí misma a través de la pluma.<sup>5</sup> Para construir un discurso femenino, es necesario que la mujer escritora examine, asimile, y trascienda las imágenes de “ángel” y “monstruo” que la tradición literaria de mero dominio masculino ha asignado a la mujer. Es este ejercicio de deconstrucción y reconstrucción lo que definen los escritos de Avellaneda: no sólo desafía la autoridad de su receptor, sino también los límites discursivos del lenguaje. De este modo, para articular sus deseos y sentimientos, Avellaneda se disloca de la oposición binaria del patriarcado que genera un lenguaje inmutable y fosilizado, intentando así definir la realidad a través de su propio lenguaje (o imaginario femenino) –un lenguaje que está desligado del orden simbólico masculino.

La primera carta que Avellaneda escribe a Cepeda es un texto extenso a modo de autobiografía y a la que se refiere como *cuadernillo*, dejando muy claro que él es el motivo central de su escrito: “Es preciso ocuparme de usted; se lo he ofrecido; y, pues, no puedo dormir esta noche, quiero escribir; de usted me ocupo al escribir de mí, pues sólo por usted consentiría en hacerlo” (p. 39). Estas palabras representan un puente para entablar diálogo no sólo con su receptor sino consigo misma. Es un ejemplo elocuente de cómo Avellaneda expresa simultáneamente sus sentimientos por su amado (“de usted me ocupo”), y su propio Yo femenino (“al escribir de mí”), creando así un vínculo

íntimo y recíproco con el Otro (masculino). Además, al referirse a Cepeda como “el objeto de mis tiros”, Avellaneda lo convierte en el blanco (patriarcal) del arma discursiva de su pluma la cual ella utiliza para articular su identidad femenina. (p. 190) En esta frase, la autora capta la esencia de la metáfora “margen-centro”, poniendo de relieve su posición marginal al erigir a Cepeda en centro y motivo de sus escritos. Esta posición marginal le concede a Avellaneda el privilegio de proponer otras alternativas, distintas a las definidas por la cultura del patriarcado. Nancy Harstock señala el protagonismo de la metáfora “margen-centro” en su ensayo “Foucault on Power. A Theory for Women?” y su relevancia para la autobiografía femenina:

The autobiographical subject may offer a “standpoint epistemology”: an account of the world as seen from the margins, an account which can expose the falseness of the view from the top and can transform the margins as well as the center. The point is to develop an account of the world which treats our perspectives not as subjugated or disruptive knowledges but as primary and constitutive of a different world.<sup>6</sup>

Avellaneda coloca a Cepeda como el motivo “central” de sus escritos, simplemente como forma de desafiar el discurso hegemónico masculino en un estilo sutil y mimético. Por ello, las primeras líneas del cuadernillo afloran como justificación de su misión de escritora, dándose perfectamente cuenta de que el proceso creativo es monopolio exclusivo del hombre. De ahí que Avellaneda

admira que el acto de escribir sea un pecado a los ojos de Cepeda, que le exige implícitamente su arrepentimiento y confesión: “La confesión, que la supersticiosa y tímida conciencia arranca a un alma arrepentida a los pies de un ministro del cielo, no fue nunca más sincera, más franca, que la que yo estoy dispuesta a hacer a usted”. (p. 39) Esta cita expone cómo Avellaneda, al escribir a Cepeda, parece quitarle importancia a su escrito, presentándolo como una “confesión” que debe ser sometida a la aprobación masculina del “ministro de Dios”, representado por Cepeda. Asimismo, el hecho de que la autora haya escogido la forma verbal “arranca” parece sugerir que su confesión y su implícito arrepentimiento (“arrepentida”) están lejos de representar sus verdaderos sentimientos, sino los que se le exigen culturalmente.

Avellaneda impone dos condiciones a Cepeda con respecto al *cuadernillo*: primero, que “el fuego devore este papel inmediatamente que sea leído”; segundo, que “nadie más que usted en el mundo tenga noticia de que ha existido”. (p. 39) A partir de estas palabras preliminares, que parecen establecer un pacto de amor, Avellaneda, la escritora, la creadora y la voz discursiva, comienza a narrar su pasado y a construir su Yo femenino. Avellaneda selecciona cuidadosamente los eventos de su pasado, que le permiten “escribirse” a sí misma, es decir, inventarse en sus escritos. Al expresar su diferencia como mujer, la escritora confronta todas las dificultades y contradicciones inherentes en el código masculino. Sin embargo, su realidad femenina determina que su discurso esté lleno de contradiccio-

nes y tensiones. Avellaneda subvierte la relación de subordinación que mantiene con su receptor, Cepeda, yuxtaponiendo la confesión de su culpabilidad a la de su pasión incontrolada e instintiva: “Hay días [...] en que el corazón se rompería, si no se desahogase. Yo tenía necesidad de decirte todo lo que te he dicho, ahora ya estoy más tranquila. No me censures, por Dios”. (p. 120) Este pasaje revela la necesidad de Avellaneda de tomar la pluma y trascender las limitaciones y censura que le impone su interlocutor. La forma verbal “desahogarse” implica la necesidad que la autora tiene de expresar su auténtica identidad subjetiva, que parece estar bajo el control y represión de su receptor, pues, de lo contrario, como dice la misma Avellaneda: “el corazón se rompería”. Por esta razón, la escritora se niega a que sus deseos y sus instintos sean aniquilados por los códigos represivos de Cepeda, siendo esta la única forma de escapar aunque sea efímeramente del orden falocrático.

En el epistolario personal de Avellaneda, el pasado está al servicio del presente. El *cuadernillo* plasma una evocación de su infancia y adolescencia. En la narración de su pasado, la escritora, como sujeto enunciador, ofrece al lector masculino imágenes de ella misma que están deformadas por las normas del patriarcado que el mismo Cepeda encapsula. Su ambivalencia refleja las diferentes opciones humillantes que como mujer confronta cuando tiene que definir su presencia pública en el mundo. Tal y como ella afirma: “No ignoraba que la opinión pública me condenaba” o, unas páginas más tarde, “siempre me condenaban las apariencias” y “juzga-

da por la sociedad, que no me comprende”. (pp. 59, 81, 90) Estos episodios de su pasado que Avellaneda nos narra en el *cuadernillo* la retratan como una víctima de las leyes represivas de la sociedad, de su familia y de los intereses materiales de la sociedad burguesa a la que pertenece. Avellaneda protesta contra la situación discriminada de la mujer y defiende su derecho a tener una voz con autoridad y autonomía propias. Phyllis Zatlin Boring observa:

Al leer la autobiografía de Avellaneda, el lector se encuentra con una joven en lucha –en lucha con la sociedad, con los parientes, consigo misma–. Una persona reñida con su ambiente. Avellaneda no puede esperar que la entiendan los que piensan que todas las mujeres deben llevar vidas iguales. Tula es incapaz de ser buena gallega casera como las parientas de su padrastro.<sup>7</sup>

Una de las características más sobresalientes en la trayectoria vital de Avellaneda es su deseo insaciable de hacer lo que le place, de vivir la vida para ella misma y poner a prueba la validez de los valores culturales. Sabemos que era una niña precoz e inteligente, que tenía gran afición a la lectura y que enjuiciaba la opinión de sus parientes. Avellaneda destaca que los parientes españoles de su padrastro decían que no era buena en nada de lo que una mujer debía ser buena y como ella misma confiesa: “[M]e ridiculizaban [...] mi afición al estudio y me llamaban la *Doctora*”. (p. 72) El hecho de que Avellaneda haya subrayado e iniciado con mayúscula la palabra *Doctora* parece indicar su deseo de resaltar el gé-

nero de la palabra, y su significado peyorativo en este contexto (“la que blasona de sabia y entendida”<sup>8</sup>). La ironía de Avellaneda también aflora cuando dice: “Dábaseme la más brillante educación que el país [Cuba] proporcionaba”. (p. 43) La palabra “brillante” aquí es utilizada irónicamente para poner énfasis sobre la educación limitada y restringida que ella recibía como mujer. Avellaneda fue una mujer muy atípica para su época. Fue incluso condenada por su propia madre, que la llamaba “salvaje” por su tendencia a aislarse de la sociedad, siendo su gran placer “estar encerrad[a] en el cuarto de los libros, leyendo [sus] novelas favoritas y llorando las desgracias de aquellos héroes imaginarios, a quienes tanto querí[a]”. (p. 44) Influenciada por los ideales románticos, Avellaneda parece querer aislarse (“encerrada”) de una sociedad que no la comprende y la censura injustamente; una sociedad, en opinión de Joan Torres-Pou, “donde tales ideales no tenían cabida”.<sup>9</sup>

Es obvio que Avellaneda encontró en el recuerdo de su infancia y adolescencia el ímpetu para una poética que años más tarde pondría en práctica en su ficción literaria. Sus reminiscencias describen las actitudes que la caracterizan —su pasión por todo lo intelectual— y que le sirven como estrategia para esbozar el proceso de cómo ha llegado a ser la escritora del presente: “Mostré desde mis primeros años afición al estudio”. (p. 42) El hecho de que la joven Avellaneda demostrara un serio interés por la lectura la convirtió en una mujer poco común a los ojos de los que la rodeaban.<sup>10</sup> Este sello de distinción y diferencia a menudo representaría

obstáculos para Avellaneda; así lo admite al referirse a la predilección que tenía por Rousseau: “Decían que yo era atea, y la prueba que daban era que leía las obras de Rousseau”. (p. 72) Similarmente, Avellaneda infravalora la calidad de su educación intelectual y sus pretensiones de creatividad literaria. A pesar de que en estos momentos su obra ya había empezado a publicarse, la estrategia con Cepeda es presentar sus cualidades intelectuales como un juego, o como un producto de sus pasiones infantiles: “[Mis] juegos eran representar comedias, hacer cuentos, rivalizando a quien los hacía más bonitos [...]. La lectura de novelas, poesías y comedias llegó a ser [mi] pasión dominante”. (p. 44) Paradójicamente, esta cita describe la lectura como la “pasión dominante” de Avellaneda, especificando los tres géneros que cultivaría durante toda su trayectoria literaria. Avellaneda continúa manipulando el lenguaje ante los ojos censores del amado y estratégicamente admite que aunque ella y su prima solían entretenerse en “objetos más serios y superiores a [su] inteligencia” y ambas poseían “la elevación y profundidad de sentimientos, que sólo son propios de los caracteres fuertes y varoniles”, también se autodefine —estableciendo un paralelismo con su prima— según la imagen femenina estereotipada de la tradición patriarcal: “Como yo, reunía la debilidad de la mujer”. (p. 47) A pesar de su aparente ambivalencia y Yo fragmentado, Avellaneda expresa su profunda admiración por las cualidades intelectuales logocéntricas que tradicionalmente han sido consideradas de exclusivo dominio masculino. De este modo, Avellaneda inscribe a su prima y a sí misma en el lenguaje, logrando ex-

presar su subjetividad femenina e indirectamente exigiendo no sólo “profundidad de sentimientos”, sino también “inteligencia” (socialmente denegada a la mujer). La alusión a la prima podría interpretarse como un artificio al que la autora recurre para expresar su *alter ego* a través del cual Avellaneda puede definirse a sí misma. Al convertirse en agente de su propio discurso, se declara solidaria con su propia identidad (femenina). Así lo sugieren una vez más sus palabras: “mi prima y yo estábamos solas”. (p. 47) El término “solas” sugiere solidaridad femenina (sin la presencia masculina), como modo de combatir la opresión que ejerce el orden simbólico masculino sobre el sexo femenino. Avellaneda define repetidas veces su identidad indefinida y fragmentada: “era [...] yo una mezcla de profundidad y ligereza, de tristeza y entusiasmo [...]. Mi gran defecto es no poder colocarme en el medio y tocar siempre los extremos” o “yo me contradigo”. (pp. 47, 54) Estas son sólo algunas de las afirmaciones que ilustran el dilema que experimenta en su papel como mujer escritora, y su necesidad de “inscribirse” en su discurso. Al considerar “un gran defecto” el no poder colocarse en el centro (como su interlocutor masculino), la escritora expone sus temores a dar voz a su propia identidad de forma explícita y directa. Suárez Galbán resalta que la personalidad dividida de Avellaneda explica el tormento autodestructivo que debió experimentar: “Afirma y se niega, se resigna a su papel sexual-social, y se mutila como ser humano”. (p. 298) Sintiendo aislada en una sociedad que no la comprende, sus conflictos internos se repiten cons-

tantemente. Por una parte, Avellaneda declara envidiar a esas “mujeres que no sienten ni piensan [...] y a las cuales el mundo llama mujeres sensatas”. (p. 61) Por otra, deja muy claro que no piensa como “el común de las mujeres”. (p. 148) Esta aparente contradicción pone de manifiesto su identidad objetiva (social) y subjetiva (individual), en su intento ambivalente de intervenir en el discurso hegemónico masculino. Este conflicto es el resultado de su “ansiedad de autoría”, común a las escritoras del siglo XIX, las que son temerosas de singularizarse en el ámbito masculino”.<sup>11</sup>

Pero muchas veces estas contradicciones son meras apariencias, constituyendo una estrategia retórica que permite a Avellaneda expresar su subjetividad de forma indirecta. Así se entiende que Avellaneda deliberadamente se apropie de imágenes misóginas femeninas para parodiarlas y de esta manera revelar su perspectiva femenina. Este aparente uso paradójico de su lenguaje pone de relieve una vez más la actitud censurante masculina con respecto a la mujer escritora: “Yo no conocía ni el mundo ni a los hombres: era tan inocente como el día en que nací”. (p. 56) Mientras que varias páginas después, se apropia para sí misma una imagen frívola y poco convencional:

Hubiera yo querido mudar mi naturaleza [...] Yo me avergonzaba de una sensibilidad, que me constituía siempre en víctima [...]. En este tiempo dos veces he contraído *pasajeras relaciones*. Mi corazón no las formó, fue [...] la necesidad de una

*distracción*, el ejemplo de la sociedad. (p. 74) [énfasis de la autora]

Este párrafo presenta la apropiación de Avellaneda de un comportamiento que es generalmente sólo lícito al hombre, tal y como sugiere el haber “contraído pasajeras relaciones” como mera “distracción”. Esta estrategia de carácter subversivo es incuestionablemente feminista, pues implícitamente subraya como las mujeres son puramente objetos en el imaginario sexual masculino. El Yo en el discurso de Avellaneda parece incoherente, como “neurótico”, distinto al que caracteriza al modelo autobiográfico tradicional, en el que la imagen representada y la identidad del autor/a es la misma. Aquí una vez más, las palabras de Avellaneda reflejan las tensiones estéticas y las contradicciones morales que la amenazan como escritora. Ella se da cuenta de que Cepeda no es capaz de reconocer su verdadera identidad (femenina) e intenta enmascararla, expresando el deseo de cambiar su “naturaleza”. Obviamente, la autora asume esta estrategia como la única manera de no convertirse en objeto de censura ante Cepeda. Así, la imagen negativa que revela de sí misma es expuesta como una proyección del imaginario cultural masculino, y, por consiguiente, del estado de represión socio-cultural que experimenta como mujer.

A la vista de todo lo expuesto, se podría concluir que el *cuadernillo* autobiográfico de Avellaneda se gesta como un palimpsesto que enmascara el significado más profundo de sus ideas (socialmente censuradas) y otorga autoridad literaria a su autora al adoptar y trans-

gredir simultáneamente los cánones masculinos literarios a distintos niveles. Estas estrategias discursivas plantean los dilemas que Avellaneda experimenta como mujer-objeto en la sociedad en su intento de inscribirse como sujeto autónomo y con derecho propio en su discurso. En suma, Avellaneda sobresale como una mujer en busca de sí misma, en busca de su propia identidad. Es evidente que la escritora desarrolla en su *cuadernillo* una fuerte ego-identidad, logrando expresar su auténtica voz femenina que habla de su condición social y trascender meros parámetros socio-culturales. Así el “diálogo” implícito que se recoge en esta primera y extensa carta permite que el lector reevalúe el papel de la mujer en la sociedad y condene las injusticias sociales de las que es víctima. Pero, sobre todo, deja testimonio de la autoconciencia que Gertrudis Gómez de Avellaneda tenía de su condición diferente. El acertado juicio de Nara Araújo resume la presencia significativa de la identidad femenina de Avellaneda y su “diferencia” en el *cuadernillo*, “diferencia [...] que proyectó desde la perspectiva de género para alcanzar un cuestionamiento de la iniquidad humana.”<sup>12</sup>

#### Notas

<sup>1</sup> Aileen Schmidt. La construcción del sujeto en dos cronistas de viajes cubanas del siglo XIX. En: *Mujeres latinoamericanas: historia y cultura. Siglos XVI al XIX.* / ed. Luisa Campuzano. La Habana : Casa de las Américas-Universidd Metropolitana, 1997. vol. 1, p. 141.

<sup>2</sup> Según la opinión de Carmen Bravo-Villasante,

aunque a Cepeda siempre le fascinó el talento y la belleza de Avellaneda, “él la quiere como amiga, como amante (así se decía antes al amado), pero como esposa teme que le resulte insoportable el exceso de inteligencia, su futura gloria”.

*Una vida romántica: la Avellaneda.* Barcelona : Editora Hispano-Americana, 1967. p. 46.

<sup>3</sup> *La Avellaneda. Autobiografía y cartas de la ilustre poetisa, hasta ahora inéditas.* / prólogo y necrología de don Lorenzo Cruz de Fuentes / 1ª edición. Huelva, 1907.

<sup>4</sup> Gómez de Avellaneda, Gertrudis. *La Avellaneda: Autobiografía y cartas.* / ed. Lorenzo Cruz de Fuentes / 2ª ed. Madrid : Imprenta Helénica, 1914. p. 242.

Todas las citas en el texto pertenecen a esta edición.

<sup>5</sup> Gilbert, Sandra M. and Susan Gubar. *The Madwoman in the Attic: The Woman Writer and the Nineteenth-Century Literary Imagination.* New Haven, London : Yale University Press, 1979. p. 16.

<sup>6</sup> *Feminism/Postmodernism.* / ed. Linda J. Nicholson. Nueva York : Routledge, 1990. p. 171.

<sup>7</sup> Boring, Phyllis Zatlin. Una perspectiva sobre la confesión de Avellaneda. En: *Homenaje a Gertrudis Gómez de Avellaneda. Memorias del*

*simposio en el centenario de su muerte.* / ed. Rosa M. Cabrera y Gladys B. Zaldívar. Miami : Ediciones Universal, 1981. p. 97.

<sup>8</sup> Ver definición 6 de *doctor, ra.* En: Real Academia Española. *Diccionario de la Lengua Española.* / 21 ed. Madrid : Espasa-Calpe, 1992.

<sup>9</sup> Torres-Pou, Joan. La ambigüedad del mensaje feminista de *Sab* de Gertrudis Gómez de Avellaneda. *Letras Femeninas* 19 (1993), 55-64 (p. 58).

<sup>10</sup> Otras escritoras contemporáneas como la española Faustina Sáez de Melgar tuvo también que enfrentarse a la fuerte censura de sus familiares con respecto a sus inclinaciones intelectuales: “Acusábanle, como de un crimen, de su afición a las lecturas: la mortificaban sin cesar con burlas mordaces”.

En: Sinués de Marco, María del Pilar. Biografía de la señora doña Faustina Sáez de Melgar, en Faustina Sáez de Megar, *La Higuera de Villaverde* (Madrid: Imprenta de D. Bernabé Fernández, 1860), p. 83]. XXVER

<sup>11</sup> Picón Garfield, Evelyn. *Poder y sexualidad: El discurso de Gertrudis Gómez de Avellaneda.* Amsterdam, Atlanta : Rodopi, 1993. p. 128.

<sup>12</sup> Araújo, Nara. *El alfiler y la mariposa.* La Habana : Editorial Letras Cubanas, 1997. p. 48.



# Muerte y resurrección del poeta Plácido

**Daisy Cué Fernández**

*Profesora de la Universidad de Oriente*

*El poeta no muere,  
pues del tiempo y los hombres  
la historia está en su lira  
y la inmortalidad está en sus cuentos*

*Plácido*

En los estudios acerca de la literatura cubana publicada durante el siglo XIX, siempre se menciona un detalle de indudable interés. El poeta más editado en la pasada centuria no fue, como era de esperarse, José María Heredia, considerado con justeza el poeta nacional, sino un criollo mestizo, expósito, autodidacta y artesano que al morir en 1844 frente a un pelotón de fusilamiento, sólo había publicado tres libros de versos, algunos bastantes zarandeados por la crítica y centro, él mismo, de numerosas polémicas que abarcaban desde la calidad de su producción literaria hasta su participación real en la conspiración de negros que le costara la vida. Lo cierto es que Gabriel de la Concepción Valdés, quien en vida nunca puso

los pies fuera de su tierra natal y cuyo marco de relaciones sociales estuvo muy constreñido, obtuvo once ediciones, casi todas fuera de Cuba, y la plegaria que, según tradiciones repetidas hasta nuestros días, fue recitando camino al patíbulo, ha sido uno de los poemas más traducidos a diversas lenguas, entre la amplia producción literaria de la época.

La popularidad de Plácido fuera de la isla hay que buscarla más en razones sociológicas que literarias, aunque ambos aspectos no pueden desligarse sin absolutizaciones peligrosas. Por una parte su condición de hombre sometido por razones étnicas y sociales, daba más valor aún a una poesía que, pese a su desigualdad estética, legó páginas antológicas a las letras americanas; por otra parte su participación activa en la llamada Conspiración de la Escalera contribuyó a crear una aureola alrededor de su figura más allá de los límites nacionales y la “Plegaria a Dios” se convirtió en el canto de cisne de un poeta que pagaba con la vida sus anhelos de emancipación social.<sup>1</sup>

La carencia de una investigación coherente sobre el tema en el área caribeña ha impedido comprobar la magnitud y repercusión de los sucesos del 44 en los países limítrofes,<sup>2</sup> pero si tomamos en cuenta los trabajos publicados por Robert Paquette y Rodolfo Sarracino, donde se demuestra la incidencia total de los ingleses en la formación del movimiento conspirativo, y el periplo recorrido por alguno de sus agentes como el inglés Francis Ross Cocking o el dominicano Luis Gigaut y que abarcaba Venezuela, México, Santo Domingo, Haití y Nueva Orleans,<sup>3</sup> es fácil suponer el

interés que pudo haber despertado en los sectores comprometidos o al menos conocedores de la isla, el rumbo posterior tomado por los acontecimientos. Lo que sí ha podido comprobarse es la relación estrecha entre Gigaut, figura directriz del grupo de mulatos conspiradores y el poeta, quien le alojó en su casa durante casi dos años y le acompañó en su labor proselitista por diferentes regiones de la zona occidental de Cuba. El hecho de que el dominicano lograra escapar antes de su detención y Plácido, en la exposición del 23 de junio de 1844, declarara haber sido advertido del peligro que corría y se le ofreciera la salida para México, demuestra que los conspiradores no se encontraban totalmente solos en aquellos momentos decisivos y contaban con una ayuda exterior que en el caso del poeta no llegó a materializarse por una decisión personal:

Determiné pues partir fuera de la Isla por no ser espectador y acaso víctima de la catástrofe que juzgaba inevitable, con tal objeto pensé sacar un pasaporte para Veracruz, y habiéndome pedido una fianza para el informe el Comisario del Espíritu Santo D. José de Mesa; le llevé una carta del Sr. D. Francisco Chacón y Calvo que debe existir en su poder, mas en el acto mismo de extenderme no pude resistir el deseo de ver acaso por última vez a la que hoy es mi esposa, y se lo pedí para Matanzas con ánimo de sacar después el pasaporte [...] Hay momentos que deciden para siempre la suerte de los hombres, y aquel fijó mi destino. Vine a Matanzas, me casé, fui a Villa Clara, caí preso, y hombres que jamás me han visto acusan a Plácido.<sup>4</sup>

El fusilamiento del poeta fue, tal vez, el hecho de mayor repercusión dentro de un proceso, de por sí bastante notorio. Nunca se logró obtener las pruebas judiciales necesarias para su procesamiento, ni su confesión de culpabilidad. Por ello su ejecución adquirió todos los matices de un asesinato legal, magnificado por la protesta de inocencia expresadas en la “Plegaria...”. Como tal tuvo gran trascendencia en su época y fue centro de atención en los periódicos tanto europeos como americanos.

Junto con la noticia de la muerte de Plácido, la “Plegaria...” traspasó las fronteras del país, y se convirtió en documento acusador para el gobierno español el cual al suprimir físicamente a su autor le concedía, paradójicamente, una gloria que hubiese tardado mucho más tiempo en adquirir, dadas las relaciones estamentales y clasistas predominantes en la isla y el carácter polarizado de las valoraciones estéticas de su tiempo.

Las primeras publicaciones de la “Plegaria...”, por razones obvias se produjeron en el continente europeo, salvo las copias que de manera clandestina circularon en Matanzas a raíz de su muerte. El 16 de agosto de 1844, fecha bastante temprana si se tiene en cuenta las dificultades de comunicaciones en la época, apareció en el *Laberinto de Madrid* una reseña de los sucesos acaecidos, junto con el texto del poema, reproducido a su vez en periódicos ingleses y franceses unos días más tarde.

Sin embargo, lo que en Europa no pasó de ser en aquellos momentos una información sensacionalista, en el ámbito

americano y caribeño tuvo connotaciones muy diferentes. El 15 de mayo de 1845 *The Jamaica Guardian & Patriot* en Kingston publicó una carta firmada por Joseph Soul procedente de Londres, donde se narraban los últimos momentos del poeta y se proponía erigirle un monumento con fondos obtenidos por la donación de medio día o de un día completo de salario de cada trabajador que así lo deseara. La carta pone de manifiesto las deformaciones sufridas por la información del remitente, ya que en la descripción de Plácido se mezclan rasgos reales de este con los de Juan Francisco Manzano, al punto de considerar al segundo como un seudónimo utilizado por Gabriel de la Concepción Valdés. El propósito del trabajo periodístico tenía carácter abolicionista y para ello se procedió a exaltar la memoria de Plácido como símbolo de los descendientes de africanos sumidos en la esclavitud y un ejemplo digno de imitar. Su “Plegaria a Dios”, traducida al inglés acompañaba la información, precedida a su vez por una nota de remisión del consulado de España en la isla de Jamaica al Capitán General y Gobernador político y militar de la isla de Cuba. El texto de la nota plantea:

Muy señor mío por el adjunto periódico publicado en esta Ciudad se enterará V.E. de un artículo en el cual se trata de elevar un monumento en esta Isla a la memoria de un tal Plácido fusilado en esa a causa de la última conspiración de la gente de color.

Dios guarde a V.E. muchos años

Kingston a 2 de junio de 1845.

Juan del Cantillo<sup>5</sup>

Las causas por las que el monumento no llegó a erigirse son desconocidas, al menos para mí, pero sin dudas el hecho de haberlo publicado indica lo que podía representar el poeta cubano en ese doble plano socioliterario y la repercusión de su muerte en la conformación posterior de la leyenda placidiana.

Durante los años subsiguientes sus poesías, especialmente las escritas durante los días de la prisión, cuando la certeza de un final desgraciado se cernía sobre él, comenzaron a difundirse con rapidez en los círculos más variados. El “Adiós a mi madre”, “Adiós a mi lira”, “A la fatalidad” y la “Plegaria...” se convirtieron en elementos acusadores contra la sevicia colonial, sobre todo fuera de Cuba, ya que desde 1844 sus versos fueron terminantemente prohibidos en la isla y adquirieron carácter subversivo.

Ese mismo año se publicaría en Veracruz, México, el folleto *La muerte de Plácido*, editado por José María Salinero, quien también dio a la publicidad sus últimas composiciones; en 1845 una edición de las *Poesías de Plácido* vio la luz en dicha ciudad; en 1846 la editorial América Poética en Valparaíso antologa algunos de sus poemas más importantes; en 1847 apareció una colección de sus versos en Nueva Orleans y a partir de 1850, ediciones diferentes aparecen en Nueva York y México.

Estos ejemplos pueden servir como muestra de la popularidad alcanzada por el poeta después de su fusilamiento, pero esta no se limitó a la publicación de versos. Al mismo tiempo comenzó a novelarse su vida y sobre todo, su muerte. Así Eligio de la Puente refiere la

existencia de una novela publicada en España en 1846 con el título *El mulato Plácido* y otra en Chile en 1871 denominada *Plácido el mulato*,<sup>6</sup> en tanto Robert Paquette afirma que en 1861 se publicó en Estados Unidos *Blake*, de la cual era personaje importante. Esta última tenía carácter abolicionista y su autor Martín Delary fue un ardiente defensor de los derechos de los negros.<sup>7</sup>

De estas novelas ninguna se publicó en Cuba y las referencias existentes son escasas lo cual limita su valoración. En la isla, en cambio, existen ejemplos más concretos, editados también en el pasado siglo como *El sol de Jesús del Monte*, de Andrés Avelino de Orihuela donde se narra su trágico fin y en *Once patíbulo*, fragmento de una novela inconclusa: “La Conspiración de la Escalera”, escrita por Casimiro del Monte con idénticas características.<sup>8</sup> Ambas narraciones alcanzan un clímax dramático muy del gusto romántico a partir de las secuencias finales de la vida del poeta: la marcha hacia el patíbulo declamando sus versos y sobre todo el fallo en la ejecución que obliga a repetirla y hace más efectista su muerte.

Estos elementos fueron tomados en cuenta también en dos intentos de dramas históricos que no llegaron a ver la luz: “Plácido, el poeta” de Sebastián Alfredo Morales, cuyo prólogo se encuentra entre los manuscritos del autor, conservados en la Biblioteca Nacional,<sup>9</sup> y *Plácido*, episodio histórico dramático en dos actos de Crecencio Rodríguez Rivero quien, al decir de Enildo García lo estrenó en Santa Clara y en Canarias al principio del siglo, aunque no fue publicado.<sup>10</sup>

Mejor suerte corrió *La muerte de Plácido*, de Diego Vicente Tejeda, publicado en 1875 y referido, como su nombre indica, a los últimos momentos de Gabriel de la Concepción Valdés. En este caso el poeta adquiere un valor simbólico como representante de las ansias libertarias que llevarán a los cubanos hacia la manigua.

Gran repercusión tuvo a su vez, por esa misma época, el ensayo publicado por el insigne portorriqueño Eugenio María de Hostos en 1870 bajo el título de *Plácido*, con motivos muy similares al dedicado por Martí a Heredia. Hostos, en síntesis evoca la figura placidiana desde sus oscuros orígenes y ofrece una visión interesante de su poesía al hacer énfasis en las fábulas, género bastante desdeñado por la crítica y del cual legó una producción de más de setenta textos no exentos de valores literarios. El portorriqueño con un enfoque sociológico, valora cuánto había en ella de los sentimientos del autor hacia la sociedad y sus contemporáneos bajo la cobertura ofrecida por los apólogos.

El mérito mayor del ensayo es el acercamiento de Hostos a la personalidad del poeta y a las profundas contradicciones que subyacían en él. En ese sentido intenta ubicar en su justo sitio una figura ya polémica en el campo histórico en quien reconoce los caracteres psicológicos del mestizo humillado y los valores del poeta capaz de superar con su obra las flaquezas del individuo.

Como puede apreciarse la muerte de Plácido repercutió en el continente a lo largo del siglo XIX hasta el punto de conformar una verdadera leyenda donde se

diluían los elementos históricos en una atmósfera casi épica, proclive a la exaltación desmesurada de su personalidad, lo cual provocó numerosas polémicas prolongadas mucho más allá de los límites decimonónicos y reeditada de vez en vez a lo largo del siglo xx.

Sin embargo, no sería justo que la trascendencia de la obra poética de Gabriel de la Concepción Valdés se limite exclusivamente a los poemas de prisión y a las circunstancias en que estos fueron escritos. El ensayo de Hostos demuestra que hubo zonas de su poesía poco atendidas por la crítica finisecular y merecedoras de un estudio más detallado.<sup>11</sup> Al igual que las fábulas, los romances, las letrillas y los epigramas son portadores de un innegable ingenio y sentido del humor en tanto en los sonetos alcanza momentos de hondo lirismo. Si bien sólo logró algunos momentos de alto vuelo en las odas o elegías tan de gusto de la época, en el soneto y el romance sí encontró moldes adecuados a su estro poético. Los versos de “El veguero”, “La flor de la caña” o “A una ingrata” entre otros, son dignos de figurar en cualquier antología y de hecho han estado presentes en compilaciones de poesías cubanas y aun hispanoamericanas de diferentes épocas.

Su obra más importante fue sin lugar a dudas el romance “Xicotencatl” donde evoca la figura del cacique tlaxcalteca como símbolo de lo efímero de las glorias humanas. Poema de brillante colorido y plasticidad, donde la cadencia de los esdrújulos prefigura las hogueras de sacrificio, más que obra digna de Góngora, como planteara Marcelino

Menéndez y Pelayo, es una anticipación de lo que más tarde sería el modernismo americano. El poema responde en gran medida a las características de lo que José Juan Arrom llamara la poesía precortesiana y a través de recursos estilísticos y atmósfera poética entronca con una línea discontinua iniciada por la antigua poesía nahuatl y llevada a la máxima expresión por Rubén Darío.

“Xicotencatl” –más allá de su connotación histórica un tanto discutible– es símbolo para el poeta de una raza extinta, hermana en desdichas de los pueblos de este continente; no en balde en las alusiones al mundo indígena Plácido reitera una y otra vez este elemento. Así es un fragmento de “Al pan” inspirado según José Juan Arrom en una *Relación de Pané*, evoca con nostalgia el pasado antillano a través de los fantasmas vagamundos que pueblan la montaña matancera.

*Los vivientes que algún día  
trincaban en tu espesura  
hoy salen como las hadas  
al esplendor de la luna,  
entre las esbeltas palmas,  
y las flexibles yagrumas,  
a recordar lo que fueron  
sus simples sombras se agrupan.*

De igual forma busca el esqueleto de Hatuey, el cacique rebelde en un singular anacronismo en los versos de “Al Yumurí”. Hatuey se une un poco a Xicotencatl en el carácter simbólico con que lo utiliza, no sólo en los versos mencionados sino en las alusiones y epítasis presentes en su poesía. En “Eco de la

gruta”, dedicado a José María Heredia a su regreso a Cuba, lo llama “hijo de Hatuey”, en tanto en la oda dedicada “Al General Mejicano, hijo de Cuba, Don Andrés de la Flor”, desterrado como Heredia a México por su participación en movimientos subversivos contra España, se refiere a él con el epíteto de “heredero del aliento de Hatuey”. Estas alusiones se explican en una connotación más amplia, si tenemos en cuenta que los conspiradores del 44, al menos el grupo formado por los negros, pensaba formar una república negra bajo protectorado británico con el nombre del cacique antillano. Así Hatuey resumía en su figura rebelde a dos etnias, reprimidas salvajemente por la colonización española: la indígena y la descendiente de los africanos.

La poesía de Plácido fue por tanto una portadora de los intereses de un estamento discriminado y en peligro de sufrir un exterminio parecido al de las comunidades indígenas a las cuales había sustituido como fuerza de trabajo. En este caso, más que sustitución hay una equiparación de valores entre ambas, a través de versos donde el lenguaje exótico tiene un papel condicionado por la censura del tiempo, pero en los que destaca un gran tema, reiterado en sonetos como “Muerte de Gessler”, “A Polonia” o “A César”, en las odas a la reina española tan mal interpretadas por la crítica, en fábulas como “El hombre y el canario” o “El cernícalo y la abeja”; en las décimas “Habanero”, “Libertad” o en cualquiera de los poemas mencionados con anterioridad: el anhelo de una libertad imposible de alcanzar e incluso de cantar de forma abierta en su poesía. No

en balde el soneto “El juramento” fue incorporado a la documentación del proceso judicial seguido contra él, como prueba en su contra. Los versos, más que una figura retórica fueron la expresión de un sentimiento contenido que quizá soñó con ver hecho realidad.

*A la sombra de un árbol empinado  
Que está en un ancho valle a la  
salida*

*Hay una fuente que a beber convida  
De su líquido puro y argentado.*

*Allí fui por mi deber llamado  
Y haciendo altar la tierra endurecida,  
Ante el sagrado código de vida,  
Extendida mis manos he jurado:*

*Ser enemigo eterno del tirano,  
Manchar, si me es posible, mis  
vestidos*

*Con su execrable sangre, por mi mano*

*Derramarla con golpes repetidos;  
Y morir a las manos de un verdugo,  
Si es necesario, por romper el yugo.*

El drama de su vida agónica, el del colonizado, sometido a fuerzas superiores a las suyas y por tanto imposibilitado de ocupar el sitio social que su talento le señala. Drama que le equipara más allá de las fronteras geográficas, con otros individuos sujetos a condiciones similares. El mar que lo separaba de los tlaxcaltecas, de los caribes o de otros descendientes de africanos estaba formado por una cuota idéntica de lágrimas y sudor y se constituirá siempre en puente común de poesía, anhelos y esperanzas.

## Notas

<sup>1</sup> Acerca de la posible actividad conspirativa de Plácido se trata ampliamente en: Cué Fernández, Daisy. *Plácido: leyenda y realidad*.

Tesis en opción por el grado de doctora en Ciencias Filológicas, discutida y aprobada en la Universidad de la Habana en 1991. La autora basa sus opiniones en el conocimiento real acerca de los sucesos evidenciado por el poeta en sus diferentes declaraciones durante el proceso judicial al cual fue sometido; en la correspondencia total entre sus planteamientos y la documentación inglesa reproducida por Robert Paquette en *Sugar is Made With Blood* y en sus frecuentes viajes por “tierra adentro” donde sostuvo relaciones con individuos con actividades subversivas contra la corona española como Luis Eduardo del Cristo y el pardo dominicano Luis Gigaut.

<sup>2</sup> El mejor texto que conozco sobre la rebeldía esclava en el área caribeña como fenómeno totalizador es el texto de Rafael Dubarte Jiménez *Rebeldía esclava en el Caribe* publicado por la Comisión Estatal Conmemorativa del V Centenario del Encuentro de Dos Mundos, Soberano del Estado de Veracruz, 1992. Aun cuando el libro se centra fundamentalmente en el cimarronaje urbano y sólo alude de modo tangencial a la Conspiración de la Escalera como un hecho histórico por dilucidar, su nivel de información acerca del comportamiento esclavo en el Caribe le convierte en obligada referencia para cualquier investigador al respecto.

<sup>3</sup> Paquette, Robert. *Sugar is Made with Blood*. Connecticut : Wesleyan, University Press, 1988.

Saracino, Rodolfo. Inglaterra y las rebeliones esclavas cubanas 1841-1851. *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí* (La Habana) 28(77); mayo-ag. 1986.

<sup>4</sup> Exposición del poeta Plácido al Presidente de la Comisión Militar el 23 de junio d 1844. Hoja 810 (vuelta). Archivo personal de la autora.

<sup>5</sup> El manuscrito de Manuel Sanguily sobre el artículo pertenece al archivo personal de la autora.

<sup>6</sup> Prólogo. En: Valdés, Gabriel de la Concepción. *Poesías selectas de Plácido* La Habana : Cultural, S.A., 1930. p. [XII]. (Colección de libros cubanos, IX)

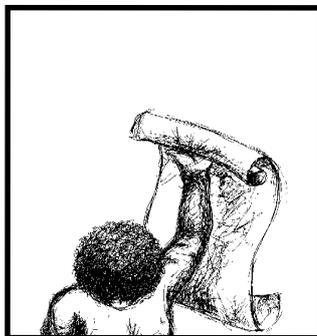
<sup>7</sup> The Conspiracy of La Escalera and the conflict between empires over slavery in Cuba. En: Paquette, Robert. *Op. cit.* (3). p. 125.

<sup>8</sup> Dicho fragmento aparece publicado en *Cuba y América* (La Habana) 27(15):4; 13 ag. 1908.

<sup>9</sup> T. 22 Sala “Martí”, Biblioteca Nacional *José Martí*.

<sup>10</sup> Cuba: Plácido, poeta mulato de la emancipación (1809-1844) (“Senda de estudios y ensayos”) New York, Senda Nueva de Ediciones 1986. Bibliografía general anexa.

<sup>11</sup> La incidencia político-social de sus poesías en géneros vapuleados por la crítica tradicional es estudiada con acierto por Castellanos, Jorge. *Plácido poeta social y político*. Miami : Florida, Ediciones Universal.



# Alfonso Reyes: esencia y ancilaridad en su concepto de literatura

**Teresa  
Delgado Molina**

*Profesora de la Universidad de La Habana*

## *Esencia y teoría literarias*

Desde que los formalistas rusos se empeñaron en descubrir lo específicamente literario o la “literaturidad” –como decía Jakobson–, centrados en el estudio rigurosamente científico de lo literario, la búsqueda de la esencia literaria no ha hecho más que diversificar sus caminos, sus perspectivas, lo cual ha conducido a diferentes respuestas.

Jonathan Culler, quien admite que se podría “llegar a la conclusión de que la literatura no es ninguna otra cosa más que aquello que una sociedad determinada trata como literatura: es decir, un conjunto de textos que los árbitros de la cultura –profesores, escritores, críticos,

académicos– reconocen que pertenece a la literatura”,<sup>1</sup> cree, por su parte, que la definición de la literaturidad se planteó:

[...] no porque se quisiera distinguir lo que es literario de lo que no lo es, sino porque se quería promover, mediante la separación de lo *propio* de la literatura, métodos de análisis que permitieran avanzar la comprensión de este objeto y dejar de lado métodos impropios que no tomaban en consideración la naturaleza de este objeto”.<sup>2</sup>

Culler parte de los propósitos declarados por los formalistas, en especial, de Eichenbaum, sin valorar que la distinción de lo *propio* de la literatura no puede sustraerse de una concepción basada en la *especificidad* de la literatura y que se sostiene en la oposición literatura/noliteratura. Como el mismo Culler reconoce, la cuestión de la *especificidad* literaria se plantea sólo con “la institución de la crítica literaria y el estudio profesional de la literatura”; es una manifestación propia de la especialización moderna, y se aviene con el afán positivista de delimitar un campo, así como expresa el deseo de legitimar la autonomía no sólo de la literatura, sino también del saber que se ocupa de ese objeto. No es casual que los formalistas se encargaran de distinguir su acercamiento científico a la literatura de la aproximación de la crítica periodística al fenómeno literario.

La historicidad de la literatura ha sido un indiscutible motivo de reflexión, y ha sido considerada en algunas de las construcciones teóricas, como se pone de manifiesto en la concepción sistémica de la literatura en Tinianov, o en la pers-

pectiva funcionalista de Mukarovsky, entre otros.<sup>3</sup> Sin embargo, prevalece el propósito de determinar los rasgos permanentes y definidores de la literatura, más allá de las variaciones temporales.

Algunos autores han analizado críticamente las estrategias ideológicas implícitas en las construcciones teórico-literarias y se han esforzado en mostrar cómo factores extracientíficos sobredeterminan las búsquedas *desinteresadas* de la esencia literaria y cómo estas guardan nexos profundos con las estructuras de poder. De modo que no se trata sólo de la historicidad de la literatura, sino también de la propia teoría encargada de su desentrañamiento. En este sentido se orienta la “crítica política” de Terry Eagleton a las diferentes concepciones teórico literarias del siglo xx, y a la validez misma de la teoría literaria en general.<sup>4</sup> El principal argumento de la propuesta del intelectual inglés es la inestabilidad del objeto de estudio dada su naturaleza histórica e ideológica, lo cual aspira a demostrar con un interesante análisis de los profundos nexos entre el ascenso de las letras inglesas a fines del xix y principios del xx y las transformaciones que se operan en las estructuras de poder en el mismo período. Eagleton se muestra categórico en su cuestionamiento antiesencialista:

No es fácil –dice– separar, de todo lo que en una u otra forma se ha denominado “literatura”, un conjunto fijo de características intrínsecas. A decir verdad, es algo tan imposible como tratar de identificar el rasgo distintivo y único que todos los

juegos tienen en común. No hay absolutamente nada que constituya la esencia misma de la literatura.<sup>5</sup>

A pesar de que Eagleton simplifica en ocasiones el sentido de las diversas propuestas teóricas, su cuestionamiento de la pertinencia de una teoría de la literatura parece bien fundamentada. Pero no es sólo el marxista Eagleton el único que sostiene dentro del campo intelectual anglosajón esa postura antiesencialista, otros pensadores como los neopragmáticos de la crítica cultural norteamericana se alejan de las pretensiones universalistas de una teoría de la literatura y proponen una crítica sustentada en la historicidad de los objetos culturales y para la cual la literatura no es más que una forma cultural entre otras.<sup>6</sup> Es interesante cómo estos autores encuentran inspiración en un crítico y pensador del siglo xix como Emerson, y en la tradición pragmática de los Estados Unidos, antiesencialistas por excelencia.<sup>7</sup>

Por otra parte, resulta interesante la propuesta de la sociocrítica, inspirada en la poética bajtiniana, de considerar a la literatura como un discurso entre otros, y en su carácter *interdiscursivo*.<sup>8</sup>

El examen de la construcción teórico-literaria de Alfonso Reyes contenida en *El deslinde* permite apreciar cómo el pensador mexicano enfrenta el dilema entre su afán de constituir una teoría de la literatura y el reconocimiento de la inestabilidad del objeto literario. La búsqueda de una “esencia común al fenómeno literario” –objetivo declarado por el autor de *El deslinde*– encuentra el obstáculo de la naturaleza mutable concedida por Reyes a la literatura, a la cual

designa como “ente fluido”. De ahí la cautela en su propósito definidor –al menos en principio–, sus aclaraciones y hasta la moderada formulación de sus objetivos científicos. No en vano declara en el capítulo I:

En esta mudanza incesante, en este mar de fugaces superficies, no es dado trazar rayas implacables. [...] En este vaivén hay culminaciones y depresiones de la onda, pero no siempre se pueden fijar pesos específicos permanentes.<sup>9</sup>

Buen conocedor del espiritualismo bergsonian y del pragmatismo de James, y profundamente crítico de las rigideces científicas del positivismo, Reyes no niega la “continuidad”, la dinámica de la creación literaria, de la relación entre conciencia y realidad. La flexibilidad constatable del pensamiento reyesiano, que se expresa discursivamente en su predilección por la modalidad ensayística, se resiste a una conceptualización categórica, a una construcción teórico-literaria definitiva que no aprehenda la fluidez atribuida a la naturaleza literaria. Sin embargo, la opción de Reyes no deja de ser profundamente esencialista, como se advierte en su propósito de realizar un estudio fenomenológico o fenomenográfico del “ente fluido”, interesado no solo en la determinación de los rasgos identificativos de la literatura a partir de su manifestación textual concreta, sino también en la percepción específicamente literaria de los datos de la realidad, en el “movimiento noético” distintivamente literario.<sup>10</sup>

Este debate apreciable en Reyes, y que se pone claramente de manifiesto en sus dudas hacia el discurso teórico-literario,

se da en las condiciones de la desigual modernización latinoamericana. Sólo será en la segunda mitad de este siglo que se pueda hablar de cierta profesionalización de los escritores y de los estudiosos de la literatura, de una institucionalización y especialización de la literatura y sus estudios en América Latina. Si bien Reyes aspira a fundar una ciencia moderna de la literatura, develadora de “lo propiamente literario”, y de tal modo a “deslindar” el territorio de la literatura, asimismo intenta legitimar teóricamente la función integradora y crítica de la especialización moderna que en la práctica se le había concedido a la literatura. Habría que recordar la alternativa humanista propuesta por la generación de Reyes al positivismo reduccionista: el espiritualismo de filiación arielista frente al utilitarismo de la sociedad moderna.

A diferencia de los formalistas, que buscan la esencia en el dominio de la técnica literaria específica, del procedimiento, Reyes intenta validar la naturaleza unificadora, esencialmente humanista de la literatura.

La distinción del acercamiento reyesiano se aprecia tanto en la defensa que hace del uso del sentido metafórico en la argumentación científica, como por la constante socavación del discurso “sistemático” del tratado por expresiones tropológicas que intentan paradójicamente precisar las definiciones y formulaciones derivadas del razonamiento científico.

La “fenomenografía” reyesiana describiría el fenómeno literario sin llegar a “derivar normas ni proponer cortapisas

sobre las evoluciones posibles o aun las súbitas mutaciones futuras”.<sup>11</sup> Así no habría que confundirla con la Retórica, ni con las aspiraciones teóricas de formular las leyes fundamentales de la estructuración literaria.

La modulación espiritualista en la propuesta teórica reyesiana podría ser contemplada como una forma de “especialización de la crítica a la especialización”,<sup>12</sup> pues aunque se refiere a la literatura en términos de “agencia especial del espíritu” que se distingue de otras manifestaciones espirituales, y al carácter autónomo de la teoría literaria que se propone inaugurar, la manera flexible asumida para enfrentar el conocimiento de la literatura apunta las limitaciones de un enfoque estrictamente técnico ante un objeto movedizo, fruto de la conciencia humana y cuyas fronteras –allí donde se desvirtúa– serían las de la especialización, incluso la verbal: “La especialización exacerbada en el puro placer verbal –extremo agudo del deleite técnico– no por ser extrema es menos humana. Y en cuanto significa ya la expresión de una experiencia específica, es la orilla por donde la función literaria se desvirtúa en función de mera ingeniosidad lingüística”.<sup>13</sup> Ahí está expresada en síntesis su raigal diferencia con los formalistas rusos.

Otra diferencia que se podría considerar residiría en la importancia conferida por Reyes al lector en la constitución del hecho literario. Aunque no desarrolla este aspecto en *El deslinde*, Reyes esboza aquí como en otros textos su idea en torno al carácter abierto del texto literario a las múltiples interpretaciones de diferentes lectores.<sup>14</sup> También en

“Apolo o de la literatura” apunta esa idea, propia de la “fenomenología de la interpretación”, y que sin ser desarrollada ampliamente por el pensador mexicano, introduce un elemento de indeterminación más, y relativiza su propio acercamiento. Asimismo sus interesantes consideraciones en torno al valor estético, referidas a opiniones de Ortega y Gasset, ponen de manifiesto un punto de vista historicista, contradictorio con su criterio universalista. ¿Cómo es posible, entonces, determinar la esencia literaria a partir de un conjunto de textos si el proceso no se clausura en la obra, sino que continúa indefinidamente en las infinitas lecturas y si el criterio de valoración estética varía históricamente? Sin embargo, como el mismo Reyes dice, ese es el procedimiento que sigue para responder qué es la literatura:

Si ahora prescindo, hasta donde es posible, de épocas, países, géneros concretos, y procuro abstraer, de todas las obras una esencia común al fenómeno literario, este será el concepto de la literatura a que aquí quiero referirme. [...] Tal es la literatura según la contempla la teoría literaria.<sup>15</sup>

Pero Reyes no precisa hasta dónde es posible tal abstracción. Su teoría tiene como punto de partida la deshistorización de la literatura, como condición que hace posible el acceso a la esencia de la literatura. ¿Cómo concilia el pensador mexicano la “movilidad” que le concede a la literatura y la determinación de una esencia distintiva de lo literario por encima de las manifestaciones circunstanciales? Vale recordar que para Reyes las contingencias históricas

esconden una unidad esencial, “el ser de las sociedades”, el espíritu, el puro ser humano, unidad que se expresa en la cultura. La literatura, en su esencia, vendría a ser la expresión de la unidad de la existencia del ser humano, en su constitución histórica adoptaría formas diversas, contingentes:

Pero como en esta materia es imposible manejar la abstracción pura sin acercarse un poco más a las especies concretas, necesitaremos [...] referirnos a modo de anticipación, a los tres principales procedimientos de ataque que lanza la mente literaria sobre sus objetos [...] no negamos historicidad a la literatura, pero creemos que ella admite una abstracción fenomenográfica que ni es de orden específicamente psicológico ni tampoco de orden preceptivo. Esta abstracción es la teoría literaria.<sup>16</sup>

Los “procedimientos de ataque” son los que más adelante identifica como las funciones, es decir, el drama, la ‘épica y la lírica, a las cuales les concede un carácter histórico, pues sus estructuras están sujetas a modificaciones contingentes. No obstante, la teoría develaría cuáles rasgos las identifican –más allá de sus diferencias históricas y estructurales– como literatura.

Ese grado de abstracción fenomenográfica que Reyes cree admite la literatura y que definiría a la teoría literaria, vuelve a esta, ante sus ojos, la más desinteresada entre todas las disciplinas encargadas del estudio de la literatura, lo que vendría a significar –desde la visión reyesiana– que, como el poeta, el teórico, en su función contemplativa,

ajeno a fines utilitarios, encarnaría al sujeto *unificador* del hombre y de la sociedad moderna.

*El deslinde*, en su condición de prolegómeno a la teoría, constituye una primera fase en la búsqueda de la esencia literaria centrada en la confrontación de la literatura y la no-literatura para delimitar las coordenadas distintivas de lo propiamente literario.

En un primer planteamiento del problema Reyes se propone la decantación de la literatura en pureza, diferenciada de la literatura ancilar, lo cual ha de entenderse como un procedimiento para abstraer de toda la literatura lo específicamente literario. No es una separación de obras literarias puras y otras ancilares, sino que se trata de destilar la esencia puramente literaria, constante en todo texto considerado literario. En este primer momento, Reyes ofrece una definición elemental de la literatura: “una manera de expresar [...] asuntos de cierta índole”. Y más adelante, después de apuntar que el asunto determina la “manera de expresión”, puntualiza:

El asunto, para la literatura propiamente tal, se refiere a la experiencia pura, a la general experiencia humana; y para la no-literatura, según el caso, a conocimientos especiales (más o menos: tópica común, o tópica específica en Aristóteles). La literatura expresa al hombre en cuanto es humano. La no-literatura, en cuanto es teólogo, filósofo, cientista, historiador, estadista, político, técnico, etc.<sup>17</sup>

Antes de pasar al análisis de la distinción propiamente literaria, es preciso detenernos en la concepción de “lo hu-

mano” que le sirve de base. ¿A qué se refiere “la experiencia pura”, “la general experiencia humana”? Podría identificarse con aquella “profesión general de hombre”, tantas veces citada por Reyes, quien se la atribuía a Rodó, y que se opone –incluso en sus ensayos– a la experiencia especializada. Más adelante dice que “lo humano puro se reduce a la experiencia común a todos los hombres, por oposición a la experiencia limitada de ciertos conocimientos específicos”.<sup>18</sup> De modo, que el esencialismo literario de Reyes tiene su fundamento en una concepción ontológica centrada en la idea de la unidad del ser humano, desnudo de todo tipo de condicionamiento específico. Su abstracción de la literatura en pureza presupone la abstracción previa de la “esencial naturaleza humana”, sin embargo, esta no queda suficientemente precisada por el autor mexicano. La oposición parece definir la “experiencia humana” en términos del “saber” (general/específico), aunque también pudiera incluir las experiencias afectiva, estética y ética en un sentido general, desligadas de todo contexto específico.

La delimitación de la literatura a partir de un saber general por oposición al conocimiento específico, no puede desvincularse de las frecuentes críticas de Reyes a la especialización moderna como causa de la crisis de la cultura occidental en el siglo xx, ni de la función central concedida a la literatura en su proyecto utópico.

Para Reyes, la literatura, en esencia, es la representación del hombre en su totalidad esencial, mientras la no-literatura es la expresión de la fragmentación del hombre.

En verdad, si se aceptara que el “asunto” de la literatura es la “experiencia pura del hombre”, la analogía funcionaría con la antropología, centrada en el conocimiento del hombre o, en todo caso, con la historia, cuyo “asunto” también gira alrededor del ser humano, pero la temática de las ciencias exactas o de otras ciencias no se refiere directamente al estudio del hombre. Centrar la definición de la literatura por oposición al conocimiento especializado conduce lógicamente a admitir que la función gnoseológica constituye esencialmente a la literatura, sin embargo, Reyes no privilegia esa función. En rigor, se construye una teoría sobre una analogía que no es pertinente, y que se sustenta en un criterio apriorístico y arbitrario.

Aun cuando la oposición entre literatura y no-literatura en este primer momento del libro no explicita de manera directa una jerarquización de una en relación con la otra, la fundamentación ontológica de la esencia literaria, le confiere indirectamente a la primera un valor superior, la función de mantener la unidad del hombre fragmentado por las superespecializaciones. La literatura se define implícitamente como agente y espacio utópicos, representación del hombre sin distinciones de ninguna especie.

#### *Función ancilar o de nuevo esencial*

El concepto de literatura en pureza viene inevitablemente asociado al de literatura ancilar, definido por oposición, al tiempo que por una curiosa relación de dependencia. Referido el primero a la instancia *sustantiva* de la literatura, al segundo corresponde la *adjetiva*, designa los “acarreos extraños” que –según Reyes– la literatura trae consigo.

El término identifica también la incidencia literaria en los textos no-literarios, por lo que cubre más bien un amplio territorio de intercambio interdisciplinario focalizado con gran énfasis por el humanista Reyes. Por supuesto, que el centro de su observación va a ser la literatura, su naturaleza integradora de conocimientos específicos, y consecuentemente, el lugar que ocupa en relación con las otras actividades teóricas.

Aunque Reyes vuelve una y otra vez sobre las nociones de literatura en pureza y ancilar, hay que convenir en que no precisa qué designa uno y otro término. Su ambigüedad ha dado lugar a una interpretación que me parece no se corresponde con el propósito último de *El deslinde*, el de determinar la esencia de la literatura. Para esa lectura la distinción entre literatura en pureza y ancilar se refiere a obras literarias “puras” y “ancilares”, lo cual parece entrar en contradicción con afirmaciones de Reyes como cuando dice que “no existe literatura que viva sin alimentarse de la no-literatura”,<sup>19</sup> lo cual sugiere que no consideraba la existencia de obras literarias “puras”, sino que su propósito era reducir los textos heterogéneos a su esencia común y permanente. La instancia adjetiva o ancilar la concebía entrelazada a la sustantiva o esencial en los diferentes textos literarios en grado variable.<sup>20</sup>

Entiendo que más bien se trata de dos niveles, uno abstracto y otro concreto, ya que el concepto de literatura al que quiere arribar supone una abstracción para la cual prescinde de épocas, países, géneros concretos y así determinar cuál es esa “esencia común al fenómeno

no literario”. Se podría pensar hasta aquí que la noción de literatura identificaría su abstracción, mientras que literatura en pureza y ancilar corresponderían al nivel concreto, es decir, a determinados tipos de obras literarias. Sin embargo, allí donde se supone que va a deslindar cada uno de esos términos Reyes crea más bien incertidumbre:

Todos admiten que la literatura es un ejercicio mental que se reduce a: a) una manera de expresar b) asuntos de cierta índole. Sin cierta expresión no hay literatura. Sin cierta índole de asuntos no hay literatura en pureza, sino literatura aplicada a asuntos ajenos, literatura como servicio o ancilar. En el primer caso –drama, novela, o poema– la expresión agota en sí misma su objeto. En el segundo –historia con aderezo retórico, ciencia con forma amena, filosofía en bombonera, sermón u homilía religiosa– la expresión literaria sirve de vehículo a un contenido y a un fin no-literario.<sup>21</sup>

Más que definir va de una oposición a otra y no mantiene la misma terminología. Cabe preguntarse si usa indistintamente y con el mismo valor las nociones de “literatura” y “literatura en pureza”; si “literatura aplicada” es igual a “literatura ancilar”; además, si la oposición se reduce a la literatura y la no-literatura. Una interpretación posible es que la literatura o lo que sería lo mismo, literatura en pureza, no sólo se define por un modo de expresión sino también por la naturaleza de su asunto. (¿Esa no sería la “esencia”?) Si avanzamos unas líneas más se lee: “En el siguiente capítulo veremos los acarreo ancilares que la li-

teratura en pureza puede llevar consigo...”.<sup>22</sup> Esto ya se parece a una contradicción. Cabe la posibilidad de que hable de la literatura por oposición a la no-literatura. Pero si es así, se desprende que en la medida en que en la literatura existe la mezcla de una instancia pura y otra ancilar, es la primera la que define esencialmente a la literatura, luego entonces, se trataría de una abstracción. En el párrafo siguiente afirma:

El asunto, para la literatura propiamente tal, se refiere a la experiencia pura, a la general experiencia humana; y para la no-literatura, según el caso, a conocimientos especiales.<sup>23</sup>

La “literatura propiamente tal” en relación con la experiencia pura, podría identificarse con la literatura en pureza, es decir, aquello que la define esencialmente. Si se considera la oposición en ese pasaje, la literatura se define en estrecha relación con la no-literatura. Podría entenderse que en un nivel de abstracción el asunto en ambos casos se definiría gnoseológicamente. Otra posibilidad de sentido en el mismo fragmento sería que la literatura ancilar correspondiera al nivel concreto de la no-literatura.

Cuando Reyes reclamaba que no se confundiera la “literatura en pureza” con la “poesía pura”, ¿acaso no estaría partiendo justamente de la distinción entre esos dos niveles? La primera, en tanto abstracción; la segunda, como un tipo concreto de concepción literaria que no agota el sentido de la esencia que se quiere expresar con la primera noción. En otro momento agrega:

Lo literario es un ejercicio de la mente anterior, en principio, a la literatura. Puede o no cristalizar en literatura. [...] Cuando ella precipita en literatura, tenemos la literatura en pureza, cualesquiera sean los acarreos extraños que esta precipitación recoja a su paso.<sup>24</sup>

“Lo literario” corresponde a lo que identifica con el nivel noético, movimiento del espíritu hacia el objeto, pero lo que aquí nos interesa es de nuevo la asociación paradójica de la literatura en pureza y los acarreos ancilares, los cuales no determinan que esa literatura sea ancilar. Y aun completaría:

Si quiero distinguir en el agua lo que no es agua, lo primero es reducir el agua y deshacer las mezclas en que aparecen. El agua es la literatura, y comienzo por destilarla, mediante el discrimen de los elementos ajenos que lleva en suspensión o en disolución, o la extraigo de los sistemas dispersos en que aparece. Estos “sistemas dispersos” constituyen la literatura ancilar. [...] La literatura ancilar es un caso de la función ancilar. Y lo que se llama literatura aplicada es un caso de la literatura ancilar.<sup>25</sup>

La literatura aplicada –se aclara– es la historia escrita en un estilo literario. Por tanto, no sería literatura. La metáfora química de la decantación no resulta muy feliz, propicia la confusión, contribuye a la imprecisión. La interpretación que sostengo intenta recobrar una cierta lógica que Reyes no explicita. ¿Esa decantación sería una separación de obras no-literarias de las obras literarias? ¿o sería en términos abstractos la

separación de lo que constituiría en pureza a la literatura? Me inclino hacia esto último, pero comprendo que Reyes sólo me deja la posibilidad de argumentarlo como interpretación. Ya Edmundo O'Gorman le criticaba la confusión de los niveles abstracto y concreto, aunque él entendía que la literatura en pureza y la ancilar correspondían a lo concreto. Si tomamos en cuenta las obras literarias en las que el tratadista aprecia la función ancilar, se notará que cita autores griegos de tanto prestigio para Reyes como son Esquilo y Homero; y entre muchos autores de otras literaturas de la tradición occidental aparece Virgilio, su modelo paradigmático por excelencia. ¿Cómo pensar, entonces, que las considere simplemente como “ancilares”? El componente ancilar no las define, sino que al decantar esa ancilaridad, quedaría en ellas la literatura en pureza.

Por último es incuestionable que definir la literatura por ese grado de pureza, hace pensar que en tanto se manifieste la pureza en mayor medida, más literaria será la obra, lo cual parece ratificarse con el privilegio concedido en su sistema a la poesía, porque, en general, presenta un mayor grado de abstracción del referente empírico y del conocimiento específico. Pero esto ya me conduciría a otro tipo de reflexión.

La atención de Reyes se dirige fundamentalmente a la “función ancilar” (“cualquier servicio temático o noemático, sea poético, sea semántico, entre las distintas disciplinas del espíritu”).<sup>26</sup> Adviértase que la función ancilar no queda referida al plano noético (curso del pensar), sino tan solo a la con-

creción del asunto mentado, al aspecto textual en los dos niveles designados por Reyes. Esta es una diferencia cardinal del teórico mexicano con formalistas y estructuralistas, y con la escuela estilística, quienes se centraron absolutamente en la materialización textual de la percepción, y es, a su vez, uno de los aspectos que lo acerca al enfoque fenomenológico.

Los caminos del examen de la “función ancilar” aunque presuponen la especialización y autonomía de los diferentes órdenes “teóricos”, conducen de manera especial a señalar las conexiones entre las diferentes disciplinas humanas, así como a destacar que la literatura asimila naturalmente los conocimientos específicos de los otros órdenes, y los complementa. El concepto de función ancilar apunta a la articulación de la autonomía y la universalidad de la literatura, en un intento de legitimación de la funcionalidad esencial de la agencia literaria en un mundo que se atomiza y deshumaniza: “La integración de todos los motivos e intenciones sólo puede expresarse en la literatura, y la literatura es la única disciplina que no se desvirtúa con tal integración, antes vive de ella”.<sup>27</sup> Si bien Reyes busca abstraer qué es la literatura en su estado más puro, no ha de perderse de vista cómo se sirve de la “ancilaridad” para argumentar la naturaleza totalizadora de la literatura y, consecuentemente, su importancia como “función vicaria de la vida”.

Como la función ancilar se refiere al intercambio entre todos los órdenes, Reyes distingue el que se produce de lo literario a lo no literario con la denominación de “préstamo”, y le llama “em-

préstito” cuando lleva sentido contrario, es decir, de lo no literario a lo literario. Este último no es nunca una “invasión”, sino un “ensanche” o “fertilización”; la literatura no conoce “límites”, puede apropiarse de los temas de la ciencia o de la historia con suma naturalidad, mientras que tanto a la ciencia como a la historia se le señalan límites en la incorporación de temas ajenos. Reyes lo sintetiza del siguiente modo: “Lo que visto desde la literatura, es empréstito con valor de ensanche temático, visto desde la no-literatura, es un aprovechamiento económico de la literatura entendida como función vicaria de la realidad”.<sup>28</sup> El propio autor confiesa que “este galimatías” tiene el propósito de insistir en el carácter ilimitado de la apropiación literaria. En general, la catalogación de intercambios ancilares pone de manifiesto esa intencionalidad que privilegia en su focalización a la literatura para concluir en su “centralidad”, tanto por su universalidad noemática como por su servicio a las disciplinas especializadas.

La tipología de funciones ancilares contradice en cierta medida, el criterio seguido para definir la esencia literaria como expresión de la experiencia pura del hombre, que le concede un valor determinante al nivel semántico. Reyes distingue dos “empréstitos” de lo no-literario a lo literario, uno poético y otro semántico, sin embargo, aclara que un empréstito poético total no podría considerarse literatura, mientras que sí es admisible uno semántico total, de lo cual se desprende la centralidad del nivel poético. El propio autor confirma nuestra interpretación: “Adviértase que el sustento de la obra literaria está en la poética; de modo que la semántica

extraliteraria corre como una música de fondo, como una presencia tácita en la mente del autor”.<sup>29</sup> Pero antes ha dicho: “La manera de expresión aparece determinada por la intención y por el asunto de la obra. [...] El asunto, para la literatura propiamente tal, se refiere a la experiencia pura, a la general experiencia humana...”.<sup>30</sup> ¿Cuál es, entonces, el término regente? Hay varias imprecisiones: Primero, entre el nivel abstracto y el concreto, así como entre la literatura en pureza y la obra. En el fragmento anterior, parecen ser equivalentes, cuando en otros tantos son claramente diferenciados. Segundo, en relación con la “semántica extraliteraria”, se considera dominante a la ética”, mientras que en relación con la semántica “propiamente” literaria –pura–, el asunto aparece como determinante de la poética. En algunos de sus ensayos Reyes señala la función decisiva del nivel poético, y en otros momentos de *El deslinde* también se desliza el mismo criterio. ¿Cómo se explica su énfasis primero en el asunto (la experiencia humana pura)? La contradicción nace en la doble orientación de su propuesta teórica: la sustentación de la autonomía literaria y la afirmación del carácter esencialmente humanista de la literatura. La legitimación de la autonomía literaria privilegia el plano formal en la determinación de la especialización literaria, como se aprecia rigurosamente en la poética formalista; mientras que la concepción humanista se centra en la validación de la universalidad de la literatura como fundamento ontológico, y aun subraya los nexos entre literatura y las esferas no-literarias. En Reyes se encuentra el propósito de armonizar ambas proyecciones, de modo que la

orientación humanista regule los “excesos” de la especialización moderna, sin embargo, el intento descubre notables desajustes y tensiones –como los citados. Incurriríamos en una deformación del pensamiento de Reyes si no nos refiriéramos a su noción de “intención” que aunque no la define rigurosamente, es central en su conceptualización de la literatura. Es necesario aclarar ahora que para él la “intención”, rumbo mental que rige la orientación de la creación, (ficcional y estética en la literatura) no corresponde al orden noemático, aunque determina su sentido, es decir, que no va a ser contemplada en la función ancilar, referida sólo al plano noemático. Además, se encarga de precisar que para el análisis de la función ancilar va a prescindir “provisionalmente de la necesaria intrincación” existente entre poética y semántica, la cual relaciona al rumbo mental o noesis. No se ha de olvidar, pues, que su estudio del plano noemático no refleja toda la complejidad de su concepto de literatura.

No obstante, el propio razonamiento de Reyes nos muestra las contradicciones esenciales de su lógica interna. Es relevante en tal sentido, la explicación suplementaria que ofrece del cuadro ancilar con el objetivo de demostrar nuevamente la “universalidad o ilimitación de la literatura” y que consigue, paradójicamente, desconstruir la oposición esencial/ancilar”.

También hubiéramos podido trazar el esquema ancilar como un eje cargado con todos los procesos intermedios, y cuyos dos polos serían: a un lado, la literatura diáfana, teóricamente desprovista de tentaciones ancilares,

que llamaríamos “alfa”, y al otro lado, la no-literatura, el tipo “E”, que llamaríamos “Omega”. Pues bien: entonces resulta que “Omega” sí existe, en todas las obras puramente no literarias; y, en cambio, por mucho que nos esforcemos, “alfa” no existe, porque no existe literatura que viva sin alimentarse de la no-literatura, en grado mayor o menor. [...] “Alfa” es un apetito abstracto que se arroja sobre “Omega” como un ave de presa y vive de su sustancia. Por donde caemos en una nueva demostración descriptiva de la universalidad o ilimitación de la literatura.<sup>31</sup>

Cabe ahora preguntarse si se trata de una función ancilar o esencial. ¿No se dice que depende la literatura en pureza de la no-literatura? ¿Se puede precisar si hay un término dominante en la oposición? La no-literatura puede existir sin la literatura, pero, si seguimos a Reyes, la literatura no puede existir sin la no-literatura. La distinción esencial/ancilar no resiste un examen lógico elemental sin que aflore la naturaleza indeterminada de esa oposición, y, por consiguiente, la vulnerabilidad del concepto de literatura fundado en esa relación. Sin embargo, Reyes no repara en la contradicción, por el contrario cree haber ofrecido una “nueva demostración descriptiva” de la universalidad de la literatura al explicar metafóricamente la interrelación entre “Alfa” y “Omega”. La definición de “Alfa” en cuanto “apetito abstracto” nos hace recordar sus palabras en *Discurso por Virgilio*: “la más alta poesía es aquella que más contempla al hombre abstracto, y mucho más que al accidente que somos, al arquetipo que quisiéramos ser”.<sup>32</sup> Aunque “la

más alta poesía” no es “Alfa” –ya que “Alfa” no existe–, ha de estar muy cercana a ella, y su excelencia se hace residir en el aspecto “semántico”, en su grado de contemplación del “hombre abstracto”. El “apetito abstracto” caracterizador de “Alfa” podría ser referido especialmente a la plasmación literaria de la experiencia pura del hombre, y en tal caso, la poética virgiliana sería el modelo paradigmático de su propuesta, no solo desde el punto de vista estético, sino también desde una perspectiva ético-social: “Los educadores no deben ignorar que la lectura de Virgilio cultiva –para todos los pueblos– el espíritu nacional”.<sup>33</sup> Con el ejemplo de Virgilio explica cómo se da la interrelación entre lo “accidental” y lo “esencial” en la obra literaria: “[...] el sentimiento nacional de Virgilio se va robusteciendo hasta que, por su concentración, se emancipa: abandona el modesto signo local que le dio pábulo, vuela y se torna abstracto [...]”.<sup>34</sup> Muchas veces afirma Reyes que la literatura es “liberación”, es decir, trascendencia de las condiciones accidentales, la “emancipación” conseguida por Virgilio y que le confiere –según Reyes– un valor universal.

Las distinciones y jerarquizaciones que va proponiendo Reyes se rigen profundamente y de manera esencial por un criterio humanista, el cual lo lleva a dudar de la legitimidad de ciertas experimentaciones estéticas como la de su querido Mallarmé:

Ante aquella su furia por plantear la poesía en problemas, por encontrar guarismos mentales de valor absoluto, palabras mágicas a las que la rea-

lidad se someta ¿no es esto –me he dicho– una extralimitación, condenada como todas al duro castigo de la naturaleza en un escorbuto literario? La esterilidad afila sus hachas para decapitar al que pisa los linderos sagrados. Y asistimos, si vale decirlo, a un “fracaso superior”, a una catástrofe de altura por elevación y asfixia. También Babel pretendía escalar el cielo y paró en enredo lingüístico.<sup>35</sup>

Como se conoce, Mallarmé fue un poeta muy estudiado por Reyes y apreciado desde el punto de vista formal, no obstante, no representa la poética del simbolista francés el ideal estético legitimado por el humanista mexicano, como tampoco el barroco Góngora encarna ese ideal. No es casual que, en general, Reyes asocie al poeta español con el francés tanto por el nivel formal como por la “deshumanización” que aprecia en ambas poéticas. En “Sabor de Góngora”, Reyes ofrece una valoración de su poesía que nos ayuda a entender hasta qué punto es determinante en su concepto de literatura en pureza –mucho más que la realización formal– la expresión de la experiencia humana.

Dice bien el irreprochable Dámaso Alonso: Góngora es el gran poeta español de la tradición grecolatina; pero no es el poeta, no es ya nuestro poeta. Su filosofía de la vida nos sirve de muy poca cosa. Góngora, aparte de que nos separa de él todo un latido de la conciencia histórica, no es un poeta del espíritu: es un poeta para los sentidos. En él encontraremos secretos y deleites técnicos, placeres de forma, nunca

estremecimientos sentimentales ni altas orientaciones.<sup>36</sup>

De algún modo con este texto de 1928 Reyes dialoga con la llamada Generación del 27, que –como se recordará– había redescubierto y legitimado la poesía de Góngora. Si Virgilio es considerado por Reyes como un poeta vigente, con mucho que decir a los mexicanos y latinoamericanos en general, si Virgilio –más distante en el tiempo– consiguió traspasar las circunstancias históricas locales y aún en el siglo xx enseña el sentido de lo nacional; Góngora no, Góngora “no es el poeta”, ese es Virgilio. Mallarmé tampoco. De modo que, si bien el virtuosismo formal es un aspecto altamente valorado por Reyes, no lo considera, sin embargo, suficiente para la definición de la esencia literaria. La función “poética” –decisiva para Jakobson– no lo es para el pensador mexicano, que sueña –con Platón– un ideal de “bien y belleza”.

La poesía centrada en sus propios artificios, que tematiza autorreflexivamente sus mecanismos de construcción, que intenta constituirse como realidad autónoma, es tenida por Reyes como “extralimitación” o como un caso de “especialización” literaria que afecta –como otras formas especializadas– a la comunicación universal distintiva –en su opinión– de la literatura. Su condición de humanista y su disfrute con las invenciones de la lengua, con los divertimentos, conduce a Reyes a tolerar esas “deformaciones” literarias, a aceptar las aportaciones a nivel lingüístico de poéticas como las de la vanguardia, pero sin concederles el rango de la literatura.

La universalidad literaria es el punto de partida y de llegada de la teoría reyesiana; rige tanto su teoría literaria como su valoración de la literatura. Si una obra literaria, ya sea por no trascender la representación de lo local como por absolutizar el valor formal, no comunica “la esencia de lo humano puro”, no podrá alcanzar la categoría de “la más alta poesía”, de valor “universal”, según el criterio axiológico de Reyes.

El “universo” literario a partir del cual Reyes define la literatura ha sido construido a partir de un concepto de literatura, tautología fácilmente advertible a través de su exposición.

La distinción de lo sustantivo y lo adjetivo en la literatura muestra su carácter relativo y deconstruye la teoría esencialista del humanista mexicano, quien llega a confesar que:

Lo sustantivo y lo adjetivo se intrincan en ella (la literatura) de modo indiscernible. Y por ventura lo no individual o adjetivo es lo más fácilmente captable al método científico; casi diríamos, lo que hay de histórico en la obra.<sup>37</sup>

La “historicidad” reside en la “adiposidad parásita”, en “lo adjetivo”, en la “adherencia” que le da existencia a la literatura en pureza, o dicho con su propia paradoja: “La invención literaria es la cosa más individual que existe; su esencia es lo individual, aun cuando el revestimiento de motivos no individuales es lo que le da su última forma, lo que la hace ser como es”.<sup>38</sup>

## Notas

<sup>1</sup> Culler, J. La literaturidad. En: *Teoría literaria*. México : Siglo XXI, 1993. p. 37.

<sup>2</sup> *Ibidem*, 38.

<sup>3</sup> Tinianov, Y. Sobre la evolución literaria. En: *Teoría de la literatura de los formalistas rusos*. México D.F., : Siglo XXI, 1967.

Mukarovski, J. Forma, norma y valor como hechos sociales. En: *Estética*. La Habana : Pueblo y Educación, 1987.

<sup>4</sup> Eagleton, T., *Una introducción a la teoría literaria*. México D.F., : Fondo de Cultura Económica, 1988.

<sup>5</sup> *Ibidem*, p. 20.

<sup>6</sup> A propósito de la Crítica Cultural anglosajona es interesante el trabajo inédito de Luis Enrique Wong titulado "Cultura, fragmentación y discurso crítico: Valoraciones preliminares sobre la Crítica Cultural".

<sup>7</sup> "[...] el Pragmatismo se ha brindado a estos intelectuales contemporáneos como un modelo de pensamiento no esencialista [...]". *Op.cit.* (6).

<sup>8</sup> Cros, E. *De l'engendrement des formes*. Montpellier : C.E.R.S./Études Sociocritiques, 1990.

\_\_\_\_\_. *Literatura, ideología y sociedad*. Madrid : Gredos, S.A., 1986.

\_\_\_\_\_. Sociología de la literatura. En: *Teoría literaria*. México : Siglo XXI, 1993. Ver también

Robin, R. Extensión e incertidumbre de la noción de literatura. En: *Teoría literaria*, quien afirma: "Si texto y discurso se han de tomar en un mismo paradigma de lenguaje, es forzoso constatar que a la problemática de la 'literaturidad' y a la de la 'intertextualidad, tan características del texto literario visto en su clausura, hay que agregar a partir de ahora, cuando no sustituir, una problemática de la interdiscursividad que se desplegaría en todos los terrenos de lo social, y que en el plano de un discurso transversal se reemplazaría de discurso a discurso, y se inscribiría igualmente bien en las producciones del campo literario como en discurso político, periodístico o filosófico, etc. Esto es precisamente lo que

tratan de hacer los estudios que se centran en la noción de discurso social. (Robin/Angeot, "L'inscription du discours social dans le texte littéraire", *Sociocriticism*, I,53-82.) En este nivel es en el que la sociocrítica adquiere todo su valor y toda su dimensión, puesto que integra a una problemática del discurso social un análisis de la especificidad de los procedimientos para textualizar, definiendo aquello por lo que la textualización se aparta de la simple puesta en discurso. Sin embargo, la sociocrítica no hace esto ni con un pensamiento de lo inefable o del genio, ni siquiera con una concepción de una literaturidad imposible de definir. Lo hace precisamente ampliando la perspectiva y reintroduciendo en ella a la literatura en su amplia red interdiscursiva.

<sup>9</sup> Reyes, Alfonso. *Obras Completas*. México D.F. : Fondo de Cultura Económica, 1963. t. 15, p. 31.

<sup>10</sup> Más adelante nos detendremos en los nexos entre *El deslinde* y la fenomenología. Por ahora, vale aclarar que fue el propio Reyes quien identificó su proceder de fenomenológico, y quien lo sustituyó posteriormente para la segunda edición de *La experiencia literaria* por el término fenomenográfico, para diferenciar su perspectiva de la de Husserl. Esta modificación la introduce como respuesta a cierta parte de la crítica que le censuró el hecho de que su propuesta no se ajustaba rigurosamente a la metodología fenomenológica husserliana. El término "fenomenografía" dice adoptarlo del mexicano Porfirio Parra. Para mayores detalles puede consultarse:

Rangel. *Las ideas literarias de Alfonso Reyes*. México, D.F. : El Colegio de México, 1989.

<sup>11</sup> *Op. cit.* (9). p. 30.

<sup>12</sup> Ramos, J. *Desencuentros de la modernidad*. México, D.F. : Fondo de Cultura Económica, 1989. p. 211.

<sup>13</sup> *Op. cit.* (9). p. 42.

<sup>14</sup> Son de sumo interés las consideraciones de Reyes al comienzo mismo de *El deslinde* acerca de la importancia del receptor en el proceso literario: "De un lado hay una postura activa; del otro, una postura que superficialmente llamamos pasiva. Superficialmente, pues es evidente que la reacción es también una acción, y mucho habría que decir sobre la colaboración entre el artista y

el público para la representación humana definitiva de cada objeto artístico. [...] Si ya toda percepción es traducción (la luz no es luz, la mesa no es mesa, etc.), mucho más cuando el filtro es la sensibilidad artística. En sustancia, hay tantos tipos divergentes como lectores. [...] Las distintas representaciones pueden quedarse en lo íntimo del lector, pero también podrá ser que se las exprese y exponga. De aquí las discusiones entre apreciaciones diferentes u opuestas; de aquí las revaloraciones críticas que de tiempo en tiempo sobrevienen, pues también el curso de los años trae consigo una refracción. Recuérdese, como ejemplo ilustre, la historia de la ‘cuestión homérica’. Estos vaivenes, estas vicisitudes, constituyen propiamente la vida social de la literatura”. [*Op. cit.* (9). p. 25] Los problemas teórico-literarios esbozados como “salvedades aclaratorias” constituyen el centro de la teoría de la recepción, y de haber sido tratados en toda su profundidad por Reyes, hubiera debido abandonar su postura esencialista, pues ponen de manifiesto la profunda historicidad del hecho literario y su carácter interdiscursivo. A pesar de que Reyes participa de la idea romántica del “genio” y de la sobrevaloración de la individualidad, las “salvedades aclaratorias” dejan ver cierta comprensión de la literatura como “hecho social”. Esas observaciones guardan relación con otras a propósito del “valor estético”, que Reyes expone en algunos ensayos. Reyes deja sin explicación cómo se articula esa historicidad de la literatura con la “universalidad” por él defendida.

<sup>15</sup> *Op. cit.* (9). p. 39.

<sup>16</sup> Ídem.

<sup>17</sup> *Ibidem*, p. 40.

<sup>18</sup> *Ibidem*, p. 41.

<sup>19</sup> *Ibidem*, p. 109.

<sup>20</sup> En “Apuntes para la Ciencia de la Literatura” (*Op. cit.* (9)) aparecen una observaciones reveladoras de los matices de sus criterios axiológicos. Al comparar la Estilología y el método

histórico dice que la primera “conviene singularmente a las obras maestras”, es decir, aquellas cuya realización verbal es excelente, mientras que el histórico “agota más fácilmente sus problemas cuando se aplica a los niveles medios, a las obras –paradójicamente– menos dignos de la conservación histórica”. Sin entrar a analizar la relación determinista entre la calidad artística y el método crítico, se puede apreciar que el criterio de valoración seguido por Reyes se rige básicamente por el nivel poético, y por el menor apego posible del texto a las cuestiones ancilares. Vale aclarar también que no se identifica plenamente con los métodos formales, sino que propone un método de análisis integrador de los diferentes enfoques, dada su concepción humanista de la literatura.

<sup>21</sup> *Op. cit.* (9). p. 40.

<sup>22</sup> Ídem.

<sup>23</sup> Ídem.

<sup>24</sup> *Ibidem*, p. 43.

<sup>25</sup> *Ibidem*, p. 45.

<sup>26</sup> *Ibidem*, p. 46.

<sup>27</sup> *Ibidem*, pp. 107-108.

<sup>28</sup> *Ibidem*, p. 113.

<sup>29</sup> *Ibidem*, p. 51.

<sup>30</sup> *Ibidem*, p. 40.

<sup>31</sup> *Ibidem*, p. 109.

<sup>32</sup> *Ibidem*, t. 11, p. 170.

<sup>33</sup> *Ibidem*, p. 164.

<sup>34</sup> Ídem.

<sup>35</sup> *Ibidem*, t. 14, p. 381.

<sup>36</sup> *Ibidem*, t. 7, p. 194.

<sup>37</sup> *Op. cit.* (35). p. 386.

<sup>38</sup> Ídem.

# *La Habana para un infante difunto. Para una relectura del espacio citadino*

**Marien Prieto**

*Investigadora del Instituto de Literatura y  
Linguística*

*La reconstrucción de los recuerdos eróticos en el libro de Cabrera Infante es no sólo un pretexto para aproximarse, sino para recuperar un pasado vinculado con un determinado lugar. El tema erótico no impide que por debajo, clandestinamente casi, yazga esa preocupación esencial [...] el personaje secreto, pero quizás o más palpable de la novela, es la ciudad cuya función está lejos de ser un escenario porque representa todo un modo de vivir de una época dada. Las descripciones meticulosas del Malecón, de la vida nocturna, de la lluvia y del mar, todas ellas le permiten acercarse a lo definitivamente perdido, permiten acercarse a esta 'isla dentro de la isla' que se ha transformado en el recinto de la memoria.<sup>1</sup>*

Se trata de una obra conocida en los predios de nuestra academia. A veces buscada con fruición; otras, ignorada.

De hecho se constituye en un texto para la alegoría. Alegoría de una ciudad perdida en la memoria de un tiempo pasado. Cabrera Infante construye una estrategia discursiva a partir del posible y/o probable encubrimiento en una primera persona del singular que contiene demasiadas referencias biográficas. La mascarada se monta con el único propósito de conducirnos a un juego nostálgico que ha distinguido durante décadas su escritura.

*La Habana...* se ordena composicionalmente por una historia marco y una historia referida desde el aquí y el ahora del narrador. Él expresa su subjetividad con el empleo de esta primera persona y además, con la declaración explícita del género que se lee.<sup>2</sup> Lo narrado está situado, explícitamente, en una época y lugar diferente con respecto al presente narrativo. De esta manera, se ponen de manifiesto dos tiempos y dos espacios distintos. Así, es notable como el “doble eje temporal de la narración, el eje original del tiempo del narrar y el eje creado por el narrar en un segmento delimitado del pasado, estructura la temporalidad narrativa”.<sup>3</sup>

El entramado novelesco tiene su origen a partir de la articulación de dos ejes que se constituyen, al mismo tiempo, en centros temáticos: el descubrimiento del sexo y de la ciudad por parte de un protagonista adolescente y virgen que viene del campo a la capital. El significado de ese primer movimiento espacial en su vida es lo que dará origen a estas “memorias”.<sup>4</sup> La narración se mueve, fundamentalmente, sobre el recuento de su aprendizaje en y de La Habana. Teniendo en cuenta los men-

cionados ejes temáticos y de funcionamiento, es necesario señalar las líneas que apuntan en dirección a la ciudad y el eros.

### *Precisiones de orden teórico o de cómo se inventa la ciudad de la novela*

En un texto literario la presentación del espacio se realiza a partir de tres procesos simultáneos de montaje: el plano de la descripción, el del escenario y el de los sentidos añadidos.<sup>5</sup>

Con respecto a la descripción, es bueno insistir en su capacidad para producir “entes semánticos”. Se está, efectivamente, en presencia de ella no sólo cuando aparece como un segmento textual convenientemente extenso, estilísticamente homogéneo e independizado, sino también cuando se encuentra diseminada en el contexto “en pequeñas dosis textuales –apenas visibles en un ambiente heterogéneo...”.<sup>6</sup>

Sobre el plano del escenario –uno de los elementos más importantes en la concepción y desarrollo de esta novela– se debe tener en cuenta que, independientemente de cuán grande o pequeño sea el “trozo” de espacio que conocemos por mediación del texto, se percibe en cada caso que esa extensión es utilizada para fenómenos de otra clase. Y ahora me estoy refiriendo a que los decorados escénicos son definatorios en atención a lo que en ellos tiene lugar. A pesar de que el escenario constituya dentro de la obra una de las grandes figuras semánticas, no puede ser aislado en la misma medida en que pueden serlo

otras unidades del mismo orden, como por ejemplo, el personaje, la trama, el narrador, etcétera. Sobre el tema, afirma Slawinski: “de aquí también que el análisis del escenario tenga siempre un carácter aspectual: es realizado en atención al papel de las categorías espaciales en la constitución de totalidades de otro género”.<sup>7</sup> Ello se puede constatar en las diferentes “aplicaciones” –por llamarlas de alguna manera– que cumple el escenario en cualquier obra literaria. Son ellas las siguientes, y al respecto seguiré estrictamente su criterio:

- a) determina (o sea, diferencia, separa, clasifica) el territorio en que se extiende la red de los personajes;
- b) constituye el conjunto de localizaciones –de los acontecimientos fabulares, escenas y situaciones en que participan los personajes;
- c) interviene como índice objetual de cierta estrategia comunicacional en el marco de la obra.<sup>8</sup>

En lo que concierne a la separación o clasificación de territorios, el escenario “codetermina la matriz de oposiciones e interacciones posibles en el marco del mundo presentado”.<sup>9</sup> Oposiciones que se hallan en el rango de: personajes y grupos de personajes, medios, etcétera. (la patria/el extranjero, el pueblo/la ciudad, aquí/allá). En ese aspecto, la función de las categorías espaciales tiene que ver con el hecho de que a un personaje dado se le atribuyan ciertos territorios en los cuales puede aparecer, en oposición o equiparación a otros territorios propios de otro número de personajes. Unos y otros territorios están

ligados, de cierto modo, a determinados atributos o funciones de los personajes.

Ciertamente, la segunda “aplicación” es una de las más conocidas y estudiadas de todas las anteriores. El escenario es uno de los componentes básicos dentro del aspecto temporal de un relato. En este sentido, hay que recordar el motivo del camino en la novela de aventuras.

Sobre la función de estrategia comunicacional, dice Slawinski: “el escenario [...] constituye un sistema irreductible en su organización a los supuestos de la situación comunicacional intratextual”.<sup>10</sup> En otras palabras, esto significa que algunas de las propiedades del espacio presentado en la obra –como por ejemplo, la continuidad, el caos, la transparencia, etcétera– se pueden explicar en el contexto de la estrategia de entendimiento con el receptor, adoptada por el sujeto literario. Es decir, el lector ha de descifrar cuál es el sentido y la coherencia de uno o lo otro en el conjunto textual.

La relación del plano de los sentidos añadidos con el escenario es, de alguna forma, análoga a la del escenario con la descripción. El enunciado descriptivo genera el espacio de aquello que se representa, este, a su vez, en la medida en que cobra forma, produce significados adicionales que se alzan por encima de dichas presentaciones espaciales: “Los objetos, las distancias, las direcciones, las escenas y los paisajes pueden actualizar en la realidad presentada de la obra un estado de connotaciones nuevo, es decir, no inferible de la semántica de la propia enunciación, con una marca simbólica más o menos clara”.<sup>11</sup>

La cita nos lleva, directamente, al problema de lo extra y lo intratextual. Los sentidos añadidos tienen, por lo regular, una axiología ligada a ellos. Esto implica, de cierta forma, que se ha de salir del texto para buscar la tradición literaria y cultural que los legitima. Por el contrario, si el proceso se invierte y la pregunta se encamina a lo que en la propia construcción del escenario provoca dichas connotaciones adicionales, nos encontraremos, ahora sí, en el marco de la obra.

#### *Algunas consideraciones sobre la función y tratamiento del espacio dentro de la obra*

Se hace evidente a lo largo del texto la separación entre el macroespacio de La Habana –con un sinnúmero de significados– y el espacio (escenario), en su primera y segunda “aplicación”. Es decir, como el lugar donde se extiende la red de personajes y como un conjunto de localizaciones de los acontecimientos fabulares. No se trata de dividir artificialmente contenido y continente, sino de que, a los efectos de este acercamiento, es necesario delimitar el macroespacio del escenario.

El conocimiento del macroespacio ciudadano se da, en principio, a partir de enunciados descriptivos que lo califican. Tales enunciados, al mismo tiempo, hacen posible la aparición de la pluralidad de locaciones en que ocurre la diégesis. Por ese motivo se puede hablar de La Habana desde dos perspectivas: como el conjunto de escenarios donde tiene lugar el aprendizaje del personaje protagónico y, paralelamente,

como el macroespacio pluridimensional que se hace “protagonista” de la novela.

La singular manera en que se trata el espacio en *La Habana...* ha provocado de Stephanie Merrim el apelativo de “novela topográfica”. Tomo prestado dicho término. Esta nueva óptica –sobre todo, el punto de vista topográfico de la narración– se relaciona con la manera en que se enfrentan el macroespacio y el aspecto erótico en los episodios del protagonista. Según Merrim, *La Habana* y la habanera son imprescindibles para la concepción total de la obra:

Aparte del narrador la novela tiene dos “protagonistas”: la ciudad y la mujer, o tal vez sólo uno, porque la técnica topográfica las aproxima. “Captada la mujer en los altibajos de su carne [...] y representada *La Habana* como un mapa detallado de calles que suben y bajan, *La Habana* y la mujer son su misma topografía, una sola superficie inconsútil de zonas secretas que se exploran con precisiones de cartógrafo”.<sup>12</sup>

La llamada “técnica topográfica” se basa, fundamentalmente, en la representación fragmentaria de *La Habana*. En la medida en que el personaje protagónico avanza en su aprendizaje amoroso, se van conociendo más zonas de ella. En algunos instantes, la novela adquiere la forma de un “mapa erótico” de la ciudad, mapa donde aparecen subrayados los escenarios de las aventuras del protagonista. Esta especie de cartografía habanera se va delineando, continuamente, a través de los desplazamientos espaciales que él rea-

liza. Lo paradójico de todo esto es que, en estas correrías, no abundan las descripciones detalladas –en cuanto al ambiente, decorado escénico, etcétera– de los escenarios donde tienen lugar tales episodios. Sin embargo, si nos remitimos a los múltiples encuentros sexuales –sean fallidos o no– en los que interviene el protagonista, se encuentran descritos de un modo particularmente minucioso. En otras palabras, el aspecto erótico recibe un tratamiento frío, casi clínico. A lo largo de la trama se ofrecen numerosas imágenes del cuerpo femenino o del acto sexual con un tono científico, apenas con algo de pasión o, las más de las veces, humorístico. De lo anterior se deduce que el macroespacio se desdibuja en la misma medida en la que el propio texto pone de manifiesto su intención topográfica.

Un ejemplo ilustra, inmejorablemente, dicha concepción topográfica. La travesía que hacen el protagonista y un personaje llamado Titón<sup>13</sup> por lo que el narrador llama “mi *Habana* viva”. Titón regresa de Italia convertido en un cineasta diplomado y, a la par, en un completo desconocedor de la verdadera ciudad. Este es el pretexto para hacer el relato de una peregrinación al interior de diferentes barrios habaneros.

La historia de esta jornada tiene una estructura similar en todos los casos: primero se nombra el barrio y se lo “caracteriza” brevemente; luego, se ubica dentro de la geografía citadina y, por último, en algunos de ellos, se habla de un personaje típico del escenario:

Recorrimos el barrio de Cayo Hueso, tan mulato, en medio de las ca-

lles blancas de San Rafael y San Lázaro, y en San Miguel (en la Habana abundan las iglesias y las calles santas), no lejos del parque Trillo [...] le enseñé a Titón un cartel de una adivina que se anunciaba con un ojo verde enorme [...] Era una pitonisa poderosa, Delfos en el centro de La Habana [...] De allí transporté a Titón en la alfombra mecánica de una guagua al barrio de San Isidro, a la misma calle de San Isidro [...] a mostrarle una casa de dos pisos donde había un letrero grande que anunciaba: “Academia de Rumba” [...] Seguimos a Jesús María, verdadero barrio negro, corazón africano de La Habana Vieja, donde anotamos el intrigante aviso: “Se tiemplan cueros”, que parecía oscuramente obsceno y simplemente anunciaba que se afinaban tambores [...] esta *tour de trouvalles* la extendí a ir a conocer al reparto Diezmero al legendario compositor de sonos Ignacio Piñeiro...<sup>14</sup>

La nueva topografía de La Habana tiene otras características. Ahora no se pretende esbozar un “mapa erótico” de la ciudad, sino que se intenta, más bien, una especie de aproximación al folklor habanero. Aquí se mezclan la “caracterización” de cada escenario con explicaciones sobre la mitología afrocubana, costumbres nacionales, fiestas religiosas ... –Al mismo tiempo, el *viaje al centro de La Habana* se convierte en una de las tantas estrategias con el propósito de ampliar la recepción de la novela.

Los espacios en que se mueve el personaje protagónico tienen dentro del en-

torno de sus descubrimientos sexuales, un valor determinado. Así, en el texto se marcan los desplazamientos que determinan sus diversos cambios en cuanto al aprendizaje erótico. En este sentido, hay un elemento que no se puede obviar en la novela, una línea que subyace detrás de la narración: los recuerdos del narrador-protagonista, quien, al paso de los años, intenta recuperar su pasado mediante la escritura. Cada escenario habanero tiene determinada importancia y es, en dependencia de ella, que se jerarquiza o no un espacio.

#### *De cómo los desplazamientos espaciales del personaje protagónico favorecen su evolución*

Cuatro escenarios indican la transformación del protagonista de *La Habana...* El primero es el solar. De este, se pasa al cine como “coto de caza”. Los dos iniciales son presentados en el primer y tercer capítulos. En cuanto al tercero de los escenarios, hay que enunciarlo en plural: burdeles, posadas, apartamentos (espacios cerrados). El cuarto y último serían la calle y el balcón, como escenarios de “cacerías sexuales” (espacios abiertos). Algunos de estos espacios son presentados en un solo capítulo de la novela. Por ejemplo, el solar, el cine y el balcón. Los otros, se encuentran distribuidos en el transcurso del texto. Por otra parte, la agrupación del tercero y el cuarto se realiza teniendo en cuenta su nivel de influencia para el desarrollo del personaje protagónico.

El solar de Zulueta 408 resulta ser el escenario de la iniciación sexual del narrador-protagonista. En esto reside su mayor relevancia. Aquí entra un niño y

sale el adolescente que nos acompañará el resto de la obra. Definitivamente, es el escenario donde se efectúa su despertar erótico.

La relación del personaje protagónico con este primer espacio es ambivalente. Lo más curioso es que se le recuerda continuamente. Sin embargo, no ocurre de la misma manera con otros escenarios. Una y otra vez el narrador llama a Zulueta 408 de formas diferentes. Un grupo de denominaciones destaca su relación con el sexo: “arquitectura de colmena depravada”, “colmena sexual”, “colonia sexual”, “promiscuidad primorosa”, “falansterio fecal” (pp. 40, 47, 82, 142 y 323). Quizá la afirmación más contundente sea la siguiente: “había algo en el edificio, en el aire del falansterio que esparcía la luz ceniza, quizás a causa de la promiscuidad forzosa, tal vez al carácter del cubano [...] que predisponía a la pasión pública, al uso del sexo, a sus posibles variaciones (incluyendo el crimen) y lo hacían un plexo solar”(p. 90).

Por otro lado, también aparecen modos de calificarlo que lo reivindican como escenario favorable al conocimiento: “esa universidad”, “falansterio que sería trascendental en mi vida, con el que sueño todavía sueños que tienen la composición de pesadillas...”, “en realidad era un cordón umbilical que, cortado de una vez, es siempre recordado en el ombligo” (pp. 47, 41, y 117). De este modo, se hallan dos apreciaciones del solar. Una, la que subraya sus características negativas y la otra, la que mira con nostalgia esa “licencia de las costumbres”, pues gracias a ella el protagonista realizó sus primeros descubrimientos en el terreno erótico. Tal vez la insistencia se

deba a que este espacio repercutió tanto en la “educación” del protagonista, que evocar esa ambivalencia contribuya a clarificar, de algún modo, el recuerdo del “memorista”.

La imagen de la escalera de Zulueta 408 con la que se abre la novela expresa, de cierto modo, cuál es la importancia de este escenario para la caracterización del personaje protagónico. Esta escalera indica, justamente, el comienzo de su adolescencia. El comienzo de la formación de un carácter: “This image of ascent marks his introduction into a new world and society, where he will be initiated into a number of discoveries, including adult sexuality and urban poverty”.<sup>15</sup>

Como era de esperar, este es el espacio donde más insistencia se hace en las iniciaciones. No sólo las sexuales, sino en las de todo tipo: es la primera vez que el protagonista llega a una ciudad, la primera vez que monta en una guagua, que vive en un solar... y así sucesivamente. Aunque la estrategia de establecer cuándo y cómo ocurren las iniciaciones no se abandona en todo el libro, sí se debe agregar que, es justamente en el primer capítulo, con la llegada a La Habana, que comienza a manifestarse lo que se transforma en un propósito del texto.

En suma, la “caracterización” del solar se puede definir teniendo en cuenta dos puntos de vista y dos circunstancias. Primero, como dije en páginas anteriores, se destacan sus atributos negativos. Más adelante, el saldo resulta positivo teniendo en cuenta la perspectiva del protagonista. Este cambio de significación ocurre,

precisamente, en las últimas páginas del primer capítulo, cuando el narrador admite: “Por ese tiempo yo ya había salvado los complejos que me atacaron antes por vivir en un solar. Así todos mis amigos, viejos y nuevos venían a visitarme a mi casa, a nuestro cuarto...” ( p. 116). En la cita aparece una connotación desconocida de este escenario. El que antes había sido acusado de promiscuo y depravado es ahora –a partir de la superación de los complejos del personaje protagónico– un territorio donde convergen personajes de diferentes procedencias sociales. En la nueva significación de Zulueta 408 se inscribe el hallazgo de otra faceta, la cultural. Justamente, en un momento determinado, el cuarto del solar se convierte en camerino para los actores del grupo de teatro Prometeo del cual el protagonista formó parte.

Sin duda alguna, a través de este escenario ocurre la entrada del erotismo en la obra. Con su llegada al solar, el innombrado protagonista parece descubrir un mundo donde lo erótico satura todos los niveles. Por otro lado, en la novela es perceptible una correspondencia entre la manifestación de la sexualidad y los ambientes y personajes representados en los escenarios: cada escenario implica, de una forma u otra, una muestra diferente de lo erótico.

El siguiente cambio espacial es el cine. Del escenario soleado y colectivo de Zulueta 408, nos trasladamos al espacio oscuro e íntimo de la sala cinematográfica. Muchos de los incidentes en el primero, se suceden –contradictoriamente, con su carácter promiscuo y su sexualidad abierta y expansiva– en medio de cortinas o puertas medio cerra-

das: “(las cortinas eran telones que no dejaban ver la escena ni los actores; todo sucedía entretelones en el solar)” (p.49). El cine, en cambio, ofrece otra manifestación del erotismo ciudadano. En este caso se trata, más bien, de pequeñas escaramuzas verbales y, en algunos otros, táctiles.

Este movimiento espacial trae como consecuencia, un período nuevo. Antes, el personaje protagónico era virtualmente perseguido por la sexualidad desatada del solar. La mayoría de las veces él era presa de las mujeres: Nena *la chiquita* lo agrede sexualmente cuando lo descubre caído en la escalera; Severa, la tía de Rosita, lo abraza inesperadamente; Delia, la china, lo incita a tocarla. Ahora, el protagonista hace de la sala de cine un “coto de caza”. No siempre su anhelo es del todo exitoso pues, en repetidas oportunidades se invierte la relación, pasando a ser “cazador cazado”. Recordar los episodios de la muchacha que le clava un alfiler, o la que le da una dirección falsa. Del mismo tipo son los incidentes con homosexuales.<sup>16</sup>

El cine tiene, además del propósito de revelar la transformación del personaje protagónico –antes pasivo, ahora señaladamente activo, antes “presa”, ahora intentando ser “cazador”–, la de ser el escenario donde se produce otra iniciación: la del rascabucho. Por cierto, este nuevo conocimiento le fue dado por una mujer. La gorda del cine Lira es su introductora y primera experiencia.

La aventura de la iniciación al rascabucho merece un comentario independiente. Este resulta uno de los incidentes representativos de la importancia que tie-

ne lo femenino en la novela. El papel actancial de la mujer resulta notorio en la trama. No es sólo uno de los principales objetos de conocimiento para el protagonista, sino que a pesar –y esto es indiscutible– del discurso acentuadamente machista del narrador, donde la considera tonta, superficial, etcétera.; ella es también figura que inicia, propiciadora de experiencias nuevas.

En este mismo sentido se halla el hecho de que, por momentos, *La Habana* se antropomorfiza en madre y mujer. Ella es, primero, una matriz que favorece experiencias vitales e intelectuales únicas para el desarrollo del personaje protagónico. En otros, se torna cuerpo femenino por descubrir y poseer. Ambas se imbrican justo en la conclusión de la novela, en un juego conceptual extremadamente interesante cuando el protagonista toca a una mujer en el cine y, luego, al perder una serie de objetos personales, se “introduce”<sup>17</sup> en el útero de ella.

En el cine se debe prestar especial atención a un elemento: su cualidad como espacio de esta nueva serie de conocimientos se complementa con el sinnúmero de significados que tiene como manifestación artística. No se trata de una referencia intertextual más dentro de la infinita cantidad que aparecen en el texto. Es, además, y sobre todas las cosas, una pauta ineludible para el personaje protagónico. Muchas de las situaciones en las que se encuentra están mediadas por una visión cinematográfica. El narrador dice en una oportunidad: “casi siempre lo que transcurría en la pantalla era para mí la vida

y el teatro, el público, las lunetas eran una zona espectral que no tenía ninguna consistencia...” (p. 158).

Uno de los elementos más atractivos de esta “escena”, son los comentarios que hace el narrador, relacionados, aparentemente, con el tema de su otro relato: “todos los estudiantes cubanos recuerdan a los estudiantes de Medicina fusilados y su inocencia ha vencido no sólo su condena, sino a la muerte –¿será que la memoria es imperecedera, que no lo es la vida, que el recuerdo puede salvar de la muerte?...” (p. 414). Decía aparentemente, pues resulta obvio el rejuego que se está proponiendo con el título de la obra, ¿salvarán estas “memorias” al *infante difunto*? ¿El hecho de contar ese pasado en y de *La Habana* puede revivir a ese *infante*? La escena concluye cuando el narrador dice: “Debí demorarme demasiado entre mártires y tumbas para que el tiempo pasara tan abrupto” (p. 414). De esta manera somos testigos de un mecanismo filmico: la acción narrativa se detiene con una finalidad –la espera de Margarita– para dar lugar a un *flash back* que, en este caso, se extiende hasta el siglo pasado.

Luego de los primeros capítulos en donde tuvo lugar el impulso definitivo a su sexualidad, el antes niño comienza una búsqueda del ideal amoroso que termina, como afirmé anteriormente, en un cine dentro del útero de una mujer. Su deambular a través de diversos cines habaneros no es más que una parte de esa peregrinación metafórica –de la inocencia al conocimiento– que, en última instancia, intenta descubrir la novela en sus quinientas páginas.

Otro de los aspectos relevantes de este movimiento espacial es el cambio que ha experimentado el protagonista al salir del escenario-solar para entrar en el escenario-cine. Sus aventuras amorosas de Zulueta estaban circunscritas al entorno que le proporcionaba la familia. La mayoría de las mujeres con las cuales tenía contacto eran conocidas, vecinas, e incluso algunas eran amigas de su madre.<sup>18</sup> Por tanto, este cambio de “espacio propio” a “espacio ajeno” será doblemente problemático para él. En el solar casi todos se conocían. Compartían la misma pobreza y la misma falta de intimidad. En este sentido era, como bien dice el narrador, un espacio favorable al erotismo.

En cambio, el cine es totalmente ajeno a sus vivencias anteriores. Ya no está al amparo de su familia. Asimismo, en este espacio se manifiesta su incipiente independencia sexual y sentimental; independencia que ya había comenzado en el solar y que gana un escalón más aquí. De tal modo, este escenario, después del solar, sirve como ejercicio para que el protagonista pueda poner en práctica los conocimientos de la “universidad” de Zulueta. Indudablemente, ha dado otro paso en cuanto a los dos ejes de funcionamiento textual explicados al principio del trabajo.

Los dos primeros escenarios, el solar y el cine, constituyen, efectivamente, espacios iniciáticos. Además, Zulueta brinda al protagonista las primeras nociones de La Habana, ciudad luminosa y pobre, sensual y pacata a un tiempo. El recorrido por los cines lo transforma en otro sentido. A partir de estos dos espacios, va aumentando su radio de ac-

ción. Ya no se moverá en los marcos estrechos del barrio, sino que lo hará por nuevas zonas de la urbe.

De igual modo, uno y otro escenario se distinguen, entre otros elementos, por los personajes representados en cada uno. Mientras que el solar ofrece una amplia galería de la pobreza urbana, el cine se dedica a una considerable muestra femenina. En Zulueta se encuentran algunos de los personajes más variopintos de la fauna habanera: prostitutas, chulos, “la aviatrix”, el portero del Shanghai. A pesar de esto, no se profundiza en la caracterización de ninguno de sus moradores, aunque sí se enuncia la correspondencia entre ellos y el lugar en que viven. Para esto, el narrador explica minuciosamente lo que él llama “topografía del solar”: en el piso bajo, viven los homosexuales y lesbianas; en el otro, las familias, las mujeres solas o las prostitutas; y en el superior, los más pobres dentro de los pobres.

Entre tanto, en el cine no se indica el nexo entre los personajes y el medio o la procedencia social. De manera similar, tampoco se intenta ahondar en la psicología de quienes asisten allí. Aunque ambos escenarios tengan este elemento en común, es indudable que en el solar se procura una mayor aproximación a muchos de sus personajes. La llamada “topografía del solar” incluye: presentación, cuarto por cuarto de los integrantes de cada familia; anécdotas sobre ellos, descripciones físicas o se dice cuál es su profesión y nombre.

Precisamente otra de las semejanzas entre estos dos escenarios es, la tentativa de configurar una topografía sexual

en ambos casos. El narrador hace explícito su empeño en los dos capítulos. Dice en el primero: “Quiero hacer un paréntesis en la descripción topográfica del sexo en el solar...” ( p. 64). Más adelante, afirma: “yo quiero hablar de incursiones íntimas y hacer un mapa de los cines en que vivía, describir la topografía de mi paraíso encontrado y a veces de mi patio de lunetas” ( p. 145).

Las llamadas experiencias iniciáticas –que comprenden los escenarios del solar y el cine– ocurren en un sitio específico del macrosespacio: la Habana Vieja, donde se ubican el solar y los primeros cines que frecuenta el protagonista. Indirectamente –más adelante se entenderá el porqué– este hecho conduce al tercero de los espacios estructuradores. Estoy hablando de las posadas, burdeles y apartamentos. Justamente su inserción como escenarios de otro tipo de aventuras eróticas, señala un punto de giro en el texto.

El punto de giro se hace evidente a partir del capítulo “La muchacha más linda del mundo”, destinado por entero a la relación con Julieta Estévez, verdadera maestra e iniciadora sexual del personaje protagónico. Este es uno de los momentos más importantes respecto a su aprendizaje amoroso. Los pormenores de cómo finaliza esta relación apoyarán lo que quiero decir. Primero, se ubica al lector en el escenario en que tendrá lugar la ruptura. Se hace describiendo, muy brevemente, el apartamento. Un poco antes, se había indicado el sitio geográfico en el que este se encuentra (incluso la dirección exacta). En este relato se oponen, claramente, dos espacios ciudadanos que significan los dos

momentos cruciales de la relación: “No fue como al principio una de las mañanas de frío en la Habana Vieja, con sus calles estrechas, sombrosas, sinuosas, sino en la tarde calurosa de El Vedado, con sus rectas avenidas anchas, soleadas, demasiado expuestas al sol” (p. 289). Tal como se ve, se trata del enfrentamiento ciudad nueva vs. ciudad vieja. A esto se le debe prestar atención por varias razones. Justo a partir de este capítulo se inicia un movimiento –tanto desde el punto de vista espacial como socioeconómico y afectivo– del protagonista hacia la nueva zona urbanizada. Que su relación con Julieta termine precisamente allí, marca una pauta por dos razones muy claras: una, esta experiencia erótica revela el principio de su adultez y dos, es el cierre definitivo de sus anteriores fracasos sexuales.

Mientras que la Habana Vieja es, indiscutiblemente, donde acontecen las iniciaciones más importantes del personaje protagónico –la sexual, la cultural,<sup>19</sup> la del léxico ciudadano, que se continúa a través de todas las zonas geográficas– con el conocimiento de El Vedado se deja atrás toda la vida de pobreza y fracasos anteriores. Allí ocurren otras iniciaciones, quizá menos trascendentes que las anteriores: las primeras meriendas del pobre, en Radio Centro y El Carmelo. Por otro lado, en esta parte de la ciudad se encuentran las posadas que más frecuenta el protagonista, aunque ocasionalmente en la Habana Vieja se hallen algunas otras.

Sin dudas, el punto de giro implica una transformación del personaje protagónico y del modo en que este se

va apropiando de la ciudad. En la medida en que se va haciendo adulto, es más difícil encontrar un solo escenario narrativo para su aprendizaje erótico. Por esa razón, el resto de los escenarios estructuradores se encuentra en más de un sitio de la geografía habanera.

Los escenarios del burdel, cuartos y las posadas –terceros espacios estructuradores– constituyen un avance del personaje protagónico en el terreno de su aprendizaje sexual. Este conjunto se distingue por los diferentes niveles de importancia, o sea, por la ocurrencia en ellos de experiencias eróticas más o menos definitorias para el protagonista. Por ejemplo, el único burdel que visita, dos veces seguidas, es un escenario de frustración para él. Estos últimos episodios constituyen una especie de “crónica social”. En cambio, el resto de los escenarios –las posadas y los apartamentos– tienen una relevancia mayor desde el punto de vista de la educación del protagonista.

*La Habana...* alcanza en estos espacios cerrados sus momentos más subidos de tono. En ocasiones, esto le ha valido el calificativo de pornográfica. También, ha sido uno de los principales motivos de crítica de muchos de sus detractores. En dichos espacios se revelan con mayor intensidad los detalles de las escenas amorosas y las descripciones del cuerpo masculino y femenino. Desde el punto de vista espacial, tales escenarios se encuentran dispersos por la ciudad: la Habana Vieja, una zona del Vedado y otra de Centro Habana.

Posadas y apartamentos sirven de marco para la total realización sexual del

protagonista. A pesar de esto, no son tan sugerentes como sí lo fueron el solar y el cine. Lo que sucede es que, el texto pierde mucha de su riqueza anterior y se vuelve reiterativo en el relato de algunas aventuras. Si por un lado estos escenarios resultan de los que más repercusión tienen en el aprendizaje erótico del personaje protagónico –por la razón argüida– por el otro, ninguno de ellos es singularmente caracterizado, ni se distingue por una peculiaridad como sí lo eran el cine, el solar o el balcón.

La diferencia básica entre ambos consiste en que el cine, el solar o el balcón tienen algo que los hace inconfundibles. Sin embargo, cada espacio cerrado se convierte en una copia exacta del otro. Por citar un caso, las posadas son presentadas, casi siempre, de igual manera: el cortinaje, que evita la “luz indiscreta”; la cama recién tendida, la mesa para los tragos, y por último, el baño. De manera similar, acontece con los apartamentos, exceptuando el de la hermana de Margarita, cuya descripción sirve para precisar y definir con más claridad el origen social de ambas: clase media habanera. Ya sea en un cuarto de posada con Dulce, o en el apartamento de Julieta, o con Margarita, la historia que se cuenta es la misma: de cómo el protagonista hace el amor con una mujer. No hay transformaciones sustanciales en relación con el escenario –fuera de algunas leves en el decorado– sólo se cambia de pareja, de ritos iniciales o finales.

No obstante, ellos abren otra fase dentro de la vida del personaje protagónico.

La aparición de los nuevos espacios estructuradores indica, al mismo tiempo, el conocimiento y la apropiación de otras geografías. Con estos espacios cerrados él deja atrás los lugares anteriormente recorridos y se familiariza con otros como La Rampa, El Carmelo, las calles G y Paseo, Radio Centro. Así, de este modo, llegamos al cuarto espacio estructurador.

Dentro de este proceso continuo, un acontecimiento cambiará al protagonista: se muda de la Habana Vieja al Vedado. Ahora estudia periodismo y trabaja en *Carteles*. Él y su familia han entrado al ámbito privado de un apartamento. Finalmente, este cambio de residencia lo sitúa en idénticas coordenadas que la ciudad, ya se sabe que en los años cincuenta La Habana completa el desplazamiento de su centro cultural hacia el Vedado.

El narrador explica dónde está situado el apartamento: “nos habíamos mudado justamente en la cima de la loma [...] en que culmina la Avenida de los Presidentes, junto al monumento que domina los jardines centrales...” (p. 293). Un poco más tarde, al describir el área donde está enclavado el edificio, se mencionan personajes que vivían por allí cerca, algunos de los cuales ya habían aparecido en la historia (es el caso de Catia Bencomo, Olga Andreu y Titón). La conexión entre geografía y personajes indica, de modo implícito, el vínculo entre este capítulo y los anteriores. Nexo que se define, esencialmente, en la omnipresencia de la ciudad. Ella puede ser la causante –directa o indirecta– de la unión o separación de algunos de los personajes de este relato. Recordar

que la ruptura con Julieta –según afirmaciones del narrador– se debió, más que nada, a que ella se mudara de la Habana Vieja para el Vedado.

Aunque esta zona no era totalmente desconocida para el protagonista, el hecho de residir allí permanentemente la hace más accesible para sus excursiones eróticas. En este momento se puede introducir el escenario del balcón, uno de los que forma parte del cuarto espacio estructurador. Con él, la relación afectiva que el protagonista tenía con la ciudad se ha modificado. Ya han transcurrido algunos de los eventos más importantes de su vida. Poco a poco, a medida en que avanza el argumento, el personaje protagónico ha sufrido un proceso gradual de “habanerización”. En otras palabras ha ido adoptando una serie de costumbres ciudadinas que van desde lo social y lexical,<sup>20</sup> hasta lo sexual.

El balcón y la calle son menos descollantes que los anteriores escenarios. Sin embargo, al igual que el cine, se convierten en lugares de “caza” del protagonista. El balcón se encuentra, como ya se afirmó, en 25 y G. En cambio, la calle, es un escenario común a todas las áreas geográficas: la Habana Vieja, Centro Habana, el Vedado. Lo que hace imprescindibles referirse a estos dos últimos escenarios es el hecho de que la relación “presa-cazador” –que ha sustentado en muchas ocasiones su modo de actuar– se aprecia, muy claramente, en dichos espacios estructuradores; y que constituyen ejemplos de las “técnicas” que conforman el largo aprendizaje erótico del protagonista: en la calle, la del “perseguidor”, y en el balcón, la del “mirón”. Ambas son un complemen-

to más en su prolongada “educación sentimental”.

El escenario del balcón trae, a la par de una “técnica nueva”, otro descubrimiento: el placer del *voyeur*. Ahora sus desplazamientos son aéreos, ayudado de unos prismáticos. Estructuralmente, el capítulo correspondiente al voyeurismo está situado después del que trata el episodio de Julieta. Esta “pasividad activa”, como llama el narrador a esta nueva etapa, no es más que un pretexto para desarrollar otro de los elementos que configuran la mitología citadina: “En La Habana, donde el voyeurismo era una suerte de pasión nativa, como el canibalismo en los caribes, no había una palabra local para describir esta ocupación que a veces se hacía arte popular” ( p. 297). Seguido de esto, el narrador se dedica a pormenorizar su etapa de mirón. Modelo de costumbres citadinas, este escenario es utilizado, además, para describir la topografía de una zona específica. Entre tanto, con la excusa de que en la ciudad el voyeur es un personaje común, se ofrece una visión de La Habana y sus habitantes:

En la Habana Vieja, con su profusión de balcones abiertos, protegidos solamente por una baranda de hierro forjado, solía haber fijada a la altura de las piernas una tabla –conocida como la tablita– que guardaba los muslos codiciados de los mirones, halcones a ras de suelo. Esta protección llegaba al colmo de extenderse hasta la altura de tres o cuatro pisos donde la visión era si no imposible ciertamente difícil para las vistas más certeras ( p. 297).

Los cuadros voyeuristas tienen la funcionalidad de subrayar una expresión distinta del erotismo en La Habana. El rascabucheador<sup>21</sup> es otra de ellas, el mirón, una más. De esta manera, se va conformando, a lo largo del texto, la estrecha relación entre sexo y ciudad. Ella, según el narrador, transforma su arquitectura, inventa artificios para impedir un fenómeno que le es propio. No importa el sitio de la urbe que sea, sino cómo se resuelve allí el problema del mirón:

Luego, procedió a bajar las persianas venecianas (esa ciega invención americana –Venetians blinds– que habían adoptado tantos habaneros para dejar entrar el aire en sus habitaciones, guardándose del sol, pero también, tal vez de miradas indiscretas –otra tablita, esta en la Habana Nueva) (p. 306).

Esta otra Habana, la que se esconde, a través de diversas formas, de las miradas del *voyeur* nativo es, también y precisamente por ese motivo, su mayor provocadora. Así, sensualidad y moralismo van de la mano en esta urbe, configurando una totalidad magnífica y contradictoria.

La “técnica topográfica”, empleada a lo largo de la novela consigue su manifestación más lograda en el escenario de la calle. De ellas se sirve el narrador para representar el “mapa erótico” de la novela. En la calle, el personaje protagonista se acerca a diferentes muchachas, habla con ellas, las acompaña a la parada de la guagua. Cualquier sitio del macroespacio se convierte en su aliado. Él no ha de transformarlo como

sí tuvo que hacer en el cine, creando “técnicas” para aproximarse a las mujeres, o en el balcón con las estrategias de observador nocturno. En este caso la geografía citadina se torna ambiente propicio, no requiere de una ayuda extra para convertirse en espacio amoroso. De igual forma, esas caminatas por la ciudad sirven para presentar sus monumentos y edificaciones, que simbolizan, de algún modo, el ser de la ciudad.

Evidentemente, el protagonista va haciendo cada vez más suya la ciudad a partir de sus desplazamientos espaciales. En esa misma medida, evoluciona, al tiempo que avanza en los citados ejes de descubrimiento.

Sin duda alguna, *La Habana...* logra ofrecer un vívido y singular retrato de una ciudad. Sin embargo, ¿de qué ciudad hablan las páginas de esta novela? Ciertamente este es un espacio fabricado para y por la literatura. La ciudad del texto es la evocación de un pasado que ya no existe. Se trata, más que todo, de un producto literario construido por las estilizaciones de la memoria que no aspira a representar, con exactitud, lo que es o fue La Habana. De ahí, que Cabrera Infante asegure:

La Habana hace rato que ha dejado de existir como ciudad real. Para mí es una ciudad completamente literaria. Es una ciudad que reconstruyo cada vez que escribo, pero la reconstruyo con palabras, no con ladrillos y cemento. Para mí lo que se llama La Habana real no tiene ninguna consistencia. No tiene, por tanto, ninguna existencia.<sup>22</sup>

Sin embargo, esto no impide que, “el alma esencial –más que el entorno físico jamás ha encontrado mejor expresión artística que la de este escritor que nació lejos de ella y ha vivido la mitad de su vida en geografías aún más distantes y nada tropicales.”<sup>23</sup>

## Notas

<sup>1</sup> Bak, Jolanta, La distancia artística en La Habana para un infante difunto: *Revista Iberoamericana* (Pittsburg) 57 (154): 253; en.-mar, 1991.

<sup>2</sup> El narrador afirma reiteradas veces que está relatando una crónica de su vida erótica.

<sup>3</sup> Martínez Bonati, citado en:

Lertora, Juan Carlos. La temporalidad del relato. En: *Narratología hoy.* / Sel. y presentación Renato Prada Oropeza. La Habana : Editorial Arte y Literatura, 1969. p. 300.

<sup>4</sup> El tema de los intertextos de la novela requiere de otro acercamiento. Al respecto, también deben tenerse en cuenta ciertos comentarios del autor sobre la utilización de algunos otros pre-textos. Es el caso de la Bildungsroman y las “novelitas de relajó”.

<sup>5</sup> Slawinski, Janusz. El espacio en la literatura: distinciones elementales y evidencias introductorias. En: *Textos y contextos* / sel. y trad. Desiderio Navarro. La Habana : Editorial Arte y Literatura, 1989. pp. 278-290.

<sup>6</sup> *Ibidem*, p. 280.

<sup>7</sup> *Ibidem*, p. 283.

<sup>8</sup> *Ídem*.

<sup>9</sup> *Ibidem*, pp. 283-284.

<sup>10</sup> *Ibidem*, p. 285

<sup>11</sup> *Ibidem*, pp. 286-287.

<sup>12</sup> Merrim, Stephanie. Teoría topográfica de las formas. *Revista Iberoamericana* (México, D. F) (118-119): 409; en.-jun. 1982

<sup>13</sup> Es evidente que se está aludiendo a Tomás

Gutiérrez Alea, el conocido director cinematográfico cubano, al que únicamente se le suprime el primer apellido. Algunas de las referencias del personaje novelesco coinciden exactamente con las del fallecido director

<sup>14</sup> Cabrera Infante, Guillermo *La Habana para un infante difunto*.

A partir de aquí se pondrán las páginas de los textos citados de esta edición.

<sup>15</sup> Souza, Raymod de yes, we have no Habana (s):Requiemfor a lost city. *World Literature Today* (Oklahoma) 61(14): 587 1987

<sup>16</sup> Sobre el tema se cuentan, con una mezcla de ingenuidad e ironía, dos historias. En la primera de ellas, sólo lo tocan. Él se mueve de asiento y llama a esto “cazador cazado” ( pp. 145-146). Luego la del japonés tocador ( pp. 146-147). El narrador al reflexionar sobre el asunto y contar otro episodio que no está directamente relacionado con él (el del niño que es masturbado por un hombre) lo llama “el tercer acontecimiento extraño en ese cine” ( p. 148).

<sup>17</sup> Acerca del sorprendente epílogo se pueden encontrar múltiples interpretaciones en la crítica. Con este se rompe la lógica narrativa que hasta el momento tenía el texto, insertándose un elemento de “irrealidad” o “fantasía”. Precisamente, la paulatina introducción del campo de lo “irreal” o lo “fantástico” o por lo menos de lo hiperbólico, ha tenido lugar silenciosamente a lo largo de las páginas de *La Habana...*: el relato de la ciclónera (pp. 225-226) y el cinturón de castidad de Goya (p. 308) son dos de esas irrupciones. Uso entrecomillado para dichos términos porque

no serán objeto de discusión las categorías de lo irreal o lo fantástico, sino que en este caso se emplean como opuestos a la lógica de la narración que es la de representar una historia real sin la presencia de elementos que indujeran la duda o la fantasía en ella.

<sup>18</sup> Recordar a las que el narrador llama “calientapollas”. Por cierto, se trata, evidentemente, de una concesión al editor español. Aunque el narrador reconoce que es un “ exótico y exacto” nombre lo está adjudicando, indirectamente, al léxico de la ciudad.

<sup>19</sup> Como ya dije, cuando el protagonista vive en Zulueta 408 forma parte del grupo de teatro Prometeo, y más adelante, de la Sociedad Nuestro Tiempo y la revista *Nueva Generación*.

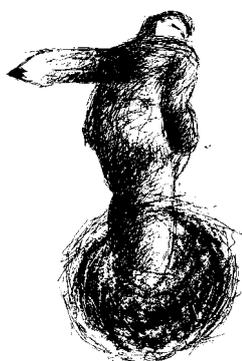
<sup>20</sup> Uno de los modos en que se convierte a la ciudad en “protagonista” de las páginas de esta novela es la expresión de lo que llamo, siguiendo a Leonardo Padura, el “habanero literario”. Se trata de que en el ámbito del discurso el narrador-protagonista va estableciendo, a través de frecuentes acotaciones el momento en que se produce el descubrimiento de una voz nueva.

<sup>21</sup> ¿Realmente no la habría? “Esa pasión nativa” es lo que en el vocabulario popular cubano se conoce con el nombre de rascabucheador, al que, por cierto, el narrador adjudica otro uso.

<sup>22</sup> Prieto Taboada, Antonio? “Gajes y placeres” del oficio, *Escandalar*, ( Nueva York) 4 (3 ):77-84; jul.- sept., 1981.

<sup>23</sup> Padura, Leonardo. Guillermo Cabrera Infante: de tres en tres ( con tristes tigres).

Tomado de una fotocopia.



# Génesis histórica de la cultura científica cubana

**José López Sánchez**

*Médico, historiador y Premio Nacional de  
Ciencias Sociales 1999*

## *Introducción*

En este ensayo sólo abordaremos los hechos científicos históricos acaecidos en Cuba, en un período limitado de tiempo, pero suficiente para esclarecer la forma y modo de cómo se fue originando la cultura científica en la sociedad cubana. Me aventuro a presentar un conjunto de reflexiones abarcadoras de problemas conceptuales, del valor y significación de la historia de la ciencia y la medicina según mis propios puntos de vista.

La historia de la ciencia es hoy día un factor de gran valor para la comprensión del nivel de desarrollo de la sociedad y un elemento de cardinal importancia para mensurar la difusión de su progreso. De todos los elementos que conforman la superestructura de la sociedad y concretamente del complejo conjunto de la cultura, en el más amplio y profundo contenido del quehacer humano, y de sus valores éticos, el que

refleja más cabalmente el proceso de producción, su desarrollo y perspectivas está contenido como fuente primaria en la ciencia, tanto en las naturales como en las tecnológicas. Estos conceptos definitorios cambian en la medida misma en que avanza la interacción entre la sociedad y la naturaleza, las que son muy complejas y complicadas y sólo comprensibles como una unidad dialéctica. En este punto es necesario advertir que la aparición de nuevas categorías de fenómeno, no son sólo dependientes del modo de producción, sino de las formas de pensar del hombre. Esto último tiene que ver con la aparición de un estrato cualitativo y cuantitativo nuevo, surgido a impulso de los requerimientos de la ciencia que son los investigadores y experimentadores siempre en constante evolución al igual que el inventario de equipos técnicos en que se apoyan. Esto presenta una modalidad nueva porque desencadena móviles imprevistos e inesperados, derivados algunos de la inteligencia artificial. Para la valoración de este conjunto es imprescindible el conocimiento de su evolución histórica, es decir, de cómo se han sucedido en el decurso del trabajo experimental y de las innovaciones y los cambios que se le han introducido.

Esto alumbró un nuevo espacio en la historia de la ciencia que desborda su vieja frontera al introducir un nuevo parámetro, el de la creatividad humana y la contribución propia de la tecnología de punta.

Ahora más que nunca tiene validez la acertada definición que hiciera Keldish en el XXIII Congreso Internacional de Historia de la Ciencia:

La historia de la ciencia hace renacer en nuestras mentes el apasionante espectáculo de cómo el hombre penetra en los secretos más recónditos del Universo –a lo que debe añadirse hoy– y de los misterios de la vida humana. De cómo tienen lugar las grandes manifestaciones del intelecto humano y brinda los ejemplos más significativos de la lucha de los científicos en aras de la verdad y sumo, idónea para el cultivo de la inteligencia en el mundo nuevo que se forja constantemente por la interacción del hombre y la naturaleza. Las alabanzas por los logros modernos no pueden ni deben ocultar que la ciencia actual hunde su raigalidad en aquellos conocimientos, hoy al parecer simples y primitivos de culturas anteriores, tan llenas de atisbos perdurables, bastaría recordar las revoluciones de la Tierra o el movimiento circular de la sangre como lo más paradigmático en los albores del renacimiento. La historia de la civilización es una y continua, en cada etapa de su evolución, y en cada país es posible hallar una parte alicuota de progreso científico. Nuestra cultura no es tan excepcional ni necesariamente más acabada que la que se promovió milenios atrás. Nuestros conocimientos de hoy son muy útiles para comprender y valorar justamente la vastedad de la sabiduría antigua.

Nuestra generación no es más inteligente que la de nuestros ancestros, aunque ciertamente “Los conocimientos actuales son más extensos y exactos”. Como afirma Sartre “La adquisición y sistematización de conocimientos positivos

es la única actividad humana verdaderamente acumulativa y progresiva”.

El avance de los conocimientos científicos ha sido de tal envergadura en estos últimos tiempos que nos ha creado la ilusión –falsa por demás– de que todo lo que tuvo lugar en tiempos pretéritos, no merece estudiarse ni recordarse, y hasta se llega a prescribir su inutilidad. Algunos en su vanidad erradamente imaginan que ahora, y sólo ahora, comienza la creación científica, y definen que estamos en el camino de resolver todas las incógnitas y, por lo tanto toda la verdad científica se alcanzará en un tiempo relativamente breve. Este es un criterio prejuicioso que lejos de ayudar entorpece y retrasa nuevos conocimientos.

La historia muestra numerosos ejemplos, aunque sólo se citará uno. Con los admirables descubrimientos de Pasteur se pudo pensar que la infectología llegó a su final, pero aparecieron los virus, las rickettsias y otros agentes. Tampoco el descubrimiento de los vectores biológicos por Carlos J. Finlay puso fin al contagio y esto sin hablar de los mecanismos patogénicos, o la patogenicidad. En la medida en que nos adentremos en la intimidad de los problemas biológicos, físicos, matemáticos, y los que deben ofrecer las investigaciones cósmicas, nos percatamos de cuánto ignoramos aún acerca de la naturaleza, y de su independencia con los distintos factores que la componen. Para comprenderlos no hay otro medio que acudir al pensamiento teórico, partiendo de la base de que la ciencia del pensamiento es una ciencia histórica, la cual tiene también su importancia en lo que afecta a la aplicación práctica, es decir,

aunque nos parezca paradójica e ingenua “la contradicción de lo que sabemos y lo que ignoramos sigue siendo el móvil de la investigación, en la búsqueda y explicación de los hechos y los problemas”. No podemos olvidar ni puede escapar a nuestro discernimiento que la aparición o logro de un descubrimiento lleva consigo la ignorancia de otros muchos.

La ciencia como un producto general y espiritual del desarrollo social es un elemento integrador de la cultura de una nación y está sujeta en sus limitaciones, o en su expansión, a las posibilidades que ofrece el modo de ser de la sociedad. Esto complica en grado sumo, su interpretación a la luz de la historia. Las ciencias se influyen en plenitud dimensional por las concepciones y los progresos de la universalidad de su discurso y el específico y peculiar desarrollo interno de cada una de ellas, a lo que se le adiciona el papel altamente motivador del genio humano, es decir del cultor de la ciencia.

Dada la asimetría en el desarrollo socio-económico del mundo que ha prevalecido y aún se mantiene como norma de la civilización, un conjunto de países acapara los más relevantes éxitos de la ciencia y de la técnica, en otros, los más, la investigación científica y su aplicación se limitan a ciertas ramas y siempre en forma restringida, lo que fragua el predominio de la ciencia en las grandes potencias y dimensiona su historia. Son ellas las que aportan más descubrimientos y poseen el mayor número de investigadores. El resto de los países, debido a su dependencia económica y su índice menor de competitividad, cons-

triñe la esfera de la investigación, lo cual no implica que no hagan o contribuyan con aspectos valiosos.

La actual jerarquización de la ciencia no fue históricamente del mismo rango, porque este en definitiva está sujeto a las leyes del desarrollo de la sociedad humana. Esto prueba que el progreso científico está vinculado al sistema social imperante. La historia verifica el aserto de que todo país, en alguna medida ha contribuido al acervo científico universal.

En otro aspecto digamos que tanto la historia de la ciencia, como la propia de la medicina, con la salvedad de otras disciplinas, son relativamente nuevas, están en pleno desarrollo metodológico y estructural lo que equivale a admitir que aún no han generalizado su nivel teórico y sus interacciones con las fuerzas motrices que la promueven e impulsan en el contexto sociocultural.

La historia de la ciencia no sólo nos es útil por lo que nos enseña sobre ideas y personalidades científicas, lo cual es inexcusable. Sus expectativas son más anchas y profundas, es promotora de heurística, de formas educativas superiores, de mostrar nuevos senderos en la investigación y su metodología, y pauta el inextricable camino de la creatividad científica, ensanchando nuestro horizonte y nuestra visión de lo nuevo, y lo diferente. En síntesis tal como expresa Sarton, “es el más precioso patrimonio de la humanidad”. En los tiempos modernos además es un surtidor eficaz de proposiciones e hipótesis, con lo que se enriquece nuestro intelecto y lo conduce por el camino del humanismo.

Es una pena grande que esta materia no haya atraído a la legión de jóvenes y modernos investigadores, que no la estudien consecuentemente y sistemáticamente, que no se percaten de cuán provechoso puede serle incluso en su trabajo práctico.

Como disculpa para ello vale el hecho de que los historiadores no han tenido la suficiente habilidad para atraerlos con textos claros y sencillos, libres de la pesantez de la erudición, y redactados con un lenguaje literariamente rico en expresiones que los inciten y los seduzcan, semejantes a ciertas obras de ficción, de historia del arte y literaria.

La mayoría de los jóvenes investigadores admiran la ciencia, por el maravilloso espectáculo de sus aplicaciones, pero olvidan que en el trasfondo subyacen numerosas intuiciones y conocimientos teóricos que podrían ser muy valiosos, si se expusieran. A veces una idea científica no culmina aunque fuese bien concebida y ello se debe a que no existían las condiciones apropiadas, ni el colectivo científico las compartía, bien porque interrumpía bruscamente el raciocinio de su época, o a consecuencias de la tozudez o inercia mental que los mantiene apegados a criterios anticuados y obsoletos. En otra vertiente, el espectáculo maravilloso de la verificación de un descubrimiento, encubre en múltiples ocasiones la ciencia teórica y desinteresada que le sirvió de impulso. Un ejemplo de esto es posible identificarlo en la actitud asumida por el Colectivo Médico Académico de Cuba y en el extranjero en el siglo pasado frente a la enunciación de la teoría finlayana de la transmisión de la fiebre amarilla por el mosquito *Aedes Aegypti*, la cual

fue acogida con indiferencia y temor. En ese tiempo no parecía concebible una tal teoría a pesar de no ser extemporánea por lo que no hubo comprensión para su real significado teórico y sus derivaciones prácticas.

En 1542 en *De Contagione*, Fracastoto enunció la posibilidad de que existiera un conjunto de distancia, pero no conocía de tales enfermedades y para lo cual jamás hubo comprensión. Por supuesto que Finlay no partió de esta intuición, sino de algo más concreto y moderno e ideó la factibilidad de que el contagio se verificara por intermedio de vectores biológicos.

Podría argumentarse mucho más en torno al valor de la historia de la ciencia, sin dejar de advertir que en la medida misma que se haga más popular y menos profesional se pueden crear problemas y complicaciones graves que afectan la verdad científica. En mi opinión, más que erudición lo que ella reclama es valor moral, es decir una ética de la verdad, sin prejuicios ni chovinismos, ni exageraciones apologéticas, ni denigraciones. La historia de la ciencia es un paradigma de la sabiduría del intelecto en función del progreso humano.

Hay quienes provocan incertidumbres y confusiones al utilizar una metodología inadecuada, pero los más dañosa son los que persiguen deformar la historia con la aplicación de la epistemología, sobre todo si el autor persigue un fin premeditado para saciarse con una conclusión que fingidamente la ha preconcebido. Un ejemplo de esto lo ofrece el pequeño libro de la Delaporte, *La historia de la fiebre amarilla*, cuyo

título no se aviene con su contenido y en el que su propio rencor dice que está escrita como una historia detectivesca. Él sienta como premisa una falsedad de la que no puede ofrecer un testimonio histórico verídico. Sobre esto ya me he referido en dos ocasiones distintas, una en México en la sección plenaria del III Congreso de Salud y Enfermedad y, otra en La Habana, en el paraninfo de la Academia de Ciencias donde leí una conferencia titulada “En defensa de la credibilidad científica” donde rebato las argucias que sustenta por inciertas y se califica este libro como inconveniente y no útil para la juventud estudiosa de la historia de la ciencia por atentatorio a verdades irrefutables sostenidas por ilustres sabios, en diferentes congresos internacionales de medicina.

Permítanme añadir otra reflexión. Si en los tiempos pasados se podía tomar la historia de la ciencia como deleite, reivindicación o erudición, a la luz del desarrollo actual es una imperiosa necesidad estudiarla e investigarla, con la misma acuciosidad y rigor metodológico con que se exploran los más complicados problemas de la biología, la medicina, la física y la cibernética y cuantas otras ciencias componen el firmamento infinito del conocimiento. Con la historia de la ciencia, se deshíela la ciencia y se hace entrar en ella savia nueva. El pensamiento nuevo sirve para ver más hondo en la sabiduría antigua. Peca de estulto quien no columbre que los tiempos son como sementeras revueltas que exigen que una y otra vez se acudan a los surcos que abrieron los próceres que nos precedieron para la difusión de la niebla de lo ignorado y abrir nuevos derroteros

para el porvenir. No se puede minorar la ciencia porque en algún momento de la historia no pudo ni supo alcanzar la verdad. No se puede llegar más allá de lo que el tiempo permite y la sociedad necesita. Pretender algo distinto es como sembrar el caos. Los grandes corifeos de la ciencia cumplieron su misión, ahora tócanos a nosotros comprenderlos y hacer accesible su genio, popularizando y divulgando sus contribuciones científicas en certámenes internacionales.

Esta actividad podría atraer a gran número de intelectuales, tales como literatos, educadores, periodistas, escritores y hasta a los propios científicos ¡Cuánto ganaría la cultura! La divulgación científica es también un tema que exige historiarse. Quisiera recordar a algunas personalidades más sobresalientes y que merecieron el premio Kalinga de la UNESCO, creado por iniciativa de Biju Patnaik a quien pude conocer personalmente durante mi estancia en la India.

Los descubrimientos científicos, las innovaciones tecnológicas, surgen y se aceleran con violencia inusitada, de ahí que se hace necesario darlas a conocer lo más temprano posible a la opinión pública. La ciencia hoy está tan diversificada que incluso muchos de los que trabajan en una especialidad ignoran lo logrado en otras, de las cuales pueden necesitar.

Lo importante es que los divulgadores o popularizadores tengan un profundo sentido de responsabilidad hacia los lectores, una aguda conciencia de exponerla con seriedad y claridad. Para sólo citar a algunos de los científicos que abordan esta tarea magistralmente se pueden

mencionar entre otros a Louis de Bogle, en *Certidumbre e incertidumbre en la Ciencia*; *Un planeta llamado tierra*; Oparin, *El origen de la vida*; Jean Rostand, *La génesis de la vida*; Bertrand Russell, *Impacto de la ciencia en la sociedad*; Carl Sagan, *Los dragones del Edén*; Hawkins, *La historia del tiempo*; Konrad Lorenz, *Los 8 pecados mortales de la humanidad civilizada* que lo convirtió en un prominente miembro de la protección del medio ambiente; el reciente libro de José B. Altschuler *La luz que llegó para quedarse*, y qué decir de ese magnífico libro de Federico Engels *Dialéctica de la naturaleza*, y el bello y esclarecedor Prólogo de J. B. S. Haldane, y para los más relevantes científicos de India, el libro de Jagjit Singh bajo el título de *Some Eminent Indian Scientist*.

#### *Ojeada histórica de la ciencia en Cuba*

La investigación histórica en nuestro país, particularmente en las ciencias naturales y la medicina, es una tarea muy laboriosa porque su fuente documentaria es escasa y se encuentra dispersa. En lo que respecta al período que denominamos “hispanico”, sólo dependemos de las actas del cabildo, protocolos notariales y los fondos que se conservan en el Archivo de Indias y otros. La imprenta en Cuba llegó sólo en la primera década del siglo XVIII. No obstante ello, ha sido posible agrupar algunos elementos culturales que pueden asumirse como los prístinos que dan origen al movimiento científico en la isla. A esto me he referido recientemente en conmemoración de la eclosión científica.

Es conocido, por haber sido divulgado más de una vez, que en 1648 un nativo, un habanero como se llamaba entonces a los nacidos en la ciudad, lo cual les permitía diferenciarse de los españoles, Diego Vázquez de Hinostroza viajó a México para estudiar medicina, y regresó a ejercer su profesión en La Habana. La importancia de esto estriba en la continuidad, pues este servicio era potestad neta de la metrópoli. Constituye un elemento cualitativo nuevo, al representar la actitud de nativos de adquirir por sí mismos conocimientos, en este caso médicos. Si bien no se puede interpretar como un desafío a las ordenanzas españolas, sí representa la expresión de una voluntad peculiar y quizás también de cierta habilidad de percatarse de una necesidad material, representada por la inopia de médicos y la presencia de ciertas enfermedades, casi seguro epidémicas.

Un año después de su salida, en 1649, aparece la primera y más grande epidemia de fiebre amarilla que se registra en La Habana, aunque quizás pudo estar precedida de casos aislados. Lo cierto es que en esa fecha sólo había algunos cirujanos que fallecieron víctimas de la enfermedad. No es hasta 1651 que llega un doctor en medicina graduado en Sevilla, el doctor. Lázaro de Flores y Navarro, quien habrá de figurar en los *Anales históricos cubanos* por haber escrito en La Habana, entre 1662-1773 un libro científico, el *Primero, arte de navegar*, que por falta de imprenta se publicó en Madrid en 1673. Desde el punto de vista científico da a conocer las primeras explicaciones de fenómenos naturales que ocurren en la isla, tales como eclipses lunares, y mediciones

geoastronómicas. Formuló nuevas tablas sobre la declinación del sol, computadas al meridiano de La Habana. Hizo estudios, sobre el movimiento de las estrellas, tomando como guía a Tycho Brahe. Según Fernández Navarrete “aplicó un método nuevo, conforme a principios matemáticos para resolver la ecuación de las declinaciones del sol”. En su libro hace una mención a Copernico, aunque era partidario de las doctrinas ptolemaicas. En verdad, en América el introductor de la teoría heliocéntrica, fue el notable astrónomo y matemático mexicano Sigüenza y Góngora quien la dio a conocer en su *Libra astronómica* en 1681, lo que representó un verdadero desafío científico porque ella estaba considerada como subversiva y sujeta a la victimización por el Tribunal de la Inquisición. En La Habana representaba al tribunal el notario Juan Bautista Guilisasti.

Las aportaciones más importantes y novedosas que ofrece Flores son sus observaciones de eclipses lunares los que utiliza para fijar la situación geográfica de La Habana y la diferencia de tiempo existente entre esta y Sevilla. La primera la efectuó el 12 de febrero de 1663, que puede tomarse como la fecha primicial de una observación científica en la isla. El segundo ocurrió el 6 de agosto de 1664. El libro de Flores no circuló en La Habana porque falleció casi simultáneamente con su publicación en 1673 y no existe constancia de que su viuda lo haya importado, y sólo se pudo conocer por la cita que hace Delmonte y reproduce Trelles. No fue hasta su tricentenario en 1973 que se hace un análisis crítico del mismo.

Este incipiente y esporádico científico de la isla guarda un cierto paralelismo con el de México en el siglo xvi, es decir un siglo antes. No se puede olvidar que aquel es un producto de la atención que se prestó a la cultura indígena que contó con el apoyo de la metrópoli al despertar su interés de conocer la flora de ese país, para lo cual envió con el título de protomédico a Francisco Hernández. Además hay otros factores primordiales para crear una cultura científica que sí se dieron en México, como la imprenta (1539), carta geográfica completa (1556-1562), universidad (1518) biblioteca (1534), primer médico (1514). Todos comportan un sostén fundamental para los orígenes de la ciencia.

Tras el regreso de Hinostrosa a México y la defunción de Flores la atención médica en La Habana queda en manos de cirujanos y ocasionalmente de médicos de la Armada. A fines de siglo arriba el doctor Francisco de Teneza y con él se inaugura las funciones del Tribunal del Protomedicato, anteriores a este sólo vinieron un médico español y otro de México. El siglo xviii se inaugura con un fortalecimiento de la posición de los médicos. Esto coincide con la aplicación de la emigración de cultura a México, y un cambio significativo en su composición, de estudiosos de derecho y cánones de medicina, y entre estos se revelan dos importantes figuras que cultivarán otros perfiles científicos, que representan una modalidad cualitativa que arrojará luz, en el período que Le Riverend denominaba de “penumbra”. Estos son Francisco González del Álamo con quien comienzan los estudios de medicina de la isla y será también el

primer publicista de un dictamen médico que se dio a la imprenta en México ante la imposibilidad de hacerse en La Habana, y que aún permanece perdido. La noticia llega a través de la obra histórica de Arrate y consta en las actas del cabildo del 3 del junio de 1711. El 12 de enero de 1726 en el convento de San Juan de Letrán se inauguró el primer curso de medicina, que se desarrolló en años sucesivos con tanto éxito que cuando se creó la Facultad de medicina, de no haber fallecido González del Álamo habría sido su decano y profesor de fisiología. Sus alumnos fueron profesores de la Pontificia.

El segundo llegó a ser la personalidad científica más relevante de la primera mitad del siglo XVIII, su nombre Marcos Antonio Riaño de Gamboa. Graduado de médico en México, desde estudiante se mostró interesado en matemáticas, a extremo tal que se presentó como concursante a la cátedra vacante por la muerte de Carlos Sigüenza Góngora en 1769; al parecer no tuvo éxito, se desconocen sus ejercicios por lo que no se pueden valorar sus conocimientos al respecto, pero evidentemente que esto lo mantuvo como una vocación, pues si bien regresó a La Habana a ejercer su profesión, en 1706 marcha a Cartagena de Indias donde lleva a cabo estudios de astronomía, quizás estimulado por las observaciones primeras que inicia la metrópoli con el propósito de determinar las posiciones geográficas de los puertos y ciudades de las colonias ultramarinas, obligada España ante la necesidad de establecer un sistema militar defensivo, particularmente en los poblados o ciudades costeras. Uno de estos ingenieros militares fue Juan Herrera

quien había permanecido en Cuba durante siete años. En 1769 el gobierno español le ordenó trasladarse a la ciudad de Cartagena de Indias. Allí se encontró con Riaño de Gamboa, quien ejercía la medicina y al parecer lo influenció hacia el estudio de la astronomía. Ambos hicieron observaciones conjuntas. J. Cassini director del observatorio de París, recibió una colección de observaciones astronómicas realizadas en América, entre las que se hallaban las de Herrera y Riaño de Gamboa las cuales publicó en 1729 en las *Memoires de Academie Royal des Sciences*. En ese estudio afirma que Riaño fue el primero que hizo la determinación de la altitud de La Habana efectuando la observación de cuatro eclipses de luna y la ocultación del primer satélite de Júpiter con un telescopio de diez pies y un péndulo. Los eclipses tuvieron lugar en los años 1715, 1721, 1724 y 1726, el fenómeno de Júpiter en 1724. También hizo la medición de la altura de Sirio y Proción en 1717. Cassini en la época en que calcula estas observaciones de Gamboa, las comparó con otras observaciones correspondientes hechas en Europa. Las de Riaño sólo tuvieron un error, menor de 45°. Humboldt sostuvo que en cuanto al interior, la isla de Cuba era una tierra desconocida, lo que no se ajusta enteramente a la verdad, porque Riaño había estudiado la altura meridiana de Trinidad, Sancti Spíritus y Puerto Rico. El artículo publicado por Cassini fue uno de los que le sirvieron de base a Humboldt, quien dice: “Creí indispensable dar esta reseña histórica” la que constituye el capítulo primero de su *Ensayo político* con el fin de que “el lector pueda comprender los motivos que

han determinados el camino que sigo. Me remontaré hasta la época de las observaciones de Gamboa, es decir, 90 años atrás...”. Riaño también mereció citas de la Sagra y Oltmanns. El artículo de Cassini fue traducido, comentado, y publicado en *Quipu* en 1989 por López Sánchez.

Riaño falleció en 1729 y parece que fue en México porque la noticia la ofreció *La Gaceta de México* donde se dice que fue famoso médico y revisor de libros del Santo Oficio de la Inquisición. Sus trabajos le confieren el título de primer Astrónomo de Cuba, y primer expositor de observaciones científicas, los de Flores aunque le antecieron no fueron conocidas hasta el siglo XIX en Cuba.

Otro científico e ilustrado habanero y condiscípulo de Riaño en la Universidad de México lo fue el doctor José Escobar y Morales, descendiente de una familia de mayor linaje que los precedentes, hijo de un alcalde y regidor del ayuntamiento de La Habana. Esto puede servir como un indicio de la expansión del interés y la necesidad hacia la cultura científica que se desarrollaba en ese período. Se graduó de médico en 1702 e hizo sus prácticas con uno de los más notable catedráticos, de su tiempo, el profesor Marcos José Salgado, autor del primer tratado de Fisiología escrito en el continente americano. Se graduó de doctor en derecho civil y fue nombrado abogado de la Real Audiencia. Por más de 20 años desempeñó la cátedra de matemática y astrología. Médico del Hospital Real de Indios, se dice que jamás dejó de asistir a la atención de sus enfermos, no obstante sus importantes

obligaciones. En 1736 México fue invadido por una epidemia o fiebre pestilencial, como se denominaba en ese tiempo, conocida por Matlazahuatl o Cocolixtle, sobre cuya enfermedad publicó un folleto. Dícese que falleció a causa de ella. En *La Gaceta de México* se le califica “como uno de los nobles ingenios de que es tan fecunda nuestra América”.

Al arribarse a las primeras décadas de este siglo la emigración cultural no sólo se reduce, sino que cambia de orientación: ya no van a estudiar medicina, sólo individuos aislados, no obstante ser muy reducido el número de médicos y cirujanos que vienen de la metrópoli, y las condiciones de salud de la población empeoran a causa del abarrote de extranjeros venidos por el incremento del comercio marítimo. La otra vertiente, siempre muy pequeña, la observación de fenómenos astronómicos y su aplicación para las determinaciones geográficas, no sustancia propiciamente el interés de los criollos o habaneros, el caso de Flores se justifica, el de Riaño es una seducción por el ambiente que encontró en Cartagena, ni siquiera España estuvo interesado en estas actividades hasta que las necesidades militares las requirieron. Humboldt prestó atención preferente a estos estudios de precisiones geográficas en los países de América que visitó, entre ellos la isla de Cuba, motivado por su espíritu de explorador inquisitivo sobre un aspecto poco conocido de la realidad territorial de América.

Por insignificante que parezca el rudimentario comienzo de la cultura científica cubana este es el germen de partida

de una necesidad histórica, la de ir formando su cultura propia, unívoca, antes de culminar su emancipación definitiva. Este es el destino inexcusable de los países periféricos hacia su centro, en este caso, España. El estudio de este proceso no es sólo fascinante, sino consustancial, para identificar y valorar adecuadamente los esfuerzos que hicieron estos países para conquistar su independencia. En América quien tuvo una situación de privilegios fue México, gracias a la conservación de sus culturas originarias autóctonas, el que alcanzó el más alto nivel de desarrollo del que pudo aprovecharse en cierta medida Cuba por su emigración de cultura, cuyo espectro cambió en el siglo XVIII cuando se concentró en estudios distintos, con preferencia derecho canónico y leyes, lo que puede explicarse por un aumento de las actividades religiosas con la fundación de las iglesias y conventos y las necesarias actividades jurídicas que generaban los negocios y el comercio.

En 1711 España decide por fin establecer el protomedicato en la isla y nombra como regente a Francisco de Teneza y años después en 1728 como segundo a Luis Fontaine, a la sazón decano de la Facultad de medicina, quizás con la intención de correlacionar a ambos. El protomédico Teneza cumplió bien sus funciones como tal, implantando y haciendo cumplir las ordenanzas legales reguladoras del ejercicio de la profesión de médico, cirujano y farmacéutico. Desempeñó un papel positivo en los propósitos de laicizar a la Universidad, litigando contra el hegemonismo absoluto de la Orden de los Dominicos en esta institución. Fue el principal redactor de

la *Tarifa de precios*, un documento valioso no sólo porque constituye el primer impreso cubano, sino porque sentaba las bases para el despacho y venta de medicinas con lo que resolvía un grave problema en su tiempo, pues no existía un control sobre cuáles medicamentos podían recetarse a los pacientes, así como la normalización de sus precios poniendo fin al mercado especulativo. Después de Teneza y Fontaine el protomedicato hasta su extinción estuvo bajo la égida de los médicos habaneros graduados en la Universidad.

El otro instrumento discursivo de excepcional importancia aun cuando estuviera limitado por su carácter pontifical fue la Universidad erigida en 1728, la que contribuyó a dar forma y carácter a los estudios superiores que se podían realizar: medicina, cánones y leyes. No obstante el estatismo de estas instituciones hubo un adelanto en la formación de la cultura científica. El ingreso en la Universidad estaba precedido por la obtención del grado de bachiller en artes o filosofía y no obstante la fuerte influencia del aristotelismo se pudo avanzar. Lo paradigmático de este período es la controversia de opiniones, la lucha por la introducción de nuevas ideas, en especial en filosofías, esto correspondió al Colegio Seminario de San Carlos, con las lecciones del padre José Agustín Caballero; los estudiantes con independencia de su condición social estaban inmersos en estos debates, lo que también ocurría con el profesorado. El hecho de que un gran número de estudiantes fueron de familias ricas, no entorpece su asimilación hacia nuevos conceptos.

Con reiteración se ha insistido en la necesidad de profundizar la investigación histórica del siglo xviii, muy cuajado de rivalidades y antagonismos en el dominio de las ideas, racionios, opiniones y creencias que a la postre motivaron el florecimiento de lo científico natural por una parte y el resquebrajamiento de la arquitectura estructural del pensamiento escolástico por otra.

Con la llegada del nuevo siglo comienzan cambios importantes en lo económico y en lo demográfico. La población aumenta a expensas de una crecida inmigración de extranjeros que no poseen conciencia de la dinámica social que prima en la isla e insta a una diferenciación más sostenida acerca de los atributos del poder de “dentro”, es decir de los que de algún modo poseen raigalidad en la isla y los de “fuera”, los advenedizos, en tránsito o no, que vienen desde la metrópoli tras una ubicación económica. No existía aún propiamente una capa media, excepto la de los artesanos. A los seminarios y a la Universidad acudían criollos de diferentes capas sociales siempre que fuesen cristianos blancos.

El período de 1740 a 1790 presenta rasgos muy complicados en las relaciones y antagonismos entre los religiosos y los laicos. La Universidad recién creada sufrió los embates de unos y otros y las pretendidas reformas que se insinuaron se reducen al propósito de modificar el régimen de su autoritario gobierno.

Los graduados de medicina, los más numerosos, poco nuevo aportan en sus tesis doctorales, no rebasan los niveles del siglo xviii.

En los años de 1762 a 1763 ocurre la toma de La Habana por los ingleses. Su repercusión fue grande en Cuba y España, pero nada influyó en el movimiento científico, por lo menos de inmediato y durante la ocupación. Sólo puede señalarse que hubo una gran epidemia de fiebre amarilla, ante la cual los médicos ingleses se mostraban ignorantes, su experiencia estaba limitada a unos pocos que habían ejercido en las colonias anglófonas del Caribe. Se dice, sin constancia protocolar alguna que el médico José Arango Barrios llevó a cabo por primera vez necropsias de fallecidos. Desde el punto de vista de esta práctica no es nada novedoso, pero sí que fuera en cadáveres de defunciones por fiebre amarilla. Una vez evacuada la plaza, España se preocupó no sólo por las construcciones militares, sino también civiles para mejorar su aspecto urbanístico e inició medidas de higiene pública.

Veinte años después de inaugurarse el Seminario de San Carlos se constituye la Real Sociedad Patriótica, también denominada Sociedad Económica de Amigos del País. Ya esto va a corresponder a un período de excepcional importancia y notable especificidad en lo tocante al progreso de la cultura, la ciencia y la economía que tiene lugar en la década de 1790 a 1800.

La comprensión cabal de la cultura discurre a veces sin que se perciba en toda su extensión e intimidad. Existe una forma externalista que se da a conocer por los diferentes medios de expresión y sus variantes, la escrita y la oral, pero otra muy decisiva para el curso de los acontecimientos que es la internalista o

acumulativa que adquieren de *motu* propios, grupos de individuos a través de lecturas, estudios y formas múltiples de adquirir conocimientos y que no afloran, porque las circunstancias materiales no se conjugan y la necesidad no la urge. Este fenómeno ocurrió en la isla en el curso de varias décadas del siglo XVIII debido al tardío desarrollo de la imprenta, a la falta de instituciones educativas académicas, o de otra naturaleza y, a las contradicciones entre los principales centros de difusión y las dificultades provocadas por la opresión mental del ambiente frenador de la libertad de expresión, impuesto por los despóticos gobiernos de mandones y lucrosos, propios del período factorial, así como la no concreción de nuevas formas económicas. Estas se presentan en el estadio colonial en el que primará el más alto grado de cultura integradora que incita a la divulgación literaria y la aproximación a la ciencia.

A la nueva clase que surge le interesa el desarrollo por vinculación indisoluble al destino del país. De habanero se pasa a ser criollo y se tiende a la modernidad, para sostenerse y poder avanzar. En esta vorágine de cambios socio-económicos se privilegia la formación y la manifestación cultural dando lugar a la creación de centros de estudio, de sociedades que permitan el intercambio de ideas, propósitos y aspiraciones, y a la necesidad de medios de divulgación de tales aspiraciones. Este fenómeno opera en La Habana entre los años de 1773, en que se funda el Seminario de San Carlos, a 1793 en que inauguran los trabajos de la Sociedad Económica de Amigos del País y en el interregno la publicación del *Papel Periódico de La*

*Havana* en 1790. En este punto crucial se observa la llegada de un proceso que va a generar una aceleración que se corresponda con las innovaciones que se han estado produciendo en el interior de la isla, y concomitantemente con los que se suceden en las condiciones internacionales que abren cauces a la libertad de comercio, que aparejó una influencia decisiva sobre las bases económicas y sociales creadas a lo largo de este período.

Lo más sobresaliente de esta década de fines del siglo XVIII y que más ha impresionado a los historiadores es el violento salto que se produce en el desarrollo de la economía, cuyo rasgo esencial es la contienda por crear una sólida producción de azúcar para la exportación y cuyas posibilidades aparecen más firmes cada día. Desde tiempo anterior, la isla venía experimentando un creciente progreso agrario en el cultivo de la caña de azúcar, aunque a ritmo lento, porque este exigía una fuerza de trabajo de la que se carecía, si bien los factores como tierra fértil, bosques, ganado y utensilios de trabajo sí se poseían. Para suplir la falta de brazos se comenzó la importación de esclavos negros acrecentándose con un carácter social distinto al de la esclavitud doméstica.

En este auge azucarero intervinieron accidentes históricos independientes del quehacer propio, de carácter internacional, tales como la declinación de las colonias inglesas caribeñas, la ruina de Haití y la aparición del mercado independiente de los Estados Unidos, sin descartar los propósitos y afanes de la población criolla de incrementar sus recursos agrícolas orientándolos hacia los

cultivos más deseables y utilitarios, para eso se requería protagonizar conocimientos técnicos más avanzados devenidos o procedentes de las ciencias naturales, lo que implicaba una tendencia a la cultura escolástica predominante.

Fue en el seno del Colegio Seminario de San Carlos donde adquirió cuerpo de enseñanza una nueva filosofía que debía guiarse “por lo que parezca más conforme a la verdad, según los nuevos experimentos que cada día se hacen y las mayores luces que se adquiera con el estudio de la naturaleza”. Es evidente, como dijera Martí, “que cuando las condiciones materiales cambian, también cambian las ideas de los hombres”, pero este es un camino muy complicado que requiere mucha decisión y hay que decir que mucho honra al padre Caballero que no se dejase extraviar por el limitado estado de los conocimientos científicos de su época en la isla e insistiese en su filosofía en elegir aquellos postulados que mejor sirviesen a concepciones nuevas y desechar las anticuadas. Esto naturalmente es un proceso histórico y como tal requería el constante fluir de ideas que en el caso cubano, fue un período relativamente corto, si se referencia con el ritmo de cambios que ocurrían en la economía. La escolástica no podía ser derrotada de una sola vez, tampoco las transformaciones se sucedían todas al mismo tiempo.

La publicación del *Papel Periódico...* fue otro instrumento indispensable para validar en la opinión pública conceptos y nociones nuevas del reformismo electivo liberal. El padre José Agustín Caballero será su principal mentor

ideológico. Los ingresos provenientes del periódico se invertirían en la formación de una biblioteca de la que fue director Antonio Robredo, astrónomo que colaboró con Humboldt en sus investigaciones geoastrónomicas.

El *Papel Periódico...* fue un vehículo idóneo y comprometido para estos propósitos. No es fácil identificar a todos los autores, pues mucho suscribían con seudónimos sus artículos y son un enigma, pero obviamente una gran mayoría se debió a Caballero, otros los relativos a medicina son de Romay, quien también usó como seudónimo “Matías Moro”. El primer artículo sobre la física en 1791 que parece ser de Caballero “es una franca impugnación a la escolástica, confeccionado en el nuevo espíritu cartesiano y newtoniano, con audaces citas de Arnauld”.

En 1797 como resultado del estímulo que va produciendo la actividad intelectual que tiene lugar en la sociedad, la propagación del periódico así como la necesidad de abarcar otros aspectos, ven la luz numerosos folletos que aparecen simultáneamente a lo largo de ese año, así como también algunos pronunciamientos que revelan cambios en la mentalidad de los educandos. He dado en llamarlo el Año de la eclosión científica. Reúne en su conjunto el inicio u origen de la bibliografía científica moderna, y no sólo de los criollos, sino también de españoles entre los cuales se revelan evidentes contradicciones, inclinándose la modernidad a favor de los criollos.

El que inaugura la eclosión es una disertación de Romay en el seno de la Sociedad sobre la fiebre amarilla, que

responde a una necesidad material, pues esta enfermedad epidémica se mantenía activa desde 1762 coincidente con la ocupación de La Habana por los ingleses, y los médicos se muestran confusos e ignorantes en su aspecto clínico-terapéutico. Fue una sesión histórica a la que asistió la mayoría de los médicos que ejercían en La Habana, que se mostraron conformes con sus opiniones y pidieron su publicación. Escrita en un estilo acorde con el léxico de la época, presentó un plan distinto a todo lo que se había publicado hasta entonces por otros autores, incluidos españoles y norteamericanos. Su importancia estriba en que se pronuncia contra la corriente en boga de considerar a esta enfermedad “contagiosa”. Esta opinión fue objeto de una polémica con el médico español Francisco Xavier de Córdoba y el cirujano inglés John F. Holliday. La conducta asumida por Romay revela una intuición sorprendente, es una primera manifestación del anticontagionismo en esta enfermedad cuya primera indicación se atribuye a Jean Devéze hecha en ocasión de la epidemia de 1793 en Estados Unidos. Esta tendencia se concreta en 1799 cuando se funda la Academia de Medicina de Filadelfia. La fiebre amarilla fue un muy importante problema epidemiológico a nivel mundial, a extremo tal, que cuando estalló la epidemia de Gibraltar, Francia envió una comisión para su estudio la que se pronunció a favor del contagio directo, lo que generó un debate entre Pariset y Chervin. Este emprendió un periplo por América y estuvo en La Habana, donde se entrevistó con Romay quien le facilitó numerosas pruebas a favor del anticontagionismo de la enfermedad.

El contagio personal estaba muy arraigado entre los médicos de todo el mundo a extremo tal que un notabilísimo experimentador italiano, Eusebio Valli, estuvo en La Habana para llevar a cabo su experiencia lo que no impidió su muerte. En aquellos tiempos se dijo que la causa fue el terror que le inspiró el espectáculo de los días finales de los amarílicos.

En su refutación a Holliday, Romay expresa este pensamiento antiescolástico y de entera modernidad: “El hombre que piensa no se convence con autoridades sino con hechos y razones”.

Del seno de la Sociedad Económica va a emanar la cultura científica, allí se van a difundir nuevas ideas y opiniones que generarán conocimientos, poco se podía esperar de la Pontificia que se mostraba incapaz de ponerse al corriente de la ciencia moderna. La falta de estudios de matemática y física era un impedimento, incluso para la medicina que bien la necesitaba para su desarrollo, así como también de la química y de la botánica.

En la Universidad se defiende a ultranza la enseñanza tomista. Las pretendidas reformas se estancaban. Los intentos de Nicolás Calvo de la Puerta y O’Farrill de promover estudios de botánica y química se frustraron. Importa saber que este criollo hacendado rico era una figura intelectual de primerísimo orden. Su elogio estuvo a cargo de José Agustín Caballero quien expresó que era una figura de excepcional cultura científica, filológica y lingüística. Y un poderoso hacendado sacarócrata.

Caballero fue el primero en lanzarse al reclamo de una reforma integral de la enseñanza desde la primaria gratuita hasta la universitaria comenzando por esta. A este programa se asoció también Romay.

El espectro de problemas que constituyó el quehacer de la Sociedad Económica rebasa todo esquema. En su seno se debate, hay controversias y antagonismo, pero siempre prevalece el espíritu renovador; se funde lo material con lo espiritual y prima el propósito de desarrollar la economía; se interesan por la agricultura y la industria azucarera. La característica de este siglo XVIII, en la isla tendrá cierta semejanza con el de la metrópoli, el enfrentamiento de dos bloques, uno animado de una decisión irrevocable, con firme confianza y ardor generoso en su misión de que los cubanos entren en posesión de una cultura propia, en tanto los otros continúan en su rutina petrificados. Todo descansa en tres reformadores: Arango y Parreño, portavoz e ideológico de la economía azucarera; Caballero, insuperable y audaz, enseñando un nuevo modo de pensar, de batir la inercia educativa y promover cambios en las costumbres sociales; y Romay, metódico, erudito y decidido partidario del progreso de la ciencia e incluso de cambios, no por tímidos importantes, en política, como constitucionalista y a favor de mantener un equilibrio poblacional. No fue rico ni poseyó haciendas. Lo más notable no es, sin embargo, el conjunto de temas que se aborda este año de 1797, sino que expresa una dilatada inquietud intelectual, que no rehusa la lucha de opiniones.

Ya lo he manifestado antes, la Eclósión científica se produjo ese año de 1797, además de la *Philosophia electiva* y la *Disertación sobre fiebre amarilla* aparecieron otras publicaciones como la de Morejon y Gato sobre variedades de suelos y análisis de los mismos de Martínez Campos sobre el mejor modo de fabricar azúcar. Se introduce además una importante innovación tecnológica: la aplicación de la máquina de vapor a la producción azucarera. No tuvo éxito, pero no se desanimaron y afirmaron que nada persuade que se ha de despreciar esta máquina, porque corrigiéndola o disponiéndola con más acierto podría ser de gran beneficio, lo que es una gran prueba del espíritu que inspiraba a los criollos.

Estas publicaciones aparecidas después de 1790 constituyen una hontana de conocimientos nuevos que da cuerpo a la génesis de la cultura científica cubana que exponen y defienden los habaneros transpuestos ahora en criollos. A la vanguardia, al frente de la cual marchan los nuevos capitalistas o sacarócratas formados a virtud de la explosión azucarera que comenzó en 1792, año en el que culmina un continuo ascenso en la exportación del dulce producto que se convierte en el renglón más importante del comercio con Europa y después con los Estados Unidos. Esto no fue una consecuencia del aumento de la productividad del trabajo, ni de los avances técnicos, a pesar de su relativo alto nivel, sino al incremento de la masa de esclavos negros y a los acontecimientos políticos que ocasionó el colapso de Haití, el más importante productor en ese tiempo de azúcar y a la decadencia de las colonias inglesas.

El padre Caballero refiriéndose a la situación que surge en estas décadas y que preludia un espíritu vivificante y un auge sostenido, dice:

De repente –después de tres somnolientas centurias se produce un súbito progreso en lo material y cultural. En la isla se apodera de la mente de sus más esclarecidos hijos un afiebrado proceso, un vertiginoso quehacer económico y comercial que hace del puerto de La Habana, una olímpica arribada y salida de barcos cargados de mercancías, producto del desarrollo agroindustrial en el que figura en primera línea el azúcar, seguida del café y residualmente el tabaco, recibiendo a cambio dinero y no sólo por transacciones mercantiles, sino por lo que fue el capital máspreciado de los hacendados, el malféfico negocio de la esclavitud.

No fue un tránsito acomodaticio y sin coléricas injusticias, no llegó, como dijera Marx del capitalismo europeo, “con lodo y sangre”, pero sí con fuego de vegas y montes y vidas de negros esclavos. Las fértiles y bien regadas tierras del valle pródigo de Güines, fue el primer objetivo de los dueños de ingenios, criollos acaudalados devenidos aristócratas, y los que querían instalar nuevas fábricas o agigantar las suyas. El conde O’Reilly, testaferro de don Luis de las Casas, capitán general de la isla, Arango Parraño y Nicolás Calvo son los primeros en abalanzarse sobre las feraces tierras bermejas del valle y desalojar a los cultivadores pobres de tabaco.

Hay que decir que tras esta invasión se dio inicio y rápido desarrollo a la más

importante aventura intelectual y del espíritu. Aquellas lluvias trajeron estos torrentes. Y hemos visto la labor prolífica realizada por la Sociedad Económica, los escritos divulgadores del *Papel Periódico...* y los esclarecedores conceptos que introdujeron los adalides de este movimiento intelectual. En poco tiempo los azucareros dominaron técnicamente el mercado azucarero, dieron cabida a las más depuradas innovaciones y se apoderaron de cuanto conocimiento les fuera útil y provechoso a sus fines. No existía un texto en español que enseñara sobre azúcar, la mejor y más conocida obra era la de Dutrone de la Couture y Corbeau, la Biblia de los azucareros y decidieron traducirla. Trabajaron en ella Pablo Boloix, Calvo y el padre Caballero para perfeccionar el español, como hiciera antes con la memoria de Eugenio de la Plaza sobre las abejas.

Ya Caballero había emprendido una cruzada a favor de perfeccionar el conocimiento de la gramática del español, pues estaba consciente de que el latín no era apropiado para la nueva terminología científica y técnica, ni para expresar nuevas ideas filosóficas, por lo que era una necesidad insoslayable, crear palabras y términos nuevos, y expresar con claridad el modo de decir y de escribir el español. No había cátedra en el Seminario de San Carlos, ni se creó de inmediato. Sólo en el convento de San Agustín, una sola clase a la semana y la Pontificia continuaba sólo con el latín.

La afirmación de que “el mundo del criollo del siglo XVIII estaba marcado por los elementos de una sociedad que aún no se había definido intelectualmente en la búsqueda de una expresión propia” es

algo insostenible a la luz de la aparición y desarrollo de conceptos nuevos y la presencia de instituciones modernas, marcadas por su aspiración a contravertir la decadente cultura que España había exportado hacia la isla, la que suscitó polémica a tenor de las imperiosas necesidades, más económicas que políticas. El debate no lo presidía un propósito de ir en contra de la cultura científica de la metrópoli sino el designio de superar el atraso propio, de sacudir la rémora que imponía el poco interés por las ciencias naturales.

Esto fue obra sutil, silenciosa, acumulativa hasta que condiciones *ad hoc* la hicieron realidad en la última década del siglo, particularmente en 1797. Aunque insuficientes a nivel europeo nadie podrá negar que se ofrecen claros exponentes que abrirán cauces a más altos alcances, de inicio en los campos de la agricultura, la medicina y de las innovaciones tecnológicas y preferentemente en la reforma de la filosofía.

El objetivo primero es reducir la influencia teológica y abrir las mentes a la consecución de lo terrenal representado por la agricultura y el comercio, para lo cual se requería, una mayor perfección de sus conocimientos primordialmente de la física natural, la química y la botánica, cuya enseñanza debe crearse y divulgarse sin dilación. Para ellos es imprescindible crear en la nueva generación de criollos interés por la ciencia, dotarlos de un pensamiento distinto, a los precedentes, no importa su empirismo, lo importante es que no se españolicen como España rehusó en su inicio europeizarse. El exponente principal en la isla lo dictará un proceso cuyo elemen-

to cardinal es el de ser propio. La burguesía –como clase social– se siente capaz por sí misma de acometer esta empresa, una de sus ventajas es que en ella bulle un espíritu de apoyar y abrazar toda novedad.

El siglo XVIII en toda su extensión, no es continuo, tuvo que enfrentar dos interrupciones en su curso histórico, uno extemporáneo, la conquista de La Habana por los ingleses, un fenómeno de apreciación controvertible. Otra de sus crisis periódicas, la más importante según Arango, la de 1779 a 1785 en la que se perdió toda la protección secreta.

A esto se puede adicionar que España era un país débil, con una Inquisición que paralizaba la audacia intelectual y sometía la inteligencia para lo cual tenía un basamento teológico muy sólido, que excluía toda filosofía aferrada a un escolasticismo intransigente. En la isla la creación científica fue esporádica, y muy reducida, pero el hecho de tener escasa precedencia le facilitó introducir, sin grandes pugnas internas, nuevas ideas en la cúpula intelectual.

Toda ciencia en su desarrollo pasa varias fases, comienza con una necesidad práctica derivada de la materialización de la necesidad que en esencia originan los imperativos económicos y sociales, pero no exclusivamente, pues a ellos se aúna la habilidad individual para captar conocimientos, al principio precarios y no correctos, pero por su propio y lógico desarrollo interno conduce estadios más elaborados y complejos que obligan a pasar de lo concreto a lo abstracto, y de ahí a la fundamentación teórica, lo que abre cauces a

formulaciones más generales y pensamientos más elaborados hasta alcanzar una estructura con perfiles independientes, separándose de otros conocimientos afines, así lo que comenzó siendo una sola ciencia generó otras que también se hicieron independientes con objetivos específicos.

En la isla debía vencerse una situación *sui generis*, y poco favorable para alcanzar o constituir un nivel científico justo para la solución que reclamaba su progreso. Este lo determinaba el hecho de que la enseñanza que abría la perspectiva para una etapa científica superior era posesión de los seminarios religiosos que imponían limitaciones. Para cambiar este esquema mental había que transformar este estado de cosas, principalmente a los profesores en sus ideas y métodos de enseñanza, y esto no era fácil de reemplazar, de ahí la urgencia de crear al margen de las instituciones oficiales, cátedras libres o sociedades.

La modificación parcial que sufrió el Seminario de San Carlos, se debió a Caballero quien comprendió, y fue el primero, que el país requería para su crecimiento y avance que el pensamiento tomara otro curso.

El siglo XVIII en España, sobre todo su segunda mitad, es algo que incita a la meditación más profunda, y aviva las inteligencias apasionadas. Tiene una dimensión que rebasa fronteras e implicaciones no sólo en el mundo material, sino en el espiritual y moral. La isla de Cuba en la periferia lejana de la metrópoli también se hará eco de tales cambios, no con la intensidad y profun-

dididad que recorrió Europa y en menor medida España. La población joven que nació en la isla, descendientes de españoles, comienza a ver el país con ojos distintos y percepciones nuevas. En un siglo de renovación, bastaría compararlo con los precedentes, para advertir que en el basamento socio-político se suceden desafíos encubiertos y rivalidades ocultas, sin que esto entrañe cambios bruscos ni repentinos. Ninguna institución se derrumba y la religión no se transforma, pero sí se propenderá a cambios en los cultivos y en la propiedad, incluso la esclavitud pasará de doméstica y moderada a convertirse en la fuerza de la producción. Las vegas de tabaco dejarán paso a la caña, y es en este período que tiene lugar lo que Fernando Ortiz denominó magistralmente, “contrapunteo del azúcar y el tabaco”.

Con el ascenso al poder de Carlos III, surge una tendencia hacia la novedad. No podemos detallar todas las alternativas ocurridas en la metrópoli, también es muy difícil precisar el influjo directo que esto pudo ejercer sobre la isla, aunque sí podemos admitir que aparecieron ejemplos impresionantes de surgimiento de instituciones, la más sobresaliente, sin duda, fue la fundación de la llamada Sociedad de Amigos del País, y lo cito, porque esta fue sin duda la médula de los progresos en la isla. Se constituyó con las más prominentes e ilustradas personalidades nativas empeñadas en el avance de la educación y la ciencia.

A lo largo de este siglo tienen lugar en Cuba dos hechos que aun cuando no implican modificaciones en la estructura intrínseca de la sociedad, es decir ni

en lo económico ni en lo político, se reflejarán en las mentes de los criollos me refiero, a la conquista de La Habana por los ingleses y la ruptura del monopolio comercial.

En el orden de la educación, la religión y la cultura, tendrá repercusiones la expulsión de los jesuitas en 1767 que hará a dominicos y agustinos coaligados monopolizar el poder absoluto en estas esferas y frustren las aspiraciones de una parte de la sociedad que pedía que los ignaciones abrieran colegios y se impartiera una enseñanza en más amplia escala. También se le atribuye como causas cierto retraso en la promoción de la ciencia, porque se les atribuía cierto gusto por esta, olvidando que a ellos les fascinaba más el latín.

El hegemonismo de los dominicos paralizó los intentos de reforma en la Universidad, consolidándose bajo su égida como un baluarte del pasado, ayudando a la tecnología frente a la filosofía.

Esta disquisición tiene como objetivo probar que el siglo XVIII, en particular, sus últimas décadas, define claramente una búsqueda de una expresión propia sustentada en la reforma filosófica, por lo que a pesar de todo e indirectamente influyó en la Pontificia, a través de los estudiantes que procedían del Seminario de San Carlos. Ya hemos visto el papel de Caballero. En otro sentido es evidente que el aristotelismo también resultó ligeramente modificado, como expuso Le Roy. Lo más sorprendente, aunque se trate de disminuirlo, es la exposición de la doctrina del sistema heliocéntrico de Copérnico. Este sistema fue quizás el más debatido en el cur-

so de los siglos, y más acremente después de Galileo. Su historia sería demasiado extensa para poder exponerla en esta oportunidad.

Lo que nos importa aquí, en este momento, es reafirmar que en 1797, entre los elementos constitutivos de la Eclósion científica, se incluye que el estudiante de medicina, Manuel Cálvez y González, procedente del convento de Santo Domingo defendió en uno de sus *quodlibetos* esta proposición. “En lo que respecta al sistema del mundo de los fenómenos se ven, explican y acomodan mejor por el sistema de Copérnico”. Admitir y sostener en la Pontificia esta sentencia es un acto de rebeldía intelectual. Recuérdese que no fue hasta 1820 que se suprimió del índice de los libros prohibidos el *De Revolutionibus* y sólo aceptado en 1747. Los que se arriesgaban a exponer el sistema se referían más bien como hipótesis. Es curioso, pero en diciembre de 1796, ve la luz en el *Papel Periódico de la Havana*, un artículo firmado con un seudónimo indescifrable hasta ahora, refutando el sistema de Copérnico y de inmediato nos asaltó la pregunta ¿qué lo motivó? Porque en ninguna publicación había aparecido exposición o alusión alguna a Copérnico. La única explicación podría ser que este asunto se estuviese enseñando en algún aula, lo que sería un antecedente de lo que seis meses más tarde habría de ocurrir.

Cálvez y González se manifiesta como una personalidad con un carácter independiente que se rebela contra el método dogmático que se enseña en su tiempo. En su tesis para optar por el

grado de Bachiller en Medicina, recusa al decano Ayala como miembro del tribunal porque este le exige modificaciones en sus *quolibetos*, y lo amenaza con la reprobación si no accede a cambiar el carácter de sus proposiciones experimentalistas que se dispone defender. No sólo rechaza este reclamo, sino que lo denuncia ante el rector de haber cometido un acto contra el libre derecho de defender sus principios y lo acusa por la universal ojeriza que tiene él contra la doctrina experimental. El rector aceptó y fue separado el decano como sínodo, y nombró en el nuevo tribunal a Tomás Romay y José María Pérez, este fue el médico con quien Cálvez cumplió sus intersticios y que después se marchó del país para residir en Veracruz, figurando en 1825 como integrante de la junta promotora de la libertad cubana.

Si bien es verdad que de inmediato no tuvo repercusión su proposición sobre Copérnico, no es menos cierto que a partir de ella no vuelven a aparecer ideas ptolemaicas, hasta 1806, cuando Félix Varela se adhiere a este sistema, aunque lo califica de hipótesis, que fue la forma más generalizada en tiempos anteriores que se usó para eludir el enfrentamiento contra el Santo Oficio. Ese mismo año Agustín Encinoso de Abreu en su examen de filosofía sostiene “que tanto la física como la astronomía, de un modo congruente y óptimo, se explican por el famosísimo sistema copernicano”. Este fue discípulo del padre José Agustín Caballero y el primero que osadamente presentó su tesis de medicina en idioma vernáculo, rehusando el latín.

La introducción y aceptación del sistema de Copérnico, no era sólo un problema astronómico, sino que tuvo su repercusión paradigmática en el pensamiento filosófico. No debe olvidarse que en Cuba, los tres más grandes científicos, en las más importantes ramas del saber de la moderna investigación de la naturaleza, Varela, Saco, y Luz y Caballero se preocuparon en dejar constancia de sus opiniones sobre el sistema copernicano. Si ello ocurrió 254 años después de la muerte de Copérnico, no es razón alguna para el demérito y revela ignorancia, o quizás descuido en los saberes de la historia de la ciencia.

España, por casi tres siglos, prestó poca atención a la isla de Cuba, si exceptuamos, los aspectos navales y militares. No enviaba personal calificado en las ciencias, ni promovía la creación de instituciones con este fin. No se interesaba por tener conocimientos de su naturaleza e incluso desconocía la ubicación geoastronómica de sus principales puertos y ciudades. Ya hemos visto que esto lo inició en forma muy limitada y por su propia voluntad Flores, y después Riaño de Gamboa y Humboldt.

Los primeros conocimientos de la flora y fauna en parte es obra de la inquietud y perspicacia de un portugués residente en la isla, Antonio Parra, quien dedicó la colección que fomentó al rey Carlos III. El principal móvil que lo animó, no fue la investigación, sino la recolección con preferencia de peces marinos y crustáceos.

Esta vocación respondía a un movimiento que se expandía por Europa, de reunir y exhibir los más variados objetos. En la

medida que avanzó en esta labor comenzó a interesarse por las características de las diferentes especies llegando a publicar una obra en 1787 con el título de *Descripción de diferentes piezas de historia natural*, las más del ramo marítimo representada en setenta y cinco láminas.

La obra incluye crustáceos y peces. Se le aprecia no sólo como una joya bibliográfica, pues se le acredita verdadero valor científico. Al cumplirse 200 años de su aparición la Editorial de la Academia de Ciencias imprimió una edición facsimilar y un extenso estudio bien documentado sobre el autor y su obra, lo más completo desde el punto de vista referencial, al que no cabe añadir ningún otro juicio que el de ser el mejor y más completo en su información y análisis moderno de lo que representó esta obra en la cultura científica cubana. La aseveración de que responde a una influencia derivada de la ilustración generada en Europa, pienso que sin negarla del todo, es más bien una obra derivada del espíritu científico que con características propias se gesta en la isla.

El hecho de que no se tenga una comprensión válida del movimiento renovador que se está creando en la isla en la segunda mitad del siglo, ha dado lugar a que se amengüe la significación de los impresos y expresiones de los cubanos de esos años.

España sabía poco de la naturaleza y desarrollo de los conocimientos internos de su imperio colonial, después del tesoro acumulado por los denominados cronistas de Indias y de las historias

publicadas por autores radicados en las colonias, tanto españoles como nativos. Hubo mucha despreocupación y falta de comunicación con la metrópoli y poco o ningún interés en enviar científicos a América y menos aun programar una política económica y cultural, y ello quizás fuera una consecuencia de las sucesivas guerras en que se vio envuelta en Europa y a una falta de visión de hacer depender el dominio a la sujeción militar y a las persecuciones de la inquisición.

Al finalizar la dinastía de los Austrias dice Vernet “que en España existía una sensación de frustración, en los primeros años del siglo XVIII” y para ejemplarizarla cita que el bibliotecario mayor del rey, en 1723, se negaba a que se hicieran reseñas de las obras publicadas para remitir a los periodistas franceses, aduciendo que en ellas no se encontraba ninguna cosa singular, ni invención ni descubrimiento nuevo. No es hasta mediado de este siglo que surge un movimiento tendiente al envío de comisiones y expediciones científicas hacia los países del Nuevo Mundo, con la finalidad de estudiar la naturaleza y un medio de adquirir conocimientos botánicos y enriquecer el jardín botánico; también de química, geología y minerología. Estos últimos de muy alto nivel ya en México, pero la atención preferente sería la botánica por lo que podía significar para la agricultura y la medicina. En la preparación y costos de las expediciones, España mostró una esplendidez inigualada. Así comenzaba a suplir su ignorancia acerca de las riquezas coloniales. De las tres más grandes expediciones, la más importante para Cuba fue la de Nueva España, la

que incluía también a Cuba, Puerto Rico y Santo Domingo, y fue creada a solicitud e instancias del médico Martín Sessé, quien estuvo en La Habana desde 1780 cuando llegó con la escuadra del marqués del Socorro y se mantuvo como médico de flota, ejerciendo en el hospital de operaciones, pero no en la ciudad. Refiere que tuvo que actuar durante una epidemia que se desarrolló en el área del Caribe que parece haber sido de fiebre amarilla. También estuvo en el hospital de Nuestra señora del Pilar. En 1785 viaja a México y se le expide el título de Comisionado del Real Jardín Botánico de Madrid. En 1795 regresa a La Habana como jefe de la expedición, y se pone en contacto con la Sociedad Económica y el Real Consulado. La Sociedad Económica comisiona a Nicolás Calvo de la Puerta, quien ya desde 1793 abogaba por la creación de la cátedra de química y botánica, para que solicite de Sessé asesoramiento botánico con destino a un diccionario de voces provinciales e instrucciones para la creación de un jardín botánico, un viejo proyecto de la Sociedad. Sessé acoge favorablemente esta idea que coincide con sus aspiraciones y sugiere, a su vez, la incorporación de un joven criollo para instruirlo en botánica. La Sociedad nombra una comisión para la elección del candidato que recae en el doctor en medicina, José Estévez Cantal, discípulo predilecto de Tomás Romay. A principios de 1797 el grupo parte hacia Puerto Rico y efectúa el recorrido de la isla, cancelan el viaje a Santo Domingo por los acontecimientos que allí tienen lugar y regresan de nuevo a La Habana. Coinciden con la expedición del conde de Mopox y Jaruco que había arribado poco antes, en 1796,

y cuyo principal objetivo era fundamentalmente militar.

Entre sus planes figuraba el canal del valle de Güines que serviría al propósito de acarrear madera hasta el arsenal para la construcción de barcos. En esta expedición figuraba un botánico, Baltasar María Bolda, para aprovechar en su recorrido el estudio de los árboles, y Sessé le recomienda que incorpore a Estévez, quien se desempeña muy bien y a la muerte de aquel en 1799 ocupa su lugar. Figuraba además un mineralogo, Francisco Ramírez, que dejó un folleto impreso sobre las aguas de Madruga. El saldo de esta comisión no es muy importante, si se exceptúa la parte botánica y algo de zoología, y los correspondientes a la descripción geográfica de Isla de Pinos, Guantánamo y Mariel. Lo más valioso, fue que permitió la incorporación de un criollo quien terminada su misión y a instancias de Romay fue propuesto como becario para cursar estudios en España de química, botánica y minerología. Los problemas burocráticos afectaron a Estévez aunque él cumplió sus compromisos, pues cursó todas estas materias y además matemática.

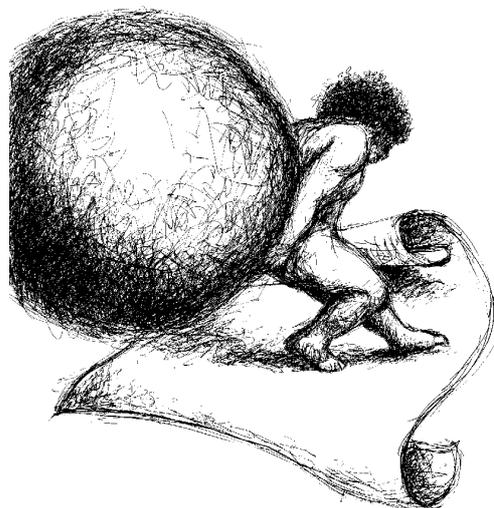
Conocida su instrucción científica, particularmente en química puede afirmarse que su utilización quedó muy por debajo de las posibilidades que deparaban sus conocimientos. En su ensayo acerca de la utilidad de la química enfatiza lo provechoso que sería que se conociera y aplicara por los que están enrolados en la producción de azúcar, pues esta asentada, ella misma, sobre una reacción química.

La presencia de Martín Sessé en La Habana fue de gran provecho en los orígenes del conocimiento científico. Su amistad y colaboración con Francisco Barrera y Domínguez, dio lugar a las primeras observaciones microscópicas en el campo de la medicina. Digamos de paso que en 1998 se cumplió el bicentenario del colosal manuscrito de este “humilde aldeano”, como él mismo se autodenominara y que yo nombro el Manuscrito Barrera, que es un tratado sobre enfermedades de los esclavos negros, hasta ahora el primero en la literatura médica universal. Un texto humanista llenó de observaciones inteligentes en el que asombra la cantidad de autores médicos que cita, difícilmente igualado por médico alguno en la

isla y probablemente en otras naciones de América.

Como conclusión de esta conferencia creo haber probado que el siglo XVIII merece una investigación más profunda, pues fue cuando se generó la cultura científica. En la medida que nos adentremos en él se podrá comprobar el tremendo significado que tuvo el año de 1797, al que denominé en 1980, el Año de la eclosión científica.

\* Conferencia magistral impartida en el V Congreso Nacional de Historia de la Ciencia y la Tecnología, celebrado en noviembre de 1998.



# La globalización y sus daños colaterales

Eliades Acosta Matos

*Director de la Biblioteca Nacional José Martí*

¿Por qué causa misteriosa nadie habló de globalización cuando en la película *Casablanca* de 1942 aparece un american bar en medio de aquella abigarrada ciudad marroquí repleta de hombres y mujeres de todas las nacionalidades?

Basada en la obra *Todos vamos al Rick's* (Murray Burnet y Joan Alison), aquella memorable trama que consagró a Bogart, a la Bergman y a *As the times goes by*, puede verse hoy, 57 años después, como la prefiguración de los tiempos que corren; como la metáfora de una época donde refugiados y perseguidores, blancos y negros, borrachos y sobrios, militares y contrabandistas, amantes y tahúres, las derechas y las izquierdas, los buenos y los malos, conviven alegre y despreocupadamente en este inmenso “Rick’s” que es el mundo del tercer milenio.

Poco importaba en el film de Michael Curtiz que Europa se estuviese desangrando en la mayor conflagración de su agitada historia, mientras las ruletas del “Rick’s” giraran, Sam entonase

una canción para los enamorados, el público sediento pudiese apurar tragos y estrenar elegantes modelos de alta costura. Y si las cosas se complicaban; si la sangre de Peter Lorre manchaba las impolutas alfombras del *American bar*; si las fuerzas de un totalitarismo oscuro clausuraban momentáneamente el local de diversión, siempre quedaba el recurso de conservar en la memoria aquella amable imagen, la de los nuevos aliados que se alejan entre la bruma de un aeródromo fantasmal, presagiando el inicio de una bella amistad. Casi como si nos estuviesen haciendo el cuento, 57 años antes, de lo que no hace mucho ocurriese en Kosovo.

¿Hasta qué punto el llamado “mundo globalizado” de hoy constituye un fenómeno absolutamente inédito en la historia de la humanidad? ¿Basta para hacer semejante afirmación la simple enumeración de rasgos distintivos extraídos, como ya se hace habitual, de las esferas financiera, comercial y tecnológica?

Y aun suponiéndole estas peculiaridades que se le atribuyen, ¿concedería esto el derecho a proclamar, como hacen a tambor batiente sus atildados heraldos, que estamos asistiendo a una nueva aurora de los tiempos, al arribo del Milenio prometido, a la encarnación, siquiera, de un orden mundial natural y deseable?

Los datos de la historia, hoy tan poco cotizados como todo lo asociado con la modernidad supuestamente moribunda, pueden deparar verdaderas sorpresas a quienes los estudien desafiando el canon postmoderno. El transgresor podrá hallar, por ejemplo, que no hay nada

nuevo bajo el sol cuando se toma por una brillante originalidad globalizadora a la imparable expansión del idioma inglés y a su rotunda presencia en la esfera de las comunicaciones, el comercio e Internet. Baste preguntar, ¿cuál era la lengua del imperio romano: la de Roma o la de los pueblos que conquistó bajo el pretexto de sacarlos de su barbarie?

Tras el paso de las legiones romanas quedaban oficialmente eliminadas las particularidades lingüísticas de los pueblos que se sumaban al mundo globalizado de entonces: para vender o comprar ánforas de vino; para estar al día en las leyes que el senado supranacional aprobaba y redactaba para obligatorio cumplimiento de todos, incluso de aquellos que no podían entenderlas; para entablar y ganar litigios y ser considerado ciudadano de primera, era obligatorio hablar, al menos, el latín de mala ley de los legionarios, aproximadamente lo que ocurre en nuestros días.

El hegemonismo de la lengua del imperio se extendió también, por reflejo y cálculo pragmático, a aquellas expresiones alternativas y de resistencia que se le opusieron en alguna de las esferas de la vida social o espiritual. Fue una especie de latín globalizado el que reinó durante siglos en el seno de la Iglesia Católica, lengua de las élites, de la literatura sacra y profana, de los hombres cultos, de los comerciantes y leguleyos, de cartógrafos y cortesanos. Hasta que llegó la reforma.

Tendremos que esperar durante un período de tiempo relativamente largo a

que “la Reforma” nos saque las castañas del fuego. Hoy por hoy, lo que sí sabemos con certeza es que ninguna expansión podrá eliminar la evidente vitalidad de las lenguas nacionales y su profundo rechazo a los hegemonismos de corte lingüístico. Mal que le pese a Microsoft.

A fin de cuentas, se supone que vivamos en el mejor de los mundos posibles y se considera “políticamente correcto” que lo proclamemos.

Pero los hechos, tal y como lo vaticinó Víctor Hugo, son extremadamente contumaces: a pesar de la CNN; del buen gusto postmoderno, y de “Forbes”, lo cierto es que muy poca gente está satisfecha con el mundo en que vive. Aunque Antonio Banderas sea su vecino.

¿Cómo aceptar el entorno, si para Emil Cioran, nos pierde “La fascinación por las cenizas”? ¿Acaso nos adentramos en el milenio prometido cuando nos agobia la “intemperie espiritual” a la que se refería Octavio Paz? ¿Y qué decir de “los dioses disueltos” de Eugenio Montejo?... Y estas son, apenas, las expresiones refinadas y deliciosamente poéticas que intentan sacarnos de la complacencia y la molicie tras la que, consciente o vergonzantemente, nos parapetamos para resistir el asedio de las crudas realidades del mundo globalizado.

Se hace sumamente difícil intentar analizar en un espacio de tiempo necesariamente breve el impacto que los procesos de internacionalización del capital han tenido sobre nuestra socie-

dad finisecular, sobre sus relaciones culturales, sobre sus expresiones artísticas y literarias, sobre el hombre letrado y sobre el hombre de la calle. Pero vale la pena hacerlo.

Si aceptamos que la globalización es un fenómeno económico y cultural, donde ninguna de estas facetas puede desligarse de la otra y se presuponen en una simbiosis mutuamente condicionante, podremos entender mejor el protagonismo y los altos dividendos que aportan en nuestra época aquellas expresiones culturales o pseudoculturales que son privilegiadas y promocionadas por el canon postmoderno. Nunca antes, en la ya larga marcha de la cultura humana, se había presenciado tanto interés instrumental del poder hacia lo que fue, tradicionalmente, el ghetto de los artistas, de los creadores y de la cultura. A juzgar por tan benevolente atención, si Amadeo Modigliani, Vincent Van Gogh, Oscar Wilde o Tolstoy fuesen nuestros contemporáneos, no tendrían preocupaciones diferentes a las de los impuestos y los  *paparazzi*.

A fin de cuentas, ¿qué es lo que se ha globalizado, aparte de este reciente y conmovedor cariño hacia las expresiones del arte y la cultura que dejan ganancias millonarias?

Eludiré los delicados eufemismos teóricos y los conceptos *light*, descafeinados y sin filo que llenan, con demasiada frecuencia, las obras contemporáneas dedicadas al tema para intentar responder a la anterior interrogante. Lo que viene expandiéndose o internacionalizándose son las relaciones de producción capitalistas, conyuntamente

trionfadoras y dominantes tras la estrepitosa caída del muro de Berlín. Aprovecho para acotar, de paso, que si bien este suceso significó para Cuba la pérdida de un espacio económico vital e implicó el recrudecimiento del bloqueo norteamericano con un nefasto aumento de sus consecuencias para la Isla, está por estudiar lo que propició a favor del desarrollo de un pensamiento social propio, libre de condicionantes externos, más coherente con su Historia y el devenir de la nación cubana. A diferencia de lo que ocurre con la globalización, estaríamos aquí en presencia, no de un daño, sino de un beneficio cultural colateral.

Y ya que hablamos de internacionalización del capital, y muy especialmente de sus relaciones de producción, no puedo escapar a la tentación de darle la palabra a uno de los más profundos y lúcidos expertos en estos temas, un hombre cuyas opiniones siempre fueron escuchadas por los capitalistas de todas las épocas, formando parte sus obras de los programas académicos de varias generaciones de empresarios del mundo, Carlos Marx, quien escribió hace 151 años:

Espoleada por la necesidad de dar cada vez mayor salida a sus productos, la burguesía recorre el mundo entero. Necesita anidar en todas partes, establecerse en todas partes, crear vínculos en todas partes [...] Las antiguas industrias nacionales han sido destruidas y son destruidas constantemente [...] Se establece un intercambio universal, una interdependencia universal de las naciones.

La aceleración de estos procesos no puede verse desligada del origen y el futuro del sistema en cuyo seno tiene lugar. Hablemos entonces de los daños colaterales que el capitalismo globalizado ha infligido a la cultura humana, porque sobran las publicaciones, los foros y los soros que no cesan de alabar sus bondades.

Lo primero que ha provocado esta mundialización económica es el surgimiento de un nuevo tipo de industria, quizás la más rentable y exitosa del mundo postmoderno: la industria del pensamiento único. Para que nadie dude del carácter muy bien definido de sus presupuestos teóricos, vale la pena decir que quedan abolidos por decreto o se ponen al margen de la nueva ley molestos conceptos y hasta ciencias como la historia, el progreso, las ideologías, las luchas de clase, el pensamiento crítico, la militancia política, la justicia social y la solidaridad entre los seres humanos. Ha faltado sólo, para despedir a estos incómodos fantasmas del pasado, la celebración de fastuosos funerales kitsch con limousinas y marines.

Pero lo genial de esta producción ideológica en serie es que sus fronteras y límites son invisibles, no se sitúa en oposición a nada o a nadie, es capaz de reciclar, a su favor, todo lo que se le opone, y al otorgar funciones de censor eficiente e insobornable al mercado, logra cumplir el sueño de cuantos censores han sido: anular la capacidad de protesta y respuesta de los censurados. Cualquier semejanza con la actual dictadura neoliberal en la producción y el comercio mundiales no es pura coincidencia:

La producción intelectual de una nación –escribía al respecto Marx– se convierte en patrimonio común de todas. La estrechez y el exclusivismo nacionales resultan de día en día más imposibles [...] Merced al rápido perfeccionamiento de los instrumentos de producción y al constante progreso de los medios de comunicación, la burguesía arrastra a la corriente de la civilización a todas las naciones, hasta las más bárbaras [...] Obliga a todas las naciones, si no quieren sucumbir, a adoptar el modo burgués de producción, las constriñe a introducir la llamada civilización, es decir, a hacerse burgueses. En una palabra: se forja un mundo a su imagen y semejanza [...]

Los aspectos “civilizatorios” del capital globalizador son, en rigor, una estafa monumental para los países subdesarrollados del planeta: no se les facilita el acceso al desarrollo, pero se les bombardea constantemente con modelos de vida y consumo que sólo alcanzará una élite local privilegiada. Más de dos tercias partes de los seres humanos que viven hoy sobre la Tierra quedan ante sus televisores como el perro de Pávlov: excitados hasta límites inconcebibles y privados de poder satisfacer sus deseos. ¿Tendrá esto algo que ver con el auge de la violencia en las sociedades humanas?

La extraordinaria complejidad de los problemas del mundo actual donde conviven naciones y capas de la población de un mismo país en estadios y hasta siglos diferentes y distantes entre sí, desmiente la conveniencia de aplicar fórmulas de pensamiento único a la bús-

queda de soluciones a dichos problemas. No se ha caracterizado la globalización por el respeto a la pluralidad de las culturas ni de las ideas; tampoco por la promoción de los aportes más auténticos del quehacer humano. La conformación de una cultura de masas con rasgos homogéneos, carentes de toda referencia concreta y crítica hacia los problemas de la realidad; con componentes supranacionales estáticos que se recombinan constantemente; con apelaciones incesantes al individualismo y al consumo, a la competencia implacable entre los hombres, anula en la práctica una buena parte de las potenciales virtudes culturales de la era en que vivimos.

En medio de un panorama como el que se describe, ¿qué espacio queda para lo trascendente, para las abstracciones filosóficas o teológicas, para los sueños y las utopías? ¿Será capaz la sociedad contemporánea de tolerar el discurso de Zaratustra en medio del jolgorio de la feria o le volverá a pedir que deje libre la tarima para que puedan actuar los saltimbanquis y titiriteros?

Se hace difícil responder con certeza a tales interrogantes. Por lo pronto, una parte de esta ecuación quedó despejada hace ya muchos años y fijada para quienes quieran oír las siguientes palabras de Marx:

Dondequiera que ha conquistado el poder, la burguesía ha destruido las relaciones feudales patriarcales, idílicas [...] Ha ahogado el sagrado éxtasis del fervor religioso, el entusiasmo caballeresco y el sentimentalismo burgués en las aguas heladas del cálculo egoísta [...] Ha hecho de

la dignidad personal un simple valor de cambio [...] Ha sustituido las innumerables libertades escrituradas y bien aseguradas por la única y desalmada libertad de comercio. En una palabra, en lugar de la explotación velada por ilusiones religiosas y políticas, ha establecido una explotación abierta, descarada, directa y brutal.

El desparpajo rayano en cinismo con que se proclama “que todo vale” en las sociedades modernas, ha eliminado virtualmente las fronteras éticas entre el bien y el mal que siempre fueron, de por sí, precarias. En medio de esta regresión que nos ubica virtualmente en épocas anteriores a la ley de Moisés, no debe sorprender a nadie que la pornografía infantil, la venta de órganos humanos para trasplantes, el comercio de la droga, las armas y el tráfico ilícito de emigrantes, entre otras iniciativas empresariales, puedan desarrollarse casi impunemente y sin una sanción moral efectiva. No en vano, como señala el economista cubano Osvaldo Martínez:

[...] mediante un monólogo del pensamiento único se ha logrado que las víctimas piensen igual, en los mismos términos, que los victimarios [...] Se han llegado a separar los conceptos de buen estado de la economía y bienestar de la población [...] Se aceptan como normales tasas de desempleo que hubiesen escandalizado a Adam Smith, David Ricardo y Keynes (8, 9, 10% y más) [...] Es la primera vez en la historia del pensamiento económico y social que se proclama abiertamente a millones de seres humanos, como por ejemplo, casi toda el África Subsahariana

como sobrantes y carentes de sentido o futuro en la economía globalizada actual.

Al menos es la primera vez que se hacen tan despiadadas declaraciones, agrego yo, en años posteriores al Holocausto y la Solución final.

Cuando en una época se necesita enseñar lo obvio, volver a demostrar lo aprendido y repetir lo dicho, surge la posibilidad de que el pensamiento comience a girar en círculos sin hallar la salida del laberinto. Esto, precisamente, es lo que esta ocurriendo.

Junto a la memoria histórica nada ha sido más sañudamente combatido en estos tiempos que los paradigmas, los valores y la legitimidad social de elaborarlos. Porque si una sociedad es capaz de plantearse la necesidad de trascender sus circunstancias concretas y cotidianas; si elabora modelos de futuro; si sus paradigmas son de general o acaso mayoritaria aceptación por parte de importantes sectores de la población, esto tendría un significado doblemente herético e inadmisibles para el pensamiento único globalizado y globalizador: en primer lugar, denotaría la necesidad de negar una sociedad como la actual que se piensa a sí misma perfecta y eterna; en segundo lugar, abriría una pequeña brecha por donde podría penetrar el nefasto virus de la cohesión social, de la solidaridad y colaboración entre los hombres.

Pero no nos engañemos: la descalificación de valores y paradigmas es sólo uno de los tantos espejismos de la hora. Las sociedades contemporáneas no han po-

didado librarse de esta condición histórica: artículos de fe ideológica de rancia estirpe y otros de nuevo cuño inundan hoy los medios de comunicación del mundo postmoderno; ¿qué son, sino, los argumentos doctos y pontificios sobre el carácter absolutamente benéfico de las leyes del mercado; la incapacidad del Estado para participar en la dirección eficiente de la economía; la irresistible propensión de los pueblos del Tercer Mundo a la corrupción, el desorden y la violencia; la insuperable belleza de Claudia Schiffer, la valentía de Stallone y la capacidad nutritiva de las McDonalds?

El arte de pensar en un mundo de pensamiento único entraña peligros para los pensantes; no precisamente peligros físicos (que también los hay), sino aquellos que se derivan de aceptar o rechazar las suculentas oportunidades que se le presentarán. El imperio del pensamiento globalizado no admite ni tolera martirologio, lección aprendida por todos los poderes de la tierra hace más de dos mil años. Ahora, más que adversarios se necesitan cómplices: ya las páginas de los más reputados órganos de prensa, las cátedras, no estarán vedadas a quienes puedan disentir, mientras no intenten cometer un crimen de lesa majestad, el más nefando de los pecados que puedan cometerse en nuestros días: intentar pasar de las ideas a los hechos políticos.

La extrapolación de lo académico a todas las esferas de la vida humana, la globalización de lo literario en detrimento de otros ámbitos de las ciencias humanísticas conforman un panorama sumamente glamoroso y cómodo que

descalifica e invade, que domestica al otrora mundo fronterizo de la contracultura, de los antiguos reductos resistentes al sistema. La extraordinaria capacidad recicladora de las contradicciones sociales y culturales que ostentan hoy empresas como Benetton, es también apreciable cuando exponentes ideológicos son contratados para abjurar en público de sus antiguas convicciones; cuando se les exhibe y promociona jubilosamente, en el mejor estilo didáctico con que los emperadores romanos se rodeaban de los reyes y príncipes bárbaros vencidos por sus legiones.

No hay nada que pueda reportar mayores dividendos a estas formas invertebradas y reptilíneas (que es exactamente el antónimo de rectilíneas) de pensar globalizado, que la aleccionadora imagen de esos intelectuales, ayer incendiarios y hoy bomberos, ocupados en la piadosa tarea de entretener a los *yuppies* o de cebar la nostalgia de los veteranos de Woodstock o del Mayo francés con arrullos de Foucault o Derridá; con citas brillantes de Kundera.

Es una respetada y sabia ley económica aquella que apunta contra las aspiraciones monopólicas de cualquier signo. Esta antigua verdad, no suficientemente practicada por los sistemas políticos conocidos, fundamentaría la necesidad de democratizar los procesos globalizatorios, y de forma apremiante, de aquellos que transcurren en la esfera del pensamiento y la cultura. Porque lo que prima hoy en las relaciones entre culturas es la soberbia, el avasallamiento y el irrespeto de los más ricos hacia los más pobres: lo demás es filantropía.

El aleccionador espectáculo que presenciemos cuando se produjo la repartición del botín cultural y de los signos comunicantes que identificaban a las sociedades socialistas de la Unión Soviética y de otros países de Europa del Este, por parte de sus enconados destructores de las vísperas, demuestra lo pernicioso de las actitudes oportunistas y pragmáticas en el terreno cultural y cómo pueden manipularse, en un solo sentido, las relaciones interculturales. Allí donde se decía hasta la saciedad que el Realismo Socialista no había aportado nada a la cultura universal, se produjo una verdadera carrera por comprar todo lo que pudiese ser cargado, transportado, empaquetado y exhibido: un verdadero diluvio de banderas ondeantes, rostros de obreros, brazos y torsos curtidos en el trabajo, reclamos de solidaridad para los humillados y ofendidos del sistema, pronto cubrieron los video-clic, los anuncios publicitarios, las portadas de las revistas y todo tipo de souvenirs. Vaciados de su original significado, sacados de su entorno, tales signos devinieron en una especie de piel de oso disecada para decorar las mansiones y asustar a los niños. Nada más.

En honor a la verdad, la cultura globalizada actual no es ni podría ser diferente pues tiene los límites del sistema que la engendró. Cuando selecciona férreamente sus elementos culturales lo hace excluyendo todo lo que pueda significar memoria histórica, verdadera participación, democracia e identidad. Se excluyen también los fermentos populares o revolucionarios que tan molestos resultaron ser en el pasado. De

hecho, la nueva cultura globalizada ha logrado, con la castración del pensamiento crítico y la banalización de la realidad, la construcción de una especie de mundo virtual, tan irreal como la economía no liberal donde según Osvaldo Martínez:

[...] por cada dólar surgido de la economía real hay entre 30 y 50 surgidos del mercado financiero [...] donde aumenta de día en día la especulación, esa tendencia a una economía más parasitaria, pues el crecimiento económico real cede su lugar a la llamada “burbuja financiera” o crecimiento desmesurado del capital especulativo que convierte a la economía mundial en una gran economía de casino.

La fórmula cultural en boga es sencilla: se mezcla lo ahistórico, lo supuestamente mundial, que no pasa de ser, en realidad, la cultura de una parte del mundo occidental desarrollado, con lo descontextualizado, lo conservador y lo inofensivo, o sea, lo carente de toda arista problematizadora. Se confunde el talento con la fama, y desde esta óptica, más famoso puede ser el vestido de la Lewinsky y el desnudo de Lecquio que *La capilla del hombre* de Guayasamín. Y por si fuese poco, para estandarizar el pensamiento se empieza por aplanar el lenguaje: ahora las guerras son “acciones humanitarias” y los muertos con bombas y misiles inteligentes son “daños colaterales”.

La actual y evidente decadencia del pensamiento social; el rechazo a todo concepto que designe la realidad concreta; la renuncia a explicar el mun-

do para no tener la molesta y ardua misión de transformarlo; la pérdida de vínculos con los problemas del hombre real, o sea del hombre no literario, del hombre de carne y hueso que no entiende de cinismos ni de genialidades irónicas, que sufre, vive y muere, a veces sin conocer a su vecino, pero que sigue siendo tan social, por naturaleza, como lo fue en el Siglo de las Luces, y la orgía de autodestrucción en que se halla sumida la Filosofía, que hoy sirve a los signos antes que a los seres humanos, confirman el acabado, la envoltura, de este mundo tan atractivo por fuera y tan Blade Runner por dentro.

En realidad, lo fascinante de vivir en el “Rick’s” es que es el lugar del universo donde menos se cumplen las profecías y las maldiciones; donde los giros inesperados de la propia vida desmienten a aquellos que creen en la digitalización de las contradicciones sociales, en su reducción a formatos manuales. Aunque no encaje en los diseños del mundo globalizado, ni en su cultura, lo cierto es que se acaba de pulverizar a media Yugoslavia, a niños, ancianos, mujeres, monasterios, museos y bibliotecas, mientras Roberto Benigni enseñaba a los hombres a ganar un Oscar y a exorcizar con la carcajada todos los sufrimientos, incluso aquellos que se generaron en los campos nazis de exterminio.

Ilusiones semejantes han durado muy poco en el convulso mundo que alguien nos reservó como espacio vital. Y tan fugaz como la genial carcajada de Benigni ha resultado “el fin de la historia” del algo menos genial Francis Fukujama; porque el triunfo de Hugo Chávez en Venezuela, las hambrunas en

África, la prisión de Pinochet, el ascenso arrollador del Congreso Nacional Africano de Mandela, la devolución del Canal de Panamá, la tenaz lucha del pueblo cubano por preservar su soberanía, sus conquistas, y la solidaridad mundial que suscita esta resistencia, son elocuentes indicadores de que la visión del mundo quietista, piadosa, crédula, globalizadamente puritana y puritanamente conservadora se muestra virtual cuando la testaruda historia, con sus pasiones, guerras, muertos y sufrimiento de verdad toca a su puerta.

Los daños colaterales de la globalización en el terreno cultural no son irreversibles ni eternos. Ninguna relación cultural es carretera de una sola vía, ni el subdesarrollo económico genera automáticamente subordinación cultural. Esto hace aun más interesante la vida en el “Rick’s”: todos los finales son posibles en este *remake* del cual somos ahora actores los hombre y mujeres de la Tierra.

Ni siquiera el mundo globalizado puede prescindir de un pensamiento social auténtico y profundo, de una cultura de esencias y no de apariencias: condenado a multiplicar sus ganancias con tanta rapidez como las dilapida, y de manera especial a elevar constantemente el nivel cualitativo de la fuerza técnica, se hace imposible deslindar y mantener en estancos paralelos, inconexos, el pensamiento tecnocrático y el pensamiento político-social. Llegado a este punto comienzan a empequeñecerse los eficaces auxilios que la pasión por el deporte, las formas infinitas del ocio y el consumo brindan a estos fines.

Potencialmente hablando, nunca antes tuvo ante sí la Humanidad tantas oportunidades de ser feliz como en vísperas de este nuevo milenio. La tecnología, el comercio, las comunicaciones, los avances médicos, el arte y la cultura, todo lo logrado hasta el presente bastaría para hacernos plenos y buenos, hermosos y justos. ¿Por qué sentimos una sensación de frío y desamparo, de intemperie y cansancio cuando nos preguntamos si somos así realmente?

En 1922 el poeta mexicano José Gorostiza escribió para nuestro presente, para la sensación que nos envuelve en este mundo globalizado, una especie de plegaria, una de sus “Canciones para cantar en las barcas”:

*La barca morena de un pescador,  
cansada de bogar,  
sobre la playa se puso a rezar:*

de esta conjunción ha de surgir un orden eterno e inamovible, cuyo preludio es la época en que vivimos, bien sabemos ya que basta un fraile dominico empecinado para agrietar los muros y enviar a Yuste, con su vajilla de plata y su corte de sirvientes, a tanto aspirante a emperador postmoderno.

¿Quién quita que allá puedan montar las ruletas, las luces de artificio y las escenografías, hollywoodenses del “Rick’s”, para dejar, al fin, vivir tranquilos a los hombres en un mundo más justo y mejor?

Falta que hace.

# El balcón vacío (Notas sobre la identidad nacional a fin de siglo)

José Manuel del Val

*Antropólogo mexicano*

0.- Abre el balcón...

Dentro del documento base elaborado para este coloquio, con gentileza, se me cita como representante de las tesis “yuxtaposicionistas”. Nunca me ha hecho feliz ser clasificado. Dicho esto, debo reconocer que el esfuerzo tipológico, si bien parcialmente, va en el sentido correcto.

En anterior trabajo intenté mostrar que cuando reflexionamos en torno a la identidad tendemos a construir un edificio analítico en el cual desaparece la complejidad identitaria y sus niveles (el individual, el familiar, el de banda, el de colonia, de ciudad, de región, de país, de clase, de ocupación, de adscripción religiosa, política, el nacional, etcétera) a expensas de escoger sólo uno de esos niveles o aspectos posibles, asunto por supuesto legítimo pero no lo es tanto, si no rescatamos la articulación y subor-

dinación estructural del nivel escogido, al conjunto global de interacciones identitarias.

El objetivo central de ese trabajo era el de señalar la ausencia de metodologías explícitas que permitieran una discusión razonada de alternativas analíticas para abordar de manera práctica la investigación sobre las identidades que se realizan con intención diversa, a las descripciones etnográficas y a los modelos cuantitativos.

Señalaba en dicho trabajo que si bien es pertinente escoger cualquier nivel o combinación identitaria como motivo de análisis, deberíamos tener en cuenta que el nivel o combinación elegido es parte de un sistema de relaciones entre campos y niveles identitarios y en consecuencia, no podemos prescindir de reconocer la red de las identidades como marco general de referencia.

Como bien sabemos, cualquier nivel, aspecto o campo de la identidad debe comprenderse y concebirse como una relación social y no como un hecho dado. Debemos reconocer asimismo que dicha relación social se encuentra en transformación permanente y por lo tanto las identidades no son atributos inconfundibles y siempre visibles, salvo en momentos y circunstancias específicas o en los casos que implican marcas deliberadas.

Afirmaba en dicho texto que la identidad emerge y se manifiesta como respuesta a una interpelación concreta en momentos específicos; por esta razón es que la caractericé como *virtual*, y en consecuencia indicaba que a la com-

plejidad identitaria que deseamos analizar hay que incorporarle necesariamente el análisis del contexto en el cual dicha identidad es exigida a manifestarse, así como las características del agente que provocan la manifestación.

Hasta el momento no he tenido acceso a trabajos que pudieran refutar o profundizar esos planteamientos, la mayoría de los trabajos que he podido consultar son o trabajos cuantitativos, o ensayos en los cuales la identidad no es el objeto del análisis, sino un término referente para otros temas: indígenas, mujeres, política, sexualidad, etcétera, o la más común: ensayos históricos de largo aliento de construcción y crítica de la identidad nacional.

En fin, veo la identidad, como un proceso que denominaría de sincretismo dinámico referencial, más que como resultado de yuxtaposiciones de niveles y campos.

### *1. – Los balcones de la identidad*

Desde Heisenberg sabemos que la posición del observador con respecto a un fenómeno dado modifica necesariamente la observación del fenómeno elegido. En mayor medida esto es así, si nuestro “lugar” de observación se ubica en el precario balcón de las llamadas humanidades. Y esta distorsión será todavía más aguda y evidente si el investigador es parte del grupo social cuyo fenómeno o proceso ha escogido investigar.

Esta circunstancia, más que ser una limitación insalvable, debe ser un requisito epistemológico y ético al que debemos dar respuesta de manera suficiente.

Estas consideraciones han sido para mí una fuente constante de inquietud y reflexión, no sólo por mi peculiar condición identitaria y su previsible influjo en mi análisis, sino y en mayor medida, por la ausencia absoluta de esta preocupación o reconocimiento, en las reflexiones y textos sobre la identidad elaborados por mexicanos.

Como la mayoría de ellos son académicos, literatos o ensayistas de reconocido prestigio e inteligencia, me he preguntado siempre el porqué de esta obvia elusión: ¿será por pudor, será por soberbia? No lo sé.

Reflexionar sobre la identidad propia es sin duda la más filosófica de las preguntas que nos podemos hacer. Ese ¿quién soy y para qué soy? que inaugura toda inquisición sobre el hombre en general o sobre cualquier tipo histórico particular de hombres, no es asunto menor y debe encararse con el más alto grado de honestidad intelectual posible, en mayor medida si el objetivo de nuestras disquisiciones tiene pretensiones moralizantes o como se dice actualmente críticas.

El punto es que cuando un mexicano intenta realizar una reflexión y análisis en el campo de la identidad nacional mexicana debería informarnos desde dónde se habla, qué tipo de mexicano se considera él, así podríamos conocer el grado de distorsión previsible en sus planteamientos y las alternativas mediante las cuales realiza sus correcciones epistemológicas heisenbergianas.

A estas alturas la reflexión crítica sobre el quehacer científico resultaría pueril, así

como apelar o defender una supuesta objetividad o neutralidad del sujeto investigador. En el caso nuestro, en el cual prácticamente estamos desarrollando una reflexión introspectiva el asunto es más grave ya que, la ausencia de cualquier consideración al respecto, indicaría tal vez, el ejercicio de una especie de simulación o cinismo epistémico.

## 2.– *Ventilar la nación*

Me temo que esta ausencia o sesgo en la reflexión sobre México y el mexicano no es exclusiva de la ensayística psicológica, filosófica, etnológica o literaria, sino que con formas diversas afecta a la totalidad de las construcciones ideológicas que sustentan el edificio histórico de nuestra nacionalidad.

Notorio y reconocido es el papel central que la historia y la etnología han desempeñado en la construcción de la nación mexicana. Estas han sido una de las herramientas (debería decir armas), más eficaces con las que ha contado el estado nacional en su difícil, atropellada y contradictoria constitución.

En muchos momentos de nuestra historia, aquellos en los cuales peligraba la existencia de la nación misma, el conjunto de discursos que fundamentaban y justificaban la existencia de México, constituían las armas más poderosas de las que se podía echar mano; tal vez las únicas.

¿Quién podría entonces haber exigido objetividad y crítica a esos fundamentos?

Hoy la mayor amenaza para la nación somos nosotros mismos, en particular aquellos para los cuales tal concepción

y práctica de la identidad se ha convertido en bastión inexpugnable para perpetuar su poder económico, político o cultural hoy amenazado.

Tal vez ha llegado el momento de que el conjunto de nuestras disciplinas humanas inicien el recorrido crítico y autocrítico de nuestra peculiar construcción como nación.

La sociedad mexicana avanza y se democratiza; el discurso histórico-político sobre la nación y el etnológico-filosófico sobre el mexicano no deben ser ya un apéndice de las necesidades coyunturales del gobierno en turno. Su histórica dependencia justificada por la “necesaria unidad nacional frente a los acechos del exterior”, metáfora que disfraza la imposición, de un solo proyecto y perspectiva, es hoy, a todas luces inaceptable.

Este fin de siglo la sociedad mexicana, los mexicanos, exigimos un nivel de seriedad, honestidad y compromiso mayor en la investigación y en la reflexión, que sea capaz de dar respuestas a este pueblo diverso y dramáticamente desigual, que nos permita vislumbrar y aspirar a un nuevo horizonte de vida, a un nuevo proyecto nacional que tendrá necesariamente que ser el producto de una verdadera refundación nacional, en la cual una nueva historia y etnología de México, e indudablemente una nueva reflexión filosófica, son la condición *sin equanon*.

Trato en las líneas que siguen de señalar algunos aspectos; señalo sólo algunos sin propósitos jerárquicos que considero relevantes y están poco discutidos en esta

tarea obligatoriamente colectiva de repensar los caminos para la reformulación de la identidad nacional.

Son fragmentos en estado de elaboración de un trabajo de largo plazo que quisiera compartir con ustedes en este coloquio.

Tratando de ser congruente con lo afirmado anteriormente y esperanzado en la reciprocidad de mis interlocutores, elegí de manera exploratoria para esta reunión una forma de discurso en la cual mi ubicación identitaria como proceso, más que ocupar un apartado especial al principio, será el hilo conductor de la reflexión general, una especie de voz en off, que me permita desenvolver algunos de los elementos que a mi juicio deben caracterizar una reflexión completa o “densa” si así se le quiere denominar.

Apelo a su tolerancia e indico que las partes que tienen que ver con mi biografía van en letras cursivas.

### 3.– *La identidad en el closet*

La búsqueda obsesiva de una explicación (los intentos de construcción habría que decir) del “ser del mexicano”, que pueda expresar sintéticamente y de manera comprensiva, el alma de nuestra identidad como pueblo nacional y sus caracteres básicos y conflictos constituyentes, ha concluido siempre, en estereotipos de mexicanos, más cercanos a la caricatura de un sector o grupo que a un nunca suficientemente demostrado, arquetipo transhistórico.

En este siglo el formidable impulso regenerador de la revolución puso en la mesa de discusión el tipo de país que

queríamos ser y el tipo de habitante que debería ser el mexicano.

Desde las llamativas y racistas propuestas de José Vasconcelos en su *Raza cósmica* en 1925, pasamos a una reflexión más ponderada y académica en la obra pionera de Samuel Ramos, *El perfil del hombre y la cultura en México*, en 1934, y de ahí, al luminoso ensayo de Octavio Paz, *El laberinto de la soledad*, en 1949.

La refrescante obra pedagógica y filosófica de José Gaos en la Facultad de Filosofía de la Universidad Nacional animó a un brillante grupo de estudiantes a la constitución del grupo “Hiperión” que adoptó el tema del mexicano como núcleo central de su reflexión, produciendo en unos cuantos años una abultada colección de textos, sobre “México y el mexicano”, desde diversos ángulos y perspectivas.

Como cohete de fiesta, la discusión sobre el mexicano, subió velozmente a las alturas, estalló en una cincuentena de libros diversos y multicolores, y con la misma rapidez se desvaneció en silencio. En sólo seis años de 1949 a 1954 parecía haber quedado saldado el asunto de la identidad del mexicano.

Sin embargo, con cierta regularidad no exenta de significación, aparecen revisiones críticas como la inteligente, informada y exhaustiva de Roger Bartra en su *Jaula de la melancolía* de 1987 y su posterior *Oficio mexicano*, de 1989 o, nuevas interpretaciones desde novedosas perspectivas como el premonitorio y no bien comprendido todavía *México profundo*, de Guillermo Bonfil

de 1989. No obstante, la discusión no ha vuelto a alcanzar la generalidad e intensidad que logró a final de los años 40.

La biografía de esta discusión es en sí misma ilustrativa del significado del tema, los momentos, los participantes y las perspectivas adoptadas dan cuenta de la relación puntual que esta reflexión tiene en la evolución política de nuestro país y el reiterado ciclo de esperanza-desesperanza que envuelve a la cultura mexicana.

Cualquier revisión de la ensayística sobre el tema pone en evidencia una tensión permanente. Una tensión que nos ilustra de la existencia de un evidente desgarramiento: el de un mexicano, si es el caso, que analiza y reflexiona sobre “los mexicanos”, con los cuales parece no identificarse, en los que no se reconoce y con los cuales no parece compartir ninguna de las trágicas o cómicas situaciones y características que describe y analiza y a través de las cuales, ese supuesto mexicano genérico, queda dibujado.

Dicha “fisura psicológica” irremediablemente presente en los textos de los teóricos de la mexicanidad de manera ligera y poco clara le es imputada por dichos teóricos, a la cultura mexicana, se le señala como su condición estructural. Se le encuentran o inventan sugestivas raíces, y algunos se dan el lujo de recomendar supuestos remedios.

El más mexicano y cosmopolita de nuestros intelectuales de este siglo cinceló en prosa magistral el perfil de un estereotipo de mexicano: el mexicano emigrante en los Estados Unidos, el “pachuco”. Lo

convirtió en el tipo ideal “extremo” del mexicano, lo encerró en un laberinto de bellas y contradictorias metáforas y mediante sutiles descripciones lo condenó a la infinita soledad.

Ningún mexicano que lee el texto se reconoce verdaderamente en el personaje creado, no obstante, todos, o nos reconocemos parcialmente en algunos de sus comportamientos, o los hemos visto en alguien muy cercano.

Pero, ¿y él, el autor del libro? también mexicano, tan típicamente mexicano o más que el fronterizo pachuco ¿no existe en su supuesta comprensión y descripción del ser mexicano?

Esta permanente tensión entre el mexicano que somos y que nos negamos poner en evidencia, y que suponemos, nos separa abismalmente del mexicano que describimos, subyace pesadamente en nuestras reflexiones limitando la comprensión y sesgando los análisis que derivan en imaginativas hipótesis causales, definitivamente inconsistentes, tan pueriles como aceptadas, y tan frágiles como reiteradas.

Un ejemplo paradigmático de ellas radica en la tópica explicación que ubica el malestar de nuestra cultura en nuestra incapacidad de articular armoniosa y definitivamente las dos tradiciones a las que se apela comúnmente como raíces de nuestra nacionalidad: la indígena y la española.

Este tópico y su reiteración, es fuente cíclicamente de ríspidos debates que desgarran y enemistan a nuestros intelectuales. Por un lado los que no com-

prenden cómo un suceso de hace más de 500 años puede ser significativo actualmente, y por el otro los que aceptan pero no explican, cómo es que puede tener vigencia. Dicha pseudopolémica ha cumplido una función ejemplar al servicio de intereses no del todo claros. De entrada ha contribuido a eludir una discusión seria y rigurosa sobre la estructura profunda de nuestra diversidad y desigualdad cultural, su historia y sus implicaciones y en consecuencia ha colaborado en retrasar casi un siglo nuestro arribo a una forma de cultura nacional plenamente democrática.

Abundaré en este asunto más adelante.

#### *4.– Por los balcones del Anáhuac*

*Me asomo al balcón: soy hijo de exilados españoles; refugiados les gusta denominarse. Un padre castellano de Valladolid y una madre catalana de Barcelona. Él, mi padre, arribó a México en el “Sináya” primer navío cargado de emigrados españoles que llegó a Veracruz a finales de 1939. Marea roja que todavía recuerdan los ancianos en los portales.*

*Mi madre tuvo que esperar a que se disciparan los humos de las explosiones atómicas y llegó a finales de 1945.*

*Yo nací en el Distrito Federal (prefero decir Anáhuac por cuestión estética) lo cual fue indudablemente una ventaja, ya que el D.F. es una región de arribazones.*

*Es decir, un lugar en el cual histórica y persistentemente la mayoría de los oriundos tienen padres o a los*

*abuelos, que llegaron, y siguen llegando de otros lugares, unos de más lejos que otros, de dentro y de fuera del territorio nacional.*

*Es decir soy lo que de diversas maneras y con diversa intención se denomina un “chilango”.*

El que esta cuenca de lo que fue un sistema de lagos sea un lugar de arribazón, y asentamiento definitivo, desde mucho antes de la llegada de los mexicas, la constituye en un espacio privilegiado para el ejercicio de la identidades y por supuesto para el análisis y la reflexión.

Comprendo en este caso como “ejercicio de la identidad” al conjunto múltiple, pero no infinito, de estrategias simbólicas y prácticas que se han puesto, se ponen y se pondrán en práctica durante milenios, los pueblos, los grupos, las familias o los individuos, para arraigarse emocional, económica, y políticamente en un espacio geográfico nuevo y desconocido, en un proceso permanente de construcción y reconstrucción.

El ejercicio constante de la identidad en el Anáhuac producto de la continua arribazón de gentes, ha sido minimizado en los análisis, por supuesto se han señalado las migraciones, pero nunca se les ha otorgado el peso específico adecuado en el análisis.

Es “sintomático” que todavía se piense en el fenómeno de la migración como un hecho aislado, fuera de lo común, como un accidente, cuando en la práctica, ha sido y es un proceso social, eco-

nómico, cultural y político constitutivo de la historia y la condición humana.

Son contados los mitos fundadores que no apelen a una partida, una llegada o el desplazamiento mismo, como origen de una cultura.

Por ejemplo, en nuestro caso, ¿qué caracterización puede ser más precisa y adecuada para el lábil concepto de Mesoamérica que concebirlo, entenderlo y explicarlo como un *campo migratorio*? es decir, un espacio delimitado geográficamente, por razones de orden diverso y con variaciones significativas en el tiempo, pero que al interior del cual se construyeron y reconstruyeron los pueblos indios de México en movimiento perpetuo.

En nuestro entrañable Anáhuac ha sido tan constante, sistemático y diverso este proceso que probablemente sea un caso, con méritos suficientes, como para intentar el esfuerzo de construcción conceptual de un “tipo ideal” weberiano.

Probablemente esta conjunción compleja y no bien caracterizada de circunstancias, es la que ha inducido a muchos colegas que han reflexionado sobre México y el mexicano a confundir esta “condición estructural identitaria de arribazón”, específica de los habitantes de la cuenca del Valle de México, como la condición general de todos los habitantes en nuestro actual territorio, generalizándola implícita y alegremente al conjunto múltiple y extremadamente diverso de formas posibles de ser mexicano.

Esta sistemática elusión analítica de la diversidad constitutiva de nuestro país,

si bien simplifica enormemente las descripciones, también falsifica sus conclusiones. Por lo general el mexicano “tipo” resultante en los estudios es un recipiente de características contradictorias de diversos tipos de mexicanos, a la manera de Mary Shelley construimos un verdadero Frankenstein nativo.

Este estereotipo es entonces enjuiciado y victimado por su autor y es cuando “el mexicano” nos aparece como un ser inconcluso, un ser inacabado, un ser en transición.

¿Y hacia dónde es esa transición, se pregunta uno? La respuesta es una sola: hacia un tipo de mexicano deseado, explícita o implícitamente que en la mayoría de los casos tiene un sospechoso parecido con el autor del ensayo.

Es entonces que nos aparece ese destino inefable que algunos convirtieron en destino trágico y en magna tarea del Estado nacional: la construcción del solitario mestizo.

Uno de los más grandes antropólogos de este siglo, Gonzalo Aguirre Beltrán se ufanaba afirmando que los antropólogos mexicanos habíamos cumplido la tarea de “convertir al mestizo en el símbolo étnico de la identidad nacional”.

*Continúo conmigo; mi apariencia física se constituyó en una marca permanente que establecía una diferencia excluyente. No obstante el ser excluido por “blanco” en México resulta una “exclusión que denomino positiva”. A la desventaja de fenotípica, se le resta la ventaja ra-*

*cista implícita en la cultura estatal de promoción del mestizaje.*

*Podría haber salido “a mano” en esta contabilidad identitaria, pero existe otro elemento, otra carta en juego, en las sumas y restas.*

*Este nuevo elemento lo constituye el hecho brutalmente evidente de que en México no existen blancos pobres; la perversa ecuación que define el tono de la piel como condición económica (real o imaginaria) me otorgaba algunos puntos más en la contabilidad y finalmente parecía salir ganando.*

Creo que es esta contabilidad identitaria la que explica el porqué los mexicanos por nacimiento marcados por una exclusión positiva, no protesten y sea esta circunstancia que nuestra sociedad elude discutir y enfrentar como se dice hoy de manera transparente. Cuando esto pasa y el tema salta porque alguien lo señala; un ejército de bien pensantes protesta airadamente, sepultando bajo el discurso de que “aquí no hay racismo ni chovinismo”, estas situaciones y circunstancias.

De esta manera endosamos a nuestro ejercicio cotidiano de la identidad un nivel muy nuestro: el de “la simulación igualitaria”.

Adjetivo la simulación, con el interés práctico de diferenciarla de la simulación en abstracto, que sí ha sido señalada reiteradamente como característica nuestra.

Cualquier ejercicio que singularice la identidad de los cuadros medios y superiores de mando del Estado mexicano,

la iniciativa privada, o del mundo académico y cultural mostraría de manera brutal que la “exclusión positiva” es uno de los mecanismos de estratificación social y es expresión y práctica del racismo en México.

Hoy nuestra cultura de promoción del mestizaje se expresa en discursos cada vez más tenues. A partir de la irrupción indígena de Chiapas nadie se ha atrevido a mencionarlo. Pero la pragmática centenaria que implica está implícita en el conjunto de reglas matrimoniales y relaciones sociales derivadas. Y lo seguirá estando si no somos capaces ni siquiera de verbalizar su existencia y discutir a fondo sus raíces y su significado.

Al sector social moreno, de cualquier tono, se le “prescribe” el mestizaje con blancos o menos morenos: denominaré esta práctica: *exogamia cromática preferencial*. Al sector blanco se le “proscribe” el mestizaje con morenos. En consecuencia la definiremos como: *endogamia cromática preferencial*.

Eso explica con relativa obviedad cómo miembros de familias mexicanas con cientos de años de antigüedad en el país parezcan españoles, árabes o gringos, y por ejemplo, que en cualquier destino turístico se les hable naturalmente en inglés, resultado de la exclusión positiva.

Cosa que por lo demás les ofende mucho y lo interpretan como una muestra de la colonización norteamericana de sus connacionales, y no como lo que es, la consecuencia de nuestro cotidiano ejercicio de la identidad y las normas que la sustentan, conformado y reproducido

desde antes de la existencia misma de los *gringos*.

Esta forma peculiar y muy mexicana de racismo, hace que la tensión racial en México se encuentre oscurecida y obliterada en la reiterada cantinela de que entre nosotros no hay racismo y cuyo argumento más sólido es bastante curioso y paradójico: en México no se discrimina a los blancos.

No obstante, nuestros “mexicanos universales” no podían ocultar su incomodidad al respecto; es ejemplar ese párrafo de Alfonso Reyes en el que en síntesis magistral explicaba en primera persona y a la manera de la *Divina Comedia* la tragedia de ser mexicano, decía: “...en primer lugar, la primera gran fatalidad que consistía desde luego en el ser humano [...] dentro de este venía el segundo círculo que consistía en haber llegado tarde a un mundo viejo [...] Encima de esas desgracias del ser humano y ser moderno, las muy específica de ser americano, es decir, nacido y arraigado en un suelo que no era foco actual de civilización, sino una sucursal del mundo. Y ya que se era americano, otro handicap en la carrera de la vida era el ser latino, o en suma, de formación cultural latina [...] ya que se pertenecía al orbe latino, nueva fatalidad dentro de él, pertenecer al orbe hispánico [...] dentro de lo hispanoamericano, los que me quedaban cerca todavía se lamentaban de haber nacido en zona cargada de indio.

*Regreso a su servidor, la exclusión positiva hacia mi cotidianeidad rela-*

*tivamente amable, pero absolutamente inaceptable, por lo menos para mí.*

*La posición económica de mi familia no era del todo mala, no era lo que se conoce como una posición desahogada; teníamos que estar nadando todo el tiempo.*

*Este no era un problema identitario sino un problema económico con los asegunes derivados de la exclusión positiva. No obstante y en última instancia existía exclusión.*

*La condición económica relativamente precaria de la familia nos impedía y en consecuencia nos liberaba, de la práctica perversa de la urbanización en nuestro valle de habitar en alguno de los ghettos de élite lo que hubiera derivado en la práctica de algo que bien puede denominarse “identidad amurallada” y por tanto mi vida cotidiana se desarrollaba en las calles de la ciudad de México, en colonias que se consideraban de medio pelo para abajo; a la intemperie; entre los **nacos**.*

*Sublime concepto a partir del cual se pudieron desenvolverse mis arraigos identitarios más profundos y entrañables. Por fin había encontrado la puerta de entrada a una identidad dura. Una identidad que desoía subordinando, los “llamados de la sangre, de la tierra, de la herencia, de la clase”, una nueva e inédita solidaridad fuerte y flexible me envolvía; me había convertido en un naco; era (y soy) un naco; por fin el Anáhuac me reconocía como uno de los suyos.*

## 5.– *El naco al balcón*

Una de las constantes “sintomáticas” de los estudios sobre identidad del mexicano es la reiterada elusión y rechazo a estudiar el término *naco* que han mostrado nuestros sabuesos-investigadores de la identidad; tampoco los ensayistas se han decidido a abordarlo.

Tan común y cotidiana es la palabra y su uso; son tantas sus acepciones y significados; sintetiza, tanto lo que somos, que podemos razonablemente sospechar, a partir de su utilización universal y sistemática y a partir de la ausencia de reflexión sobre ella, que debe parte medular de una patología plagada de elusiones y simulaciones que probablemente dé cuenta con mayor amplitud y profundidad de lo que somos y cómo somos, que muchas de las proposiciones conocidas hasta la fecha.

El término *naco* es indudablemente el *concepto hoyo negro* de nuestra identidad: su significado efímero, subordinado fatalmente al contexto de su uso, lo volatiza, lo convierte en humo, lo que aparece como inaprensible.

Las descripciones fáciles lo asimilan a indio: lo *naco* es lo indio. Es el indio en el asfalto; el indio revestido; encorbatado. Por analogía es el mal gusto, lo charro, lo kitch, etcétera y se le buscan y asignan dudosas etimologías.

En el arco cromático del mestizaje que va de lo café oscuro a lo blanco pálido, debería existir un límite a partir del cual los *nacos* empezamos a serlo o dejamos de serlo. No obstante, como decía más arriba este límite es un punto absoluta-

mente variable derivado de la posición del que observa y de la ubicación del observado.

A las distorsiones heisenbergianas habrá que sumarle una más, la obvia incomodidad que el uso del término *naco* produce en nosotros; ya sea por la duda existencial de serlo por parte del que lo aborde, o tal vez más comúnmente, por la vergüenza de aparecer como racista o clasista al utilizar el término. Simplemente se le elude y se le ubica en el terreno de las malas palabras, de los insultos, como si fuera *la peor de las chingaderas*.

## 6.– *Los balcones coloniales*

Durante la colonia, como todos sabemos el asunto de la identidad no era algo que se dejaba en manos del sentido común; era una cuestión jurídica, del derecho, con implicaciones precisas y detalladas. El sistema de castas de la colonia en la Nueva España era una compleja institución, un articulado sistema de normas y reglas a partir de la cual se respondían a la violación sistemática de las prescripciones matrimoniales coloniales y se daba orden al desmadre sociorracial.

Eran tan comunes los ayuntamientos carnales fuera de la norma, que la sociedad colonial era un babel étnica. Mezclas sin ton ni son entre blancos y medios blancos, indios y medios indios, entre negros y medios negros y de todos con todos, con graves implicaciones en la herencia y la propiedad.

De tal suerte que se constituyeron sistemas descriptivos de los productos de tan sorprendente fogosidad interracial.

Un sistema de castas en algunos casos con más de cien casilleros permitía ubicar a cada chilpayate recién arribado en un casillero preciso con sus consecuentes obligaciones y derechos.

Asimismo, tal sistema de relaciones matrimoniales permitía orientar valorativamente la irrefrenable sexualidad interracial hacia el polo blanco del arco cromático de la sociedad novohispana con el objetivo estratégico de establecer límites sociales difícilmente superables y una dudosa esperanza de movilidad social.

“Saltapatrás”, “cambujo”, “tente en el aire”, “lobo”, “mulato” y decenas de términos igualmente sorprendentes constituían la precisa taxonomía derivada del cachondeo novohispano.

La independencia terminó, entre otras ignominias y por decreto, con el sistema jurídico que soportaba el sistema de castas.

No obstante, como tantos decretos en la historia de México, expresó una voluntad justiciera e igualitaria que no iba respaldada con los elementos necesarios para convertirse en realidad, a lo más señalaba una tendencia.

El sistema jurídico de castas y su complicada práctica institucional quedó suprimida mediante decreto de la noche a la mañana, sin embargo la cultura de separación racial centenaria cristalizada en torno a este sistema sencillamente se sumergió en la conciencia colectiva; se convirtió en *cultura implícita*. Tal vez si en ese preciso momento alguien reflexionó sobre ello, concluyó que el paso

del tiempo la deslavaría hasta hacerla desaparecer.

Sin embargo, no podemos olvidar que el sistema de castas no era solamente un mecanismo para el control de las mezclas raciales sino y esencialmente, un mecanismo para controlar los movimientos de la propiedad en ese entonces básicamente propiedad agraria, inmobiliaria y metálica.

La transformación paulatina de un sistema de castas en un sistema propiamente clasistas pocos cambios implicó en la estructura propietaria; los que se produjeron derivados de las leyes de la reforma, las llamadas *Leyes Lerdo* en la práctica significaron mayor desposesión de la inmensa mayoría de la población, hasta ese momento parcialmente protegida por las *Leyes de Indias*.

Resulta razonable postular que las consecuencias culturales de los sistemas de clasificación coloniales que respondían a la estructura social de la propiedad al no verse alterados sustancialmente continuaron vigentes, aunque implícitos, en la conformación de lo que a partir de la revolución de independencia se puede propiamente denominar: Cultura Nacional Mexicana.

Mi hipótesis provisional es que el uso polisémico y referencial del término “naco” es consecuencia necesaria de la continuidad transfigurada del modelo cultural implicado en los sistemas de castas. Dicho término permite resumir en un solo concepto la variación infinita de ubicaciones económico-raciales de los mexicanos.

La sorprendente permanencia de modelos culturales implícitos es causa y simultáneamente efecto de su reproducción, aunque y esto es lo esencial, siempre dependientes de la todavía más sorprendente continuidad de los patrones de desigualdad económica social en la sociedad mexicana.

### 7.– *Balcones a la carta*

Al hacer un recuento exhaustivo de las lindezas mediante las cuales se han caracterizado a los mexicanos y su cultura encontraremos un común denominador, una perspectiva que las hace comunes: el mexicano es un ser inacabado, inconcluso, postmoderno, por fragmentario antes de la postmodernidad, surrealista sin conciencia de serlo. Somos un pueblo viejo que sigue siendo niño, pueril; somos un pueblo crédulo, esperanzado y agachón, somos también pueblo bronco y brutal, somos pueblo taimado y traicionero, en fin, hasta como híbridos nos han caracterizado.

Si reflexionamos más, nos percataremos de que muchos de los comportamientos que se nos asignan si bien son visibles y podemos constatarlos son también profundamente contradictorios.

Hay un “México bronco” que todo el mundo tiene miedo despierte, porque hacemos revoluciones, pero somos también un “México dormido” que todo el mundo quiere despertar, para hacer revoluciones. Hay un México pueril y esperanzado aún después de tanto engaño, al cual todo mundo quiere poner en realidad, también somos también un pueblo desencantado a quien todo mundo quiere volver a inyectar esperanza. Somos

un pueblo ejemplarmente mestizo, y somos también un pueblo diverso que no ha podido integrarse en una cultura nacional.

Podríamos seguir así, con parejas contradictorias hasta ver que los mexicanos podemos ser cualquier cosa, y que podemos proporcionar hechos y datos estadísticos para casi cualquier comportamiento, a la manera de Stevenson podemos ser el Dr. Jekey o mister Hyde.

Sin el menor ánimo de menospreciar la abundante bibliografía que acompaña nuestro devenir como pueblos bien podemos decir que poco hemos avanzado en el camino de mejor comprendernos.

*Volviendo a mí, debido a la bamboleante situación económica que caracterizó a la familia en mis quince primeros años de vida (1949-1964) nos cambiamos muchas veces de domicilio lo que ponía en tensión con relativa frecuencia mis acomodados identitarios de barrio, que como todo mundo sabe son básicos en la conformación de las personalidades grupales urbanas. Esta tensión significó un reto más en la construcción de mi identidad. No sólo como problema teórico sino que cada acomodo implicaba de menos una “partida de madre”, es decir un ajuste técnico y espacial al liderazgo esquínero y de cuadra, de banda se diría hoy.*

*La Cuahutemoc, la Anáhuac, la Campestre Churubusco, la Álamos, la San Rafael fueron algunas de las colonias que si no me vieron crecer, por lo menos me vieron pasar. La exclusión positiva producto de mi fenotípica*

*fue motivo de reacciones diversas, según el nivel económico de la colonia me garantizaba relativa amabilidad de recepción o relativa enemistad de recepción con sus consecuentes derivaciones.*

El hecho esencial de este proceso de reconstrucción permanente es que siempre concluida con una aceptación táctica que me daba igualdad de derechos y obligaciones.

Lo que deriva, como he afirmado de la “cultura de arribazón” que caracteriza al Anáhuac. Aceptado un nuevo miembro en la colonia, esquina o banda gozaba como afirmé de igualdad de derechos y obligaciones y de reconocimiento por parte del grupo: de identidad pues.

Ya que las bandas de urbe se definen a partir de liderazgos esencialmente físicos, donde el valor y la lealtad son prendas máximas, el líder podía pertenecer a cualquier punto del espacio cromático. No obstante, aunque matizadas y cariñosas las exclusiones positivas y negativas persistían, no como límite de derechos, sino como una de las fuentes más sistemáticas en la elaboración de bromas que como todos sabemos son el núcleo del accionar conceptual de las bandas.

En mi vivencia particular pude ver y participar del conjunto complejo y contradictorio de actitudes a partir de las cuales luego leí se caracterizaban a los mexicanos. Era evidente que cada quien manifestaba una personalidad individual particular. No obstante, el accionar de la banda buscaba una igualación actitudinal de todos guiada principalmente por las “virtudes del líder”.

Lo sorprendente de mi experiencia es que lo que caracterizaba el conjunto de valores aceptados y buscados por todos era extremadamente matizado. Más allá de estereotipos muy en boga en los cuales los malos son malos y los buenos son buenos. El comportamiento prescrito implicaba el contexto de las acciones como el elemento crucial de juicio.

Esta práctica de juicio referencial indica con suficiente claridad la importancia definitiva que el contexto tiene en el juicio que merece una actitud adoptada.

La sistemática importancia del contexto como el elemento nodal de clasificación de un hecho o proceso deriva, a mi entender, del modelo cultural subyacente en la denominada cultura nacional mexicana.

Este accionar cultural en base a los contextos implica tener o un esquema valorativo sutil y complejo a partir del cual se juzga cualquier comportamiento, o una metodología cultural de referencias, hasta ahora desconocida. Lo que como es evidente, hace mucho más dudosas las caracterizaciones abstractas del “mexicano” e indica caminos de análisis que deben explorarse.

La inexistencia de un conjunto sólido y cristalizado de valores de larga tradición en la ciudad obliga a sus habitantes a una permanente construcción y reconstrucción de las escalas valorativas, por lo menos a la misma velocidad que cambia la sociedad.

#### 8.— *¿Indios en el balcón?*

Si bien el Anáhuac es lugar privilegiado de las arribazones no debemos dejar de señalar la presencia milenaria de pue-

blos indígenas asentados en la cuenca con historias y tradiciones propias; islas culturales ubicadas en las antiguas riveras del lago; Milpa Alta, Xochimilco, Tlahuac, Culhuacan, son algunos de esos barrios en los cuales las tradiciones indígenas permanecen con culturas relativamente diversas de la denominada cultura de arribazón.

Aparte de que permanecer es el ejercicio de resistir y mantener una cultura, con las influencias y transformaciones necesarias, las culturas históricas de los pueblos indígenas en el Anáhuac se constituyen como sólidos ejes identitarios de barrio con los cuales la generalidad de los chilangos mantenemos nexos orgánicos.

Estos ejes de identidad son constitutivos del modelo de identidad de los chilangos y deberíamos estudiar con mucha mayor intensidad sus relaciones recíprocas.

La otra presencia indígena, culturalmente significativa en el Anáhuac, es la derivada de la permanente arribazón de familias indígenas extensas, compactadas y articuladas de prácticamente todos los pueblos que habitan en el territorio nacional. Autocentradas culturalmente y con una habilidad sorprendente para reproducir adaptando sus modelos culturales en la urbe, imponen a la ciudad perfiles y definen procesos derivados de sus modelos culturales y que junto con los *indígenas históricos* en el Anáhuac, matizan con gran fuerza las formas de identidad generalizadas en la cuenca.

La presencia indígena constante, aunque poco visible, tiene un impacto en la sociabilidad y los mecanismos de soli-

daridad en la urbe mucho más poderosos y significativos que lo que habitualmente suponemos.

La vigencia de la “familia extensa” como modelo de solidaridad y sociabilidad urbana de las clases populares en la urbe, es un ejemplo significativo y es también uno de los capitales netamente indígenas que funciona como organizador básico y como garante de la relativa paz que en esta ciudad se vivía hace sólo unos años.

Relativa paz que a todos nos ha hecho preguntarnos alguna vez ¿cómo es posible que funcione y cómo es posible que la violencia no sea mucho más generalizada y explosiva?

### *9.—Arquitectura de balcones*

Nuestro valle repleto y rebosante por sus bordes aglomera a casi veinte millones de seres que resisten y eluden con éxito relativo las formas de civilidad individualistas aconsejadas para vivir en una urbe.

Sus razones tienen. Si siguieran los consejos urbanos de promover las formas individualistas de sociedad recreándose en su “miserable mismidad”, y atendidos exclusivamente a la frágil solidaridad que puede proporcionar una familia nuclear moderna el colapso total de nuestra ciudad, tantas veces anunciado, habría ocurrido ya.

Con gran sabiduría se mantienen las formas de solidaridad “premodernas” en las que predominan la familia extensa, y las múltiples formas corporales de solidaridad basadas en el parentesco y en el empleo.

Las “tribus modernas” como diría Michel Mafessoli constituyen una articulada y funcional telaraña de relaciones sociales que otorgan sentido e identidad a los habitantes del Anáhuac, a los chilangos.

Estas formas duras de solidaridad resisten e intentan refuncionalizar cualquier intento consciente o inconsciente por disolverlas.

Por ejemplo, en urbanismo, por ejemplo, el socorrido e infame género del multifamiliar hoy denominado unidad habitacional, fue el modelo escogido por el estado mexicano para ordenar arquitectónicamente y funcionalmente el crecimiento de la ciudad.

Este, como todos sabemos, se fundamenta en la “panalización” de la vida familiar, contempla los espacios comunes como espacios vacíos, (véanse si no las maquetas) jardines, andadores, estacionamientos. Ni por equivocación contemplan la solución comunitaria de las necesidades cotidianas.

Tampoco se percibe en su diseño una reflexión sobre el impacto social de tan radical comportamiento de la vida familiar, descuidando irresponsablemente las formas de socialización, de autocontrol colectivo y de la construcción psicológica individual y familiar.

La mayoría de dichos centros habitacionales promueven implícitamente la disolución de formas de solidaridad suprafamiliares fomentando un individualismo que, si no es resistido exitosamente, genera un complejo actitudinal radicalmente insolidario, lo

que se expresa hoy en la crisis y deterioro de la vida condominial.

Su deficiente funcionamiento es consecuencia de la irracional e irresponsable propuesta de vida que implica que sólo responde a los valores de uso del suelo. Dichas unidades habitacionales estimulan indirectamente, la formación de núcleos juveniles duros que tienden a adueñarse de los “espacios vacíos” en los cuales imponen modelos de sociabilidad competitivos y brutales.

Las casi siempre temibles “bandas” atentan sistemáticamente a la dignidad e integridad de las personas, a partir de generar complejos valorativos propios, desconectados de la familia y del conjunto de valores que la sustenta.

Formas de socialidad que Margaret Mead, preveía desde hace décadas denominándolas *cofigurativas*. Aquellas en las cuales las tradiciones no son ya el elemento estructurador de la reproducción social, a partir de la subordinación y el desprecio total por los “mayores”, desplazando el liderazgo a los jóvenes y sus “pares”, que sin arraigo en las tradiciones y sin historia propia, inventan mecanismos de solidaridad, los cuales, como hemos dicho, se articulan en torno a liderazgos crueles y oportunistas.

Como se comprenderá este fenómeno se potencia en nuestro Valle como resultado de la cultura de arribazón.

La resistencia activa a la individualización y nucleación excesiva de la vida familiar es visible en muchos hechos y procesos, por ejemplo, todos pudimos

constatar cómo las reconstrucciones parciales que se hicieron de edificios y viviendas destruidas por el terremoto de 1985 en el centro de la ciudad, al tener que responder a las demandas de los habitantes y no a los planes centrales del gobierno, impusieron formas arquitectónicas basadas en la “vecindad” como modelo y que como su propio nombre indica se fundamentan en una proxemia “premoderna”.

La lucha en este caso era y es una lucha por defender formas de sociabilidad útiles en el ejercicio y construcción identitarios, así como evitar la expulsión a los márgenes de la ciudad en conjuntos habitacionales poco aptos para el desarrollo de formas de vida comunitaria.

#### *10.– Balcones exclusivos*

*La decisión de a qué escuela iríamos la tomaron mis padres de manera práctica aunque matizada. Eligieron la escuela más cercana a la casa, pero particular, es decir paga. Los criterios para elegir una escuela particular, si bien se basaban en el argumento de la calidad educativa, en el fondo era evidente que buscaban una ubicación de clase, de estrato social. En ese momento aunque menos que en la actualidad, las escuelas particulares prometían un campo fértil a las relaciones sociales ventajosas.*

*Me tocó el Franco Inglés que estaba enfrente de la casa, aunque siempre con el rechazo de mi padre, que comunista y ateo se indignaba de la parafernalia religiosa que envolvía la educación de los maristas.*

*Pocos años estuvimos en el Franco Inglés. Nos cambiaron al Colegio Madrid, que como ustedes saben era una de las tres escuelas creadas por los refugiados españoles.*

*Laico y relativamente liberal el Colegio Madrid, se acomodaba más a la ideología familiar, aunque no necesariamente a mi ejercicio identitario.*

*Siete años pasé en esa escuela hasta que me expulsaron. Años desgastantes en los cuales las contradicciones y conflictos eran asuntos cotidianos. Aún a pesar de su liberalismo político se respiraba un ambiente de exclusivismo soterrado. La fenotipia ambiente era más evidente, la inmensa mayoría de mis condiscípulos eran güeros.*

*Lo que más me sorprendía del sordo trasiego identitario era el ver: cómo niños nacidos en México, mexicanos de nacimiento, hablaban con acento español con la c y la z.*

La educación en México ha sido uno de los terrenos en los cuales la disputa por la nación y en consecuencia la disputa por la identidad, ha mantenido y mantiene una batalla sin cuartel.

Sus momentos estelares son los que devienen del envión revolucionario que se centra en la fértil y contradictoria gestión de José Vasconcelos que en el lapso de tres años, de 1921 a 1924, sentó las bases del sistema educativo nacional y las bases de el proyecto cultural del México de este siglo.

Visionario y racista, Vasconcelos soñó con un México moderno, racialmente unificado y culturalmente sajón. Su reivindicación del México prehispánico se plasmó en murales justicieros y en el culto por los indios de piedra, en desmérito de los indios vivos que en su proteico proyecto estaban condenados a desaparecer.

El segundo momento es el malogrado proyecto de educación laica y socialista del cardenismo, este también duró sólo algunos años.

No obstante sus cortas duraciones son los dos momentos a partir de los cuales se define la lucha identitaria en el terreno educativo.

Ochenta años después podemos ver que no ha habido nuevas protestas y los cambios han sido pequeñas variaciones sobre un mismo tema.

Si bien el Estado se reservó la educación como asunto público y prioritario y logró relativamente sus propósitos, desde el primer momento vivió bajo el sabotaje incisivo y penetrante de las instituciones eclesiásticas, que en México nunca han aceptado perder el espacio de construcción de conciencias como propio.

Esta lucha sin cuartel acompaña al México de este siglo y es causa y consecuencia de muchas contradicciones. Un análisis somero de la estructura de clases en nuestro país mostraría la correspondencia puntual entre los miembros de las altas capas de la sociedad y la educación religiosa y o privada; en contraste, el resto de los mexicanos, la inmensa mayoría, que participa solamente de la educación oficial.

Dicha realidad no es privativa de nuestra nación; lo que le impone un carácter singular es que tal diferenciación de origen clasista se corresponde puntualmente con el color de la piel.

Esta ecuación perversa que ata indestructiblemente el estrato social y la coloración de la piel de las personas, el racismo a la mexicana, se construye y consolida en el proceso educativo. A un color de piel corresponde un tipo de educación, un tipo de religiosidad, un entorno social, unos espacios de deporte, en fin un México diferente y en consecuencia una identidad nacional diferenciada.

La actual lucha que se da en el nivel de educación superior por garantizar el acceso generalizado a ella o por restringir el acceso a partir de cuotas, pone en evidencia la continuidad de esta lucha por el modelo de nación e identidad que la arrobe. Sin lugar a dudas, una de las consecuencias previsible si gana la batalla el sector elitizante, es que la educación superior en México será cada vez más para los blancos, en este país que insiste en negar ser racista.

## *II. – La historia en el balcón*

Si algo posee el mexicano, aun el más desposeído, es una historia singular, una bandera bien bonita y, un himno que a todos nos hace llorar. Tenemos así mismo un inmenso ejército de historiadores activos desde antes que la nación misma se reconociera como tal.

Aunque los historiadores profesionales han producido una obra basta y crítica, la historia nacional mexicana es un género intensamente popular con el cual

se pueden hacer, se han hecho y se hacen muy buenos negocios, canciones, *comics*, películas, telenovelas, videos, libros de divulgación, *gadgets*, y un sin fin de productos comercializables; para bien o para mal nuestra historia está en el mercado.

El único límite a su uso comercial es seguir el guión que los libros de textos oficiales reproducen año tras año con mínimas variaciones.

Todos sabemos lo que puede pasar si alguien con afanes revisionistas quiere modificar o replantear alguno de sus pasajes y personajes, ya sea el Pípila, o los “Niños héroes”.

Es una “historia vigilada”. Se permiten las discrepancias en las interpretaciones de algún período; por ejemplo, está hoy de moda reivindicar la etapa colonial conocida como de la Nueva España, durante años condenada a la oscuridad, o por ejemplo, se aceptan diversas interpretaciones del papel jugado por algún grupo o sector sea este la iglesia o los indios etcétera, no obstante que el guión es flexible no puede violentarse.

La inmutabilidad de la historia de México debe esconder algunas de las claves para entender la confirmación identitaria de México y los mexicanos.

Me sorprende la falta de estudios críticos al respecto. La famosa “nueva historia” que desde hace una década, se practica en nuestro país, si bien ha modificado perspectivas de análisis, ha cambiado el peso específico de los actores en los procesos o ha puesto su atención en temas poco tratados, no ha

hecho una revisión crítica del núcleo del discurso nacional, todo lo contrario ese “nuevo pasado mexicano” ha tendido y tiende a consolidar la versión vertebral del mismo.

A pesar de esto no se le puede echar toda la culpa al Estado mexicano, ya que conocemos la libertad de investigación e interpretación que han gozado nuestros historiadores.

David Brading y otros nos han mostrado que la elección de los aztecas como fundadores de la nacionalidad es un asunto que está vinculado a la lógica de los hacedores de la independencia y no a los hechos históricos inconfundibles.

Por ejemplo, el llamado hoy “mundo maya” que abarca todo el sur del país, podría estar en discrepancia al verse incluidos como satélites en la saga de los mexicas. Qué decir de los Purépechas que los combatieron incesantemente y así podríamos detallar la aparente arbitrariedad de la elección de los aztecas como los precursores de nuestra nacionalidad.

Apunto arbitrariedad ya que desde entonces y antes con más fuerza, la característica de los habitantes del actual México era la diversidad. ¿por qué no fundamos una nación diversa desde el principio? Todavía hoy mismo nos resistimos y titubeamos para hacerlo.

Dije aparente porque hay razones que si bien han sido analizadas, no se han extraído las consecuencias pertinentes. Se escogieron a los aztecas, pues lo que se buscó para fundar una patria nueva era un modelo de organización social y

no el continuar una tradición cultural. ¿Cuál fue el modelo que se escogió? simple y sencillamente el de un imperio.

Los criollos mayoritarios en la construcción conceptual de la independencia se querían independizar de un imperio para formar uno propio.

Lo más parecido a un imperio en nuestras tierras eran los mexicas, aun a pesar de su brutalidad y su reconocido mundialmente afecto por la sangre.

Aunque tendemos a olvidarlo y darle significación mínima y restarle toda importancia analítica, nuestra constitución como *nación mexicana* independiente se concreta por la Junta Soberana que firmó “El acta de Independencia del Imperio Mexicano”, el 28 de septiembre de 1821.

Las discusiones de la época hubieran hecho las delicias de las revistas dedicadas a la nobleza y sus enredos y qué decir si hubieran existido los *paparazzis*. Por ejemplo, un tema que tuvo importancia fue la duda que tuvo el emperador Iturbide para escoger el ajuar con el cual asistir a su coronación, no se decidía si asistir ataviado con la capa napoleónica o en su defecto violentar la moda y asistir con una capa guadalupana, esta última, llena de estrellitas.

Nuestra bandera que llamamos gustosamente lábaro –nombre que designa el estandarte de los emperadores romanos–, lleva en su centro un águila que se come, muerde, domina o juega con una serpiente. Motivo que sabemos es de tradición prehispánica, pero que

simultáneamente nos ubica en el selecto grupo de naciones que tiene un águila en su escudo junto con Alemania, Estados Unidos, y algunos pocos países más con decidida vocación imperial.

Pocos años después de la independencia nos arrepentimos de ser imperio y nos convertimos sin mucho convencimiento en República. Asunto que todavía no hemos concretado, lejos estamos de tener una vida republicana plena.

No obstante deberíamos indagar con mayor rigor y profundidad si estos hechos, de los que podríamos dar muchos más ejemplos, no son significativos en la construcción del discurso de la identidad nacional.

A mi juicio sí, y con un valor explicativo importante para comprender las formas y el ejercicio contradictorio de nuestra identidad.

*Un último paseo biográfico. En 1968 tenía yo 18 años, estudiaba Economía en la UNAM, y militaba en el Partido Comunista. Como muchos de mi generación la matanza de Tlaltelolco nos hizo no volver a la escuela. Viajé durante muchos años por México trabajando en cualquier sitio y haciendo de todo. En esa época empecé a estudiar historia de México en serio. Mi interés social se acendró y precisó en las continuas pláticas y discusiones con indígenas por todo el país.*

*Empecé a tomar conciencia de un hecho para mí crucial. La exclusión positiva, componente esencial de mi carga identitaria me acercaba de ma-*

*nera sorprendente a los indios. Si bien la exclusión para los pueblos indios era negativa, ambos padecíamos la exclusión. Ahí debe haberse definido mi futuro como etnólogo.*

*Deseaba entender más esa solidaridad dura que yo sentía con los pueblos indios. Con el tiempo fui acumulando citas y atando cabos y entendí la natural ubicación política compartida de indios y criollos frente a los mestizos. Comprendí su natural alianza para hacer la independencia y entendí que ambos, los criollos nacidos en México y los indios éramos concebidos como grupos condenados a desaparecer. Nuestro destino fatal e imposible era convertirnos en mestizos y entre tanto, ser mexicanos a medias.*

*Que a mí se me considerara medio mexicano me resultaba relativamente normal, pero que fuera también la condición de los indios fue una iluminación y definió mis intereses en adelante.*

*Curiosamente en ambos casos, en los criollos y en los indios, se da la práctica del autoencubrimiento, ambos grupos buscan no ser reconocidos como diferentes. Es natural a nadie puede gustarle ser un ser a medias chiles.*

Nuestra “simulación republicana” estuvo el siglo pasado a punto de desplegarse. El *affaire francés*, como podemos juzgar el fugaz imperio de Maximiliano, no resultó ser una simple imposición extralógica.

Fue un proyecto que caló profundamente en sectores importantes de nuestro país y que si bien no prosperó, ya que las “armas nacionales se cubrieron de gloria”, estuvo a punto de lograrse pues no era totalmente contradictorio con los modelos de la constitución nacional.

Con agudeza sin par Maximiliano interpretó los signos de la historia mexicana y por poco logra consolidarse con un proyecto semejante y explícito: hacer de México un imperio, el imperio mexicano.

Debemos de reconocer que nuestros historiadores tienen con ese período (1864-1867) una deuda que tendrán que saldar algún día.

Más allá de la “guerra de los pasteles” y de los conflictos entre los intereses europeos y norteamericanos, y de las pugnas entre conservadores y liberales (guión en los libros de texto) es un período de nuestra historia cultural prácticamente virgen.

Más allá de señalar como “traidor a la Patria” a cualquiera que trate de dar una visión crítica y matizada del período de Maximiliano, deberíamos ser capaces de explicar por qué casi logra su intento.

Los datos son interesantes: Maximiliano ha sido el único gobernante del México Independiente, hasta hoy, que aprendió el nahuatl y lo hablaba fluidamente. Fundó el primer Museo Nacional de México. Hizo la primera solicitud de devolución de tesoros mexicanos robados por las potencias europeas. Detuvo la expropiación de las tierras de las comunidades indígenas. Impulsó la construcción de ferrocarriles, se enfrentó a los conservadores que lo invitaron a

venir y se confrontó con la jerarquía eclesiástica, y muchos, pero muchos hechos y procesos, que indican que las cosas no son tan claras y maniqueas como las pintan.

De inmediato afirmo que no estoy a favor de Maximiliano de Hasburgo y su proyecto de imperio. No es lugar para extenderme en esto, pero quiero dejar bien sentada mi posición para los que escuchan sin escuchar.

El punto que quiero indicar es que en la construcción de nuestra nacionalidad están explícitas o implícitas y sumergidas fuertes tendencias imperiales no reconocidas y que probablemente son claves importantes para entender muchos de los comportamientos nacionales los cuales han sido motivo de libérrimas y parciales interpretaciones.

¿Qué decir de nuestro presidencialismo? Siempre insuficientemente comprendido y que generalmente se considera explicado mediante la dudosa teoría de las supervivencias como el resultado de la mezcla del patrimonialismo español con las tradiciones de dominio aztecas.

Lo que no se dice es que nuestra bandera y la concepción de nuestra historia y destino se corresponden sospechosamente con proyectos oscuramente imperiales y con la necesidad de contar con personajes únicos y garantes de la nacionalidad; no como supervivencias transhistóricas dudosas sino como la condición estructural y reproducidos implícita pero puntualmente en los discursos de historia nacional. Si no ¿de dónde nuestra atracción fatal a figuras carismáticas y mesiánicas como Cuahutemoc, Hidal-

go, Juárez, Díaz, Zapata, Villa, Cárdenas, Echeverría, y Salinas en política; otros en el campo de la cultura, otros en el deporte, etcétera.

De ahí los miedos y la incredulidad generalizada que producen en nosotros las promesas de un México gobernado por un parlamentarismo democrático y discutidor y sin figura principal. De ahí también que no se ponga en duda el régimen presidencial y sólo se hable de acotarlo.

Somos un pueblo al cual sus mitos fundacionales y su historia parecen condenarlo a ser un imperio y somos al mismo tiempo un pueblo reiteradamente doblegado.

De ahí, a mi juicio, dónde deben buscarse las claves profundas de la fragilidad existencial que los analistas han señalado nos caracterizan, y no como han querido suponer esos mismos analistas en la insoluble y transhistórica capacidad que hemos mostrado para articular los dos troncos culturales de nuestra nacionalidad.

Siempre que escucho el afán con que los políticos nacionales hablan del desarrollo por venir; de nuestro pronto arribo al selecto grupo de naciones del primer mundo, es decir dominantes me digo: bien, pero para lograrlo ¿a quién vamos a subdesarrollar? No podemos dejar de reconocer que “nuestros triunfos” en este aspecto serán las derrotas de otros.

Hoy Centroamérica empieza a vivir en carne propia el desarrollo de México, esto significa que las transnacionales mexicanas se apropien de sus mercados y de la plusvalía de sus gentes; el

imperio de la tortilla y la cerveza, de las cementeras y de las vidrieras, de las acereras y de las televisoras.

En la identidad profunda de los mexicanos está depositado y cuidadosamente conservado, como si fuera el bulto de huchilopoztil, un “destino escondido”, un futuro maravilloso como promesa milenaria, que se reitera incesantemente, tan incesante como las derrotas y los desaciertos que nos acompañan.

Ante estas realidades buscamos culpables, les transferimos la culpa y seguimos adelante, como si nada hubiera pasado. Nuestro “destino escondido” trasciende cualquier derrota, y nos incita a seguir caminando hasta que ese trágico destino nos alcance.

## 12.– *Balcones deportivos*

La contradicción entre ese sordo y oscurecido futuro imperial implícito en el contexto de nuestra nacionalidad, que se hace acompañar por un discurso, republicano, gritón y altanero, nos permitirá explicar con mayor certeza, la ambivalencia del ser mexicano, con mayor profundidad por lo menos que esas historietas que tratan de encontrar sus causas en la imposibilidad de lograr la síntesis armoniosa de las dos razas madres.

La investigación a fondo y sin medios de esas contradicciones nos permitirá adentrarnos en muchos de los comportamientos cotidianos inexplicables con los modelos de uso.

El deporte y de manera particular el fútbol es un campo de expresión identitaria, cruda ¿Por qué piensan ustedes que cada vez que hay una competición mun-

dial pensamos, sin confesarlo, que podemos ganar la copa del mundo? y ¿por qué después de cada triunfo parcial, nos autocelebramos paroxísticamente? No porque seamos ingenuos o tontos o simples mediocres esperanzados, sino porque en lo profundo de nuestra práctica de la identidad existe ese destino, como posible.

Por esta misma razón el reiterado fracaso nos deprime, pero no nos cura la esperanza.

Estas mismas razones pueden explicar también por qué un triunfo deportivo en este valle se celebra en el monumento a la independencia y no en el zócalo o en la plaza de la revolución. El chilango acude enardecido a tocar, a frotar el *axis mundi* de nuestra cultura, a celebrar que en ese momento nos acercamos a nuestro futuro, nos conectamos con nuestro destino imperial.

Durante algunas horas se instaura un tiempo sagrado en el cual las energías colectivas fluyen en torno al monumento de nuestra nacionalidad en libérrimas celebraciones no exentas de brutalidad.

Con desánimo, vemos a nuestros sociólogos de cabecera hacer la crónica desesperanzada de un pueblo incomprensible, al cual le aplican tristes adjetivos y como siempre establecen una distancia prudente entre esa forma de ser mexicano y el mexicano que ellos son y que también como siempre, nunca nos aclaran quién es.

Tal vez hoy que políticamente el país se asume diverso podremos dar un paso más y empezar a penetrar en las claves

míticas de nuestra nacionalidad, esto será posible si impedimos que un grupo, sea el que sea, se adueñe del presente y quiera reconocerse como el verdadero depositario de la historia, se ubique en la saga de los héroes y nos impida una vez más abrir las ventanas de la nacionalidad y airear el hermoso racimo de nuestras identidades

### *Correo en respuesta a este artículo*

De: Eliades Acosta

A: José Manuel del Val

Día: 3/ septiembre/ 1999

Estimado Pepe:

Acabo de leer “El balcón vacío (notas sobre la identidad nacional a fin de siglo)” y me parece que es un texto sólido y profundo, que no sólo te retrata de cuerpo entero (los que te conocemos te identificamos plenamente en lo escrito), sino que te define ante candentes problemas de la vida social contemporánea, que no son sólo problemas de México.

Me dio mucha alegría ver con qué fundamento defiendes posiciones avanzadas (que no están de moda) en el tema de la identidad. Simpatizo mucho con quienes, como tú, rompen lanzas por la verdad, a cualquier precio. Es muy cómodo plegarse a las concepciones do-

minantes de una época: suelen dar buenos dividendos, aunque no paz interna. Y sé también cuán difícil es que una verdad a medias o una simple mentira puedan ser destinadas, si han sido consagradas por el uso o el abuso. Pero nada nos excusa de tomar esta tarea en las manos, máxime si tenemos la convicción de que la verdad se impone, tarde o temprano, y que eso depende mucho de los hombres.

Partes de un enfoque creativo, personal, con voz propia, que aunque se basa en una concepción del mundo (en mi opinión) vinculada a lo que, de forma simplista podríamos calificar de “materialismo dialéctico” (más o menos la cuerda en que se movió el doctor Marx); pero un materialismo dialéctico no dogmático, no anquilosado, no decadente ni envejecido, o sea, el verdadero materialismo dialéctico de Marx, que no ha sido refutado ni superado por la vida (aún no, tendrá que serlo algún día, como indica la lógica del pensamiento humano), como sí lo han sido sus endeble y caricaturescos “propugnadores”.

Defender con argumentos sólidos, tal y como haces, las pretensiones risibles “a la supuesta objetividad o neutralidad del sujeto investigador”, artículo de fe del canon postmoderno; el carácter distorsionado, por fuerza, con que el prisma de las ideologías hace pagar a las ciencias la pertenencia de los científicos a una determinada clase social (“falsa conciencia de la realidad” llamó Engels a este fenómeno, y muy pocos supieron captar el sentido de esta alerta); la existencia de nexos sólidos aunque difíciles de ubicar, a veces, entre el poder económico y discursos legitimadores de ese poder (léa-

se aquí también, el discurso de la identidad, o los nacionalismos manipulados como argumentos legitimadores) son muestras fehacientes de que te sabes mover en un aparato categorial formidable si se le utiliza correctamente. Desde tales presupuestos se hace muy difícil poder impugnar tus puntos de vista, desde las ciencias. Otra cosa es si, como es habitual en nuestros días, se intente hacerlo desde el pensamiento único al uso, o desde la Disneylandia de la postmodernidad.

No me considero capaz de opinar sobre el devenir de la nación mexicana (o de las naciones mexicanas, a juzgar por tus argumentos). Soy apenas un voraz lector de todo lo que su rica Historia nos ha reservado (en estos momentos estoy leyendo un libro sobre la muerte del general Murguía, de los carrancistas), pero siento que tus puntos de vista son orgánicos con esa propia historia, y lo que es aún más importante: sirven para poner banderillas al toro del *establishment* en que se ha anquilosado esa historia, disfrazándose de “interés nacional”. Ubico a tus ideas dentro del movimiento, perceptible, que reclama cambios a un modelo agotado; que trata de poner al desnudo la endeblez teórica que fundamentaba un mundo, a primera vista imponente. Y todo eso, sin hacer concesiones suicidas ni ingenuas al mundo de la “real política”, al vecino poderoso, ni al ambiente globalizado de nuestra época: esto es una rara virtud, difícil de hallar en los pensadores de hoy.

Acentuar el carácter procesal, de cambios continuos, dialéctico y plural de las identidades, es ganarle la pelea a la volatilidad conceptual, al reciclamiento

perpetuo con que el cánón postmoderno ha querido descalificar a toda la ciencia precedente, en este y otros campos, en aras de un movimiento sin sentido, sin principio ni fin. ¿Quién o quiénes no son producto de una “condición identitaria de arribazón”? Como bien sabes, Cuba es un clásico exponente de este enfoque, precisamente por ello, uno de los aspectos que más me impresiona de tu texto es lo aplicable que es, a muchos de los problemas nuestros; lo válido que son tus puntos de vista para ayudar a desentrañar el hoy y el mañana de mi propio país. En esto radica también, uno de tus más acabados aportes: sólo lo universal es verdaderamente local.

Cuba sufre también de “identidades amuralladas”, o sea, de concepciones estáticas y superficiales sobre sus elementos constitutivos. No sólo existe lo naco en México: forma parte indeleble de lo popular cubano, tanto que, en estos momentos copa la música salsa nacional, la más divulgada y exitosa. Pero siempre estuvo ahí, al acecho de que ciertas carencias o debilidades en las políticas culturales, ciertas descordinaciones y mediocridades, le permitiesen aflorar. Tal y como ocurre con México, los cubanos solemos definirnos a nosotros mismos por oposición “al otro”, generalmente, al foráneo, al cual se identifica, con justicia, como “el enemigo” o “el invasor” (el colonizador, el ocupante, el inversionista extranjero, el turista, etcétera). A ellos nos une una especie de “odio-cariño”, una mezcla freudiana que creía insular, hasta leer tu trabajo y comprender que tiene raíces más profundas. A propósito, para los cubanos “lo naco” sería el equivalente de “lo cheo”. Tanto lo uno como

lo otro nos remiten a castas y clases sociales, a carencias culturales o la asimilación ridícula a otras culturas buscando el éxito o la supervivencia. ¿Qué no estará ocurriendo con ello en un mundo globalizado, de férreos cánones en lo tocante a qué es lo que se debe comer o vestir, sentir o pensar, aunque se viva en Los Ángeles, en Quintana Roo o en Singapur? ¿No estaremos presenciando la globalización de lo naco, la benettización (de Benetton) de lo cheo? Enigmas del mundo de Bill Gates y de George Soros.

A fin de cuentas ¿qué son lo naco o lo cheo sino estrategias de supervivencia, de asimilación, de des-identidad? ¿Y no es esto lo que se promulga como “políticamente correcto” en nuestros días? ¿No se nos estimula a diluirmos en el mundo global, estandarizado, homogéneo? Tu mirada a las dinámicas de estos procesos es un paso de avance hacia la explicación de los fenómenos en todas sus conexiones posibles: de explicar a transformar va un largo trecho, pero el primer paso hacia la transformación es la explicación.

Hoy estas verdades son apenas un oasis en medio del desierto postmoderno, casi asunto críptico de elegidos, de sectas e individualidades. No siempre será así, y ya muchos vienen de vuelta. Hay que tener paciencia.

Leyéndote entendí mejor sobre el origen y las causas psicosociales de la violencia juvenil en las grandes urbes; entendí mejor por qué se han dirigido tantos ataques contra la memoria histórica, las tradiciones, la familia y los valores en aras de la fragmentación y

perpetuación del dominio clasista enmascarado en la aparición inducida de nuevas formas de socialidad. ¿Qué papel han jugado en esto la literatura de moda, los medios masivos, los entretenimientos nada gratuitos, la pedagogía y los comerciales? ¿Qué papel ha jugado, y juega el cine dominante, aplastantemente norteamericano?

Llegado a este punto la vocación “imperial” del mexicano es un hallazgo teórico para mí, pero un hallazgo intuitivo. No sé si conoces que hubo planes de anexar Cuba a México, como solución intermedia entre las reclamaciones de España y los Estados Unidos. Pero más sorprendente sería la constatación de una vocación “imperial” cubana, o mejor dicho, un afán de situarnos en el centro de lo universal y lo moderno, una aspiración vanguardista perenne que recorre el espinazo de la nación, desde sus orígenes: es un hecho demostrable. Bien encausado, no está mal, siempre que se mantenga en los límites cuerdos de la vocación.

Lo de Maximiliano de Hasburgo me parece muy atinado: coincido contigo en que debe volverse sobre esta historia y sobre sus protagonistas, sin prejuicios ni anatemas prefabricados. Hoy por hoy, si de algo me convenzo es que la verdadera historia de América (y de gran parte del mundo) está por escribir, pero ello sólo será posible poco a poco, con madurez y libres de las condiciones que impone “la falsa conciencia de la realidad”; o al menos, cuando los conflictos políticos e ideológicos permitan serenidad y nos concedan liberarnos de crispaciones.

Los mitos fundacionales de México son muy parecidos a los nuestros. Quizás se hallen ustedes en el momento exacto de revisarlos y reformularlos. Para nosotros, aún no ha llegado ese caso, y no llegará mientras estemos en esta especie de vela de armas perpetua en que vivimos. Más peligroso que los mitos sería quedarnos sin historia que, hoy por hoy, es el cemento que une a una nación amenazada por factores internos y externos. Ese momento llegará, y siento envidia por los historiadores del futuro que podrán plantearse, sin limitaciones, todas las interrogantes posibles. Todavía a la identidad en Cuba le espera un largo tiempo de servicios.

Perdona si me he salido de la tangente y torcido un poco el rumbo de tu excelente texto, en aras de “aplatanarlo”

como decimos en Cuba cuando algo o alguien se “cubaniza”. Considera que esta pasión y las asociaciones que despierta testimonian su valor. Los textos que lo dicen todo, que no son capaces de sugerir, que no estén abiertos, son intrascendentes, aparte de aburridos.

Te repito mis felicitaciones, y te recuerdo que espero tu autorización para que lo podamos publicar en la *Revista de la Biblioteca Nacional*. Para ello necesitaría una pequeña síntesis de tu curriculum, para acercarte a nuestros lectores.

Un abrazo:

ELIADES ACOSTA



**Cultos y libres**

Lo mejor de la literatura  
contemporánea cubana  
e internacional usted podrá  
leer si se abona al

**Club  
Minerva**

Información: (53 7) 81 7657  
Email: danays@jm.lib.cult.cu

Una identidad nacional que no renuncie a la riqueza adquirida en las décadas pasadas y que sea capaz de revisarse las entrañas sin mentiras ni ocultamientos, sería una fuerza extraordinaria si se plantea un propósito tan ambicioso, por el profundo arraigo que tiene esa identidad en la gente, por la capacidad que ha tenido de levantarse sobre raseros mezuquinos para prefigurar utopías, y por su capacidad de convocar a todos a darle sentido trascendente a la vida y a la búsqueda de bienestar y felicidad.<sup>1</sup>

Luego de unos tres años de ausencia en la patria, Rubén Martínez Villena regresó a Cuba (mayo de 1993). Punto de atraque: Santiago de Cuba. Cinco días después, el 18, Blas Castillo lo conduciría a La Habana.

Recién llegado, Martínez Villena encontró un panorama sombrío para la dirección del Partido Comunista de Cuba (PCC). Dirigentes partidistas, proleta-

# Rubén Martínez Villena en 1933. (Centenario 1899-1999)

Caridad Massón  
Sena

*Historiadora*

rios, juveniles, estudiantiles se hallaban sepultados en las mazmorras del Príncipe: Jorge A. Vivó, secretario general del PCC; Cesar Vilar, máximo líder de la Confederación Nacional de Obreros de Cuba (CNOO); Joaquín Ordoqui, Severo Aguirre, Ladislao González-Carbajal y otros combatientes.

Partiendo del diezmado Comité Central era preciso reorganizar el trabajo. Isidro Figueroa “Sampedro” y José A. Guerra “Matienzo” llevaban el peso de la responsabilidad principal como miembros del secretariado. Ellos trataron de evitarles más preocupaciones a Rubén, pero él exigió un lugar protagónico en la batalla. Para eso fue preciso coordinar locaciones, momentos, medidas de seguridad. Poco a poco lo fueron incorporando a las juntas del Buró Político, que finalmente decidió citar al Comité Central (CC).



Según las referencias que nos brindan dos fragmentos de notas manuscritas de Rubén Martínez Villena, a mediados de junio se reunió el CC. Los documentos no precisan fecha exacta, ni si las anotaciones pertenecen a dos asambleas diferentes o a una sola convocación con dos sesiones. Lo que sí establecen claramente son los aspectos medulares que se discutieron, los cuales pudiéramos resumir en los siguientes aspectos: reorganización del secretariado, Buró Político, Comité Central y cada uno de los departamentos de trabajo; rendición de cuentas de los distritos 3, 4 y 5; información sobre las principales tareas de la Defensa Obrera Internacional y la Liga Antimperialista.

Existen ciertas limitantes para comprender la información que nos brindan estos apuntes. En la generalidad de los casos se utilizan seudónimos para nombrar a los participantes; en ocasiones, las palabras no están escritas con todas sus letras y debemos deducir las que le faltan. No obstante, intentamos dar a conocer las revelaciones que nos parecieron más evidentes, como es el caso del nombramiento de Rubén Martínez Villena, “Julio”, en la responsabilidad de Secretario General del PCC –de modo provisional– para desempeñar labores con los ya mencionados miembros del secretariado, Figuerola y Guerra.<sup>2</sup>

Las cuestiones obreras mantuvieron tensión a la mayoría de los delegados: la necesidad de mejorar el trabajo organizativo entre los desocupados, fundamentalmente en el interior del país; la intensificación de la labor sindical en sectores tales como los portuario, minero, ferroviario, cigarrero, educacional, con

el objetivo de encauzar sus demandas y descalificar sus divergencias reformistas; el estrechamiento de las relaciones entre los comités distritales y las direcciones de la CNOC y sus sindicatos; las luchas contra la carestía de la vida; la publicación de folletos para instruir a los líderes trabajadores; y la creación de un periódico que reflejara sus inquietudes.

La asamblea se proyectó también en otro sentido: la relación con los alzados, bandas pertrechadas de fusiles y machetes que desarrollaban acciones contra el régimen en los campos, unas veces, sabotando las propiedades a los poderosos, otras quemando plantaciones de caña, etcétera. Entre estas partidas se destacaban las fuerzas de Blas Hernández. El PCC debía participar en acciones conjuntas y tratar de orientar las operaciones de esos grupos por el sendero de la revolución agraria y antimperialista

Asimismo, las observaciones de Rubén planteaban la necesidad de redactar un documento bajo el título “El Partido Comunista y los problemas de la Revolución en Cuba”, que hiciera referencia al carácter contrarrevolucionario de la labor de los trotskistas excluidos de la organización.<sup>3</sup> Según las teorías de estos, las huelgas que se desplegaban “estaban condenadas al fracaso”, no podrían haber “paros en la industria azucarera sin una huelga generalizada”, todas estas demostraciones serían “gastos inútiles de ridículo”.<sup>4</sup>

Efectivamente dicho panfleto se publicó y contenía, además, el siguiente planteamiento básico:

La Revolución en Cuba está en su primera etapa democrático-burguesa, y por ello reviste una forma antifeudal y anti-imperialista. La victoria de la Revolución Agraria y antimperialista, será lograda mediante la alianza de la clase obrera y del campesinado, arrastrando a las capas pobres de la pequeña burguesía urbana, bajo la hegemonía del proletariado y la dirección del Partido Comunista, por el derrocamiento del poder del imperialismo, por el derrocamiento de los elementos feudales (latifundistas) y de la burguesía nativa ligada a estos, y el establecimiento de la dictadura democrática revolucionaria de los obreros y campesinos, sobre la base de los soviets.

La hegemonía de la clase obrera y la dirección del Partido Comunista en la revolución agraria y antimperialista, es la garantía de su victoria y de su desarrollo hacia la revolución proletaria, socialista, en el más corto tiempo posible, con el apoyo del movimiento revolucionario mundial y especialmente del movimiento proletario revolucionario de Estados Unidos y del movimiento revolucionario de los pueblos oprimidos de América del Sur y el Caribe.<sup>5</sup>

Una pequeña chispa sirvió como detonante para el estallido social. El 5 de julio los trabajadores de ómnibus se rebelaban contra las pretensiones hegemónicas dentro del sector desarrolladas por Pepito Izquierdo (alcalde del Distrito Central). “¡A la huelga!” fue la consigna. Primero se les sumaron los tranviarios: la solidaridad fue creciendo y la cantidad se transformó en calidad. En agosto el paro era general.

La dirección del Partido Comunista de Cuba declaraba que la huelga era sólo un paso hacia la revolución, no la revolución misma; que a Machado solamente se le podía derribar con la insurrección armada popular para lo cual había que prepararse. Rubén temía que el movimiento terminara en el holocausto y se produjera la intervención norteamericana. En un manifiesto conjunto del PCC y la CNOC, fechado el 6 de agosto, se cuestionaban estos dos organismos porque a esas alturas, hasta los enemigos del proletariado querían colaborar con la huelga. ¿Cuáles eran sus propósitos secretos? Y se respondían:

Ellos no pueden tener, ni tienen, ningún interés en que los obreros de ningún sector consigan las demandas económicas inmediatas para las cuales están luchando. La única explicación verdadera de su “participación” en la huelga es que, pensando que el simple cambio de Machado por cualquier otro gobierno traiga unas condiciones favorables para sus negocios respectivos, creen a la vez que el aumento del movimiento de huelga puede traer la renuncia de Machado o activar las gestiones del interventor para cambiarlo.

Más conscientes que los simples patrones que han “ayudado” la extensión de la huelga, estos líderes “grupos de oposición” no piensan que Machado renuncie. Comprenden que sólo la insurrección del pueblo o la intervención yanqui pueden destornillararlo de la Presidencia de la República; y concedores, a su vez, de que el proletariado y los campesinos no están aún en condiciones de tomar el poder e instaurar un

gobierno obrero y campesino, piensan que lo mejor para sus ambiciones, para sus aspiraciones de verdugo, sería que las masas, con el sacrificio de sus vidas, derriben al odiado asno con garras para poder ellos ocupar inmediatamente su lugar.<sup>6</sup>

Desde su escondite, Rubén se mantenía informado de la situación por José Antonio Guerra, hijo del secretario de la presidencia, Ramiro Guerra, quien le había advertido que Machado estaba inconforme con la mediación y se comentaba el posible asesinato de Welles para hacer recaer sobre los comunistas la responsabilidad del crimen.

Joaquín Ordoqui refiere en sus Memorias...:

Las circunstancias eran muy complejas en aquellos días y se hacía necesario obrar teniendo en cuenta todos los aspectos para mantener la unidad de la clase obrera en torno a una política correcta. El reformismo tenía mucha influencia en las masas de trabajadores, y los reformistas no querían oír hablar más que de las reivindicaciones económicas. Les importaba fundamentalmente que fueran satisfechos los pliegos de demandas formuladas a la patronal, pero ofrecían resistencia a una acción de mayor envergadura.

Convencido Machado de que le faltaba apoyo de Washington, impresionado de la impopularidad de su régimen, trató de llegar a cierto entendimiento con los sectores opositoristas, designando a Gustavo Gutiérrez, para que se entrevistara con la dirección del movimiento obrero y propiciara el envío de una co-

misión a Palacio que tratara con él las bases de un acuerdo.

Los reformistas presionaban para un acuerdo y por fin se decidió a enviar a compañeros firmes, pero poco conocidos con el objetivo de percatarse de las intenciones del Presidente y ganar tiempo.<sup>7</sup>

La comisión de la CNOc estuvo integrada por tres compañeros entre los cuales recuerda Blas Castillo estaban Vicente Álvarez y Martín Castellanos. La entrevista se desarrolló en un tono de aspereza. Machado con sus desplantes dijo en una oportunidad: “Bien señores. Yo podría hacer ahora lo que quisiera con ustedes”. Uno de los entrevistados, Vicente el cigarrero, le contestó: “Cuándo no, si usted tiene la fuerza”.

Arsenio Ortiz que estaba presente, furioso intervino: “Así no se le contesta al General”; y Machado exclamó: “Déjalos, es mejor que sean cínicos”.

Por fin, la comisión declaró que antes de entrar a discutir los acuerdos tenía que darle la libertad a algunos dirigentes de la CNOc en ese momento encarcelados.

Por eso en el llamamiento del PCC y la CNOc del 6 de agosto se explicaba que la oposición hacía circular la consigna de “no volver al trabajo hasta que caiga Machado”, querían llevar la huelga a un callejón sin salida, a una masacre, para exigir la intervención norteamericana, acusando a estos organismos de apoyar a Machado.

Hagamos de esta huelga general –exhortaba el manifiesto– y de las luchas subsiguientes, el medio por el

cual vencamos los obstáculos y produzcamos las condiciones, todavía hoy no presentes, que nos impiden realizar, por el momento, la insurrección definitivamente victoriosa de las masas, contra el poder búrgues-feudal-imperialista y por la instauración de un firme Gobierno Soviético Obrero y Campesino.<sup>8</sup>

Después de la masacre del 7 de agosto y con la presencia de algunos luchadores recién liberados de la cárcel, se congregó al CC para tomar una resolución definitiva. Machado prometía satisfacer la mayoría de las demandas económicas y sociales y Villena se interesó por valorar de nuevo el panorama existente dentro del gobierno y las fuerzas armadas.

Las Memorias inéditas de Joaquín Ordoqui describen con detalles las discusiones acaecidas:

Según la opinión de José A. Guerra: “El ejército estaba unido a Machado. Mucho más después de la represalia sangrienta de días antes con la cual se sentía comprometido”.

Este criterio no satisfizo a la mayoría. Estaban los acontecimientos de la Cabaña, las informaciones de Emilio Laurent sobre descontento de la oficialidad y múltiples manifestaciones de descomposición entre las tropas.

Se puso a discusión si se firmaba o no el acuerdo con el Presidente. Entre los elementos que se tuvieron en cuenta para tomar una determinación estuvieron:

1. El estado interno del gobierno y los poderes castrenses.

2. La posición de los reformistas y su influencia en las masas.

3. El ascendiente real del Partido Comunista para garantizar la continuación de la huelga hasta el derrocamiento de Machado.<sup>9</sup>

Los otros sectores opositores podían estar o no con la huelga, pero lo importante en este caso eran los obreros. Rubén analizaba que ellos llevaban semanas sin trabajar ni recibir sus emolumentos. A veces sus familias no tenían un bocado que llevarse a la boca. ¿Hasta donde resistirían? ¿Sus conciencias les permitiría comprender la posición del Partido al rechazar un pacto que les concedía prácticamente todas sus demandas? Machado o cualquier otro no iban a cambiar el destino de los trabajadores.

Guerra y Felipe González (miembro también del Comité Central) razonaban que se podía perder todo, de querer ir demasiado lejos, Felipe, recién llegado de la URSS, estuvo largo tiempo argumentando sus criterios, incluso citó textos marxistas que hacían referencia a situaciones similares en otros países. Para Villena lo más importante era un análisis objetivo de las circunstancias concretas en Cuba.

Pesaba, además, en la decisión, un cable recibido del Buró del Caribe cuyo texto decía aproximadamente: “Demoren venta final”.

Rubén tomó la palabra. “La huelga debe tener un término. Los reformistas quieren el regreso al trabajo, sin embargo el sector más radical repudia el entendimiento. No debemos dejarnos presionar

por los primeros. La vieja fórmula para describir el estado de ánimo de las masas es realizar un tanteo en el sector más afectado por los rigores del paro, los obreros del transporte”.

Se eligió a Cesar Vilar para razonar con la asamblea. el mensaje del Buró Político explicaba cómo la presión de los trabajadores de ómnibus y los tranviarios habían llevado sus respectivas empresas a concederles sus demandas fundamentales. Definía que la tarea del momento era consolidar las posiciones alcanzadas:

¡Mantened la lucha hasta la victoria, y una vez lograda ésta. organizad la vuelta al trabajo organizadamente, creando los sindicatos, fortaleciendo los existentes y preparándolos para nuevas y victoriosas luchas.

[...] Mantengamos la lucha hasta lograr nuestras reivindicaciones inmediatas en cada industria, en cada fábrica! ¡Arranquemos con las luchas de masa nuestras reivindicaciones a los explotadores y preparemos las nuevas y más grandiosas luchas que habremos de librar hasta la victoria definitiva del proletariado sobre los explotadores y la instauración de un Gobierno Obrero y Campesino!<sup>10</sup>

La respuesta de los huelguistas fue rotunda: “Ni un paso atrás, que se vaya el animal”.

La dirección del Partido había estado dividida en torno a la decisión de pedirle a los obreros el regreso escalonado al trabajo. Rubén Martínez Villena, Felipe González, José A. Guerra, Jorge A. Vivó

y César Vilar se manifestaron por la negociación. El razonamiento de Rubén planteaba en esencia:

“[...] mejor un Machado débil que un nuevo gobierno de la oposición burgues-latifundista colocado por la marinería yanqui”. Machado entraría en una crisis profunda—pensaba— y el proletariado estaría más preparado para la revolución agraria y antimperialista como aspiraba el PCC.<sup>11</sup>

Uno de los análisis históricos más completos sobre lo que se conoció como “errores de agosto” del Partido Comunista de Cuba proviene de la pluma de Lionel Soto en su libro *La Revolución del 33* donde plantea que ellos se caracterizaron por un desacierto táctico esencial: la orientación de regresar escalonadamente al trabajo y varias erratas conceptuales: “A Machado solo se le puede tumbar con la insurrección armada”, “es mejor un Machado débil que un gobierno de la oposición”, etcétera.

Soto centró su examen en aspectos de índole subjetiva unos y objetiva otros. Rubén sería protagonista del equívoco, y al mismo tiempo, víctima de sus propias concepciones forjadas a la luz de las orientaciones de la Internacional Comunista, de una proyección dogmático-sectaria, que proponía una estrategia revolucionaria agraria y antimperialista lograda por la lucha armada y la instauración de los soviets, sin etapas intermedias de carácter democrático-burgués y, por tanto esquivando alianzas con sectores de la burguesía media que no aceptaban los postulados del Partido Comunista.

El aislamiento forzoso que le imponía su enfermedad, también contribuyó a que Villena no pudiera calar correctamente los estados de ánimo que predominaban en el pueblo y sopesar todos los factores.

La realidad demostró que el pueblo sería elemento decisivo en el aplastamiento de la tiranía el 12 de agosto de 1933. Sin embargo, las vanguardias revolucionarias de entonces no estaban suficientemente preparadas para hacer cristalizar un movimiento político superior.

Durante la efímera presidencia de Carlos Manuel de Céspedes, jornadas de dura praxis política y profundos debates ideológicos se produjeron en el seno del Comité Central del Partido Comunista, reunido entre el 26 y 28 de agosto, para celebrar su V Pleno.

Presidido por Rubén Martínez Villena se logró congregar representantes de la mayoría de las provincias. Varios invitados extranjeros acompañaban la presidencia: Alberto Moreau, Ricardo Martínez, Juan el Polaco (Lavski) y Pedro el Canadiense, todos a nombre del Buró del Caribe.

En el examen de la actuación del Partido salió a relucir por primera vez, la crítica de los errores de agosto, a los cuales se les atribuyó como causa fundamental la existencia de métodos de trabajo economicistas y anarcosindicalistas.

No estaban en condiciones de abordar con verdadera objetividad los sucesos.

Durante ese mismo pleno se discutió la instrucción del Buró del Caribe relacionada con el establecimiento de los soviets

en Cuba. Esta cuestión provocó un fuerte altercado entre los participantes, en vista que Villena manifestó desacuerdo con la orden traída por los invitados foráneos.

Las reflexiones de Rubén argumentaban que los forasteros llevaban mucho tiempo fuera de las luchas de sus países, estaban burocratizados y, además, no habían podido impedir el apoyo de Estados Unidos a Machado, ni la mediación, por lo tanto no debían imponer esa directiva absurda.

Según recuerda Ordoqui, testigo de estos hechos, los representantes del Buró traían la fuerte determinación de que, o el Partido aceptaba la implantación de los soviets o se le consideraría traidor y oportunista.

Rubén se negó a aceptar aquella orden. Ya exaltados los ánimos trató de convencerlos: “esa proyección los alejaría de las masas, afectaría el trabajo dentro de las fuerzas armadas, hasta la propia palabra podía asustar a la gente”.<sup>12</sup>

La controversia tomó un cariz más agudo ante la opinión del secretario general Jorge A. Vivó de que los miembros del ejecutivo internacional tuvieran voz y voto en la asamblea. Villena se opuso radicalmente a ello y, ante la insistencia de este, promovió su destitución del cargo porque más que un secretario general se comportaba como un “general secretario”. La mayoría lo apoyó. En su lugar fue electo el obrero Isidro Figueroa.

Sin embargo, la masa mayoritaria se solidarizó con el proyecto de los soviets.

A continuación el delegado manzanillero Francisco Wilfredo Calderius López (Martínez o Blas Roca) planteó que en su región había posibilidades de construir un soviet, en el central Mabay y acto seguido prometió impulsar la formación del mismo al regreso a su ciudad natal.

Al producirse el V Pleno del Comité Central, ya algunos centrales azucareros habían sido tomados por huelguistas de ese sector semanas antes.

Cuando el 10 de septiembre pasaba a ocupar el sillón presidencial de la República Ramón Grau San Martín, ya el Partido Comunista de Cuba había echado a andar sus propuestas del V Pleno. Apenas cuatro jornadas después se organizaba el soviet de Mabay.

Lionel Soto afirma que el de Grau

[...] era un gobierno revolucionario, pequeño-burgués de facto cuya ideología –dentro de las indefiniciones imaginables– era de carácter nacional-reformista y, por tanto, no poseía una ideología revolucionaria completa [...].

El nuevo gobierno pequeño-burgués, además, dictó medidas de sabor nacionalista, de resistencia y hasta de antagonismo enérgico al potencial y pretensiones del imperialismo. Ese gobierno reivindicó la total y absoluta independencia política nacional y la defendió internacionalmente.<sup>13</sup>

El 29 de septiembre, los trabajadores de La Habana se dispusieron a rendir póstero tributo a las cenizas de Mella traídas desde México. En la sede de la Liga

Antimperialista (en Reina y Escobar), un grupo de luchadores esperaban la salida del cortejo que partiría al parque de la Fraternidad. Junto a ellos, Rubén en fantasmagórica entrega.

Con voz apenas perceptible, Villena se dirige a la multitud:

Camaradas: Aquí está, sí pero no en ese montón de cenizas sino en ese formidable despliegue de fuerzas.

Estamos aquí para tributar el homenaje merecido a Julio Antonio Mella, inolvidable para nosotros, que entregó su juventud, su inteligencia, todo su esfuerzo y todo el esplendor de su vida a la causa de los pobres del mundo, de los explotados, de los humillados... Pero no estamos sólo aquí para rendir ese tributo a sus merecimientos excepcionales. Estamos aquí sobre todo, porque tenemos el deber de imitarlo, de seguir sus impulsos, de vibrar al calor de su generoso corazón revolucionario. Para eso estamos aquí, camaradas, para rendirles de esa manera a Mella el único homenaje que le hubiera sido grato: el de hacer buena su caída por la redención de los oprimidos con nuestro propósito de caer también si fuera necesario...<sup>14</sup>

A un ruego del orador, un sargento que participaba en la manifestación levantó su fusil y dijo que estaba dispuesto a entregarlo al pueblo en gesto de confraternización. Poco después, ya retirado Rubén, se iniciaba el tiroteo y con él la masacre.

Ante la inesperada situación, el PCC acusó al gobierno en su conjunto por la violencia desatada. No podía discernir claramente que mientras Guiteras trabajaba en la promulgación de leyes de contenido nacionalista y progresista como la implantación de la jornada de ocho horas y el jornal mínimo y la disolución de los partidos machadistas, las huestes militares actuaban con absoluta independencia y Batista aprovechaba el descontrol y las vacilaciones del ejecutivo para mostrar su faceta homicida.

Civiles y militares intercambiaban golpes. El 3 de noviembre Guiteras propuso a Grau juzgar a Batista por traición. Grau se negó a hacerlo.

Cuando el 7 de noviembre se produjo un levantamiento contrarrevolucionario de elementos adversarios confabulados con exoficiales y sectores de las fuerzas armadas, el manzanillero Francisco Calderius, ya de regreso a La Habana, poniéndose al corriente de la intentona escribió un documento y lo presentó al Buró Político. Sus apreciaciones fueron altamente valoradas por los compañeros y lo designaron secretario general interino del CC sustituyendo a Figueroa. Esta decisión dio una gota de alegría a la dolorosa existencia de Rubén, quien opinaba que había sido una elección acertada.

Aunque en los últimos meses de 1933 y los primeros días de 1934 se pusieron en vigor las proposiciones más avanzadas de Guiteras, vale decir: Leyes de accidente del trabajo y contra la usura, rebajas de las tarifas eléctricas, concesión de matrículas gratis, intervención de la Compañía de Electricidad, los comunistas no percibían el proceso de radicalización que acompañaba esas resoluciones.

Mórbido, lacerado, desde el sanatorio La Esperanza, bajo las prescripciones de su doctor y amigo Gustavo Aldereguía, Rubén aguardaba expectante la visita de Fabio Grobart, Francisco Calderius e Isidro Figueroa que lo mantenían informado de dos eventos trascendentales a celebrarse: la primera conferencia nacional de emergencia del PCC y el IV Congreso de la Unidad Sindical.

Del 12 al 13 de enero se efectuó el IV Congreso de la Confederación Nacional de Obreros de Cuba. A la redacción de sus dictámenes dedicó sus fenecientes energías Rubén Martínez Villena.

El 16 de enero de 1934, a la edad de 34 años, en el Salón de Torcedores, las masas laboriosas de la capital le darían postrer y digno adiós.

# La semilla germina

**Newton Briones  
Montoto**

*Historiador*

Cuba, al igual que una tierra mal atendida comenzó a dar frutos indeseables durante su época republicana. Su deterioro había comenzado mucho antes, casi desde el mismo momento de su descubrimiento, en 1492. En 1902, año de la constitución de la república, su tierra no estaba abonada con las mejores semillas. Los casi cuatrocientos años de dominación española no dejaron una tierra bien preparada; un campesino adiestrado ni un campo teórico adonde recurrir para resolver problemas en caso de necesidad. Sin embargo dejaron en el cubano rasgos negativos. Reaparecieron caracteres de sus ascendientes, las tradiciones monárquicas, el poder omnímodo de los capitanes generales y la corrupción. En 1945 vivió en Cuba un sociólogo norteamericano por espacio de un año. Una de sus observaciones lo confirman:

Los funcionarios coloniales españoles, estaban, en general más interesados en los beneficios personales que pudieran obtener al amparo de sus cargos que en el mejoramiento de los servicios para el pueblo que tenían bajo su autoridad. Sin embargo, este perverso modelo fraguó en el ideal que muchos cubanos abrazaron y que pal-

pita en el fondo de su pensamiento político.<sup>1</sup>

Los cinco primeros presidentes dejaron en los gobernados el deseo por alcanzar algo mejor.<sup>2</sup> Cada siembra reprodujo la calidad de los mismos frutos. Veamos cómo se desarrollaron los cultivos y el resultado de sus simientes.

Desde que se inició la república, la selección de los presidentes se había guiado por los procedimientos institucionales vigentes. Varios candidatos competían en las elecciones, después el voto de los electores, y como resultado final un presidente. Una vez en el poder, los procedimientos establecidos no garantizaron a los electores resultados favorables. Las mezquinas flaquezas humanas sobresalieron más que las necesidades populares. Desde el 20 de mayo de 1902, fecha en la que nos comenzamos a gobernar, hasta el 9 de septiembre de 1933, Cuba había tenido ocho presidentes. Uno logró gobernar ocho años, Mario García Menocal, otro, Alberto Herrera, menos de un día. El primero aprovechó la coyuntura de la primera guerra mundial para extender su mandato hasta 1921, aunque la Constitución establecía cuatro años como tiempo tope. Después vino Alfredo Zayas, una frase de un contemporáneo, el coronel Manuel Despaigne, podría resumir su obra de gobierno. Zayas “escribe con dos dedos y toma lo que puede con diez”. Lo siguió el general Machado, gobernando desde 1925 hasta el 12 de agosto de 1933. En 1927 Machado modificó la Constitución y durante cuatro años más gobernó el país con mano de hierro. Los estudiantes y el pueblo lograron quebrar su gobierno, el 12 de agosto de 1933.

Parecía que ese día todo cambiaría, para mejor, pero así no sucedió. Carlos Manuel de Céspedes asumió la presidencia, con la ayuda interesada del embajador de Estados Unidos. Su mandato duró menos de treinta días. Los sargentos del campamento de Columbia y los estudiantes del Directorio Estudiantil se unieron, protagonizando una acción que puso fin al gobierno del presidente recién elegido.

Todo empezó por un rumor, económico, convertido en temor en las siguientes horas. Los sueldos serían reducidos de \$22 a \$13 pesos al mes. A ello se unió el deseo de los sargentos y soldados de sustituir a los oficiales, como respuesta a las humillaciones recibidas durante el gobierno anterior. Además se comentaba, sobre los militares, que estaban complotados para hacer regresar a Machado de nuevo. Estos ingredientes se unieron ese día, no con el propósito de sustituir a Céspedes, sino para solicitar mejoras y seguridad. Así empezó el 5 de septiembre, pero terminó de otra manera. El embajador Welles fue el primer sorprendido, su obra política se venía al piso. Él había sido el artífice de la mediación, forma eufemística de tratar la caída de Machado. Céspedes, era obra suya, y con él esperaba reconstruir a Cuba política y económicamente. Al caer su protegido, el trabajo quedaba en nada y sus sueños de forjador se derrumbaban. Esto engendró odio, por parte de Welles, hacia los estudiantes y los militares complotados en el derrocamiento de Céspedes. A pesar del revés inicial se sabía poseedor de dos poderosas armas, el no reconocimiento al nuevo gobierno, y la intervención de acuerdo a la Enmienda Platt, desde su

posición podía hacerla valer. La historia de la caída de Céspedes sucedió de manera rápida y sin pérdida de vidas humanas. He aquí los detalles prácticos de la acción.

En la madrugada del 5 de septiembre de 1933, los estudiantes y los militares se constituyeron en la Junta Revolucionaria de Columbia, organismo que oficialmente dirigió el movimiento, en las horas que siguieron al motín militar. Estaba integrada por civiles, los miembros del Directorio Estudiantil, por hombres distinguidos en la lucha contra Machado, y por militares, los sargentos del campamento de Columbia. La Junta Revolucionaria de Columbia, emitió la Orden General No. 1 del movimiento triunfante, dando a conocer su cuerpo directivo. Encabezando la lista aparecía el sargento Fulgencio Batista como jefe del movimiento en la parte militar. Hasta ese momento su nombre no era conocido fuera del campamento. A pesar de no representar ningún distrito militar, se había convertido en el líder del movimiento. Los personajes más importantes de la acción eran los sargentos, contaban con fuerzas físicas en número de soldados. La locuacidad de Batista, su osadía y atrevimiento le habían permitido ocupar esa posición. Ni corto ni perezoso Batista supo desde el primer momento hacia dónde debía dirigir sus pasos para obtener una mayor cuota de poder, y demostró desde esa misma noche tener más inteligencia y carácter que todos los que, con igual o superior grado, lo acompañaban en la aventura. Para desgracia del país, que esperaba se plantara otra semilla, sin embargo la postura

resultaría peor que las anteriores. La simiente se conectaba y reproducía las características de los atavismos españoles. Los que habían soñado con la justicia prometida por Céspedes, Martí, y Maceo, iban a recibir multiplicada la herencia de Weyler y Machado.

En la parte civil cinco hombres sustituirían a Carlos Manuel de Céspedes. Este modelo presidencial estaba de moda en otros países. Los cinco recibieron el nombre de Comisión Ejecutiva, y fueron seleccionados por la Junta Revolucionaria de Columbia. El Directorio Estudiantil, cabeza política del movimiento cometió la ingenuidad de confiar la dirección de los asuntos públicos a los pentarcas. Desde las ocho de la mañana los integrantes de la Junta aguardaban a Carlos Manuel de Céspedes, para solicitarle su renuncia. Céspedes se había trasladado a las provincias centrales para conocer de cerca los destrozos de un ciclón, mientras Batista, sin embargo, no descansaba en asegurar su posición. Lo primero que hizo fue garantizar su seguridad personal. El carro blindado del general Alberto Herrera le sirvió para trasladarse a los distintos lugares donde él consideraba necesaria su presencia. El profesor Herminio Portel Vila cuenta el primer encuentro.

La primera vez que pude ver con detenimiento al expresidente Batista fue el 4 de septiembre<sup>3</sup> de 1933, muy temprano en la mañana, en el palacio presidencial [...]. De pronto hubo una conmoción en la antesala y penetró en el salón el entonces sargento Batista. Le seguía un soldado gigantesco, de color, quien por-

taba una ametralladora de mano, montada, y nos estudió detenidamente a todos hasta que se tranquilizó. El líder septembrista parecía cansado con el ajetreo de la madrugada y llevaba abierto el cuello de la guerrera. La expresión de su mirada era de preocupación y sus razones tenía para ello, ya que acababa de jugarse la vida y la conservaría o la perdería según como saliesen las cosas.<sup>4</sup>

Alrededor de las 11 de la mañana Batista visitó al embajador de Estados Unidos, Sumner Welles. Ninguno de los dos se conocían, aunque el primero aparecía regularmente en los periódicos, como representante de la poderosa nación. Escasas horas hacia que el sargento disfrutaba su privilegiada posición. Sin embargo esto no lo amilanó para visitar al señor embajador de los Estados Unidos. Un periodista del *Diario de la Marina* insertó un comentario:

Uno de nuestro reporter se acercó ayer al nuevo jefe del Estado Mayor del ejército, sargento Fulgencio Batista [...] Acababa de salir de la embajada pero a nuestras preguntas se negó a hacer declaración alguna respecto a su conversación con el embajador de los Estados Unidos. “Ahora no puedo –aseguró– quizás más tarde. Sólo quiero que ustedes digan que estamos muy contentos de la civilidad del pueblo de Cuba y de la disciplina de nuestros soldados”. Un minuto después era apresado por la cámara fotográfica del diario. Enseguida el sargento Batista partió hacia Columbia. Eran las 11.05 de la mañana.<sup>5</sup>

La conversación entre el sargento y el embajador obedecía a un interés del primero en esclarecer la situación reinante. ¿Acogería favorablemente el gobierno de Estados Unidos al gobierno recién constituido? preguntaba Batista a Welles y este último se saboreaba en su interior, sabiendo que este era su bien mayor, el no reconocimiento, así haría pagar a los que habían destruido su obra. No se lo dijo pero debe haberlo pensado, según un cable enviado al Departamento de Estado, “Ningún gobierno aquí puede sobrevivir por un período prolongado sin el reconocimiento de Estados Unidos y nuestra falta de reconocimiento por un período indefinido”.<sup>6</sup> Con la visita a Welles, Batista demostraba anticiparse al grupo de la Junta Revolucionaria de Columbia. Los que aún aguardaban a Carlos Manuel de Céspedes pudieron verlo a las 12:30 del día. No hubo nada interesante en el traspaso de poderes, como había llegado, se iba. Los pentarcas se asomaron a la terraza de palacio, querían hacer patente su triunfo. El público que se hallaba en los alrededores saludó con respetuosos aplausos al presidente depuesto. Habló Sergio Carbó, uno de los pentarcas, dijo que la hora no era de palabras, sino de hechos; que la revolución había triunfado al fin, y era necesario consolidarla. La palabra “revolución” mencionada por Carbó, era una expresión mítica, pues en ella se sintetizaban los anhelos de los cubanos por hacer un país mejor. Después, una y otra vez, otros la utilizarían para lograr entusiasmo. Habló Batista y explicó que los soldados estaban dispuestos a servir a Cuba desinteresadamente, sin buscar prebendas, ni ascensos, ni bienestar material, ya que sólo se inspiraban en la

necesidad de mantener el orden, el imperio de la justicia y el respeto a la ley.<sup>7</sup> ¿Respondía lo expresado a un sentimiento o era simplemente un mensaje para las masas? El tiempo demostraría que eran palabrerías.

Uno de los propósitos de la recién creada Junta Revolucionaria de Columbia era depurar a los oficiales maculados durante el gobierno de Machado, mediante la constitución de tribunales formados por oficiales, clases y alistados. El procedimiento a utilizar después de la depuración sería que uno de ellos se hiciera cargo de la jefatura del ejército. Constituidos en equipo, una verdadera Junta de Oficiales, Batista seguiría siendo sargento y actuaría de intermediario entre ellos y los alistados. Los pentarcas querían restituir a los militares no maculados, ello garantizaba que todo volviera a su cauce normal.

A la caída de Machado se desató una furia popular contra los machadistas, hubo asesinatos en las calles. Un gobierno compuesto por estudiantes y soldados, no daba la seguridad de proteger la vida y la propiedad. Esta era la meta del momento, dar la impresión de control, y restituir a los oficiales no maculados resolvía el asunto. Sin embargo los militares, representados por los coroneles Perdomo y Quesada, a los que les ofrecieron la jefatura del Estado Mayor y el campamento de Columbia, no aceptaron. ¿Por qué razón? Alegaron que de esa manera no era posible restablecer la disciplina. Detrás de esta disculpa había otras razones. El attaché militar de la embajada americana, teniente coronel Gimperling, era muy conocido por los oficiales cubanos y les

recomendó que bajo ninguna circunstancia retornaran a sus mandos. El gobierno norteamericano jamás toleraría una revuelta de los soldados, como la que había ocurrido, ni un cambio de gobierno. La intervención americana era indudablemente el próximo paso.<sup>8</sup> La opinión de Welles puesta en boca del teniente coronel Gimperling no obedecía a la casualidad. Este fantasma, el del no reconocimiento, aparecería otras veces. Los breves días transcurridos, que por la intensidad del momento parecieron meses o años, no lograron hacer que ninguno se reintegrara. Los oficiales pasaron dos días tratando de conectarse entre sí, buscaban dónde reunirse para deliberar. Finalmente decidieron utilizar el Hotel Nacional. Era el mejor sitio, porque suponían que por estar alojados Welles y Sanguily no serían molestados. Después de unos días los oficiales negados a reintegrarse al ejército se comenzaron a trasladar con sus armas para el Hotel Nacional. Una razón más poderosa estaba detrás de todos estos argumentos, la intervención americana, que era cuestión de días. Por esto se podía saltar por encima de la lógica militar de congregarse en un solo lugar.

Pasaron los días, entonces citaron a Palacio, para un cambio de impresiones, a los oficiales del Ejército Nacional. Sergio Carbó, uno de los pentarcas, presidía la reunión como secretario de Guerra y Marina. A las cinco de la mañana del día 8 de septiembre no se había logrado nada. El ejército amanecería acéfalo y esto preocupaba. Una de las exigencias norteamericanas para reconocer al nuevo gobierno era la tranquilidad y el ejército participaba en ello.

Sergio Carbó, le dijo a Batista: “No podemos amanecer sin una cabeza visible en el ejército”. Y lo ascendieron a coronel jefe de estado mayor. Esta decisión de ascenso respondía a una necesidad del momento más que a una habilidad de Batista. Los norteamericanos explican hechos como este, de manera concisa: estar en el lugar correcto en el momento adecuado. Welles y su deseo de perjudicar al nuevo gobierno influyeron indirectamente en este ascenso, factores subjetivos coadyuvaron en esta decisión.

Después de cuatro días de gobierno, la pentarquía, nombre con el que popularmente fue bautizado, se negó a continuar, entre otros factores por miedo a la intervención y en desacuerdo por el ascenso, el día 8 de septiembre, de Batista a coronel. Las escasas horas que mediaron entre el ascenso de Batista y la decisión de la pentarquía de negarse a seguir al frente del gobierno, sirvieron de aviso al recién nombrado coronel. Siempre alerta, como un radar recogiendo las señales extrañas, reaccionó como correspondía. Un breve análisis lo demostraba: la pentarquía no quería seguir, Welles deseaba restituir a Carlos Manuel y los militares no aceptaban las posiciones ofrecidas. Todo estaba claro, había que unirse a los más fuertes, a Estados Unidos. El hecho reportado por Welles, el 9 de septiembre, demuestra una vez más el deseo del nuevo coronel y su falta de escrúpulos: “Una comisión de Sargentos visitó al Presidente Céspedes, en su casa, esta mañana, para informarle que el Coronel, antiguo Sargento, Batista estaba deseoso de apoyar su restauración a la presidencia, siempre que el Presidente Céspedes lo

confirmara en la posición de Coronel y jefe del Estado Mayor y garantizara la seguridad de él y la de sus asociados en este motín. Céspedes rechazó cualquier condición previa; exigió su restauración.<sup>9</sup>

Los cuatro días que duró la pentarquía, hasta el 9 de septiembre, trajo como resultado un caso atípico en las elecciones presidenciales. Muy entrada la noche del 9 de septiembre se reunió la Junta Revolucionaria de Columbia para nombrar un nuevo presidente. La palabra aguda y precisa de Clara Luz Durán, estudiante de medicina y miembro del Directorio Estudiantil, inclinó la decisión hacia el doctor Ramón Grau San Martín. Los miembros de la Comisión Ejecutiva o pentarquía, habían renunciado, a excepción de Grau San Martín. Clara Luz Durán había dicho en voz alta: “Aquí lo que hace falta es un hombre”. En realidad la república necesitaba además de valor otros requerimientos. Eduardo Chibás propuso a Grau y dijo que había sido “nuestro único defensor cuando fuimos expulsados de la Universidad”. Todos estuvieron de acuerdo con que el nuevo presidente lo fuera Grau San Martín, doctor en medicina y profesor de la Universidad de La Habana. Los reunidos pudieron haber propuesto a otros miembros de la Junta Revolucionaria, por ejemplo a Carlos Prío, líder de los estudiantes o al coronel Fulgencio Batista. En esta decisión primó la falta de un líder natural del nuevo movimiento y alguien que tuviera otras cualidades, además de ser hombre. El hecho de ser Grau San Martín más conocido por su profesión y oposición a Machado, lo convirtió en el dirigente del momento. El 10 de septiembre tomó posesión como

noveno presidente de Cuba. Igualmente se presentó en la terraza de palacio. Anunció que no juraría la Constitución por contener la Enmienda Platt, un gesto patriótico y osado para la época.

Hacía un mes que el país no tenía descanso, la designación aparecía como la calma esperada, una nueva esperanza. Intereses surgidos y afinados, desde mucho tiempo atrás, buscaron en la nueva escena a los actores de la obra a representar. Dos claras tendencias continuarían pugnando entre sí, una representada por los cubanos y otra por Estados Unidos. De ellas surgirían los artistas, una encabezada por el coronel Fulgencio Batista, sargento hasta el 4 de septiembre y coronel cuatro días después. La otra por el doctor Ramón Grau San Martín, miembro de la pentarquía hasta el día 9 y ahora presidente de la república. Los objetivos de ambos se diferenciaban en una sola cuestión, impartir justicia. Para Batista, lo primero era sobrevivir y obtener la mayor cuota de poder posible. La tan ansiada justicia pasaba primero por su nuevo poder, el del ejército, después si algo quedaba sería para el pueblo. Para Grau la justicia pasaba por evitar lo que había sucedido durante el gobierno de Gerardo Machado: la reelección, una situación económica precaria y la sujeción a Estados Unidos. Otros hombres no incorporados todavía, tenían otro sentido de la justicia, mucho más amplia que la de Batista y el propio Grau San Martín. De momento lo más importante era consolidar el gobierno, sin embargo no se le prestó la atención necesaria. El programa revolucionario vendría a la vez o después. Los objetivos tácticos de Ba-

tista, el poder, a diferencia de los estratégicos de sus compañeros, hacer algo por el país, le daban ventajas. Mientras trabajaba para él, los otros lo hacían para los demás.

Sin ser anunciado en un cartel de boxeo, el encuentro entre los dos contendientes comenzó desde el primer día. Medirían sus armas por obtener cada cual su objetivo: el control de la república. La lucha adquiriría ritmo cinematográfico. El nuevo reto pondría a prueba a Batista una vez más. Contaba para la nueva batalla con la jefatura del ejército, además, su habilidad para el muñequero, las promesas y las trampas. Aparentar que trabajaba para los demás cuando sólo lo hacía para él mismo. Tenía una sola desventaja: ser poco conocido en la vida pública del país. Su contrario, el presidente Ramón Grau San Martín tampoco contaba con experiencia en gobernar. Con voz aflautada daba la sensación de debilidad o poca entereza, aunque poseía el don de convencer. Un periodista cubano lo describió de la siguiente manera: “La ambición política reviste en el profesor de fisiología formas suaves, sinuosas, de un aparente idealismo ético y de un simulado sentido místico y apostolar”.<sup>10</sup> Otro periodista vio otro ángulo diferente: “En Grau se entrelazan los rasgos predominantes de todos los presidentes que le antecedieron. Puede esto parecer especulación, pero escudriñese en su psicología, en sus reacciones y su modo de operar, se advertirá que en él se resumen el don caudillístico de José Miguel y Menocal, el sentido paternalista de Estrada Palma, el centralismo autoritario de Machado y la displicencia peyorativa de Zayas”.<sup>11</sup> Entre las dos semillas a

escoger, una menos mala que la otra, se repetiría como una maldición los atavismos de la república. Un solo comentario bastaría para resumir, pobre república.

El doctor Antonio Guiteras, norteamericano de nacimiento y con sólo 26 años de edad, resultó una de las primeras proposiciones hechas al presidente Grau. Su participación en la lucha contra Machado le había ganado reconocimiento. A pesar de su corta edad y tener los ojos estrábicos, como resultado de una caída de pequeño, poseía una gran atracción. A diferencia de Grau y Batista, ambos con facilidad de palabras, Guiteras se caracterizaba por hablar poco. Él también se convertiría en actor de primera línea al frente de la secretaría de Gobernación. Pocos días después fue nombrado también secretario de Guerra y Marina. De esta manera Fulgencio Batista quedaba subordinado a Guiteras. Entre el presidente y el secretario de gobernación tenía que moverse el jefe de Estado Mayor, además de participar en la solución de otro sinnúmero de problemas acuciantes del nuevo gobierno. Uno de ellos, los buques norteamericanos surtos en puertos, dispuestos a desembarcar sus tropas para “garantizar la tranquilidad”.

La oposición al gobierno de las más importantes organizaciones políticas, como el ABC, el partido Conservador del ex-presidente Mario García Menocal y de Carlos Mendieta Montefur, caudillo de la agrupación Unión Nacionalista. El Partido Comunista no apoyaba al nuevo gobierno, no por razones tácticas sino por equivocación. En política exterior recibía el exiguo reconocimiento de

México, Uruguay, Panamá, Perú, España y la negativa del resto, incluyendo a Estados Unidos. Una difícil situación económica daba los toques de angustia al panorama. Mientras, Welles machacaba indirectamente con su arma, la del reconocimiento y la intervención. Para rematar el oscuro cuadro del momento se sumaban los militares del antiguo ejército introducidos en el Hotel Nacional. A mediados de mes la obra se desarrollaba con intensidad. Al igual que una cinta cinematográfica con diferentes tramas, aparentemente desconectadas entre sí, para terminar uniéndose al final, así sucedía con el Hotel Nacional.

Este hotel, construido por una compañía americana, se inauguró el 15 diciembre de 1930. Las manos de la casualidad hicieron posible que las moscas participaran en su construcción.<sup>12</sup> Ahora las mismas extremidades harían que el mejor hotel del país se convirtiera en protagonista de una batalla militar. El general Julio Sanguily, otro de los intérpretes de esta historia, nombrado jefe del ejército a la caída de Machado, se encontraba en el hotel restableciéndose de una operación. Para rematar el elenco, el embajador Sumner Welles, en la obra a representar también tendría su bocado. Y aunque por razones de conveniencia no aparecía como estrella principal, era el productor principal del film. Se había trasladado al Hotel Nacional porque el arrendamiento de su casa había expirado el 4 de septiembre, el mismo día del golpe de los sargentos, y tenía previsto partir de Cuba diez días más tarde. Su trabajo había concluido con la mediación de Machado y la designación de Céspedes. El movimiento del 5 de septiembre le hizo variar el iti-

nerario. Se había instalado en el hotel dos días antes que los oficiales del ejército llegaran.<sup>13</sup>

La obra se había puesto en escena el 4 de septiembre, en el campamento de Columbia, cuando los sargentos se insubordinaron por motivos económicos. Como se sabe los estudiantes acudieron esa noche al campamento militar y a través de un documento ampliaron las demandas, convirtiéndose en un movimiento político. En ese momento, Welles, los estudiantes y los sargentos se convirtieron en protagonistas de la nueva obra. Aparecieron los actores, la puesta en escena sería en el Hotel Nacional. Ante la negativa de los oficiales de abandonar el hotel, el gobierno reaccionó mandando a cortar el agua y la luz de la instalación. Los empleados y Welles abandonaron el inmueble el día 12 quedando los oficiales solos en el lugar, ascendían a unos 400 hombres. El hotel se había convertido en un campamento militar, tenían que cocinar y hacer faenas de mantenimiento. El gobierno apostó una guardia permanente en los alrededores del hotel. Los sitiados habían tomado la precaución de llenar las bañaderas y cuanto recipiente hallaron a mano. Estaban dispuestos a resistir hasta que los norteamericanos intervinieran.

A mediados de septiembre, el antiguo sargento continuó moviéndose en el complejo panorama que se le presentaba para conseguir su objetivo: sobrevivir y obtener una mayor cuota de poder. El decursar de los días hizo variar la percepción de Grau y Guiterras sobre Batista y comenzaron a buscar cómo equilibrar el poder del antiguo sargento.

La lucha entablada desde el primer momento, discretamente al principio, después abiertamente, se manifestaba con pasión. En las soluciones no entraba la destitución porque el ejército se volvería incontrolable y daría pie a una intervención norteamericana. De un lado Batista, trabajando por controlar las fuerzas armadas. Del otro lado, Guiteras interesado en hacer de la Marina un cuerpo capaz de equilibrar la fuerza del ejército. Además, promoviendo la mayor cantidad de leyes favorables al pueblo, y de paso conseguir apoyo popular. Así podrían enfrentar los embates de la oposición, unida ahora al gobierno de Estados Unidos.

Mientras, el presidente Grau oscilaba de acuerdo a las circunstancias, mejor dicho, más bien de acuerdo a su personalidad. Según un siquiatra que lo entrevistó mucho tiempo después, consideró que su debilidad psicológica, era su rasgo principal. Necesitado de probar continuamente que era fuerte, trataba de compensar sus complejos de inferioridad mediante una actitud superior. En resumen estaba temeroso a la superioridad de los demás, y necesitaba reconocimiento como un enfermo una medicina. Sin embargo, Batista proseguía su ascenso y actuaba sin ataduras. El 12 de septiembre, dos días después de tomar posesión Grau, el *Diario de la Marina* reportaba: “Ayer fue un día casi normal en el Palacio de la Presidencia. Cuando el doctor Ramón Grau San Martín actual presidente de la República acudió a la presidencia del poder ejecutivo, era poco más de las 10 de la mañana. Después llegó el coronel jefe del Estado Mayor Fulgencio Batista, rodeado, como lo aconsejan las cir-

cunstancias, de una escolta de 16 hombres y de dos oficiales que colaboran resueltamente con el nuevo orden de cosas”.

El 16 de septiembre los partidos no incluidos dentro del gobierno solicitaron al presidente una entrevista. Los líderes políticos, nombre con que se autodenominaron los representantes de los partidos existentes, no querían quedarse fuera del poder. Habló a nombre del grupo, Carlos Mendieta, quien le pidió a Grau que renunciara y constituyera un gobierno de concentración nacional. Grau pidió tiempo para contestar. Al otro día, 17 de septiembre, el presidente Grau y el embajador Sumner Welles se reunían en secreto. El informe enviado por Welles, decía: “Me dijo que Batista quería ser presidente [...]. Declaró que no había alternativa para sacar a Batista de su actual puesto de jefe de Estado Mayor y que en cualquier intento que se hiciera para cambiarlo, el Ejército se convertiría, de inmediato, en algo incontrolable”. Las inocentes confesiones de Grau, al no saber quién era su verdadero enemigo, reforzaban la incipiente alianza de Sumner Welles y Batista.

Por su parte Guiteras desde la secretaría de Gobernación comenzó a proponer leyes, las cuales polarizaban la situación. Declaró ilegales los partidos políticos responsabilizados con el machadato, suspendió el Congreso y dejó cesantes a todos los gobernadores y alcaldes, los cuales fueron reemplazados por revolucionarios. El 17 de septiembre dictó el decreto concediendo el voto a la mujer, otorgado por primera vez en Cuba, reconociendo sus plenos

derechos civiles y políticos. Pablo Rodríguez, iniciador del movimiento del 4 de septiembre, era ascendido a comandante, otra acción del secretario de Gobernación para contrarrestar a Batista. Los bateyes de los ingenios eran gobiernos dentro del gobierno. La autoridad era ejercida por los dueños de los ingenios auxiliados por la guardia rural. La moneda oficial no circulaba sino que era sustituida por vales o fichas expedidos por las propias administraciones, con ellas se pagaba el jornal del trabajador. Contra esto arremetió Guiteras y decretó la municipalización de los bateyes. Restableció la Ley Arteaga, suspendida por Machado, que prohibía el pago de salarios mediante vales o fichas. Suspendió los desahucios y dispuso una moratoria para los adeudos en concepto de alquileres. Estableció la Ley contra la usura. Creó la Secretaría del Trabajo y el jornal mínimo de \$1.00 en la ciudad y \$0.80 en el campo, los jornales eran de \$0.20 por diez horas o más de trabajo. El 19 firmó la jornada máxima de ocho horas de trabajo, hasta ese momento era de 14 horas o más. Desde luego estas leyes no sólo preocupaban a la oposición sino al propio gobierno, aunque Grau las había refrendado. El propio Guiteras lo expresó tiempo después:

Nuestro programa no podía detenerse simple y llanamente en el principio de la no intervención. Tenía que ir forzosamente hasta la raíz de nuestros males, el anticolonialismo económico, el que hizo retroceder a muchos anticolonialistas, dividiéndose nuestras filas. Ante los decretos que, como enormes martillazos, iban rompiendo lentamente esa máquina gigantesca que ahoga al pueblo de

Cuba, como a tantos otros de la América Latina, aparecían en escena para combatirnos todos sus servidores nativos y extranjeros, y su formidable clamor espurio nos restaba uno a uno nuestros colaboradores, que eligiendo las exclamaciones derrotistas “de este modo no nos reconocerán nunca los americanos”, “estas medidas alejan el reconocimiento”; o las más terribles aún: “los americanos desembarcarán, cerrarán sus puertas a nuestro azúcar”, etcétera, nos abandonaban. Yo tengo la satisfacción de haber llevado a la firma del Presidente Grau los decretos que atacaban más duro al imperialismo yanqui; los vi retroceder, porque acudían a mí —Carbó, Lucilo de la Peña, Batista y otros— para convencerme de la necesidad de disminuir el ataque, de variar nuestra conducta.

El cerco de la tropa que rodeaba el hotel se iba estrechando y se temía que en cualquier momento dieran la orden de prohibir la entrada y salida de personas. El día 22 de septiembre Welles informó a su cancillería: “Esta tarde los estudiantes no permitieron que entrara un camión cargado con alimentos para los oficiales que estaban en el Hotel Nacional, aunque los soldados del camión tenían una autorización escrita por Batista, y no obstante dirigir un oficial por orden de Batista la entrada del camión”.<sup>14</sup> Este cable de Welles, sin haber encontrado más elementos alrededor de este hecho, encaja perfectamente en todo lo realizado por Batista en estos días, jugar con dos cartas. El 29 de septiembre otro hecho volvió a poner de manifiesto la posición de Batista y

Guiteras. En el Parque de la Fraternidad se había levantado un monumento, con la autorización del gobierno, para depositar las cenizas de Julio Antonio Mella, líder comunista. Guiteras, como secretario de Gobernación, concedió permiso para rendir el tributo. Sin embargo el ejército se presentó en el lugar prohibiéndolo.

Días después la situación en el interior del hotel continuó complicándose. Desde hacía seis días los oficiales no probaban bocado; sostenidos con chocolate aguado, preparado con unas tabletas de cocoa, lo único que quedaba en la despensa del hotel, hacía insoportable la situación. Utilizando la transmisora de radio del hotel se comunicaron con el exterior, enviaron un mensaje a dirigentes del ABC. Este era breve pero explícito: “nos morimos de hambre”. El día primero de octubre, a pleno día, mediante un golpe de audacia, lograron la entrada por sorpresa de un pequeño camión cargado de víveres, por la puerta de la calle 23. El hecho pudo haber acelerado la posición del gobierno. El domingo 1ro. de octubre, presidida por Guiteras, se celebró una reunión en Columbia donde estaban presentes Batista y otros secretarios del gobierno. La decisión tomada sobre el Hotel Nacional, era radical: desalojarlos. Al otro día, a las seis de la mañana, comenzó el combate. Guiteras y Batista, presentes en el lugar, estaban a cargo de la operación. Ambos con posiciones diferentes ante el mismo problema. Batista promovió al mediodía un alto al fuego para evitar males mayores a los militares. Víctor González de Mendoza, secretario general de la Cruz Roja, era el encargado de conversar con los militares,

quienes no aceptaron las condiciones de rendirse, las cuales no eran nada humillantes, y prevalecieron criterios contrarios. Una hora tenían para decidirse, sin embargo, Batista les concedió hasta las tres de la tarde. A las seis de la tarde todo concluyó, los oficiales fueron saliendo de cinco en cinco a intervalos de 10 minutos. Mario Hernández uno de los sargentos comprometidos con el 5 de septiembre, había ajusticiado a varios oficiales después de la rendición. El gobierno se anotaba un triunfo, había resuelto uno de los agudos problemas, los días por venir traerían otros. Batista continuaba su labor como hábil jugador de cartas.

La batalla del Hotel Nacional, a pesar de haber concluido, dejaba asuntos pendientes. Welles se sentía comprometido con los oficiales presos, su indirecta promesa, una intervención de Estados Unidos era la causa de todo. La victoria militar, para algunos no terminaba con enviar a presidio a los derrotados. La acción de Mario Hernández, al matar a algunos oficiales después de rendirse, se sustentaba en un argumento: si ellos hubieran triunfado, habrían sido peor. Era necesario cortar la raíz de los que habían sostenido a Machado en el poder y querían volver de nuevo. Este argumento, matar a los principales jefes militares, se continuaba esgrimiendo entre los miembros del Directorio. Welles lo explicó en un cable: “Desde ayer en la noche y esta mañana existe el rumor de que el Consejo Estudiantil y una porción de los soldados desean ejecutar sumariamente a los oficiales que están ahora en prisión. Lo que he podido averiguar es que Batista, sus ayudantes personales, y algunos miembros

del Gobierno se oponen vigorosamente a este movimiento. Espero ver a Batista esta tarde y trataré de conocer qué garantías positivas para la seguridad de los oficiales ha podido proporcionar”.<sup>15</sup>

Otro cable de Welles es conclusivo:

Batista vino esta mañana a la embajada para verme y tuvimos una conversación privada de aproximadamente una hora y media. [...] Me dio su palabra de honor sobre su responsabilidad oficial que ninguno de los oficiales ahora en prisión sería molestado de ninguna forma. Además me dijo que con el objetivo de garantizar extremas medidas de seguridad para ellos, y teniendo en cuenta los esfuerzos de los estudiantes para excitar a los soldados sobre la inmediata ejecución de los oficiales principales, él había arreglado su traslado a la Prisión Nacional de Isla de Pinos, adonde serían llevados en grupos de 20 ó 30 personas durante la noche para que la gente que podía dañarlos no se agrupara en la estación de ferrocarril. Concluyó diciendo que mientras era completamente imposible para él evitar el juicio de los oficiales por cortes marciales, pospondría tales juicios por todo el tiempo que le fuera posible para que las pasiones pudieran enfriarse; más adelante podría ver que los cortes fueran compuestas por abogados y no por soldados o sargentos.<sup>16</sup>

A esta altura de la situación, Batista, estaba francamente en la oposición y como tal se comportaba. Hombres dedicados a los negocios y a las finanzas le solicitaron protección y modificar la situación

existente. La petición inflamó más aún el ego del coronel y prometió su esfuerzo. Comenzó a moverse en la dirección deseada. Conversaba reiteradamente con Welles, escuchaba las indicaciones y proponía ideas. Habló directamente con el futuro sustituto del presidente Grau San Martín, el coronel Carlos Mendieta Montefur, nacido el 4 de noviembre de 1873 en San Antonio de las Vueltas, provincia de Las Villas. Tenía sesenta años; era médico y coronel del ejército libertador. Todo estaba cocinado, sólo faltaba poner la mesa y servir los platos para sustituir al presidente.

Enterados los miembros del Directorio de la maniobra, un golpe de estado inminente, se dispusieron a desbaratar la conjura. Los jóvenes, citados por Carlos Prío, se reunieron en palacio con el presidente. Le informaron del complot y adoptaron medidas para abortarlo. Se convocaría a la Junta Revolucionaria de Columbia en casa de Sergio Carbó y se expondrían los hechos. Grau solicitaría su renuncia en base a la traición de Batista. Los jefes de los distritos militares, con los cuales se había conversado previamente, apoyarían a Grau. Acto seguido se solicitaría la detención de Batista por alta traición y en su lugar sería nombrado Pablo Rodríguez como sustituto. Llegó la hora prevista y todos los involucrados estaban presentes en casa de Sergio Carbó. Grau comenzó su exposición, destacando la gravedad de la situación, no tenía justificación que el jefe del ejército se pusiera a conspirar con el embajador de Estados Unidos. Hizo el resto de los descargos y cedió la palabra a Batista. Este refirió no haber actuado de mala fe. Por desconocimiento había asistido a una reunión donde se

encontraban los presidentes de los partidos de oposición y el embajador de los Estados Unidos. Agregó no haberse comprometido en nada. Tenía pensado hablar con el presidente y contarle lo que le habían dicho. Exaltó a Grau como dirigente y explicó su humilde procedencia. Algún resorte psicológico del presidente debe haber conmovido la fibra del perdón. Este tipo de persona, aunque muy inteligentes, sucumben ante los elogios. Las observaciones del siquiatra, señaladas con anterioridad pueden explicarlo: “Temeroso a la superioridad de los demás, y necesitado de reconocimiento. [...] Es un hombre genial en su caos psicológico”.<sup>17</sup> Batista salió ileso del lugar y cuando se le preguntó a Grau por lo acordado respondió: “el susto que le hemos hecho pasar, terminará por resultar el mejor”.

Con el perdón a Batista y las habilidades desarrolladas hasta ese momento, no es necesario decir más. Resultó el gran error. Continuó haciendo de las suyas, hasta conseguir echar del poder a Grau San Martín el 14 de enero de 1934. Guiteras lo sintetizó en una entrevista: “Grau cayó impulsado por los místicos del reconocimiento, con Batista a la cabeza, que habían retrocedido aterrados ante la verdadera revolución que por primera vez veían en todas sus luces. Fracasamos porque una revolución sólo puede llevarse adelante cuando está mantenida por un grupo de hombres identificados ideológicamente, poderoso por su unión inquebrantable, aunados por los mismos principios y no por la doctrina de todos para destruir”.<sup>18</sup>

Después de esta fecha, Batista tuvo todo el poder. Pasaron cuatro presiden-

tes más, todos sujetos al coronel, jefe de Estado Mayor. El periodista Danon Ruyon, escritor deportivo de *Hearst*, lo entrevistó en 1934 y obtuvo la siguiente impresión: “Si alguien tiene duda de que Fulgencio Batista es el amo de Cuba debía pasarse un par de horas en esta antesala. Uno saca la impresión de que todo el que quiere algo en Cuba tiene que verlo a él”.<sup>19</sup>

Coyunturas internacionales aconsejaron modificar su status y en 1940 aspiró a presidente manteniéndose en el cargo durante cuatro años. Por falta de garantías hacia su persona, al ser electo presidente Grau San Martín, salió del país. Regresó en noviembre de 1948, al ser elegido Carlos Prío Socarrás para presidente. Ante la imposibilidad de triunfar en las elecciones de 1952, dio un golpe de Estado. Se mantuvo en el cargo hasta el primero de enero de 1959. A modo de recuento de su paso por la historia de Cuba, podríamos utilizar los símiles con Aureliano Buendía, personaje de la novela, *Cien años de soledad*, de García Márquez. Batista promovió unas cuantas conspiraciones y hasta el momento había triunfado. Durante el transcurso de su vida tuvo cinco hijos de dos mujeres distintas y ninguno murió. Escapó a varios atentados, incluyendo el asalto a la mansión presidencial en 1957. A los traspies políticos, más abundantes y peligrosos que las agresiones personales, con astucia de lobo los evadió. De aquel encuentro de noviembre de 1933 con Grau, la Junta Revolucionaria de Columbia y los estudiantes salió más fortalecido en su decisión de apoderarse del poder. Sus iniciales compañeros, sin saberlo, serían sus futuras víctimas. Tornándose con el

tiempo en un hombre poderoso y peligroso. Al contrario de Aureliano Buendía que nunca se había fotografiado, él deseaba ver su foto en los periódicos todos los días, y recibir todos los honores y medallas inventadas o por inventar. Y para desgracia de la república nadie le administró, como a Aureliano Buendía, una carga de estricnina en el café. Los valores sobre los que se deseó fundar la república, méritos, conocimientos, deseos de servir, quedaron opacados con los valores implantados. Nuestros antecedentes negativos, de la época de España, tomaron cuerpo en Batista, con la ayuda de Estados Unidos. La semilla plantada en 1933, para la nueva cosecha, al igual que sus simientes anteriores, creció deformada y deformando a los demás.

#### Notas

<sup>1</sup> Lowry, Nelson. Serie de trabajos titulados Esquema de Cuba por un sociólogo americano, sobre diversos aspectos del pueblo cubano. Archivo Nacional. Fondo Jorge Quintana. Caja 117 #24.

<sup>2</sup> Estrada Palma, José Miguel Gómez, Mario García Menocal, Alfredo Zayas y Gerardo Machado.

<sup>3</sup> El profesor Herminio Portel Vila dice el 4 de septiembre, aunque en realidad es el 5. El artículo fue escrito en 1950 y para todos el 4 de

septiembre quedó como fecha del hecho.

<sup>4</sup> *Bohemia* (La Habana) 42(32):64; 6 ag. 1950.

<sup>5</sup> *Diario de La Marina* (La Habana) 6 sept. 1933: 3.

<sup>6</sup> *Foreign Relations of the United States. Diplomatic Papers, 1933. The American Republics.* Washington : Department of State. United States Government Printing Office, 1952. vol. 5, p. 416.

<sup>7</sup> Ídem

<sup>8</sup> Phillips, R. Hart and Mc Dowell, Obolensky. *Island of Paradox.* New York : [s.l., s.a.]. p. 90.

<sup>9</sup> Soto, Lionel. *La Revolución del 33.* La Habana : Editorial Pueblo y Educación, 1985. t. 3, p. 67.

<sup>10</sup> Ichazo, Francisco. El doce de agosto o el infortunio de una fecha histórica. *Bohemia* (La Habana) 41(33):54; 14 ag. 1949.

<sup>11</sup> Lorenzo, Raúl. La historia reclama de Prío una política distinta a la de Grau. *Bohemia* (La Habana) 40(28):51; 11 jul. 1948.

<sup>12</sup> Briones Montoto, Newton. *Acción directa.* La Habana : Editorial de Ciencias Sociales, 1999.

<sup>13</sup> *Op. cit.* (6). pág. 419.

<sup>14</sup> *Ibíd.*, p. 456.

<sup>15</sup> *Ibíd.*, p. 468.

<sup>16</sup> *Ibíd.*, p. 469.

<sup>17</sup> Martí Ibáñez, Félix. *Crónica* (La Habana) (8):8-12; 15 mayo 1949.

<sup>18</sup> *Pensamiento Crítico* (La Habana) 4(39):287; abr. 1970.

<sup>19</sup> Runyon, Danon. Cómo nos ven los norteamericanos. Batista, el amo de Cuba. *Carteles* (La Habana) 22(7):24; 18 febr. 1934.

# La historiografía regional y local en Cuba (1959-1999): balance y perspectivas

**Hernán Venegas Delgado**

*Investigador del Instituto de Historia de Cuba*

Esta es la tercera vez que se me convoca a analizar el proceso de la historiografía regional y local en Cuba revolucionaria. La primera fue en 1984, a propuesta de la Unión Nacional de Historiadores de Cuba (UNHIC), de donde resultó el trabajo “Veinticinco años de historiografía regional en Cuba revolucionaria (1959-1983)”, publicado en la *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí* de La Habana y en otros países. Años más tarde, en 1993, el Fondo Editorial Trópykos, de Caracas, Venezuela, me solicitó que actualizase dicho trabajo, conocedores sus directores del esfuerzo que se venía desarrollando en Cuba con el Proyecto Nacional de Historias Provinciales y Municipales.

De ahí surgió el pequeño artículo “La historia regional cubana (1987-1992)”, publicado en mi libro *Provincias, regiones y localidades. Historia regional cubana*, impreso en 1993 por dicha editorial.

Ahora la Cátedra Emilio Roig de Leuchsenring, el Instituto de Historia de Cuba y la Casa de Altos Estudios don Fernando Ortiz, de la Universidad de La Habana, coauspiciadores del ciclo “Medio siglo de historiografía cubana”, se han propuesto analizar el quehacer historiográfico cubano en estas últimas décadas y hacer un balance de sus problemas y resultados. Y, dentro de este análisis han tenido a bien solicitarme que opine sobre el tema regional y local, que tanta relevancia ha adquirido en los últimos años. Como no quiero pecar de repetitivo, me limitaré a redondear algunas ideas antes expuestas sobre este tema y, posteriormente expondré otras sobre el estado actual del problema y sus perspectivas.

Ciertamente, para hablar de historiografía regional y local en Cuba, es imprescindible remitirse a los grandes maestros de las ciencias históricas. En esta dimensión los nombres de Julio Le Riverend Brusone, Juan Pérez de la Riva Pons y Ramiro Guerra Sánchez, ocupan un sitio de honor, junto al de aquel infatigable estudioso y propagandista de la historia latinoamericana, caribeña, nacional, regional y urbana que fue Emilio Roig de Leuchsenring. Estos –y también algunos otros– abrieron perspectivas, trazaron caminos, nos apuntaron hacia dónde debíamos dirigir los estudios de estas cuestiones regionales y locales.

Ramiro Guerra, quizás sin una opinión totalmente formada sobre el futuro de estos estudiosos, nos dejó en su *Guerra de los Diez Años (1950-1952)* toda una fundamentación regional acerca de ese trascendental período bélico que abrió las puertas al proceso independentista cubano y, desde luego, a una comprensión más acabada de las diferencias regionales en el proceso histórico de formación de la nación, que hoy algunos se dan el lujo de hacer caso omiso o bien aceptan entredientes. Pero también Guerra, de esas obras “menores” que legó, dejó como herencia *Mudos testigos. Crónica del ex-cafetal Jesús Nazareno*, de 1948, es decir, un posible modelo de lo que hoy se llamaría historia “micro” en otras riberas. No en balde, al valorar dicha obra en el prólogo a la nueva edición cubana publicada por Ciencias Sociales en 1974 Manuel Moreno Fraguinals, nada sospechoso de ser un amante de la historia regional, afirmó que esta es “una de las poquísimas obras maestras de la historiografía cubana”.

Al geohistoriador Juan Pérez de la Riva Pons, desgraciadamente fallecido muy temprano, en el amplio goce de sus capacidades intelectuales, debemos, ya en pleno proceso de la Revolución, un artículo que nos conmocionó a todos en 1968, “Una isla con dos historias”, publicado en la revista *Cuba Internacional*. Este fue un trabajo surgido en ocasión de la conmemoración del centenario del inicio de las guerras independentistas cubanas, en 1868, y del sinnúmero de actividades que a su calor se desplegaron, en particular las referidas al planteamiento de los problemas de la nación y de la naciona-

lidad. Hoy es relativamente fácil criticar algunas de las tesis y conclusiones del artículo de Pérez de la Riva, pero quien se remonte a aquellos años no puede menos que admitir que su propuesta de una Cuba A y de una Cuba B, que signaba todo el proceso histórico nacional, sirvió como una especie de *parteaguas* para los que ya avizorábamos entonces que algo debía cambiar en la visión historiográfica supuestamente “nacional” con la que contábamos y que aún hoy es predominante. Tal fue el impacto causado por este trabajo que, en 1986, casi veinte años después de escrito, otro maestro de la historiografía cubana, Jorge Ibarra Cuesta, homenajeaba al extinto profesor, volviendo sobre la tesis central del trabajo de Pérez de la Riva.

Encima de ello, quizás un poco a la manera de Ramiro Guerra, Pérez de la Riva y su compañera, Sarah Fidelzait, nos legaron otro texto “menor”, en el nivel “micro”, *San José del Sumidero. Demografía social en el campo cubano*, de 1987, gestado muchísimos años antes, que tuvo y tiene la virtud de enseñar cómo combinar diversas ciencias y disciplinas, técnicas y métodos, fuentes y procedimientos, orientaciones historiográficas y científicas en este nivel. Para mí es todavía un gran enigma por qué el libro citado de Ramiro Guerra y este de Juan Pérez de la Riva y Sarah Fidelzait, no son tomados mayormente como posibles modelos para el trabajo local, conjuntamente con aquellas propuestas de las nuevas –y muchas veces no tan nuevas– tendencias que en esta escala nos presenta la historiografía eurooccidental y anglosajona.

Y conste que ahora no estoy haciendo siquiera referencia a aquella parte no publicada de la obra de Pérez de la Riva, en particular su trabajo inédito e inconcluso sobre la división territorial y la conquista del espacio cubano, de 1974, cuya publicación dejaría múltiples dividendos entre los regionalistas y, con toda certeza, una visión más equilibrada sobre el proceso histórico cubano. Una idea de la importancia de esos manuscritos lo da el conversatorio que Pérez de la Riva sostuvo posteriormente con un grupo de historiadores y geógrafos cubanos en la Biblioteca Nacional José Martí y que publicaría en 1978, post mortem, la revista *Universidad de La Habana* bajo el título “Sobre la conquista del espacio cubano (Conversatorio)”, trabajo que traería tanto el regocijo de quienes nos ocupábamos de estos asuntos como el dolor de constatar una vez más la pérdida del maestro y, con este, de la vertiente geohistórica sustentada por él.

Escasamente divulgado y escrito en francés, el trabajo de Pérez de la Riva “Peuplement et cycles économiques à Cuba (1511-1812)”, publicado en 1973 en la revista *Cahiers des Ameriques Latines* tuvo la virtud, entre sus múltiples ecos, pero mucho más adelante en el tiempo, de despertar el interés de un área poco trabajada entre nosotros, la de las regiones ganaderas, al relacionar el problema del aprovechamiento de los suelos con tal renglón de nuestra economía y sociedad. Y conste que estamos hablando de siglos de predominio ganadero para la mayor parte de Cuba y de otros, más cercanos, cuando el ganado vacuno fue obligado “partenaire” del azúcar y, después, al menos, sostén de regiones y subregiones

cubanas hasta bien entrado el siglo xx, realidad histórica sistemáticamente subvalorada u omitida por esa historiografía supuestamente “nacional” a la que antes me he referido.

Julio Le Riverend Brusone es aún un caso más especial en estas lides regionales. En 1948, cuando se le avizoraba como historiador de calibre, durante el VII Congreso Nacional de Historia celebrado en Santiago de Cuba, ya arribaba a la conclusión de que la historia regional y local “debía ser considerada como *uno de los elementos básicos* de la versión historiográfica del pasado nacional” [el subrayado es mío], enriqueciendo una idea presentada previamente en el I Congreso Nacional de Historia de 1942. Cincuenta años después, en 1998, justo antes de morir el gran maestro, al encargarme su obra inconclusa sobre el criollo, me enfatizó en dos dimensiones que debía robustecer en los cubanísimos manuscritos legados: la latinoamericana, y la regional y local. El hecho de que se tratara de un historiador cuyas obras fundamentales están dirigidas a analizar el proceso histórico nacional, no fue óbice para que, durante esa media centuria, continuara plasmando sus preocupaciones sobre la cuestión regional, a través de una serie de artículos y conferencias de corte metodológico, periodológico y teórico e incluso en varios estudios de caso.

Entre estos últimos se inscribe, con derecho propio, *La Habana. Biografía de una provincia*, de 1959, profundo análisis de la región habanera y, como para sellar su compromiso con las ideas que siempre defendió, daría a la luz

en 1992 *La Habana, espacio y vida*, medular análisis de la ciudad capital de Cuba. Este ha sido un acontecimiento editorial que nos dejó un nuevo aviso a los regionalistas: la necesidad de comenzar a prestar atención específica al trabajo historiográfico contemporáneo en relación con las ciudades, sobre lo que volveré más adelante. Algo más, Le Riverend dedicó parte de su precioso tiempo, inmerso también en diversas tareas estatales, a preparar a algunos de los regionalistas actuales, tarea poco grata para otros quizás. Probablemente ello significaba para el también saldar su deuda con sus profesores mexicanos y españoles republicanos –exiliados en la nación azteca– del Colegio de México, centro incentivador de algunos de los mejores empeños historiográficos de los países del Gran Caribe.

Pero la historiografía regional y local que forjaría la Revolución recibió también otra herencia, que ha continuado manifestándose –aunque más atenuadamente hasta hoy–, la de los llamados historiadores locales –y por qué no, regionales también–, o sea, la de la llamada Historia de Bronce, criticada acremente, a mansalva, cuando no despreciada, tanto en Cuba como en buena parte del resto de los países latinoamericanos. Justamente podemos enjuiciar con vigor su ingenuidad de basamento positivista, su criterio de progreso inscrito en la más rancia tradición liberal y positivista, la exageración que hace de la labor de las personalidades y caudillos más importantes y, desde luego, la minusvalía con que presenta al pueblo en relación con el quehacer de lo que hoy llamaríamos las *élites*; podemos criticar la superficialidad con la cual se

enfrenta la crítica de las fuentes, las deficiencias metodológicas y de procedimientos que adolece, los problemas teóricos que comporta. Pero lo que no podemos obviar es la riqueza de la información brindada, muchas veces desaparecida a posteriori; algunas ideas particularmente sugerentes para nuestro propio trabajo; la transmisión del mito, la leyenda y hasta del testimonio de época; el lugar brindado a la cultura dentro de la valoración historiográfica; entre otros de aquellos aspectos aprovechables por la renovación de la historiografía regional y local.

Obras como la del habanero Emilio Roig de Leuchsenring, la del remediano José Andrés Martínez-Fortún Foyo y la del santiaguero Emilio Bacardí Moreau, se inscriben, por derecho propio, en los anales de la historiografía cubana de todas las épocas. Además, algunos de los exponentes de esta Historia de Bronce se armaron con nuevas metodologías e ideas en el transcurso de los últimos decenios, lo que les permitió continuar engrosando con sus obras el caudal reclamado continuamente por el Movimiento de Activistas de Historia de años más recientes, hoy expuesto también a terribles críticas por algunos.

El triunfo de la Revolución cubana en 1959 trajo también un proceso de renovación radical para la historiografía regional y local, que se benefició con los planes de transformación regional en la búsqueda de un equilibrio en el desarrollo económico-social para toda la isla. De forma paralela iguales empeños se robustecían por la incomparable vía cepalina en el resto del continente latinoamericano, con la colaboración de

Felipe Pazos Roque, cuyas propuestas de desarrollo –el regional incluido–, de antes y después de 1959, para Cuba y el resto de América Latina, aún están pendientes de estudios entre nosotros. Aprovecho la ocasión para significar que los estudios económicos y sociales regionales, locales y a nivel incluso de empresas, hechos en o con la colaboración de las instituciones financieras, de inspiración desarrollista, de la década del 1950, también esperan por nuestras investigaciones a fondo. De igual manera sería útil poder comparar los resultados de similares pesquisas más recientes en el continente con las nuestras, en aras de aprovechar sus métodos y procedimientos de trabajo para el laboreo historiográfico regional y local, cuando no sus propias conclusiones para analizar la historia más reciente.

Al antes mencionado Movimiento de Activistas de Historia, que se mantuvo en vigor durante décadas, debemos una impresionante cantidad de investigaciones, testimonios, monografías, ensayos, etcétera, que se encuentra generalmente inédita. Estos resultados, de calidad variable y de factura empírica por lo general, encierran un riquísimo acervo para el trabajo historiográfico, previa crítica, del cual los testimonios se inscriben por derecho propio entre las fuentes más importantes con las que contamos para el trabajo futuro en todas las áreas de la historia, incluida desde luego la regional y local, una de sus fuertes. En mi opinión, subvalorar las posibilidades que como fuentes atesoran a su vez la mayoría de estos materiales es un error garrafal. Además, algunos de sus mejores trabajos se encuentran publicados, por lo general por la vía del Concurso

Primero de Enero, otros a través de la Editora Política y algunos hasta en ediciones provinciales y municipales. La inmensa mayoría de esas publicaciones son de primerísima utilidad para nuestra área y empeños futuros y, algunas, piezas antológicas de la historiografía regional y urbana cubana.

Con mayor éxito transitaban desde luego aquellos estudios que desde fines de la década de 1960 y por lo menos hasta mediados de la de 1990 publicaron las revistas universitarias *Islas* y *Santiago* y la revista *Del Caribe*, así como las publicaciones ligeras efectuadas por el extinto Instituto de Historia de la Academia de Ciencias de Cuba, amén de otros artículos impresos por otras revistas y publicaciones diversas, tanto del ámbito universitario como de otros, verbigracia la antes mencionada *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*. Todas estas recogieron muestras del importante movimiento que se desarrolló en el país en historia regional y local, destacándose entonces un pequeño, pero importante grupo de historiadores regionalistas en torno a la mencionada revista *Islas* de la Universidad Central de Las Villas, la que se convirtió en el centro de este tipo de estudios en Cuba y donde aparecieron las más importantes propuestas metodológicas y científicas de entonces en cuanto a la cuestión regional y local. Desafortunadamente en *Islas* dicho impulso se ha estancado en los últimos años y lo que es más de lamentar, no se observan síntomas de renovación. Mientras, mejor suerte ha corrido el grupo de regionalistas nucleado en torno a *Santiago* y *Del Caribe*, con evidentes muestras de renovación y replanteo de sus objetivos en

la actualidad, que es deseable incluya a los Encuentros Nacionales de Historia Local, quince hasta el presente.

En todos estos años fueron apareciendo tanto en Cuba como en el extranjero obras de interpretación de la historia nacional, total o parcialmente, que constituyeron y constituyen puntos de obligada referencia para el trabajo regional. Como no pretendo hacer un inventario al respecto, mencionaré algunas de las más significativas escritas en Cuba, sin que ello me exima en el futuro de realizar un balance de lo escrito al respecto en el extranjero. Entre las escritas en Cuba y por derecho propio, habría que citar en primer lugar a ese clásico de la cultura y de la historia de Cuba que es *El ingenio. El complejo económico-social cubano del azúcar*, del maestro Manuel Moreno Fraginals. Publicado en 1964 y reeditado y ampliado en tres tomos en 1978, la obra es esencial para el trabajo regional al menos en cuatro órdenes: *por lo que dice* en cuanto a las regiones plantacionistas del occidente de la isla, es decir, de La Habana y Matanzas, *por lo que sugiere* en cuanto a lo que su autor llama como “enclaves” azucareros del resto de la isla, *por lo que no dice* de esos “enclaves”, verdaderas regiones plantacionistas a una escala menor a la habanero-matancera, y *por lo que tampoco dice* de otras regiones, como por ejemplo las ganaderas, umbilicalmente atadas a la vida y muerte de la plantación. Solamente por estas razones –que no son todas– el trabajo regional debe mucho a la obra de Moreno Fraginals. Consecuentemente con estos criterios, dicho maestro seguirá concibiendo conscientemente a

la historia nacional como la de la gran región habanera, como queda implícito en su enjudiosa conferencia publicada bajo el título *Peculiaridades de la esclavitud en Cuba*, pronunciada a propósito de la XV Reunión Anual de la Asociación de Historiadores del Caribe (La Habana, 1985). Todavía en 1995 reitera tal posición en su libro *Cuba/España. España/Cuba. Historia común*, con una cierta argumentación acerca de su escogencia de La Habana como exponente de toda la historia insular.

A Oscar Zanetti Lecuona y Alejandro García Álvarez debemos otras dos obras, en dos órdenes distintos, que fueron y son instrumentos preciosos para el trabajo regional desde una óptica más general. Me refiero, ante todo, a ese libro ya clásico que es *Caminos para el azúcar*, de 1987, y a la *Metodología de la investigación histórica*, de 1989, escrito en colaboración con la metodóloga Aleida Plasencia Moro. El primero, sólida obra de la historiografía cubana, se adentra en un problema, el de las comunicaciones ferroviarias, que está enraizado con el del proceso de consolidación primero de las regiones históricas cubanas y posteriormente con el del debilitamiento o surgimiento de otras, según sea el caso. Por otro lado, obra de obligada consulta al no existir un texto mayor sobre la metodología investigativa en historia regional y local, fue el segundo, cuya consulta, acompañada por la de los trabajos al respecto de Julio Le Riverend Brusone, Olga Portuondo Zúñiga y Hernán Venegas Delgado, brindaron en su conjunto la visión necesaria para comenzar y guiar el trabajo del Proyecto Nacional de Historias Provinciales y Municipales

durante varios años. Se impone ya, desde luego, escribir un texto especializado al respecto que, a su vez, pudiera servir de acicate para incrementar la tendencia al trabajo teórico y metodológico que se observa discretamente en el país.

Esta línea teórico-metodológica requiere, sí, de nuestra atención priorizada, pero advierto desde ahora contra las posibles consecuencias del efectismo, del probable acriticismo que pueda resultar de recepcionar sin una criba apropiada el fárrago de materiales escritos en el extranjero durante una treintena de años sobre historia regional y urbana y, en particular, subrayo la necesidad de que este trabajo teórico-metodológico lo cubran fundamentalmente profesionales con resultados sólidos y palpables en estudios de casos regionales y locales, es decir, quienes están en mejores condiciones de aprovecharlo y transmitirlo a los demás. En cualquier caso de lo que se trata es de aprovechar de forma creadora esa riquísima experiencia occidental, junto a la latinoamericana que ya empezamos a conocer.

El Proyecto Nacional de Historias Provinciales y Municipales, concebido entre 1987 y 1989 y que arrancó a partir de este último año en casi todo el país, de una u otra forma, es otro de los parteaguas, en este caso trascendental, de los estudios regionales y locales en Cuba. Como tampoco deseo repetir ahora afirmaciones que antes he realizado, sólo me limito a brindar algunas ideas generales. Comenzando entre 1987 y 1988 a instancias del Instituto de Historia de Cuba, este fue concebido esencialmente por el equipo integrado por Olga Portuondo Zúñiga, Arturo Soreghi

D'Mares, Fe Iglesias Martínez y Hernán Venegas Delgado. El mismo contaría desde entonces con el impulso que le darían primeramente Rolando García Blanco y Modesto González Sedeño y después Lilian Vizcaíno González.

Pero también el Proyecto debe mucho de la experiencia regionalista latinoamericana, en particular a la de México y Venezuela en sus años iniciáticos, y a la de Brasil, Colombia y Argentina, al menos, en años más recientes. Aquí estoy hablando tanto de los resultados de caso, como de los trabajos de orden teórico-conceptual, metodológico, periodológico y sobre fuentes que han ido permeando, en mayor o menor medida a los regionalistas de todo el país. En mi criterio el acercamiento de los regionalistas cubanos a la archifamosa Escuela de los Annales en esta vertiente nos viene por la vía latinoamericano-continental y en menor medida por la europea, salvo excepciones, desde luego. Además, de todos es conocida la muy discreta difusión y promoción universitarias que tuvo esta imprescindible escuela historiográfica entre los historiadores cubanos durante varias décadas de la Revolución, fenómeno aún más grave en esa área neurálgica constituida por los institutos pedagógicos, después institutos superiores pedagógicos. Obsérvese, para evitar fáciles objeciones, que estoy hablando de *todo* el país, y no sólo de su capital.

No es mi intención cantar loas a este Proyecto en el que nos hemos visto involucrados directamente. Como toda gran obra, esta ha tenido sus errores y desaciertos, pero también sus virtudes y logros, aspectos estos últimos que, en

mi criterio, pesan más que sus resultados negativos y limitaciones, muchas previstas desde un inicio, por cierto. En primer lugar, ha sido el único proyecto de historia regional y local –este fue su enfoque– inscrito en un plan nacional, fenómeno único en América Latina y el Caribe. En segundo lugar, el Proyecto aspiró y obtuvo resultados concretos en cuanto a su adscripción dentro de las más modernas corrientes de la historiografía regional y local del mundo occidental y de América Latina en particular. En tercer lugar, los resultados aún sin publicar del Proyecto, en particular los referidos a las propuestas de periodización sobre las historias provinciales, hacen tambalearse en sus cimientos a la “periodización” de la historia nacional, a la vez que esos resultados cuestionan fuertemente supuestas “regularidades” consagradas por la historiografía “nacional” al uso aún en nuestros días. En cuarto lugar, al implicar a miles de maestros y profesores de todo el sistema nacional de educación general cubano, así como a otros profesionales de los ministerios de Cultura y de Educación Superior, entre otros, el Proyecto preparó a miles de profesionales en todo el país y creó de paso las bases para empeños ulteriores, por cierto, no sólo en la Ciencia Histórica, sino también en el resto de las Ciencias Sociales y hasta en las tareas político-estatales y de las organizaciones políticas. En quinto lugar, bien a su calor o bien como resultado lógico de su obra y de su influjo, surgieron o se revitalizaron en el país decenas de centros y de grupos de investigación regional y local. En sexto lugar, los resultados del Proyecto han trascendido en los últimos años a

áreas vitales de la vida económico-social de toda la nación, como son las del turismo y la educación, por sólo mencionar dos de estas.

Desde luego, conozco de errores en la conducción historiográfica en general y metodológica en particular de algunas de las obras concluidas o en fase de conclusión en la actualidad tanto en las historias provinciales como en las municipales, sobre todo en estas últimas. Es indudable que por lo general brilla por su ausencia la presencia de las corrientes historiográficas contemporáneas más representativas. Sé que la herencia positivista supérstite asoma muchas veces tanto por los caminos más trillados y conocidos como por los más insospechados vericuetos aunque, desde luego, ello no es privativo de la historiografía regional y local. Reconozco que el nivel empírico del conocimiento ha gravitado de forma parcial y peligrosamente sobre algunas de estas obras. Resulta evidente que no siempre la relación región-nación se logra e incluso que a veces se obvia la relación macrorregión-región, desconociéndose de paso el papel de los centros nodales esenciales de aquellas partes del país que tienen un pluricentrismo urbano acentuado. Es indudable que el manejo y equilibrio de las fuentes consultadas adolece de deficiencias y que se han violado o parcialmente cumplido algunas de las orientaciones que al respecto y también acerca de la conducción del trabajo se establecieron y se reiteraron hasta la actualidad.

Muchos otros problemas se podrían señalar. Pero en mi opinión lo trascendental de este Proyecto y de sus resultados

hasta la hora actual está en el balance que se puede hacer de la historiografía regional y local en Cuba *antes y después* de 1987-1989, claramente favorable en los días que corren, como dije más arriba, a tal área de la ciencia histórica.

Me pregunto qué hubiese sido de este trabajo si se le hubiese encomendado sólo a aquellos pocos especialistas y a otros pocos profesionales de prestigio con los que se hubiese podido contar para realizar las 14 historias provinciales propuestas, más las 168 historias provinciales y la del municipio especial. Me pregunto cómo se hubiese podido comenzar a responder a los retos que en la actualidad plantean la enseñanza de la historia nacional y de la historia regional y local. Me pregunto cómo es que se hubiera satisfecho la siempre creciente demanda del pueblo de verse representado en sus entornos de vida. En la respuesta a estas tres únicas preguntas –que no son ni pueden ser todas las que nos hagamos– está la clave de este balance que propongo. Ustedes pueden hacer sus propios razonamientos que, estoy seguro, no estarán muy alejados de los que yo mismo me he planteado.

Por último, no deseo dejar pasar esta oportunidad que se me ha brindado para insistir en un aspecto capital del trabajo regional y local. En mi criterio si bien se ha avanzado sustancialmente en la cuestión regional y este trabajo es perfectamente factible y necesario de continuar haciéndose, adaptándonos a las realidades de un pluricentrismo institucional cada vez más vigoroso, existen serias

deficiencias en el trabajo que hemos denominado como “local”, como un cómodo apéndice al primero; pero que requiere ya de su autonomía. Es decir, como he dicho recientemente en la conferencia inaugural del evento científico latinoamericano y regionalista celebrado en la Universidad Carlos Rafael Rodríguez de Cienfuegos, hablamos usualmente de regiones y localidades, englobando por lo general a estas últimas dentro de las primeras. Cierto es que se establece una relación entre unas y otras pero relación interactiva, en la que la ciudad y la región guardan sus propias especificaciones, por lo que sus respectivos campos de estudio demandan atenciones particulares.

De aquí que la ciudad requiera de una atención especial entre nuestros historiadores, más allá del que le han prestado los sociólogos, economistas y planificadores urbanos e historiadores del urbanismo y del arte, entre otros. La ciudad requiere de un tratamiento diferenciado en relación con su región circundante, requiere de consideraciones concretas acerca de su realidad peculiar. Esta atención, por otra parte, no se puede circunscribir sólo a las grandes ciudades. Requieren, sí, de nuestra atención las grandes ciudades, como lo ha demostrado fehacientemente el libro citado de 1992 del profesor Le Riverend sobre La Habana; pero también la requieren aquellas ciudades medianas y pequeñas, tan características de Cuba y de otros países latinoamericanos. Incluso el pequeño asentamiento poblacional, en el linde entre lo urbano y lo rural, como son los bateyes de los centrales azucareros,

necesitan de nuestro trabajo, como bien ha reiterado Abel F. Losada en su reciente libro *Cuba: Población y economía entre la independencia y la Revolución*, de 1999. Yo añadiría que, junto a los bateyes, debería considerarse el sistema completo de sus pequeños asentamientos con tales características, cuyo núcleo es el batey, sistema que muchas veces engloba pequeñísimas ciudades venidas a menos e incorporadas a la vida azucarera. Tan importante es este asunto para la historia urbana en sí como lo es para la historia regional y local, la historia nacional cubana y la historia de la plantación caribeña, niveles todos en que el azúcar ha tenido y aún tiene un peso importante en la vida social.

Hasta aquí mis criterios muy generales sobre el tema que se me ha solicitado.

Les ruego que disculpen las omisiones que seguramente he hecho, pues no ha sido el objetivo –ni se me ha solicitado– el de realizar un balance historiográfico exhaustivo ni mucho menos de personalidades e instituciones relacionadas con la historiografía regional y local quienes, con todo derecho podrían figurar aquí. En mi ánimo está el de presentar estas ideas para contribuir al intercambio de opiniones que nos permita a todos seguir adelante con nuestro trabajo, cada vez más útil e incluso comprometido con las realidades actuales del mundo globalizante, que ha querido hacer de las regiones especies de caballos de Troya para lograr la desintegración nacional en los pueblos del llamado Sur de esta parte oprimida del Mundo.



# La vida pública y secreta de Encarnación de Varona (5ta parte)\*

**Modesto González Sedeño**

*Investigador de historia de Cuba*

ENCARNACIÓN RELATA LOS TRABAJOS QUE TIENEN QUE LLEVAR A CABO EN EL CAMPAMENTO ESPAÑOL PARA LOGRAR QUE SOBREVIVA LA FAMILIA

*Nos hubiéramos muerto de hambre si no hubiera sido por la tropa que nos abastecía de rancho, pues trayendo los bolsillos provistos de mucho dinero sin hallar en qué emplearlo, les satisfacían más a su antojo los platos que preparábamos, que aquella comida siempre igual del campamento. Con lo único que nos proveíamos de algún medio era echando remiendos de talabartería y zapatería, de lo que entendía Pancho un poco, y yo, cuando sus ocupaciones no le permitían tal trabajo, me hacía cargo de él, lo que nos pagaban muy bien los militares.*

*Viendo el juez que las familias nos moríamos de hambre sujetas solamente a las raciones, dio licencia para que salieran al campo las mujeres y los niños que se atrevieran. Yo, confiando siempre en los cubanos, no dudé un momento en ser de las primeras. Vine pues precisada, con consentimiento de mi marido, a alquilar una bestia para salir con uno de mis dos muchachitos mayores a Jesús María, a buscar los frutos que hubieran dejado. Llegamos pues a la roza y por su buen estado conocimos que no había pasado persona alguna por ella. Cargamos pues nuestras dos bestias de viandas y frutas de la estación, y nuestra llegada fue aplaudida. En menos de dos horas ya todo lo habíamos vendido, y así pudimos pagar el alquiler de la bestia, alimentarnos y guardar alguna cosa. Seguimos este método de vida por algún tiempo, yendo un día sí y otro no; de modo que cuando comenzaron a traer convoy, que era bastante dificultoso, ya teníamos resuelto el modo de cubrir algunas necesidades urgentes.*

*En esto llegó el general Valmaseda el que nos repartió ropa a todos los presentados. Yo aprovechándome de este conocimiento, le pedí audiencia, la que me concedió. En ella le hice ver cuán dificultosa era nuestra estancia allí, y que, aunque habíamos deseado pasar a Puerto Príncipe, el comandante nos había negado la licencia. El general nos la concedió. Hicimos cuantos esfuerzos pudimos por irnos pero siempre había dificultades para ello. En esto nos suspendieron las raciones a todos. Muchas*

familias nos vimos afligidas, y tomamos la resolución de unirnos algunas madres de familias para pedir auxilio para el sostenimiento de nuestros hijos. Tuvimos la suerte de que el día que fuimos a presentar la demanda, habían mudado de capitán, y, por cierto, la acogida de este señor no fue de lo peor, pues después de escuchar las súplicas que le dirigí en nombre de todas –designadas por mis compañeras, y aprobando ellas de antemano todo cuanto yo dijera– dispuso que entre todas las que poseyéramos alguna cosa en este territorio, podíamos matar una res cada una y compartirla entre todas, hasta tanto que él diera parte al gobierno, para ver si nos concedían de nuevo raciones. La primera res que se cogió fue nuestra; ya mi marido había hecho otra cosa más cómoda, y yo, desesperanzada de irme había pedido licencia al capitán para poner una escuela de primeras letras; pues ya en uno de los viajes que dimos a Jesús María hallamos que unos malos vecinos que se habían presentado antes habían destruido la estancia de que nos manteníamos, de modo que por eso habíamos deseado más que nunca irnos del campamento.

Quiso la Divina Providencia proporcionarnos una carreta que nos costaba diez pesos. Nos pusimos en el camino resguardados por un piquete de infantería, pues no se podía transitar sin este auxilio. Llegamos a Las Yeguas, donde nos detuvimos por disposición del gobierno, pero un jefe, compadecido de nosotros hizo que nos llevaran del modo que hubiera

lugar. Llegamos pues a Puerto Príncipe en el mes de octubre, unos a pie y otros en la carreta en que iban nuestros trastos con un millón de alambres de telégrafo, pues estaban componiendo la línea, y una porción de militares enfermos. Entramos a la ciudad a eso de las nueve de la noche bajo un fuerte aguacero.

Nos alojamos en casa de mi suegra. No nos faltaban nuestras tres o cua-

COMIENZA UNA NUEVA ETAPA EN PUERTO PRÍNCIPE, DURANTE LA CUAL LA FAMILIA DESPROVISTA DE SUS MEDIOS DE VIDA TIENE QUE ADAPTARSE A LA CIUDAD EN LA SITUACIÓN DE GUERRA

tro onzas, pero íbamos casi desprovistos de ropas, zapatos, y demás. Por disgustos de familia nos mudamos al poco tiempo a una casa en la calle de San Ramón, que nos costaba seis pesos, y entonces Pancho se acomodó en una quinta a ganar un triste salario. Manuel, mi hijo, se hallaba muy enfermo, aun mucho antes de la presentación. Conchita se había enfermado con el cambio de lugar y Tadeo y Panchito se habían unido a Miguel, mi sobrino, y salían a buscar frutas y viandas. La criada Dorotea que se hallaba con una cría de cuatro o cinco meses, no hallaba quien la alquilara casi nunca, trabajando a veces por la comida, y yo estaba de meses mayores. Ya puede juzgar el lector con qué medios contaríamos para la subsistencia de esta numerosa familia.

*Un día en que mi corazón intranquilo buscaba el medio de variar aquella dura situación, fui avisada por Manuelito de que mis hijos y mis sobrinos habían sido presos por no llevar una licencia del gobierno. Sólo una de su padre. En el acto creí perder el juicio y con el auxilio de mi Conchita y de Cristina, más versada que yo en las costumbres del pueblo, estuve gestionando sin descanso hasta el otro día, como a las dos de la tarde, que los pusieron en libertad.*

*Poco más tarde se hizo Pancho cargo de un terreno o finquita cerca del pueblo donde él, con sus hijos, trabajaba sin descanso para proporcionarnos la subsistencia. Yo entre tanto apelé a la caridad pública, pues tanto Pancho como los muchachos y aun yo misma, nos enfermamos de unas calenturas que nos duraron muchos meses sin tener ni el consuelo de la medicina ¡Cuántas calamidades! ¡Cuántos sufrimientos! ¿Te acuerdas, mi querido esposo? ¡Cuántas veces te vieron mis ojos sudar la calentura devorando un trozo de maíz cocido, que era lo único que había conseguido mi conyugal cariño!*

*Vivíamos en una casa que nos costaba siete pesos, y una de mis vecinas era Isabel Rodríguez y Agüero, hija de mi madrina de matrimonio doña Josefa. Esta joven aunque separada de su esposo, era al presente de conducta intachable. Con sus ahorros se había conseguido unos medios y cosía en su máquina, consiguiendo así un bonito diario, pues estaba muy acreditada en el comercio. Su familia se componía de ella*

*y de una pequeña niña. Esta buena amiga se compadeció de mi estado, y nos protegía en cuanto sus facultades le permitían.*

ALGUNOS HECHOS EN LA  
VIDA DE LA IMPETUOSA  
JOVEN ISABEL RODRÍGUEZ Y  
UN INCIDENTE QUE PONE EN  
DUDAS EL HONOR REVOLU-  
CIONARIO DE CLODOMIRO  
BETANCOURT, SOBRINO DE  
ENCARNACIÓN YA CONOCI-  
DO EN ESTE RELATO

Cualquier persona que transite por delante de la casa de la acreditada costurera Isabel Rodríguez y la observe trabajar afanosamente en su máquina de coser o atender a su pequeña hija, difícilmente acierte a imaginar el osado carácter de la apuesta joven. Es cierto que la separación de su primer esposo y la posterior unión con Manuel Antonio García Contreras han dado mucho que hablar a los vecinos de Puerto Príncipe, muy reacios a estor lances conyugales, pero ella ha demostrado que no es mujer que se amilane por los chismorreos, su pequeña niña es la hija de García Contreras. Isabel procede de una familia de carácter indomable, pues si ella es mujer de vida agitada, su hermano Rafael y su sobrino Baldomero son valerosos insurrectos que toman parte en los más fieros combates contra el ejercito español. Los que conocen de su reciente viudez y de la entereza que ella demostró durante los sangrientos hechos de que fueron víctima, aseguran que es una mujer de temple poco usual. El caso es que Isabel en unión de García Contreras se fue al campo insurrecto,

donde él desempeñó las funciones de prefecto, en Juan Gómez e Imías. En este año 1871, la prefectura fue sorprendida por una de las bandas de forajidos organizada por el ejército español, los que asesinaron a García Contreras y a otros, e hicieron prisioneros a Isabel y a "los pequeños Aurelio Ferrera García y Mercedes García Rodríguez, la hija del matrimonio. Los prisioneros fueron conducidos a Puerto Príncipe, donde los españoles exhibieron a la viuda como un trofeo de guerra; luego, la dejaron en libertad, sin que cesaran de vigilarla.

Esta es la razón por la cual Isabel se encuentra en Puerto Príncipe, trabajando en su máquina de coser y laborando clandestinamente con los patriotas, mientras espera.

En septiembre, Isabel aprovecha una ocasión que se presenta para viajar al campo insurrecto con el propósito de volver a ver a sus amigos de las filas mambisas. Esta excursión es el resultado de unas gestiones muy complicadas con el Jefe de la Policía, llevadas a cabo por la familia del ya coronel y preboste del Ejército Libertador, Francisco Arredondo Miranda. Adujo la familia, para que se le autorizara la salida al campo insurrecto, que tenían noticias de que el estado de salud de Arredondo era muy malo, ya que estaba enfermo de cuidado. Y vaya a saberse por cuáles otras razones además, el malvado Jefe de la Policía, Ildefonso Lomelino ha concedido el permiso de salida por 15 días a Elvira, la esposa de Arredondo, a las hermanas de este y a la acompañante Isabel Rodríguez.

A todas estas se encuentra en Puerto Príncipe el sobrino de Encarnación, que

después de la destrucción de los ranchos donde estaba instalada la imprenta La Libertad, y de haber deambulado por los montes de la Soledad, ha sido detenido y ahora permanece bajo control de la policía en la ciudad. Según todo parece indicar las bandas que asaltaron la imprenta no lograron encontrar la máquina de imprimir y otros enseres que quedaron bien ocultos, con el concurso de Pancho Escobar. En estos meses Clodomiro se halla aislado del movimiento insurreccional y no ha podido establecer contactos, pues de seguro él resulta un hombre demasiado comprometido para la red de Torres Lasquetti, si se considera que *El Cubano Libre* aparecía con un machón que decía "Imprenta de la libertad a cargo del c. Clodomiro Betancourt". Probablemente, él se ha enterado por Encarnación de los propósitos de Isabel y de la caravana que se prepara para visitar el campo insurrecto, y toma la determinación de hablar con Elvira, la esposa de preboste Arredondo, para que ella le lleve una carta solicitándole a este le indique con quién contactar en la ciudad. Elvira entiende que es imprudente la propuesta de Clodomiro y la rechaza, pero su cuñada Juana Arredondo acepta llevar un papelito en el cual Clodomiro solicita al Preboste que le indique con qué persona puede ponerse al habla en la ciudad, para continuar su vinculación con el movimiento independentista, quizás impulsado por la tenencia oculta de la máquina de impresión en una cueva en el campo. Todo parece indicar que se originaron más conversaciones de la cuenta al respecto, y que oídos avisados las recogieron y llevaron a la policía, que estaba sobre la pista.

Ya en el campo mambí los excursionistas no logran establecer contacto con Arredondo, ya que este se encuentra en la vuelta de la región oriental por necesidades del servicio. Aunque se frustró el objetivo principal de la comitiva, sin embargo, para Isabel resulta un viaje de maravilla, pues vuelve a sentirse en Cuba libre, sin la vigilancia del hispano, rodeada de sus compañeros mambises. Ve llegar con tristeza la hora del retorno. No puede ocultar un sentimiento de angustia, pues desconfía del salvoconducto que emitieron las autoridades y teme alguna trampa. Como dicen que guerra avisada no mata soldados, no se sorprende demasiado cuando al llegar la comitiva a la ciudad los espera una fuerza situada en las afueras por el malvado Lomelino. Seis carruajes, ocupado cada uno por un salvaguardia, y un gran movimiento policíaco en la barriada de la Caridad, los espera. En medio de las protestas, la caravana es llevada a la jefatura principal, donde son acusados por Lomelino de llevar y traer correspondencia a los insurrectos. Registran a las mujeres, a Elvira y a Isabel desde luego, pican los quesos que traen y desbaratan los lomillos de los caballos. como es de suponer, no apareció nada.

Entonces Lomelino pone en juego su condición maquiavélica, manda a arrestar a Clodomiro Betancourt y lo enfrenta a las detenidas a las que acusa de haber llevado una carta de Clodomiro al campo insurrecto, dejando en el ambiente que este último ha echo alguna delación. En definitiva el registro resultó infructuoso y no apareció nada comprometedor, por lo que no teniendo ninguna

prueba para dejar detenidas a las mujeres, no le queda otro remedio que mandarlas para su casa, en tanto, insulta a Clodomiro y lo deja preso en la jefatura. Este penoso incidente hace pensar a Isabel Rodríguez, una de dos, que Clodomiro se había comprometido con Lomelino a mandar la carta con la solicitud de información acerca de los contactos del movimiento clandestino en Puerto Príncipe, para descubrir los valiosos corresponsales de la ciudad; u otra, que por indiscreción de Clodomiro o de la hermana de Arredondo se enteró Lomelino del comprometido papelito y aprovechó la ocasión con el fin avieso de obtener la posible respuesta de Arredondo, o por lo menos, para crear una brecha entre los revolucionarios y estropear los resultados de la excursión. Isabel esta consciente de que durante años Arredondo y su mujer dudarán de la honestidad de Clodomiro, a pesar de que antes del incidente tenían un buen criterio de él. Ella, sin embargo, piensa que Clodomiro no es hombre de mala fe y que se ha visto envuelto por la policía en este asunto para desacreditarlo.

De nuevo en su casa, Isabel Rodríguez se sienta a conversar con su amiga Encarnación sobre las peripecias del viaje y a continuar sus trabajos de costura.

#### Nota

\* Las partes anteriores de este trabajo han sido publicadas en los números:

## RESEÑAS

### *Nuevo número de Letras. Cultura en Cuba*

Acaba de ver la luz el octavo volumen de *Letras. Cultura en Cuba* publicado por la Editorial Pueblo y Educación. Para quienes conocen alguno de los volúmenes anteriores, esta noticia por sí sola despertará el interés por el libro, dada la buena acogida del proyecto desde la primera entrega en 1987.

Y no es extraño que esto ocurra porque cada tomo —dotado de estructura propia y ajustada a un contenido específico— cumple el objetivo de reunir no sólo artículos, cartas, ensayos, monografías o fragmentos de estos, predominantemente sobre literatura cubana, sino también de artes plásticas, arquitectura y música, los cuales contribuyen a un mejor conocimiento de nuestra cultura en sus tres períodos: colonia, república neocolonial y el presente, iniciado con la victoria revolucionaria del 1° de Enero de 1959.

De este modo, se hace posible o se facilita a profesores, estudiantes, especialistas y lectores con otros intereses, la consulta de textos inéditos o de difícil localización escritos por intelectuales de reconocido prestigio, lo cual favorece un estudio en el que de forma sistemática se valoran aspectos múltiples, todos indicadores de la complejidad de nuestra historia.

Por todo ello, la colección ha logrado rebasar los fines de la docencia universitaria que le dieron origen para convertirse en una obra colectiva de utilidad pública; pues facilita una amplia información para diferentes usos e intereses, con ahorro de tiempo y esfuerzo.

El volumen que nos ocupa, el número ocho de este embrión de enciclopedia de la crítica y el ensayo, cuenta como sus antecesores con el prefacio y la compilación de la profesora titular de la Facultad de Artes y Letras de la Universidad de la Habana y doctora en Ciencias Filológicas, Ana Cairo Ballester, a cuyo fatigable empeño y proverbial rigor científico-investigativo deben mucho los resultados alcanzados y el reconocimiento de que ha sido acreedora la colección. Consta el volumen de tres partes. La primera, “Homenaje a José Martí poeta”, se conforma con diez trabajos de conocidos escritores sobre la poesía del Apóstol, en general, y sobre *Ismaelillo*, *Versos libres* y *Versos sencillos*, en particular; así como el paralelismo entre él y Víctor Hugo, y la presencia de José María Heredia en el Maestro.

La segunda parte, “Valoraciones sobre José María Heredia (1803-1839) y Julián del Casal (1863-1893)”, se eslabona con la anterior al abrir con las palabras que dedicara nuestro Héroe Nacional al cantor del Niágara. Agrupa criterios de tres intelectuales cubanos sobre el poeta santiaguero, y cinco estudios sobre Casal.

Como advierte la doctora Ana Cairo, para los juicios sobre Heredia no sólo debe tenerse en cuenta lo dicho por

Varona, Chacón y Portuondo, sino lo afirmado por Martí y el paralelo de Emilio de Armas entre ambos poetas. Del mismo modo, no debe obviarse la opinión del autor de *Ismaelillo* sobre Casal.

Observa también la compiladora cómo las dos primeras partes se interrelacionan estrechamente, puesto que tienen el propósito de resaltar la contribución de estos tres grandes poetas de la literatura colonial y a la literatura latinoamericana decimonónica.

En la tercera parte, “Aproximaciones a otros poetas de la literatura colonial”, se compilan meditaciones sobre la evolución de la poesía colonial, y enjundiosos juicios sobre Manuel de Zequeira, Manuel de Rubalcava, Gertrudis Gómez de Avellaneda, Juan Cristóbal Nápoles (El Cucalambé), Francisco Sellén, José Joaquín Palma, Juan Clemente Zenea y Enrique José Varona.

Cierra esta última parte con la investigación de Zoila Lapique sobre la habanera como género musical, en la que recoge una muestra de las letras con las que algunas de ellas eran cantadas. A esta indagación siguen los habituales “Índices por autores”, “Índice temático”, y la sección “Los autores”.

Aparte de la riqueza de contenido de los treinta y cinco trabajos que encierran las 565 páginas, a los cuales sería difícil referirse en detalle en tan breve espacio, contribuyen a la calidad del volumen la excelente edición de lujo a cargo del licenciado Arnaldo Pérez Portela, el esmerado diseño de Vivian Lechuga y la bellísima ilustración de cubierta, que

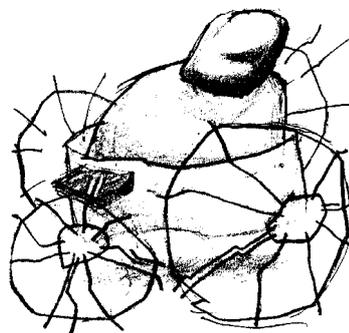
en esta entrega reproduce la obra *Marina* del pintor cubano Leopoldo Romañach.

Es oportuno recordar que, por la calidad de su contenido, edición, ilustración y diseño, *Letras. Cultura en Cuba* obtuvo el primer premio en el concurso “El arte del libro”, celebrado en 1989 con motivo de los 30 años de la creación de la Imprenta Nacional de Cuba.

En resumen, como se hace evidente en la mera reseña temática, el tomo 8 de *Letras...* —al igual que los volúmenes precedentes— cumple los objetivos del proyecto editorial y los requisitos de lo que debe ser un buen libro definidos por Alcott, porque llegado a nuestras manos, se abre con expectación y se cierra con provecho. Yo lo he experimentado.

**Amaury B. Carbón Sierra**

*Profesor de la Universidad de La Habana*



## *Leer a Martí 1999*

Con frecuencia escuchamos a los especialistas comentar acerca de las escasas encuestas sobre qué leen y cómo nuestros niños, adolescentes y jóvenes.

Resulta a autores, editores, bibliotecarios y maestros muy difícil constatar hasta qué punto nuestro público infanto-juvenil se apropia de la enorme cantidad de títulos publicados por las casas editoriales cubanas o importadas para nuestra red de bibliotecas públicas y escolares que escalan hasta montañas.

En el actual contexto, en que la nación se vuelca hacia la manifestación de la cultura, resulta verdaderamente importante las sucesivas ediciones del Concurso Leer a Martí, convocado por la Biblioteca Nacional José Martí.

Si en 1998 participaron 5 544 niños y adolescentes de todo el país, en el 1999 encontramos 51 063 trabajos de los niveles de primaria, secundaria y preuniversitario: constatamos con gran regocijo que la calidad de los 62 trabajos premiados en la edición de 1999, su diversidad temática –aunque con principal insistencia en *La Edad de Oro*– y la riqueza de imágenes y vocabulario demuestra que la obra martiana no sólo es leída sino admirada y disfrutada por nuestros niños nuevos, quienes interpretan el sentir martiano con gran amor propio, desde un punto de vista actual.

La presente edición con prólogo de la escritora y pedagoga Rafaela Chacón Nardi –presidenta del jurado–, se ve

enriquecida por los dibujos de los niños participantes y una gama de capitulares –una distinta para cada trabajo– de los ilustradores Luis Garzón Masabó y Alejandro de la Osa, índices por autor y provincia, notas que remiten a los lectores a cómo hacer una bibliografía o a las fuentes contra las que se cotejaron las más de 1 000 citas hechas por los concursantes.

Gracias a la amorosa labor de un jurado de preselección integrado por los trabajadores de la Biblioteca, al jurado nacional integrado por la BNJM, el Centro Nacional de Cultura Comunitaria, la Casa Natal José Martí, CREART, UNEAC, MINED y OPJM, el apoyo irrestricto del Centro de Estudios Martianos, a la labor cohesionada de quienes trabajaron en el Departamento de Ediciones de la Subdirección de Promoción y Desarrollo de la Biblioteca Nacional o en los talleres “Osvaldo Sánchez”, sorteando las peripecias en los diversos procesos editoriales y fabriles, para dar a la luz los 1 000 ejemplares de la actual edición –insuficiente porque no puede cubrir la demanda mínima de las bibliotecas públicas y escolares ni del público en general–, con una llamativa cubierta que atrae por igual a los niños, adolescentes, jóvenes y adultos.

La labor conjunta –de equipo– hizo posible entre el 28 de enero y abril la edición e impresión de este libro, que señala en su colofón:

Pensar es servir, nos dice el Apóstol en *Nuestra América*. Y muestra de que nuestro pueblo piensa y siente es esta edición de *Leer a Martí 99*,

dedicada a los niños y jóvenes cubanos, y en especial a Elián González Brotón: posee capitulares dibujadas diferentes para cada capítulo, se ha utilizado la familia Comic Sans MS, con tipos en 12-15 puntos para el texto y 10-12 puntos para las páginas finales.

Con la satisfacción del deber cumplido, la Biblioteca Nacional ha lanzado ya el reto a padres y maestros, y muy en especial, a los niños, adolescentes y jóvenes: la convocatoria del Concurso Leer a Martí 2000.

### **Esteban Llorach Ramos**

*Editor de la casa editorial Gente Nueva*



## *Sobre esclavos y precios*

La editorial más antigua del mundo ha incorporado a su colección de estudios latinoamericanos el primer libro sobre historia de precios con que cuenta la historiografía cubana.\*

Este proyecto comenzó a hacerse realidad en 1988, gracias a la coordinación establecida entre la City University of New York (CUNY) y el Instituto de Historia de Cuba, la cual permitió a los autores disponer de un equipo de investigación integrado por trece alumnos del Lehman College de la CUNY y doce de la Facultad de Filosofía e Historia de la Universidad de La Habana. Ellos ejecutaron la fatigosa tarea de localizar y extraer información de una muestra de 23 000 escrituras de ventas de esclavos asentadas entre 1790 y 1880 en los protocolos de dos de las escribanías habaneras –Galletti y Fornari–, así como de las transacciones similares de Santiago de Cuba y Cienfuegos reportadas desde ambas ciudades a la Administración General de Rentas Terrestres. Todos estos documentos se han conservado en el Archivo Nacional de Cuba, pero hasta ahora no habían sido utilizados exhaustivamente, dado su volumen y la falta de una metodología apropiada.

La importancia del estudio de los precios como parte de la historia económica quedó patentizada desde la década de 1930 por las obras ya clásicas de Labrousse y Hamilton, pero en

Cuba había estado poco desarrollado, salvo los trabajos sobre la esclavitud de Juan Pérez de la Riva, Moreno-Klein-Engerman, María del Carmen Barcia y Laird W. Bergad, los dos últimos coautores de este libro. Lógicamente, sin análisis del precio de los esclavos es imposible calcular los costos de producción en una economía de ese tipo.

Los autores del libro se propusieron dos objetivos básicos: primero, demostrar cómo la evolución en el tiempo de los precios de venta de los esclavos y de la composición demográfica de estos puede ser utilizada como instrumento de análisis para comprender aspectos económicos y superestructurales de la historia de Cuba. Segundo, elaborar series estadísticas que aportarán nuevas posibilidades para el estudio de la historia económica de Cuba: “Como la historiografía sobre la esclavitud en el Sur de los Estados Unidos ha demostrado tan gráficamente, es imposible analizar las características económicas de las sociedades esclavistas sin una extensa y multifacética base estadística, y esto comienza con una confiable serie de precios de esclavos”.

La obra contiene información estadísticas sobre precios, edades, sexos, ocupación, nacionalidad de los esclavos y otras variables, para una etapa de 91 años—subdividida por los autores en seis períodos— que es la más importante de la historia de la esclavitud en Cuba. Esta información aparece procesada en 37 tablas y 63 gráficos.

Uno de los muchos aportes concretos del libro es la rectificación de algo que hasta ahora había sido aceptado por los

especialistas: que los precios de los esclavos se habían triplicado entre 1800 y 1840. Los autores demuestran que entre 1800 y 1850 dichos precios no sólo se mantuvieron estables a largo plazo, sino que en 1840 el de los esclavos con edades comprendidas entre los 15 y 40 años era un 17% más bajo que en 1800.

Por otra parte, queda claro en el libro que no hubo un crecimiento vegetativo de la población esclava, dado el desbalance de los sexos. Asimismo, se hace énfasis en la “extrema sensibilidad” del mercado esclavista cubano ante cualquier factor político externo que pudiera hacer peligrar el suministro regular de africanos, lo que invariablemente se reflejaba en el aumento coyuntural de los precios de las esclavas en la edad reproductiva, fundamentalmente de las criollas, tendencia que sugiere tasas de fertilidad más altas entre éstas. Así ocurrió como consecuencia de los tratados angloespañoles y de la abolición de la esclavitud en las colonias británicas.

También se aborda la reacción ante los estímulos económicos, como el alza de precios en el mercado azucarero mundial en la década de 1790 y su repercusión en el aumento episódico de los precios de los esclavos, neutralizado por la saturación de la demanda de brazos, que los estabilizó nuevamente a partir de 1800. Esa estabilidad a largo plazo fue sucedida, después de 1850, por una inestabilidad debida en buena medida a la Guerra de los Diez Años. Esta última “sería el catalizador decisivo que forzó a España a comenzar a desmantelar el sistema en que se había basado la economía colonial”.

El capítulo dedicado a la “coartación” y las cartas de libertad es lo mejor y más completo escrito sobre el tema hasta ahora.

Como bien afirman los autores, las series de precios de esclavos aquí presentadas y analizadas constituyen el primer esfuerzo hecho por brindar una base de datos científicamente procesados para un lapso prolongado del comercio negro.

Igualmente, es la primera vez que se lleva a cabo un análisis estadístico del mercado esclavista en el oriente de la Isla, prácticamente ignorado hasta ahora, dada la importancia marginal que tuvo la región para la economía azucarera durante el siglo pasado.

Por lo aquí reseñado, y por otras muchas razones, este libro es un excelente ejemplo de lo que puede ser la colaboración académica entre Cuba y los Estados Unidos, con independencia de la conocida polarización política que los enfrenta desde hace cuatro décadas.

\* Bergad, Laird W. , Fe Iglesias García y María del Carmen Barcia. *The Cuban Slave Market, 1790-1880*. [¿New York?] : Cambridge University Press [1995]. xxi, 245 p. (Cambridge Latin American Studies, 79)

## LIBROS

### Presentación del libro *Cultura, Estado, Revolución* de Antonio Núñez Jiménez \*

Salvando las inmensas distancias filosóficas e ideológicas que pueden separar a un conquistador español del siglo xvi de un revolucionario cubano del siglo xx, siempre he pensado que la noble figura de Núñez Jiménez está emparentada con la de Bernal Díaz del Castillo, el cronista de Hernán Cortéz.

¿No son inmensas las empresas narradas por las plumas de ambos? ¿No nos parece, en ocasiones, que lo recogido en estas crónicas turbulentas excede los límites de lo verosímil y nos lleva a la época soñada en que los hombres peleaban contra los dioses, sin ceder terreno, sin desmayo ni temor ante la fuerza de las divinidades?

Cuando, en medio de la lectura de un libro, nos avergonzamos de no haber estado allí donde se desarrollaba la historia; cuando echamos a un lado el libro y miramos a nuestro alrededor, como buscando al enemigo, como escuchando el galope de la caballería, el chocar de los aceros, el estampido de las armas; cuando nos parece indigno estar sentados mientras otros hombres mueren por sus ideales y hacen nacer un mundo nuevo, entonces puede decirse que este libro está bien escrito, y que el autor dice la verdad. Siempre me he sentido así

al leer los libros del cronista de la Revolución cubana, los libros hermosos y esperanzadores de Núñez Jiménez, los libros de donde se eleva un canto al hombre, a sus fuerzas, a sus ideas, no al imperio ni a la expansión, nunca a lo oscuro ni lo pequeño.

Libros en marcha, libros que combaten, libros infatigables al servicio de una causa y de un pueblo, libros fieles: así son los libros que recogen la crónica de nuestra época salidos de las manos de este hombre que no ha muerto, porque nos sigue asombrando y convocando con sus letras, como está ocurriendo en la tarde de hoy. Libros soldados que no se hacen explicar dos veces las órdenes de combatir, y van a pelear y a morir, si fuese necesario, con la humildad de los verdaderamente grandes. Libros que no presumen, que no buscan el aplauso relumbrón de los cortesanos, que dicen su palabra a tiempo, sin esperar más premio ni recompensa que los de servir. Libros grandes, libros revolucionarios que eternizan, junto a los humildes por los que luchó y vivió el autor, la propia imagen de este hombre, de este Capitán rebelde con rostro, barbas y maneras de un grande de España, de un personaje del Greco, de un caballero andante.

Servir calladamente no está de moda en épocas como estas. Un pernicioso afán de notoriedad a cualquier precio; de fama sin talento que la acompañe ha ido permeando a muchos creadores del mundo postmoderno, víctimas del mercado implacable y de la férrea dictadura del pensamiento único y la cultura hegemónica globalizada. La historia personal, el mérito de una vida al servicio del hombre, el valor de arriesgarlo

todo por las ideas que se sustentan, no cuentan más que el *glamour* de la moda que se viste o unas declaraciones insulsas a la televisión. Pero en épocas de oscuridad, más luz rodea a quienes no se rinden y no se pliegan a las modas de turno; no cuando en ello va el honor y el futuro del propio hombre. Por eso, autores como Núñez Jiménez y obras como la que hoy presentamos adquieren una dimensión nueva y son molestas: no encajan en el diseño de dominación; crean inestabilidad en el sacrosanto orden impuesto; hacen renacer el pensamiento crítico, tan temido por los arquitectos de esta época de renegados y apóstatas. Precisamente por esto estamos en la obligación y el deber, como hace ejemplarmente la Fundación que lleva su nombre, y muy especialmente Lupe Véliz, de ponerla a combatir, de abrirle paso, de darle la oportunidad de vencer...

*Cultura, Estado, Revolución* es el título de este libro, que forma parte de la colección "Cuba: la naturaleza y el hombre", la cual recoge en 50 tomos los escritos de Antonio Núñez Jiménez. Hermosa y sobria edición de 1999, fruto de la cooperación con Periplus Publishing London, tiene como divisa, en su portada, la mejor de las ilustraciones posibles, la que más exactamente define el aliento que recorre sus 319 páginas: la imagen de la bandera cubana, de la misma que ondeó siempre con honor sobre los cubanos, captada en muy feliz instantánea por el lente del propio Núñez Jiménez.

Quienes tengan este libro en sus manos se percatarán de que su contenido depara verdaderas sorpresas a sus lec-

tores. El índice desconcierta por la amplitud de temas, por la diversidad de asuntos que se tratan; pero es el alegre desconcierto que se experimenta ante el hallazgo de lo que se busca, a veces sin resultados positivos, sobre todo cuando queremos compartir con nuestros hijos y nietos, con niños y jóvenes, los hitos centrales de nuestro devenir histórico y las claves profundas de nuestra nacionalidad.

¿Quién no ha echado de menos a una obra como esta cuando los niños preguntan por el aporte de indios y negros a la cultura cubana; cuando se discute sobre los criollos o el significado de la palabra Patria; cuando debemos hablar sobre Varela, Saco, Martí, Céspedes y Fidel; cuando estamos en el deber de explicarle a los más pequeños sobre los símbolos patrios, sobre nuestra Constitución, sobre Girón, la Crisis de Octubre o la Campaña de Alfabetización?

El lenguaje directo del autor, su humildad sin pretensiones, su modesto deseo de servir como cronista anónimo que debe perpetuar para la posteridad los sucesos que presenció o conoció de primera mano, son méritos complementarios de la obra. Cansados de eruditas reflexiones que no calan en el lector, pues se escriben sin pasión y sin riesgo, descansamos con placer cuando nos adentramos en una lectura como esta. ¿Quién dice que la claridad es señal de obra menor? ¿Quién puede afirmar, sin rubor que no escribe para ser leído y comprendido? ¿Quién puede rechazar, sin ser un mal nacido, que su obra sea útil, y buscada, y leída por maestros y alumnos? No tengo la menor duda, leyendo este y otros libros de Núñez

Jiménez, que nunca tuvo la menor confusión a la hora de saber para quién y para qué escribía. Esta es una virtud no pequeña en medio de los tiempos que corren.

Puede afirmar, con absoluta seguridad, que la experiencia del trabajo en las bibliotecas cubanas, y muy particularmente en la Biblioteca Nacional, evidencia que obras de este tipo, y escritas de esta forma, son las más solicitadas por nuestros usuarios y reciben el alto honor de que sus ejemplares tengan que ser renovados por el deterioro derivado de su uso frecuente. Esta es la prueba final, la verdadera, del valor de un libro: lo demás es vanidad y autoconsuelo.

Debo destacar que la Fundación Antonio Núñez Jiménez de la Naturaleza y el Hombre desde siempre, en vida de su fundador y hasta nuestros días, ha sido ejemplar en la preocupación por preservar y depositar en las bibliotecas cubanas sus publicaciones. Era motivo de regocijo conversar con Núñez Jiménez, y lo es hoy hacerlo con Lupe Véliz, y sentir la plenitud de su compromiso con la cultura del pueblo cubano, con la preservación de nuestra memoria histórica. Créanme si les digo que si cinco justos hubiesen sido suficientes para salvar de su destrucción a Sodoma y Gomorra, con cinco editores y promotores culturales como ellos salvaríamos lo más importante de la producción bibliográfica cubana, dispersa y fragmentada por las razones conocidas que signan su existencia en estos días. Y aprovecho para decirlo aquí en voz alta, en medio de esta reunión de amigos de lo mejor de la cultura cubana y universal: ninguna ley de Depósito Le-

gal, ninguna normativa o decreto que se emita para lograr que las bibliotecas de la nación reciban lo que publicamos y lo preserven para las futuras generaciones, va a hacer el milagro de lograrlo, si no existe antes un compromiso profundo y raigal, personal y ético, sin alardes, con esa misma cultura y con el pueblo que las hace posible, como tenemos el gusto de reconocer en estas entrañables personas.

Y por si todo lo dicho fuese poco; como si no cesasen de asombrarnos con su cotidiano aporte al alma de la nación, a la Revolución, que es el fruto de la Patria y de su cultura, junto a la presentación de esta obra, se deja inaugurada también la biblioteca de la Fundación, otra obra grande, de indudable amor, que llevará el nombre emblemático, como el que agita un estandarte en medio de la batalla, de la doctora Sara Isalgué.

Lo que se asienta sobre el espíritu del hombre; lo que estimula sus mejores disposiciones, su afán de trascender mediante la creación y la memoria; lo que apela a la unión de jóvenes y viejos en medio de una zaga que continúa de una generación a otra; lo que sirve de puente hacia el futuro; lo que no se doblega ni rinde tributo a lo coyuntural; lo que nos impulsa a vivir y luchar y ser mejores; todo lo que nos hace más revolucionarios, más libres y más cubanos es eterno y grande; merece gratitud y respeto como hemos querido expresarle a nuestro Núñez Jiménez, en su obra y sus 77 años, en su presencia viva a nuestro lado, como Capitán y conductor en esta larga marcha que no se detendrá mientras tengamos tiempo y voluntad para presentar

los libros con estas crónicas de todos; las que este cronista recogió para nosotros; las que nos guardó este hombre de verde olivo con barbas, ademanes y dignidad de un Grande de España, de un personaje del Greco, de un caballero andante...

## **Eliades Acosta Matos**

*Director de la Biblioteca Nacional José Martí.*

\* El ministro de cultura, Abel Prieto Jiménez, en la presentación de esta obra a cargo del Director de la Biblioteca Nacional José Martí, el 18 de abril del 2000, propuso una tirada masiva, para los estudiantes y maestros de todo el país. Aconsejó además que para ello se utilizaran los nuevos equipos de impresión que próximamente serán ubicados en todas las provincias.



### *Donación de Ismaelillo*

De las manos generosas de la primera Dama de la hermana República Bolivariana de Venezuela señora María Isabel Rodríguez Oropesa de Chávez, y con dedicatoria expresa del pueblo y el gobierno venezolanos al pueblo y al gobierno de Cuba, ha llegado a nosotros la fina coedición Conac/Celarg de *Ismaelillo* que con motivo de la visita de Estado que realizó a nuestra patria el Presidente de Venezuela, Hugo Rafael Chávez Frías, acaba de ver la luz en este noviembre de 1999 en Caracas.

La compilación y el póstico interesante y hermoso de Domingo Miliani, martiano apasionado, añaden valor a la entrega que reúne cartas de Martí a sus amigos de allá y una serie de escritos y discursos de Santiago Key Ayala quien dan fe de las huellas y los frutos que en la sociedad caraqueña dejara la breve estancia de Martí en 1881. Señala además la devoción del maestro por Bolívar y da memoria de actos de amistad históricos que han enlazado a bolivarianos y a martianos, y a los que ahora se suma esta coedición de 1 000 ejemplares de *Ismaelillo* que subraya la hermandad de ideales entre nuestros gobiernos y pueblos.

**Adrián Guerra**

*J' Dpto. Juvenil de la Biblioteca Nacional  
José Martí*

### *Actividades*

El 18 de noviembre la señora María Isabel Rodríguez Oropesa de Chávez inauguró la exposición *Impresos de Venezuela*, en la cual se expusieron diversos materiales provenientes de la Biblioteca Nacional del país bolivariano. En esa actividad la Primera Dama realizó la donación de 1 000 libros de *Ismaelillo*, libro de poemas escrito por José Martí, editado en esta ocasión en Venezuela como un acto más de hermandad entre ambos pueblos.

También en noviembre fue expuesta parte de la colección de exlibris de personalidades cubanas y extranjeras como Fernando Ortiz, pertenecientes a la Biblioteca Nacional José Martí.

La Cátedra María Villar Buceta tuvo en ese mes a la licenciada Marcia Medina, subdirectora de Promoción y Desarrollo de la Biblioteca Nacional con la conferencia Comercialización de productos y servicios bibliotecarios.

Finalizando el mes de diciembre la Biblioteca Nacional se unió a la revista *Bohemia* para rendir homenaje a la figura del Caballero de París, personaje que caracterizó la vida capitalina por su vestimenta y modales de raigal noble y humana. En la inauguración de la exposición compuesta por fotografías y materiales bibliográficos, se proyectó un video sobre la vida del Caballero de París de los realizadores cubanos Natacha Vázquez y Rigoberto Senarega.

*Habana fin de siglo*, exposición de fotos, carteles, mapas, libros, periódicos y revistas, mostró el desarrollo que ha sufrido la capital cubana a través del siglo xx, y permitió a los jóvenes y no tan jóvenes conocer aspectos de la ciudad desconocidos para casi todos.

La Cátedra María Villar Buceta tuvo en esa ocasión a la licenciada Margarita León con su exposición sobre los proyectos de investigación de la Biblioteca Nacional José Martí.

En enero del 2000 se expuso *América: cartografía de los sueños, imprenta de la utopía* en la que se mostraron materiales del fondo de Mapoteca de la Biblioteca Nacional.

El fotógrafo italiano Mario Torreggiani Bianchi inauguró su exposición *Huellas* con fotos de gran valor artístico a través de las cuales pueden disfrutarse diversos paisajes europeos.

Dos manifestaciones plásticas se unieron en la muestra *Fotografía y dibujos de Alejandro A. de la Osa y Luis Garzón Masabó*, quienes expusieron parte de su obra, el primero mostrando

el cementerio de Colón a través de fotos manipuladas artísticamente, y el segundo con sus dibujos en tinta sobre cartulina asume nuestros tiempos por medio de una figuración manipulada.

Como subsele de la IX Feria Internacional del Libro de La Habana se efectuó el encuentro *El lector y la biblioteca* ante el nuevo milenio en el que se discutieron diversos temas: Las bibliotecas en sus relaciones con la industria editorial; Las bibliotecas nacionales ante el nuevo milenio, evolución y desarrollo. La biblioteca y las nuevas tecnologías; La red de bibliotecas públicas: perfeccionamiento y perspectivas, y Las bibliotecas y la comunidad: interacción sociocultural.

El pintor canario Eduardo Camacho Cabrera ilustró distintos aspectos de la vida y obra de la poetisa cubana Dulce María Loynay, y muestra de ello se expuso en la Biblioteca Nacional en abril del 2000.

**Marta Beatriz Armenteros**

*Editora Revista de la Biblioteca Nacional  
José Martí*



# DEL PATIO...



*S/T, 2000  
acrílico / tela, 120x110 cm*

**AZIYADE RUIZ VALLEJO**, Camagüey, 26 de septiembre de 1972.  
Graduada del Instituto Superior de Arte en 1996 en la especialidad de grabado, La Habana, Cuba.

### *Algunas exposiciones*

- 1999 **P.M.** Tripersonal, Galería 23 y 12, Ciudad de La Habana.  
**Mujeres**, Galería Havana, Zurich. Suiza.  
**Grabadores jóvenes cubanos**, Galería Havana, Zurich. Suiza.
- 1998 **El arte de vivir**, Galería Berna. Suiza.
- 1997 **La joven estampa**, Galería Haydée Santamaría, Casa de las Américas.  
Ciudad de La Habana.  
**Encuentro Nacional de Grabado**, Centro Provincial de Artes Plásticas y Diseño. Ciudad de La Habana.

Su obra se encuentra en galerías y colecciones privadas de diferentes partes del mundo como México, Suiza, Estados Unidos, Argentina, Panamá, etc.